Treinta siglos no es nada

De Argantonio a Adolfo Suárez

Fernando Díaz Villanueva

Índice

· Prólogo

Los orígenes de Hispania

· La plata de Tartessos

· Hispania romana, por casualidad

· Quinto Sertorio y cierra Hispania

· Los godos y otros bárbaros del norte

Las Españas medievales

· El moro Muza o cómo se perdió España

· Almanzor, el martillo de Alá

· El Cid cabalga

· La ciudad que se acostó Magerit y se levantó Madrid

· Morabitos de ida y vuelta

· Fernando el Santo o el nacimiento de Andalucía

· Jaime el Conquistador o el Levante recobrado

· Los almogávares: Desperta, ferro!

· Y al otro lado del mar... las Canarias

La España Imperial

· ¡América!

· Tordesillas y el reparto del mundo

· Leonor de Navarra, la reina que reinó quince días

· El Gran Capitán, o cómo poner una pica en Nápoles

· Pamplona bien vale una misa

· Castilla comunera

· Así se conquistó México

· Elcano o el viaje al fin del mundo

· La conquista frustrada de la especiería

· La caída del Gran Inca

· Madrid, capital del Reino

· Flandes, la guerra de nunca acabar

· 1640, el año de la discordia

· La peste que borró a Sevilla del mapa

· Carlos II, el ocaso de una dinastía enferma

· "Per la patria y per la llibertat de tota Espanya"

· La fugaz vida y reinado de Luis el Breve

· Fernando VI, el príncipe tranquilo

· Todos contra Esquilache

· Malaspina, de oficio descubridor

· Godoy, el rufián coronado

· Olivenza, hija de España y nieta de Portugal

España contemporánea

· ¡Liberales, a Cadiz! ¡Viva la Pepa!

· ¡Vivan las caenas!

· Espartero, el liberalismo malogrado

· La república relámpago

· Eloy Gonzalo, el héroe que no murió en Cascorro

· La semana en que Barcelona perdió la cabeza

· Cómo unas municipales derribaron la monarquía

· República sin republicanos

· La necesaria temporalidad del franquismo

· El día que Franco vio peligrar su trono

· Quiénes y por qué mataron a Carrero

· Érase una vez el Sáhara... español

· Apuntes en torno a Suárez

· Sobre el autor

· Copyright

Prólogo

El presente libro es una versión corregida y aumentada del que, hace ya cuatro años, fue lanzado en papel bajo el título “Nosotros los españoles”. Ese, a su vez, era la compilación de los ‘Pasajes de la Historia de España’, una serie de artículos que estuve haciendo con periodicidad semanal para Libertad Digital durante un par de años. Ahora, liberado de la servidumbre de la editorial, he podido titular el texto como a mi me ha venido en gana y no como ha querido el editor. Allá por 2008 quise titular la colección de pasajes con el título que encabeza estas páginas, que, la verdad, me gusta mucho más. Me ha tocado esperar cuatro años y al final me he salido con la mía. Gracias a la bendita tecnología, dicho sea de paso.

Digo liberado porque este texto que late tras la pantalla de tinta electrónica de su lector se publica sólo y exclusivamente en versión electrónica. Y no lo hace una editorial, sino el autor, es decir, un servidor de usted. Aunque muchos de los capítulos coincidan no es exactamente el mismo libro. He tomado los pasajes que escribí entonces y, después de darle unas cuantas vueltas, he quitado unos y he añadido otros episodios de la Historia de España escritos posteriormente. He retirado también un precioso prólogo que José María Marco me dedicó por si la editorial se molestaba. El resto es todo de mi autoría, incluida la portada.

Cuando hace unos años empezaron a aparecer los primeros lectores de libros electrónicos pensé que esos aparatos y sus hermanas, las librerías de Internet, iban a suponer una revolución para los OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ OBJ escritores. No, tal vez, para los ya consagrados, que viven –y muy bien– de la letra impresa en papel, pero sí para el resto. Los menesterosos nos teníamos que conformar con editoriales de segunda que le trataban a uno a palos después de haber hecho una tirada irrisoria. Sucedía también que la distribución era tan calamitosa que hacían poco menos que imposible encontrar el libro en cuestión. A veces, –de hecho, bastante a menudo– solían darse todos los supuestos juntos. Así, el esfuerzo que conlleva escribir se diluía en una frustración tras otra y a uno se le terminaban quitando las ganas de publicar nada en papel.

No culpo de todo a las editoriales, donde tengo incluso amigos que

las están pasando canutas. El modelo era ese, sin más. Publicar un libro en papel es caro, conlleva grandes desembolsos por anticipado y nunca se sabe si el título va a venderse o no, por lo que el editor corre el riesgo de terminar comiéndose los libros. Al final, los que de verdad ganan con los libros no son los autores o las editoriales, sino los fabricantes de papel, la industria química que hace tinta, las imprentas, las empresas de distribución y, algo menos, las librerías. Mientras el soporte de los libros ha sido el papel, los editores han sido, en muchas ocasiones, verdaderos héroes que se han jugado los cuartos y la salud para hacer que una obra literaria llegase al gran público.

Los libros electrónicos han cambiado las reglas, ahora es el autor el que, si se esfuerza y los lectores le acompañan, lleva la voz cantante. Indudablemente es una gran noticia, se pongan como se pongan los que vivían divinamente en el ecosistema editorial anterior. Seguirá habiendo grandes escritores que vendan cientos de miles de ejemplares, pero será única y exclusivamente porque el mercado, es decir, usted, así lo ha querido, no porque alguien se haya gastado una millonada en promocionar sus libros y colocarlos en los estantes de las librerías en un expositor preferente. ¿Quién gana? Obviamente el lector, que tiene más donde elegir a mejor precio. Después el autor y, por último, la tienda en línea que disponga de los títulos más demandados para su descarga. En el sistema anterior el que más ganaba era el que ponía el almacén y las furgonetas. V amos mejorando.

He procurado que este, mi primer libro electrónico, estuviese disponible en todas las tiendas posibles, empezando por Amazon, la más grande de todas. Le he puesto, además, un precio muy atractivo y me he ocupado personalmente de que no tuviese el incordioso DRM, que es una estafa en toda regla para los compradores. Si lo ha adquirido, este libro es suyo por los siglos de los siglos, amén. Podrá leerlo y guardarlo hasta el día del juicio final, o podrá leerlo y dejárselo a su vecina con un comentario laudatorio después de adjuntar el archivo. Yo agradeceré más lo segundo. Lo que no es suyo es el texto, esto es, que no puede copiarlo y poner su nombre debajo. Eso, supongo, que no hará falta que se lo explique.

Dicho esto, y ya hablando de mi libro, lo que se dispone a leer a partir de este momento es una Historia de España contada en pildoritas. Es una Historia de España porque va desde el legendario Argantonio al nada legendario Adolfo Suárez, y digo píldoras

porque son eso mismo, píldoras, 48 para ser exactos. Puede empezar donde quiera y, luego, ir hacia atrás o hacia delante. Puede, incluso, meterse un pildorazo y dejarlo, o cuadrarse las 48 de un golpe sin efectos secundarios. Están perfectamente individualizadas, la historia empieza y termina en la píldora en cuestión. Los viajeros habituales del Metro lo sabrán apreciar.

Algunos episodios son muy famosos, como el del descubrimiento de América, mientras que otros son desconocidos pero curiosos y muy agradecidos. También hay pequeñas biografías y alguna que otra aventura digna de ser leída. Aunque yo no lo sea, le aseguro, que la Historia de España es algo serio. Primero porque es nuestra propia Historia, la de los que nos precedieron en el duro oficio de ser españoles, segundo porque es muy larga y da para mucho, y tercero porque es francamente interesante. No le falta de nada: ni guerras, ni amoríos, ni traiciones, ni gestas heroicas, OBJ ni grandes batacazos... Si tuviéramos cineastas y no propagandistas aficionados a vivir del contribuyente, casi no harían más películas que las históricas, porque allí, en lo que nuestros antepasados hicieron, viven las mejores historias que un guionista pueda imaginar.

Y ahora ya, sin más preámbulos, le invito a deslizar el dedo sobre la pantalla (o a apretar el botón correspondiente) para saber por qué treinta siglos no son nada.

La plata de Tartessos

Hace unos 2600 años, un barco griego que navegaba de Samos a Egipto fue sorprendido por una terrible tormenta en alta mar. Su capitán, de nombre Coleos, trató de gobernar la nave y mantener el rumbo, pero le fue imposible. Él, su tripulación y todas las mercaderías destinadas al país de los faraones acabaron frente a las costas de una tierra lejana, ignota y misteriosa, en el extremo mismo del mundo conocido. Los marinos del Egeo, curtidísimos en mil trapicheos en sus andanzas mercantiles por el Mare Nostrum, colocaron todo el género a los indígenas y regresaron tan felices a Grecia. Ya en casa consagraron, en señal de agradecimiento, una crátera de bronce en el templo de la diosa Hera, esposa de Zeus, la oficial. Lo cuenta Herodoto, por lo que habrá que creérselo.

Corría el año 630 antes de Cristo y de esta manera, digamos, tan accidentada, hicimos nuestro debut en la Historia. Gracias a los griegos, que nos metieron en ella de golpe y sin pedirnos permiso.

Lo cierto es que los griegos, que tenían la manía de dejarlo todo por escrito, no fueron los primeros en llegar. La competencia se les había adelantado. Desde hacía varios siglos los mercaderes fenicios se paseaban por aquel país remoto como Pedro por su casa. Habían montado factorías costeras desde donde comerciaban con los naturales del lugar, habían introducido el alfabeto –el suyo, claro- y tenían rendida a la población local con las baratijas que traían de oriente en sus barcos mercantes. Su presencia era tan ubicua, que en el año 1100 antes de Cristo fundaron la primera ciudad de España, y de todo occidente: Cádiz, tres mil años de historia la contemplan, que se dice pronto.

La relación entre aquellos refinados fenicios y nuestra asilvestrada prosapia fue tremendamente fructífera. A cambio de la plata, el cobre y el estaño que abundaban en nuestras montañas, los fenicios llenaron los pueblos y aldeas de aquellas gentes bárbaras de un sinfín de distinguidos productos manufacturados. Ya de paso, se dejaron olvidados el torno y el horno de cocción, inventos ambos de la máxima utilidad en una época en que casi todo se hacía de cerámica. El resultado fue que aquellos primeros españoles prosperaron y se civilizaron.

Llegar desde Oriente Medio hasta España llevaba muchos meses de navegación, pero merecía la pena el viaje. Las grandes civilizaciones de la Antigüedad: Egipto y Mesopotamia, se encontraban en pleno auge, sedientas de metales con los que armar sus ejércitos y sobradas de la maña y la sabiduría que habían acumulado durante más de un milenio. España, el lejano confín del Mediterráneo, poseía esos metales, y a buen precio. Los fenicios serían sus agentes de comercio, el vínculo entre la cuna de la civilización y nuestra apartada y atrasada Iberia, que por no tener no tenía ni nombre.

Fue entonces cuando lo recibió de manos de los fenicios: Is phannim, es decir, tierra de conejos o conejera. Simpático y orejudo mamífero que, criando en su madriguera, corretea aún por nuestros campos, ajeno al importante papel que la historia le ha encomendado. Podían haberla llamado tierra de la plata, que es lo que venían a buscar, pero no, les llamó más la atención la cantidad de liebres y conejos que triscaban por el sotobosque de los infinitos encinares de la Iberia antigua. Este Is phannim fenicio derivaría en la Hispania latina y, en otro salto etimológico, acabaría quedándose en la España que hoy muchos lerdos evitan pronunciar, o lo hacen con cierta vergüenza y sonrojo, como si el nombre se hubiese inventado anteayer.

Los fenicios, muy a diferencia de los griegos, no eran muy amigos de dejarse los dedos escribiendo. Como buenos hombres de negocios, utilizaban las letras para cuadrar las cuentas y dejar constancia de las transacciones. Además, eran muy celosos de revelar sus rutas marítimas por si algún listo se les adelantaba. Sus marinos divulgaban falsas historias sobre temibles bestias que habitaban más allá de las columnas de Hércules, y sobre lo traicionero que se volvía el mar al oeste de Sicilia. Todo para salvaguardar el negocio. No es casualidad que fenicio sea hoy sinónimo de negociante sin escrúpulos.

Pero como lo bueno es difícil de ocultar, en Oriente el nombre de aquella tierra de promisión donde corrían ríos de miel y la plata afloraba a ras de suelo, estuvo pronto en boca de todos. Hasta en la Biblia, en el Libro de los Reyes, que se encontraba entonces en plena elaboración, hay referencias a un lejano reino llamado Tarsis que surtía al mismo rey Salomón de oro, plata y marfil, monos y pavos reales. Lo primero puede ser, lo segundo es harto dudoso, porque España ha cambiado mucho en 25 siglos, pero no tanto como para habernos dejado en el camino manadas de elefantes,

colonias de simios o aristocráticos pavos reales.

La Is phannim que los fenicios visitaban regularmente no era tan extraordinaria como pensaban en Oriente, pero apuntaba maneras, era lo que hoy se conoce como un mercado emergente. Los marinos de Samos que dejamos más arriba ofrendando una crátera de bronce a Hera, se percataron de que, efectivamente, podían hacerse espléndidos negocios en aquel remoto lugar al que llamaron Tartessos. Animados por la buena acogida que había encontrado Coleos, sus paisanos se aventuraron a la larga travesía y rompieron el monopolio de su odiada competencia fenicia. Herodoto asegura que llegaron a trabar amistad con su rey, un tal Argantonio, que vivió 120 años de los cuales reinó 80. Anacreonte, para no ser menos, también escribió sobre este monarca pero se le fue la mano, le atribuyó un reinado de siglo y medio.

En la antigüedad, la edad avanzada se tenía en mucha más estima que en nuestros banales días, en los que el bueno de Argantonio hubiese sido tachado de carcamal. Aquel era un mundo en el que la esperanza de vida rara vez superaba los 40 años, por lo que no es difícil imaginar la impresión que causaba entre los lectores de Herodoto o Anacreonte saber que había alguien en el mundo que seguía dando guerra con la edad de su difunto tatarabuelo. OBJ

Herodoto prosigue su narración afirmando que el reinado de Argantonio fue, amén de larguísimo, muy feliz y próspero para sus súbditos. La arqueología nos lo confirma con un ramillete de objetos de aquella época, todos refinados y primorosamente trabajados, muy del gusto oriental que se estilaba entonces. Tesoros que contrastan con la miseria arquitectónica con la que los arqueólogos se han encontrado. Los tartesios, o al menos su aristocracia, la que se enriquecía con el comercio con fenicios y griegos, iba a la última en joyería y ornato, pero vivía en insignificantes chozas y apenas disponía de templos dignos de tal nombre.

Esto tiene su explicación. Recién salidos de la barbarie, es lógico que los notables tartesios se entusiasmaran con los collares y las pulseras de oro venidas de Egipto, o con las túnicas finamente bordadas en los talleres de Tiro. Hoy pasa algo parecido con los "potentados" de ciertos países del tercer mundo, que aparcan el Mercedes junto al chamizo de la favela y alardean ante los vecinos de televisor de plasma y teléfono móvil de última generación. A fin de cuentas, y aunque hayan pasado 3000 años, los hombres

seguimos siendo, esencialmente, hombres.

Los que no lo eran de ningún modo fueron los dioses y reyes míticos de Tartessos, protagonistas de una fecunda mitología que aún sigue cautivando a poetas y novelistas. Gerión, por ejemplo, era un gigante de tres cuerpos, con sus seis brazos y sus tres cabezas de rigor. Poseía un rebaño de vacas rojas que apacentaba en los verdes prados del Guadalquivir ayudado por Ortro, un perro de dos cabezas, hermano de otro can mucho más célebre: Cerbero, el guardián del Hades, que era tricéfalo y en lugar de cola tenía una serpiente. Alucinante. Con tanto brazo, Gerión era casi invencible en el combate, pero Hércules, que se las sabía todas, le derrotó en su décimo trabajo y le birló el ganado para sacrificarlo en el altar de Hera. Menuda fijación la de los griegos con esta diosa.

Mejor aún es la leyenda de Gárgoris y Habis. Gárgoris, muy aficionado al dulce, inventó la apicultura, es decir, sometió a las abejas para que nos diesen su miel. Este pecadillo venial lo combinaba, sin embargo, con uno mortal, el del incesto. Dejó embarazada a su hija y, para tapar la indecencia, ordenó que abandonasen al bebé, llamado Habis, en el bosque con idea de que lo devorasen las fieras. Pero una cierva lo adoptó como una más de sus crías. Enterado Gárgoris mandó secuestrar al niño y que lo arrojasen a una jauría de perras salvajes, que lo recibieron a lametazos, y a otra de cerdas, que retozaron alegremente con él. Desesperado, el rey pidió a sus servidores que lo tirasen al mar, pero el mar lo devolvió a la orilla sano y salvo, donde le estaba esperando la cierva, a cuyas generosas ubres se terminaría criando el niño.

Como no veía la manera de acabar con él, se rindió y aceptó su destino. Reconoció al niño como heredero y le restituyó el nombre y los privilegios. Habis, no tan licencioso como su padre- abuelo, se dedicó a ejercer de rey, que después de tanto ajetreo es lo que tocaba. Inventó el arado, dictó las primeras leyes y dividió Tartessos en siete clases, de las cuales una no tenía que trabajar. Un mito a la medida de la selecta clientela de los comerciantes fenicios, y es que la nobleza y el trabajo nunca se han llevado del todo bien.

El periodo dorado de Tartessos duró, aproximadamente, uno o dos siglos. Las rutas abiertas por griegos y fenicios trajeron riqueza y cultura. La competencia entre ambos terminó mal, se pelearon y los griegos hubieron de largarse con viento fresco para fundar la ciudad

de Marsella, de donde [OBJ] saldrían los colonos de Ampurias, nuestra ciudad griega más auténtica. Los fenicios, entretanto, explotaron el mercado tartesio todo lo que pudieron hasta que Babilonia conquistó su capital, Tiro, y arruinó sus expediciones.

Para entonces, el antiguo y deseado reino de Tartessos ya había desaparecido de la faz de la tierra para no volver jamás. Los herederos de Tiro, los cartagineses, retomaron la faena de sus malogrados ancestros reconquistando, comercialmente primero y militarmente después, las costas de España. Echaron raíces y sólo el genio de los romanos, siglos después, consiguió alejarlos de la península.

El recuerdo de Tartessos se fue difuminando y transformándose en una leyenda muy bien alimentada, eso sí, por las crónicas de los griegos. Pero, si bien Tartessos era tan real como la memoria de Herodoto, ¿dónde se encontraba? Durante miles de años se hicieron cábalas sobre el lugar exacto en el que se había levantado la capital de aquel fabuloso imperio. A principios del siglo pasado un alemán, Adolf Schulten, se echó sobre las espaldas el encargo de dar con las ruinas de la legendaria ciudad por la que tanto habían suspirado sus contemporáneos de hace 2.500 años.

La suponía en la desembocadura del Guadalquivir, en algún punto entre Sevilla, Huelva y Cádiz. Esperaba encontrarse con algo parecido a Micenas, a Cnossos o incluso a la propia Troya, que décadas antes había desenterrado su compatriota Heinrich Schliemann. Los nietos de los bárbaros del norte desvelando los secretos de las ilustradas culturas del sur, las vueltas que da la vida. Excavó sin descanso durante años, pero nunca dio con la corte de Argantonio, todo lo más que consiguió fue topar con las ruinas de un poblado, pero era de la época romana, su gozo en un pozo. Desanimado por el fracaso abandonó las excavaciones y dedicó su vida a desentrañar los misterios ocultos de Tartessos por vías menos sacrificadas, como la de escribir libros o la de dar conferencias.

Tartessos nunca se ha encontrado, quizá porque nunca existió, al menos como ciudad, que es lo que los primeros arqueólogos presumían. La opulenta Tartessos, bañada en plata y antesala de la Atlándida por la que los antiguos se maravillaban, era un simple mito, pero no la existencia de algo parecido a un reino que, durante un par de siglos, floreció a orillas del Guadalquivir. Quizá llegó tener un rey o quizá la cosa no pasó de una confederación de

caudillos ibéricos que se unieron para negociar en mejores condiciones con los fenicios y los griegos.

No lo sabemos y, probablemente, no lo sabremos nunca. Los tartesios conocían la escritura pero aún no se ha conseguido descifrar, hemos de conformarnos pues con vasijas, brazaletes, alguna ruina dispersa y lo que los griegos apuntaron con elegante caligrafía. Para el resto la imaginación es libre, de ahí que Tartessos siempre quede en la difusa frontera entre la realidad y la leyenda, entre lo que de verdad fue y lo que, a algunos, les hubiera gustado que fuese. Un enigma casi irresoluble que sigue dando que hablar. De este singular modo, hace más de dos milenios, amaneció a la Historia esta soleada tierra que, tan generosa y maternal como lo fue entonces, hoy nos acoge.

Hispania romana, por casualidad

Tres siglos antes del nacimiento de Cristo esta parte del mundo se la repartían, de muy mala manera, romanos y cartagineses, enfrentados por no se sabe bien que vieja rencilla que no conseguían superar. A nuestros antepasados, que estaban total y absolutamente sin desasnar, estas querellas se las traían al fresco y comerciaban con todo el que se dignase a echar el ancla frente a las costas de Iberia, abundantes en casi todo y acogedoras hasta el extremo de que quien hasta ellas llegaba se quedaba.

Los romanos no habían llegado aún y ni siquiera pensaban en viajar hasta tan lejos, la mirada la tenían puesta en oriente, en la culta y fastuosa Grecia. Los cartagineses, también conocidos como púnicos, ya estaban aquí y no tenían planes de irse. La razón por la cual los unos vinieron y los otros terminaron largándose fue una de esas carambolas históricas cuyas consecuencias llegan hasta el día de hoy. Porque, a fin de cuentas, ¿en qué lengua lee usted esto?, ¿en un derivado del latín o del cartaginés?

En el año 241 a.C romanos y cartagineses llevaban unos veintipico años echándose los perros a la cara. Lo que se disputaban entonces no era Hispania sino algo mucho más pequeño pero cercano y tentador: la isla de Sicilia. Quedaba, más o menos, a mitad de camino entre Cartago y Roma. Sus habitantes eran exquisita gente de mundo que hablaba griego y gustaba del teatro y la filosofía. Además, era una tierra soleada y próspera, un fabuloso granero encallado en mitad del Mediterráneo, bullente de vida y civilización. Es normal que se peleasen por ella. No serían los últimos; árabes y normandos, aragoneses y franceses, españoles y austriacos les seguirían en los siglos sucesivos.

Los romanos venían de una pequeña ciudad erigida sobre siete colinas en el centro de la bota italiana. Eran el típico pueblo del occidente europeo, algo borricos pero nobles. No hablaban griego ni ninguna de las refinadas lenguas orientales, sino un idioma desconocido llamado latín y escribían en un alfabeto que habían fusilado letra a letra a sus vecinos del norte, los etruscos, los de la sonrisa. Por lo demás, ni eran excesivamente cultos ni tenían un

gran gusto por las artes. A cambio, eran tremendamente prácticos y nunca se daban por vencidos.

En su primera guerra contra Cartago se encontraron ante el triste hecho de que no sabían construir barcos de guerra. Un contratiempo nada baladí que, entre otras cosas, les iba a impedir conquistar la deseada Sicilia y que, ya metidos en faena como estaban, pondría en riesgo la seguridad de la misma Roma que, aunque interior, no distaba (ni dista) mucho de la costa. No se arredraron, apresaron una nave púnica varada en una playa y la copiaron clavo por clavo, cuaderna por cuaderna y remo por remo. Los cartagineses, que se las veían muy felices por la incomparecencia de sus adversarios en el mar, descubrieron no sin sorpresa que en dos meses los romanos habían armado una flota de más de cien naves relucientes y listas para abordar. Y todo por un descuido en una playa que en mala hora dejaron allí intacto.

Con las cosas tan claras los romanos ganaron la guerra y se quedaron con Sicilia. Un año después se hicieron con el control de Córcega y Cerdeña aprovechando que los mercenarios de Cartago se habían rebelado. Ahí nació lo de Mare Nostrum, es decir, Nuestro Mar, que en origen no era el Mediterráneo sino lo que hoy se conoce como mar Tirreno, la lengua marítima que va de la Toscana al norte a Sicilia al sur, y de Calabria al este a Cerdeña al oeste.

Los cartagineses, que no se habían resignado a ser unos segundones, y menos aún de unos tipos que hablaban una lengua tan tosca y pueblerina como el latín, tuvieron que buscar un sustituto. Y qué mejor que Hispania, la Is Phanim de sus antepasados fenicios, la tierra de promisión de los mercaderes griegos, el jardín de las Hespérides, el fin del mundo. Era rica, grande e inexplorada. Una suerte de lejano oeste del mundo antiguo con sus indios, sus bosques vírgenes y sus ríos por los que corría a borbotones el oro y la plata.

En Hispania se encontraba la insólita Gádir, construida sobre una isla frente a la costa, fundada por los tirios y fenicia de vocación. Era la ciudad más antigua de occidente a la que no faltaba ni el templo de Melcarte, divinidad barbada y de mucha devoción entre los fenicios. Hispania iba a ser la piedra sobre la que se levantaría el nuevo Cartago, recio y opulento, que ajustaría cuentas pasadas y tomaría cumplida revancha con Roma.

El problema principal de los cartagineses es que, tras la paz con Roma, se habían quedado a la cuarta pregunta, obligados a desarmar su flota y cargados de deudas. Sólo un hombre, Amílcar Barca, lo vio meridianamente claro. Hispania era demasiado grande y demasiado continental, luego los barcos no servirían de mucho para conquistarla. Además, no se trataba de rendir todas y cada una de las tribus íberas sino de enfrentarlas entre ellas para que la banca, o lo que es lo mismo, Cartago, siempre ganase. En pocos años el abuelo de los Barca se construyó un sólido prestigio entre los caudillos íberos y cuando se encontraba en la cima de su carrera hispánica se cayó del caballo al atravesar un arroyo de la sierra de Albacete y, según cuentan, se ahogó. No es por dudar de las fuentes, pero tratándose de un arroyo y en Albacete no es descabellado suponer que, más que ahogarse, se desnucó. Esta observación, evidentemente, no le quita ni pizca de mérito a Amílcar Barca, que por lo demás fue un bravo.

Le sucedió su yerno Asdrúbal elegido, como no podía ser de otro modo, por aclamación de la soldadesca. Asdrúbal fue asesinado por un esclavo le mandó al otro barrio cortándole el cuello con una falcata afilada, pero antes se ocupó de pasar a la historia por dos cosas. Fundó Qart Hadasht, la Nueva Cartago, es decir, Cartagena, y firmó un tratado con los romanos que delimitaba las áreas de influencia de cada uno en la carrera por Iberia. Al sur del Ebro sería asunto de los cartagineses, al norte de los romanos. Con una excepción: Sagunto, protectorado de Roma en territorio púnico. Y ahí es donde, de tanto estirarla, se rasgó la tela. En el año 219 a.C Aníbal, hijo de Amílcar y cuñado de Asdrúbal, puso sitio a Sagunto dando comienzo a la segunda guerra púnica.

El asedio duró ocho meses y fue, como en Numancia, una demostración de lo tercos, cabezones y poco razonables que somos los españoles desde tiempos inmemoriales. Cuando los romanos se negaron a auxiliar a la ciudad, sus habitantes en lugar de rendirse a las tropas de Aníbal encendieron una inmensa pira y se arrojaron todos a ella. Muy edificante sin duda. Aníbal tomó la ciudad pero su objetivo era otro, era Roma. Reclutó a un gran ejército en Hispania y lo condujo hasta las mismas puertas de la ciudad eterna que, por aquel entonces, ni era ciudad ni era eterna pero apuntaba maneras y era eterno rival.

El senado de Roma, preocupado por la caída de Sagunto y, sobre todo, por la expedición de Aníbal, trazó un plan para cortar los

suministros del cartaginés. El plan consistía en enviar un contingente a Hispania y convencer a los indígenas que Cartago no les interesaba, que Roma iba a tratarles mejor, con más estilo. Y así, de este modo tan de perfil entró Roma en nuestra historia. Lo hizo a través de la familia de los Escipiones cuya testarudez y buen tino iba a ser la responsable de que los españoles seamos lo que somos, hablemos lo que hablamos y pensemos como pensamos.

En el verano del año 218 a.C los primeros romanos desembarcaron en Emporion, que era una colonia griega situada frente al mar, al norte de lo que hoy es la provincia de Gerona. Su general, Publio Cornelio Escisión, iba muy apurado porque Aníbal se encontraba ya en Italia, había conseguido cruzar los Pirineos y los Alpes con un gran ejército que no paraba de crecer con nuevas incorporaciones y preparaba el asalto final.

Escipión concibió una nueva estrategia que consistía, básicamente, en quedarse. Situó su base en la costa, al norte del Ebro, no muy lejos de la malograda Sagunto. Aquel campamento devendría con el tiempo la ciudad de Tarraco, obra de los Escipiones y desde aquel momento puerta de entrada de la Hispania Citerior o "España de más acá", que es como los romanos bautizaron a su primera provincia hispana, la más cercana a Roma. La otra, la ulterior, era la "de más allá". Si ya dije que eran prácticos y algo borricos.

Fueron ganando terreno a los cartagineses con paciencia, un palo y una zanahoria. Los caciques locales, protoespañoles muy atentos a estar con el que manda, se fueron pasando al bando romano cuyas soldados se las arreglaron para alcanzar en poco tiempo el valle del Guadalquivir. Entonces, en pleno trajín conquistador, murió el primer Escipión, en la batalla de Cástulo, cerca de Linares, a manos de los cartagineses. Pero como los romanos no eran ese tipo de gente que da por perdida una guerra a la primera, su hijo, que se llamaba igual que el padre, tomó el relevo conquistando de una tacada las dos perlas engarzadas en la diadema púnica: Cartago Nova y Gádir, que se rebautizó como Gades.

En la toma de Cartago Nova se produjo un episodio sobre el que se cimentaría la leyenda de este general y que sería recreado una y otra vez durante siglos. Se trata de la llamada "continencia de Escipión". Cuentan que, al conquistar la ciudad, los derrotados le ofrecieron como trofeo a una joven princesa íbera ya prometida con un caudillo de la zona. Escipión, que, como buen romano, era

mujeriego y amigo de aventurillas extramatrimoniales, miró a la joven y, conteniéndose las ganas, se la devolvió a su padre. Semejante comportamiento le granjeó a él y a los romanos fama de gente seria y de fiar. Estos detalles conmovían a nuestros asilvestrados antepasados, habituados a la ley del palo y a quitarse la vida cuando mataban al jefe en la llamada devotio ibérica.

Aníbal, a quien habíamos dejado al pie de los Alpes dispuesto a conquistar Roma, no consiguió nunca su objetivo. Escipión hijo se interpuso en su camino y lo mandó de vuelta a África donde cayó derrotado en Zama. Terminaba así la guerra que él mismo había empezado sitiando Sagunto. El ejemplo de Aníbal no sirvió de ejemplo a los que vinieron después de que la mejor forma de ganar una guerra es no provocarla. Su suerte fue muy diferente a la de Escipión, que se convirtió en un héroe y recibió el sobrenombre de "El Africano". Marchó a oriente como mercenario hasta que los romanos dieron con él en Asia Menor. No se rindió, antes de entregarse a los soldados romanos se suicidó como aquellos infelices de Sagunto, pero en lugar de incinerarse vivo se envenenó, y es que algo había aprendido de los romanos después de pasar tantos años peleando con ellos. OBJ

Con Aníbal murió el último cartaginés que plantó cara a Roma. Su gesta pasó a la historia y sirvió de excusa para que los romanos entrasen en Hispania. Todo había sido por casualidad, pero ya que estaban decidieron quedarse. Conquistarla del todo les llevó dos siglos hasta que el último cántabro rindió sus armas al primer emperador de Roma. Fundaron ciudades, construyeron puertos, caminos, acueductos y puentes, potenciaron el comercio, trajeron el derecho y dejaron para siempre en esta tierra el tesoro precioso de la lengua latina. La misma que, con el paso del tiempo, dio a luz al castellano y al portugués, al catalán y al gallego. Los romanos llegaron aquí de pura chiripa pero sin ellos España nunca hubiera sido España.

Quinto Sertorio y cierra Hispania

En la primavera del año 83 antes de Cristo se desencadenó una feroz guerra civil en Italia, la primera entre romanos desde que, un siglo antes, la ciudad del Tíber se convirtiese en la potencia dominante de todo el mundo conocido. Los romanos de la época se las traían tiesas por la política. Unos, los populares, se apoyaban en las clases menesterosas y pedían reformas legales que beneficiasen a éstas; los otros, los optimates, abogaban por un estado aristocrático cuya máxima expresión era el Senado. Estas pequeñas diferencias eran, en realidad, una simple justificación. Lo que ambos deseaban era el poder, y tanto entonces como ahora cualquier cosa valía con tal de obtenerlo y quedarse a vivir en él.

De la guerra salió vencedor Lucio Cornelio Sila, optimate, que logró de un modo bastante sangriento acabar con sus dos oponentes populares: Cayo Mario y su lugarteniente Lucio Cornelio Cinna. Sofocada la rebelión popular, muertos y cremados Mario y Cinna, Sila se hizo con la ciudad eterna y todas sus dependencias imperiales. Bueno, con todas exactamente no. Un antiguo camarada de armas de Mario, un tal Quinto Sertorio, se había refugiado en Hispania y se negaba a reconocer la autoridad de Sila.

En un primer momento nadie se inquietó en Roma. Se trataba, probablemente, de la típica baladronada de un procónsul de provincias que por las buenas o por las malas se avendría a razones. Sila cesó a Sertorio y despachó para Hispania a su sustituto, Lucio Valerio Flaco. La situación se ponía interesante. Por un lado Sila, por otro un anónimo general que ni siquiera había intervenido en la guerra civil pero que, quizá precisamente por eso, estaba dispuesto a resistir hasta el final. Sila envió por tierra un ejército hasta la península. Su oponente, previendo la jugada, se acantonó en los pasos de los Pirineos destacando allí al mejor de sus hombres, Livio Salinator, con una legión dispuesta para el combate.

A las tropas capitaneadas por Flaco no les costó demasiado barrer a Salinator y perseguir a su jefe por media Hispania. Sertorio salió en estampida hacia el sur, se dirigió a Cartago Nova donde, viendo que tenía la vía de escape cortada, embarcó hacia África. En principio

ahí se deberían haber quedado las llamadas “Guerras Sertorianas”, pero el general rebelde, que era hombre muy testarudo, lejos de amilanarse reclutó un nuevo ejército en la provincia de Mauritania y cruzó el estrecho dos años después con intención de reconquistar Hispania.

A principios del año 80 ya estaba de nuevo incordiando, esta vez en la Hispania Ulterior, la más alejada de Roma. El ejército de Sertorio cambió de táctica. En lugar de esperar la embestida del Senado tomó la iniciativa buscando el apoyo de los caudillos locales. Al año siguiente Quinto Sertorio era ya el amo de todo el valle del Guadalquivir y de la Lusitania, cuyas levantiscas tribus se le habían unido de un modo entusiasta. Cuando las noticias llegaron a Roma, Sila aceptó el guante y envió a Hispania dos legiones al mando de Quinto Cecilio Metelo.

Pero Sertorio tenía algo más que dos legiones perfectamente armadas. Contaba con el apoyo de los celtíberos, ese pueblo indómito que tanto había costado someter. Atacó por tres frentes cosechando una victoria tras otra en todos ellos. En el valle del Tajo aniquiló a las tropas de Marco Domicio Calvino, en el del Guadiana barrió a Metelo obligándole a replegarse, y en el del Ebro aplastó a Lucio Manilo, gobernador de la Narbonense, cerca de Ilerda, que es como se llamaba entonces Lérida. En plena racha triunfal llegó Marco Perpenna, otro general del partido de Mario, que había salido de Sicilia expulsado por Sila tras fracasar en un golpe de estado. Perpenna no olvidó traerse consigo a su bien entrenado ejército, de manera que lo que empezó como una rebelión menor se había transformado en otra guerra civil entre romanos –la segunda– aunque, esta vez, a miles de kilómetros de la propia Roma.

Sabiendo que Hispania era suya, buscó una ciudad donde asentarse para gobernarla. Escogió Calagurris (Calahorra), probablemente por estar a tiro de piedra de casi todo y, especialmente, en la cabecera del valle del Ebro, lugar que los de Sila tendrían que atravesar si pretendían recuperar la provincia. Sertorio, entretanto, se aplicó a convertir Hispania en la nueva Roma. Instauró un Senado a imagen y semejanza del auténtico y lo llenó de exiliados, fundó una academia en Osca (Huesca) para que los hispanos aprendiesen derecho y latín y, ya que estaban, abandonasen sus bárbaras costumbres. Los valientes guerreros indígenas, por su parte, fueron internados en campamentos genuinamente romanos, equipados como tales e instruidos en sus sofisticadas artes bélicas.

La idea de Sertorio era la opuesta a la de la mayor parte de los romanos de su época, que veían el imperio como una inagotable despensa al servicio de la grandeza de Roma. Sertorio aspiraba a convertir en romanos a los conquistados y compartir el festín de la civilización con ellos. Un siglo tardaría Roma en apercibirse de que ese era el único modo de crear un imperio perdurable, un verdadero orbe romano, una comunidad lingüística regida por las mismas leyes.

Pero como todo se pega, Sertorio, que quiso sacar romanos de los hispanos, terminó siendo como un hispano. Se identificó tanto con su país de adopción que se presentaba ante sus hombres como un caudillo celtíbero, acompañado de una corza blanca portadora de buena suerte que en mala hora se escapó haciéndole perder una batalla. Los romanos de Roma tomaron pronto cartas en el asunto. Si el sedicioso se salía con la suya no tardarían en aparecer generales por todas las provincias convertidos en reyezuelos indígenas. Sila envió entonces al mejor de sus generales, Cneo Pompeyo Magno, al frente de un ejército digno de las campañas de Asia, una máquina de ganar batallas a la que Sertorio poca resistencia podría ofrecer.

Pompeyo consiguió dar la vuelta a la guerra. Le llevó cuatro años vencer a los leales a Sertorio, pero jamás pudo acabar con él. En el año 73, cuando pintaban bastos para los rebeldes, Perpenna conspiró contra el líder. Le atrajo hasta Osca para un banquete por una de sus victorias y [OBJ] allí le asesinó mientras cenaba. El traidor no supo estar a la altura de su predecesor y en poco tiempo perdió todas las ciudades que aún mantenía la rebelión sertoriana. Presentó batalla a Pompeyo, fue derrotado y éste ordenó que lo ejecutasen allí mismo, por perder y, sobre todo, por traidor, que es lo peor que se puede ser en esta vida.

La última ciudad en caer fue Calagurris, que, emulando la gesta carpetovetónica de la cercana Numancia, se encastilló tras sus murallas y aguantó lo indecible. Hasta canibalismo dicen que hubo, de ahí, quizá, lo de la “fames calagurritana”, esa metáfora de la condición hispana que nos lleva a hacer cualquier cosa, comernos los unos a los otros si es necesario, antes de afrontar el deshonor de rendirnos. Sertorio nunca se rindió y a punto estuvo de cerrar Hispania con seis siglos de adelanto. Ya sólo por eso merece la pena saber quien fue.

Los godos y otros bárbaros del norte

En España el Imperio Romano se vino abajo en el otoño del año 409, el 12 de octubre exactamente, que ya es casualidad. Aquel día cruzaron el Pirineo por los pasos de Roncesvalles y Somport tres tribus bárbaras: los vándalos, los alanos y los suevos. Tres años antes, aprovechando un descuido de los romanos, habían rebasado el Rin a la altura de Maguncia. Fue un invierno tan frío que el río estaba congelado. El cambio climático, como se ve, no es cosa de ahora. Encontrarse el cauce helado fue una bendición y, en pocas semanas, decenas de miles se trasladaron a la otra orilla, la romana, donde aguardaban pacientes el saqueo todas las maravillas del mundo clásico, es decir, civilizado.

Durante tres años vagaron sin rumbo por la Galia, hostigados por los romanos y por sus subcontratas guerreras, encargadas de mantener las fronteras del imperio limpias como una patena. El destino final de los tres grupos era el norte de África, la rica provincia romana que durante siglos había ejercido de granero del imperio. Como la costa mediterránea de la Galia andaba intratable por aquel entonces, se aliaron para tomar un camino alternativo, el de la inmensa Hispania.

El camino, aunque largo, sinuoso y no exento de problemas, merecía la pena. Hasta llegar aquí los alanos, el único pueblo no germánico de los tres, habían recorrido miles de kilómetros desde las estepas asiáticas. Los vándalos provenían de la costa del Báltico y, tras una migración sostenida durante siglos, se habían puesto a la cola para cruzar el limes y tomar su parte de las incontables riquezas del alicaído imperio romano. Los suevos, que terminaron forjando una modesta fortuna en España, habían partido años atrás de algún punto entre las juras de Suabia y Franconia, en la actual Baviera, quizá empujados por otros o quizá porque estaban hartos de vivir subidos en un árbol y querían participar del festín. No lo sabemos, como eran bárbaros, no sabían ni leer ni escribir.

Las provincias romanas de Hispania no sólo eran inabarcables, montañosas y muy romanizadas sino que, por aquellos años, se habían apuntado a una rebelión contra el emperador. La

capitaneaba un tal Constantino, que, a su vez, había entregado el control de España a uno de sus generales, Máximo, que se proclamó emperador en Tarragona. Los invasores, encantados con el desorden que se habían encontrado a este lado del Pirineo, llegaron a un acuerdo con Máximo. No tocarían la costa de la Tarraconense pero tenían carta blanca para todo el resto. Los alanos se dirigieron con presteza hacia el sur, hacia la Bética, la provincia más próspera y boyante de todas la españolas. Los vándalos, que los había silingos y asdingos, se extendieron por las dos mesetas y el valle del Guadalquivir. Los suevos cabalgaron hacia el oeste a reclamar la Lusitania y la Gallaecia. Buscaban tierra para cultivar, allí la encontraron en abundancia y ni tuvieron que habituarse al clima, en Galicia llueve tanto como en Alemania, o más.

Como todos los caminos llevaban a Roma, las malas noticias de Hispania no tardaron en llegar a oídos del emperador Honorio, que era un pelele en manos de Constancio, su magíster militum, es decir, el espadón de toda la vida que tenía mano en los cuarteles. Para poder defenderlo mejor, años antes, Teodosio el Grande, que era de Segovia, había dividido el imperio entre sus dos hijos. En el de oriente reinaba Arcadio, en el de occidente Honorio. La situación en ambos era, sin embargo, muy diferente. En el primero los bárbaros ni se acercaban, y, si lo hacían, salían escaldados. En el segundo todo eran calamidades. Britania se había perdido, Bélgica también y la Galia, del Loira para arriba, no obedecía a Roma. Con un imperio tan menguado, al emperador sólo le faltaba que le birlasen Hispania, que, para colmo, era el lugar donde había nacido su padre.

Con idea de aventar a los intrusos y restituir su dominio sobre Hispania comisionó a unos viejos amigos de la casa, los visigodos -o godos, que eso del “visi” se lo pusimos después para diferenciarlos de sus primos italianos, los ostrogodos- para que limpiasen la provincia de merodeadores.

Los godos, en sus dos variedades, llevaban lo menos dos siglos enredando en las asuntos del imperio. Eran originarios del valle del Danubio y, después de ganarle una batalla a los romanos, la de Adrianópolis, habían llegado a la sabia conclusión de que, si pretendían heredar, lo mejor era quedarse a cuidar del viejo moribundo. El emperador los utilizaba para cubrirse las espaldas y ajustar cuentas en su vastos y caóticos dominios. Pero como todos los sobrinos ansiosos por la herencia que nunca llega, los godos

eran un dolor de cabeza y solían morder con cierta frecuencia la mano que les daba de comer. En el año 410, sin ir más lejos, habían saqueado Roma a conciencia por un asuntillo de poca monta.

Mandándolos a Hispania mataba dos pájaros de un tiro; largaba a los bárbaros que saqueaban sin piedad los feraces campos y las espléndidas ciudades de la Tarraconense, y alejaba de Roma un montón de soldados incordiosos y pediguëños porque, cuando los ejércitos godos no estaban de campaña, pretendían vivir a costa del tesoro imperial, que estaba ya para pocos trotes.

El primer godo en hacer acto de presencia por esta tierra se llamaba Ataúlfo, y conquistó Barcelona en 415. Pero su idea no era quedarse, sino fundar un reino godo en el sur de la Galia, en lo que hoy es Aquitania y Provenza. El emperador le concedió el deseo siempre y cuando su pueblo mantuviese lealtad y obediencia a Roma. Le concedió también la mano de su hermana, Gala Placidia, la última gran dama de Roma. No pudo disfrutar de ninguna de las dos cosas, le apuñalaron ese mismo año en Barcelona y la bella Gala Placidia regresó a Italia y la casaron con un general. Se formó así el reino visigodo de Tolosa que, creciendo y creciendo sin parar, en su momento álgido llegó a extenderse desde el Loira hasta el Guadalquivir.

Los otros bárbaros, los que dejamos arriba repartiéndose el botín, terminaron llegando a las manos. Inevitable, Hispania era demasiado pequeña para tanto bárbaro y tanta testosterona junta. Vándalos y suevos, olvidando alianzas anteriores, se vieron las caras en Mérida para dilucidar a quién de los dos pertenecía la vega del Guadiana, romanizada hasta la extenuación, esto es, rica y opulenta, sobrada de todo y falta de gobernantes. Los vándalos ganaron pero, total, para nada. Un año después, se largaron por donde habían venido. En 429, el rey vándalo Genserico dio orden de cruzar el estrecho. En África se encontraron de nuevo con los alanos, que habían llegado antes y, en menos de un siglo ambos pueblos se diluyeron en la bruma de la historia.

Los suevos no querían irse, les gustaba Hispania, y más en aquel momento en que la competencia se había retirado. Su cuartel general estaba en lo que el hombre del tiempo llama "el cuadrante noroccidental", es decir, más o menos, en lo que hoy es Galicia, León y el norte de Portugal. Desde allí concibieron la ambiciosa empresa de transformar Hispania en Suevia. No lo consiguieron, el

godo traidor, que acechaba al otro lado del Ebro, les cortó el paso. Se establecieron en Mérida y de ahí saltaron a la Bética con idea de doblegar al poder romano-godo en Cartagena. De ahí a Tarragona un paso, y la vieja Hispania sería suya. Una tribu, un reino. No es mal planteamiento. El problema es que los godos tenían uno muy parecido, eran más y otros bárbaros, los francos, les estaban empujando hacia el sur.

En 456 el godo Teodorico dio una buena tunda al suevo Requiario en Astorga. Eran cuñados, pero la guerra es la guerra y Requiario fue capturado y ejecutado sin ningún miramiento. El camino quedaba expedito para los godos de Tolosa, cada vez más poderosos y menos dependientes de Roma, que se acercaba a su consunción final por agotamiento. En 476 Odoacro, rey de los Hérulos, depuso al último emperador, Rómulo Augústulo, un crío de 12 años que, para más inri, ni siquiera era romano, sino hijo de uno de los generales de Atila.

A finales del siglo V el desbarajuste en lo que había sido el Imperio Romano occidental era de tal calibre que, de Escocia a Sicilia y de Suiza a Portugal todos andaban guerreando con todos. Entonces, en pleno follón, los francos, una tribu lejana, que había guardado las fronteras del norte, se puso en marcha. Acaudillados por Clodoveo, abandonaron las frías y desapacibles tierras del curso bajo del Rin y partieron hacia el sur. Espoleados por su jefe y convencidos de que suyos eran los despojos del imperio, se impusieron a los alamanes y a los burgundios. El choque con los godos de Tolosa, guardianes de la puerta del Mediterráneo, era cuestión de tiempo. De poco tiempo porque los bárbaros, sabedores de que, con la vida que llevaban no vivían demasiado, no acostumbraban a pensarse mucho las cosas antes de hacerlas. En el año 507 estalló la guerra entre francos y visigodos. Duró lo que dura una batalla, la de Vouillé, en la que el rey godo Alarico fue derrotado y muerto.

Los francos se derramaron por la Provenza y Aquitania. Saquearon Tolosa, Burdeos y Arlés. El corazón del reino godo había sucumbido. La salvación estaba al otro lado de los Pirineos, un país donde los francos difícilmente podían seguirles, aunque sólo fuese por sus dimensiones y su endemoniada geografía. Tras el desastre, lo que quedaba del pueblo godo en la Galia se trasladó a Hispania, el último destino de un linaje que llevaba varios siglos dando vueltas por Europa. En breve nacería el reino godo de Toledo, la primera vez en la historia en la que la península ibérica era

independiente y se autogobernaba. La población local, que era romana de lengua, cultura y religión, lo aceptó como un [OBI] mal menor, algo irremediable que, al menos, frenaría los desórdenes de uno de los siglos más revueltos de nuestra historia.

El mestizaje entre bárbaros venidos del norte e hispanorromanos cristianizados cuajó en una peculiar amalgama que es la base de que lo hoy, quince siglos después, somos. A lo largo de los últimos 1.500 años no hemos hecho más que afinar la mezcla de los tres ingredientes primordiales de lo que hoy llamamos civilización occidental. No podemos quejarnos, el resultado en su variante hispana no ha salido del todo mal.

El moro Muza o cómo se perdió España

Los visigodos, una tribu de bárbaros que había atravesado el Imperio Romano en una veloz cabalgada y se habían dado el gustazo de saquear Roma, se asentaron en la península en el siglo V. No lo hicieron porque Hispania les gustase, sino porque los francos, otros bárbaros aun más bárbaros, les habían largado de las Galias. No habían sido los primeros. Antes habían pasado por aquí los vándalos, los alanos y los suevos. Los dos primeros, que iban en busca de botín, pasaron de largo tras el saqueo. los últimos, más pacíficos y hogareños, se quedaron para fundar su propio reino en lo que es hoy Galicia y el norte de Portugal.

Los visigodos eran un pueblo peculiar, muy belicoso y dado a derramar sangre por cualquier nimiedad. Es lo que se llamaba el morbus gothorum o morbo gótico, por el cual los reyes eran asesinados sin piedad y sucedidos por algún espadón que contase con suficientes apoyos entre la aristocracia. Nada que ver con el refinamiento de los hispanos de entonces, a los que seis siglos de intensiva colonización romana les habían quitado el pelo de la dehesa. A pesar de eso y de que eran muchos más, los godos les convirtieron en ciudadanos de segunda con los que, durante mucho tiempo, ni siquiera se dignaban a casarse. Inexplicable.

Con el tiempo, los visigodos terminaron fundiéndose con el paisaje, se romanizaron, aprendieron latín y hasta se hicieron católicos. No aportaron mucho más. Alguna iglesuela y mucha orfebrería fina que enterraban en tesoros que todavía hoy siguen saliendo a la luz. La capital la situaron en Toledo, una antigua ciudad romana que no era ni muy grande ni muy importante, pero estaba en el centro y bien comunicada con todos los rincones del país. Durante los tres siglos que pervivió su reino anduvieron sus monarcas obsesionados con unificarlo. En el noroeste los suevos les fueron esquivos hasta que el rey Leovigildo los atrajo a la casa común del godo. En el norte los vascones eran aun más rebeldes e hicieron la vida imposible a los reyes visigodos godos durante trescientos años. En el sur se habían establecido los bizantinos de Justiniano, herederos del Imperio Romano entre cuyos planes se encontraba revivir la gloria de los antiguos tiempos del César. En definitiva, guerras, guerras y

más guerras. Le pusieron tanto ahínco que, al final, consiguieron poner toda la península a sus pies... y entonces vinieron otros y se la quitaron.

Mientras en las fronteras guerreaban sin tregua, en la Corte las intrigas eran el plato de todos los días. Una auténtica merienda de negros. Es normal que, en tan poco tiempo, tuviesen tantos reyes, 34 para ser exactos. Traiciones, asesinatos y degollinas que terminaron como siempre terminan estas cosas. Los últimos tres reyes fueron un desastre. Égica la tomó con los judíos y se consagró a asesinarlos con singular dedicación. La judeofobia, desgraciadamente, es una tara que arrastramos desde antiguo. Su sucesor, Witiza, reinó poco tiempo y fue derrocado por las armas. Entonces, para no perder las buenas costumbres, se armó la marimorena entre los partidarios de su hijo, un niño llamado Agila, y los de un noble de nombre Rodrigo que se había pasado la vida dándole estopa a los vascones. Rodrigo se salió con la suya y le nombraron rey. De Hispania, claro, o, mejor, de lo que quedaba de ella.

En el año 711, al otro lado del estrecho ya no mandaban los refinados bizantinos del general Belisario sino unos bárbaros venidos de Arabia que tenían intención de comerse el mundo. En sólo un siglo estos árabes fanatizados por una nueva religión habían puesto Oriente Medio patas arriba y, como andaban sobrados de fuerzas, conquistaron todo el norte de África. Fue entonces, al llegar a las costas del Rif, cuando echaron el ojo sobre la verde azulada costa de Hispania, de nuestra Hispania. El rey godo no lo vio venir y pasó lo que pasó. Los documentos de la época se contradicen muchas veces y los historiadores se las ven negras para averiguar las causas por las que Rodrigo lo perdió todo en un suspiro. A cambio tenemos las leyendas, esos pedazos de sabiduría popular que siempre han hecho las delicias de propios y extraños. La pérdida de España, como no podía ser de otro modo, tiene la suya.

Cuentan que el señor godo de Ceuta, el conde Don Julián, estaba resentido con Rodrigo porque éste había seducido a su hija Florinda, una doncella que se encontraba en Toledo para aprender los distinguidos usos de la corte. Rodrigo, que en asuntos de amor no era menos arrojado que en los de la guerra, arrebató la virtud a Florinda. Enterado el padre de la felonía se la juró en secreto a Rodrigo. Esperó durante años y en cuanto pudo se la devolvió con intereses y mucha mala sombra. Primero prestó su apoyo a los

partidarios de Agila y, cuando vio que eran unos incompetentes redomados, se buscó como aliados a los musulmanes que habían llegado de Arabia con la lengua fuera. Les ofreció transportar a sus soldados hasta la península para que diesen un escarmiento a Rodrigo. Todo para vengar la virginidad perdida de Florinda. Fascinante esta leyenda. En España, digan lo que digan las feministas, siempre hay una mujer de por medio.

El caudillo de los moros era un tal Tarik, lugarteniente del gobernador musulmán de África que se llamaba Muza, en adelante el moro Muza, que es como ha pasado a la historia. No sabemos el momento exacto en que Tarik cruzó el estrecho, ni los motivos que le llevaron a hacerlo, por no saber no sabemos ni cuantos guerreros trajo consigo en esta primera expedición. Lo que sí sabemos es cruzó el estrecho ayudado por los partidarios de Agila y que acampó junto al Monte de Calpe, que es como se llamaba entonces el peñón de Gibraltar. El cambio de nombre le vino dado por el propio Tarik; Gebel Al Tarik, o la roca de Tarik, que, con el tiempo devino en el Gibraltar de nuestras entretelas. Pocos pedazos de tierra nos han dado tantos disgustos como este. Ya en la península se encontró con un ejército visigodo y lo venció sin contemplaciones en la batalla de Guadalete donde, además de perder el reino, Rodrigo perdió la vida. Luego todo fue muy rápido. Siguiendo las vías romanas el ejército triunfante se dirigió a Toledo donde, según cuentan las crónicas de la época, el moro se encontró con la mesa del rey Salomón. Las conquistas había que adornarlas con estas mentirijillas para dotarlas de cierta épica. La gente del común, los aperreados OBJ hispanorromanos, no opuso demasiada resistencia. A fin de cuentas se trataba de cambiar a un señor por otro.

El moro Muza, entretanto, escribió a Bagdad para poner los dientes largos al califa con las incontables riquezas de Hispania a la que, ya puestos, le cambiaron el nombre por Al Andalus. Denominación esta que ha pervivido hasta nuestros días en su preciosa forma de Andalucía, acaso uno de nuestros topónimos mejor traídos. El ejército de Tarik era insuficiente para dominar el inmenso reino godo por lo que pidió ayuda al jefe. Al año siguiente el moro Muza acudió en su auxilio con las tropas de refresco. Juntos terminaron el trabajo, conquistaron el valle del Ebro, Cataluña y los confines de la meseta. Tres años después toda Hispania, perdón, Al Andalus, formaba parte del imperio de los Omeyas. ¿Toda?, no, en el profundo norte, entre las nieblas de las montañas cantábricas

resistían los últimos godos, los que se habían salvado de la quema. Los moros, ahítos de gloria y conquista, al principio no le dieron mucha importancia. Esa sería su ruina.

Almanzor, el martillo de Alá

Si Abderramán III es el rey de Al Ándalus y Averroes su filósofo, Almanzor es el soldado. Hace cosa de mil años, año arriba año abajo, protagonizó las más sonadas y triunfantes campañas militares por los reinos cristianos. Sembró el terror y arrasó Santiago de Compostela, centro espiritual de lo que había quedado de España. Su nombre permanecería grabado a fuego durante generaciones y aún hoy es sinónimo de caudillo invencible, porque a Almanzor el victorioso sólo le derrotó la muerte.

A mediados del siglo X la antigua Hispania romana se había convertido en un califato musulmán. Los árabes que habían llegado tres siglos antes serían bárbaros iletrados pero no tontos, se habían quedado con lo mejor: con las costas del Mediterráneo tapizadas de palmeras y naranjos en flor y con los fértiles valles del Ebro y del Guadalquivir, que son una delicia y huelen a azahar. Lugares, en suma, muy agradecidos donde el Islam echó raíces y floreció. A la cabeza de aquel reino se situaba un califa que residía en Córdoba, una antigua ciudad romana que viviría en estos siglos su gran momento histórico. Sacando partido de la jugosa herencia romana, los moros hicieron de Al Ándalus un califato próspero, poderoso y temido.

Muy al contrario, al norte, más allá del Guadarrama y en las sierras del Pirineo malvivían un puñado de reinos y condados cristianos, despoblados y débiles, castigados por expediciones de castigo o aceifas que, regularmente, enviaba el califa para proveerse de esclavos y, sobre todo, de esclavas, muy apreciadas en la Corte cordobesa. Con esta vida de sufrimientos, los aperreados cristianos sólo podían esperar que llegase el Apocalipsis, que un guerrero llegado del sur les diese la puntilla. No olvidemos que estaban cerca del año mil, y, según el calendario de San Juan, al mundo le quedaban cuatro días mal contados antes del inevitable Juicio Final.

Mientras negros nubarrones cubrían el horizonte de los españoles del norte, la familia de los Al Maafi, avencidada cerca de Algeciras y descendiente de un antiguo linaje yemení, vivía tan ricamente trayendo hijos al mundo. En su seno nació a mediados de siglo Abu Amir Muhammad, un joven ambicioso que, tan pronto como pudo,

se trasladó a Córdoba para medrar y hacer fortuna en la capital. En Córdoba no ataban a los perros con longaniza, pero se había ganado el sobrenombre de la perla de occidente, rivalizando en grandeza y refinamiento con la misma Bagdad.

En la Corte, la carrera de Abu Amir fue meteórica. Estudió el Corán a fondo en alguna de las muchas madrasas que tenía la ciudad y se empleó como escriba, tomando al dictado las demandas que la buena gente analfabeta quería hacer llegar al califa. Sus labores debieron ser tan apreciadas que un visir se lo presentó a Alhakén, un delicado príncipe amante de las letras y el arte. A él le debemos lo mejor de la mezquita de Córdoba y el palacio de Medina Azahara.

Abu Amir no estaba tan instruido como el califa ni poseía tanta sensibilidad artística, pero le birló a la favorita, la vascona Subh. Era muy habitual que los emires y nobles musulmanes enriqueciesen sus harenes con hermosas mujeres del norte, especialmente si eran rubias y metidas en carnes. Un gusto que, según parece, no ha decaído entre los árabes actuales.

Protegido por Subh, Abu Amir fue ascendiendo por los escalones del poder. El califa le nombró general y le envió al norte de África para que fuese fogueándose en las artes de la guerra o, quizá, para que dejase de enredar en el harén, porque la garbosa apostura del algecireño se lo estaba desgraciando.

En esas estaba cuando el califa murió. Su heredero, Hisham, tenía sólo diez años y era incapaz de hacerse con las riendas del Gobierno. Los espadones de la Corte, que de eso siempre hemos ido sobrados, pensaron que mejor sería liquidar al niño y nombrar a otro. Subh descubrió la trama y se la confió a su amante. Abu Amir era ya importante, pero no tanto como para hacerse con el poder. En un cónclave secreto decidieron los notables del califato estrangular al aspirante. Nuestro hombre se presentó voluntario, y cuentan que lo hizo con sus propias manos.

Con Hisham correteando por las estancias de palacio y la reina madre Subh atendiendo sus deseos, Abu Amir se convirtió en una de las personas más poderosas e influyentes de Córdoba. Sólo dos hombres se interponían entre él y el poder: el visir Yafar Al Musafi y el distinguido general Galib, glorioso vencedor de los cristianos. Hizo una jugada maestra para deshacerse de ambos. Primero acabó

con el político valiéndose de la ayuda del militar al que luego dio matarile y entremedias se casó con su hija, la bella Ismá. Digno de las mil y una noches.

A Musafi le tendió una trampa y el antaño hombre fuerte de Alhakén terminó sus días estrangulado en la cárcel de Córdoba. El estrangulamiento, una muerte reservada a los reyes. Con Galib no fue tan suave, le dedicó una agonía terrible después de enfrentarse con él en el campo de batalla. Cuentan que ordenó que le despellejasen y que sus restos fuesen crucificados delante del alcázar. El infierno mismo para un musulmán.

Sin enemigos incómodos pudo, al fin, disfrutar del poder absoluto. Tenía sólo 40 años y la ambición intacta. Para igualar su gloria a la del califa mandó construir cerca de Córdoba un palacio a imagen y semejanza del de Medina Azahara, el de Madinat Al Zahira (la ciudad resplandeciente) Como no quería quedar por debajo que los califas y buscaba que el pueblo le viese como tal, encargó la última ampliación de la mezquita y se hizo llamar Al Mansur Bil Allah o el Victorioso de Alá, es decir, Almanzor, que es el nombre con el que pasaría a la historia. OBJ OBJ

La paradoja que se daba entonces es que Abu Amir sería todo lo Almanzor que él quisiese, pero no había ganado una sola batalla en condiciones a los cristianos. Todo se lo debía a su encanto primero y a su falta de escrúpulos después. Un líder que quisiese ser apreciado en la Córdoba califal debía salir, al menos una vez en su vida, y dar su merecido a los infieles del norte. Ocupado como había estado en estrangular y despellejar a los que le hacían sombra apenas había tenido tiempo de dar una dentellada a los crecidos cristianos que se aventuraban por las tierras del Ebro. Y eso era una intolerable mancha en su, por otro lado, inmaculado expediente.

Concibió entonces la idea de golpear a los cristianos como un martillo; todos los años, cada vez con más fuerza, saquear sus campos, incendiar sus ciudades, profanar sus templos y convertir a los que quedasen con vida en esclavos. Nada del otro mundo, en la Edad Media no se hacían prisioneros, las guerras eran así.

La primera campaña la dirigió contra León, arrasó Zamora y le dio un palo a la coalición de leoneses, castellanos y navarros que le estaban esperando en Rueda. Era sólo el principio. En 985 dejó a los leoneses respirar y dirigió sus fuerzas contra Cataluña. El conde

Borrell, que le había prestado sumisión, no se lo podía creer, intentó parar el golpe pero de nada le sirvió, la morisma se ensañó con Barcelona y devastó los condados aledaños.

Si era eso lo que le hacía a los amigos, los enemigos podían ir preparándose. En 987 un nuevo ejército abandonó Córdoba para asolar el reino leonés por lo que, andando el tiempo, sería Portugal. Arrasó Coimbra y se dirigió a por la presa más codiciada, la ciudad de León, el símbolo de la resistencia cristiana cuyos reyes eran herederos de Pelayo. No dejó piedra sobre piedra. El rey Bermudo, que tuvo que salir en estampida de la capital, se refugió en Galicia, donde pensaba que nunca se atreverían a entrar los bárbaros del sur. Se equivocaba.

El rey de Navarra, viéndolo venir, bajó hasta Córdoba para inclinarse ante Almanzor y ofrecerle su vasallaje. Esto era mucho más de lo que hubiera soñado el afortunado escriba de Algeciras, todo un rey, acaso el más respetado de la cristiandad hispana, arrodillado ante él en el salón del trono de su palacio. Los botines obtenidos en las continuas aceifas estaban, además, colmándole de riquezas y engordando las arcas del califato. Tal cantidad de todo llegó a Córdoba en aquellos años que hasta bajó los impuestos, medida recibida con júbilo por un pueblo que le veía como un guerrero de leyenda. Para celebrar su fama se hizo llamar, aparte de Almanzor, Malik Karim, esto es, Rey Noble. Estaba a un paso de la corona, de convertirse por derecho en lo que ya era de hecho.

Los únicos que le enseñaban los dientes eran los castellanos, condado fronterizo de campesinos libres que, en sólo cien años, se había extendido desde el Cantábrico hasta Somosierra. Envió una expedición contra el levantisco condado y aplastó la resistencia en Gormaz, a la sombra de su espléndida fortaleza. Después se dieron un festín saqueando Álava, Burgos y Soria.

La España cristiana estaba, en 997, en su momento más bajo desde la invasión musulmana. Sólo había que poner el broche final. Personalmente al frente de un nutrido ejército se dirigió a Santiago de Compostela. Contra Almanzor no había victoria posible por lo que los habitantes abandonaron la ciudad animados por el obispo Mendoza. Los moros se cebaron a conciencia con uno de los corazones de la cristiandad. Normal que muchos pensasen que el fin del mundo estaba cerca.

Para que quedase constancia de su hazaña, ordenó llevar las campanas y las puertas de la catedral hasta Córdoba a hombros de esclavos cristianos. Las primeras fueron devueltas a Santiago por Fernando III, a hombros de moros, claro. Las segundas forman parte del techo de la mezquita.

La gesta compostelana le convirtió en un personaje mítico del que se hablaba en todo el mundo islámico, desde los arenales de Persia hasta el Magreb. Tan sólo le quedaba por castigar un reino cristiano: Navarra, que, aunque era obediente, no iba a librarse del martillo de Alá. El último año del primer milenio Pamplona fue salvajemente pillada e incendiada. La aceifa continuó por los valles del Pirineo donde, poco después, nacería el reino de Aragón.

Veintitantos años de guerra, aunque sean victoriosos, pasan factura a cualquiera y Almanzor, ya sesentón, no era una excepción. Su última campaña la dirigió contra Castilla, la irreductible Castilla que no le daba más que disgustos. Corría el verano del año 1002, se encontraba guerreando en Soria, se puso malo y murió en algún lugar de las serranías ibéricas, cerca de Medinaceli. Acababa, eso sí, de saquear el monasterio de San Millán de la Cogolla, el mismo lugar donde, unos años antes, nuestra lengua castellana había dado su primer balbuceo.

Siglos después, y para quitarse la mala conciencia de no haber podido ganar una sola escaramuza contra Almanzor, los cronistas cristianos se inventaron una batalla en la que las tropas andalusíes mordieron el polvo, la de Calatañazor. De aquí nacería aquello de "Calatañazor, donde Almanzor perdió su tambor". La batalla no existió pero hasta hoy perdura la rima.

A su muerte el califato quedó en manos de su hijo, Abdelmalik, que se lo disputó con su hermano, y éste con un general que terminaría por extinguir la estirpe de Almanzor. Envuelto en mil disputas, el califato fue de mal en peor y en pocos años se vino abajo. La estrella de Ál Andalus comenzaba a decaer, pero eso los baldados cristianos no lo sabían, apenas acertaban a escribir acongojados: "En el año 1002 murió Almanzor y fue sepultado en los infiernos". Razón no les faltaba.

El Cid cabalga

Hace unos diez siglos, en algún momento entre los años 1040 y 1050, nació en una diminuta aldea de Burgos el que vendría a convertirse en el héroe nacional por antonomasia. Es lo que tienen las figuras de leyenda, que nacen donde uno menos se lo espera y sus felices progenitores no tienen siquiera el detalle de consignar el año del alumbramiento. El nombre y apellido, como era cosa del cura, no se olvidaron de apuntarlo. Le pusieron Rodrigo por su madre, Teresa Rodríguez, y Díaz, porque su padre se llamaba Diego. De aquella peculiar costumbre de nuestros ancestros proviene buena parte de los numerosos apellidos castellanos rematados en z, que hoy delatan de manera inequívoca la hispanidad de sus portadores.

Rodrigo Díaz, sin embargo, no iba para héroe. A pesar de que su padre era infanzón, algo a medio camino entre hidalgo y noble, nada llevaba a pensar que un aldeano llegase a codearse con los más reputados personajes de la Corte y, mucho menos, que superase en fama a todos los hombres de su tiempo. Pero tuvo suerte. Gracias al apoyo que Diego había prestado al rey Fernando I, su hijo fue obsequiado con una plaza en el séquito del heredero, el infante don Sancho, que fue quien le ordenó caballero. Hicieron buenas migas y como Rodrigo era avispado y valiente pronto se vio sirviendo a su señor en la guerra con singular acierto, gracias a lo cual se ganó los títulos de Alférez Real y Campeador, porque en las justas no había quien le venciese.

En 1065, Fernando I, primer rey de Castilla, murió cristianamente, no sin antes haber dividido el patrimonio regio entre sus hijos. Esto era algo relativamente frecuente en la Edad Media. Un rey se pasaba toda su vida guerreando y conquistando el reino de al lado (que solía ser el de su hermano) para luego morir y repartir lo conquistado entre sus hijos para que todo volviese a empezar. A Alfonso le tocó León; a García, Galicia, y a Sancho, el padrino de Rodrigo, Castilla. Este reparto, naturalmente, no satisfizo a ninguno, y según murió su madre, la reina, los hermanos llegaron a las manos. Ya se sabe, las malditas herencias.

Ganó el más listo, que era Sancho. Pero no pudo saborear la victoria porque, cuando se encontraba sitiando Zamora, un tal Bellido Dolfos le asesinó alevosamente. Se citó con el rey a escondidas con

la excusa de que se iba a unir a él y, cuando el monarca bajó la guardia, le asestó una puñalada por la espalda con una daga de oro que pertenecía a Alfonso. O al menos eso cuenta la tradición. A Rodrigo, que se encontraba allí, no le quedó más que escoltar al cadáver hasta el monasterio de Oña y prestar contrito arrepentimiento y lealtad a Alfonso, el hermano rebelde del finado.

Alfonso mantuvo su confianza en el joven alférez de Vivar, pero le quitó el cargo para dárselo a García Ordóñez, uno de sus fieles. Lo de siempre, viene uno nuevo y pone a los de su cuerda. La continuidad institucional nunca ha sido uno de nuestros fuertes. Rodrigo no se lo tomó tan a mal como se ha querido hacer ver después. Participó en la campaña de La Rioja contra el rey moro de Zaragoza haciendo méritos y el rey le recompensó concediéndole la mano de su sobrina, Jimena Díaz, como Rodrigo, porque el padre de la novia se llamaba Diego. El hijo de ambos se apellidaría Rodríguez. Lógico, ¿o no?

Se produjo entonces la ruptura entre el rey y su vasallo. No sabemos a ciencia cierta a causa de qué, pero hay dos versiones, a gusto del consumidor. Según la primera, Rodrigo y su mesnada se internaron en el reino taifa de Toledo y lo saqueo a placer, como sólo entonces se hacían esas cosas. Hasta aquí todo perfecto, sino hubiese sido porque el rey Al Qadir de Toledo era un protegido de Alfonso. El monarca castellano armó una buena al enterarse y desterró a su desobediente vasallo. Al final para nada, porque, cuatro años después, el que saquearía y conquistaría Toledo sería el propio Alfonso.

En esto Alfonso VI se anticipó al mismísimo Fernando el Católico, que pactaba siempre para no cumplir nunca. No era ninguna tontería eso de recobrar para la cristiandad con honores y trompetería la antigua y añorada capital de los godos. Y la recobró tanto que aún sigue ahí el cardenal primado de España. De Al Qadir y su dorada Taifa a orillas del Tajo nunca más se supo. La historia del Islam en España está plagada de tristes historias. No sé cómo algunos ahora insisten OBJ en reconquistar lo que tantos tormentos les ocasionó en el pasado.

OBJLa segunda, por el contrario, mantiene la disputa dentro de los lindes de la hoy provincia de Burgos. Rodrigo, que había prestado caballeresco vasallaje al malogrado Sancho, no podía pegar ojo con la idea de que hubiese sido su hermano, carne de su carne, el

responsable del regicidio a las puertas de Zamora. Abrumado por las dudas, se lo hizo saber a Alfonso y le emplazó en Santa Gadea a jurar que no había tenido nada que ver en el complot de Bellido Dolfos. El rey, sin arrugarse más de lo estrictamente necesario, juró:

“do juran los fijosdalgo [...] sobre un cerrojo de hierro y una ballesta de palo. Las juras eran tan recias que al buen rey ponen espanto”.

“Mucho me aprietas, Rodrigo, Cid, muy mal me has conjurado, mas si hoy me tomas la jura, después besarás mi mano.”

Y no besó su mano, pero se tuvo que ir del reino. Alfonso le desterró por un año, pero Rodrigo, que era más castellano que nadie: “Tú me destierras por uno yo me destierro por cuatro”. Nueve siglos más tarde Manuel Machado puso el broche final a la tragedia:

“El ciego sol, la sed y la fatiga. Por la terrible estepa castellana, al destierro, con doce de los suyos -polvo, sudor y hierro-, el Cid cabalga.”

Aunque la primera, la del asalto a la Taifa de Toledo parece más verosímil, yo me quedo con la segunda que es, digamos, más heroica y, sobre todo, más poética.

El desterrado envainó la Tizona, que es como se llamaba su espada, y se dirigió a Barcelona, para ponerse al servicio de Ramón Berenguer II, pero el catalán le rechazó. Cabizbajo, remontó el Ebro y ofreció su lanza a Al Mutamín, rey moro de Zaragoza contra cuyo padre había combatido en tiempos pasados. La estrella de Rodrigo volvió a brillar. Se tomó la revancha con el conde de Barcelona, a quien derrotó y apresó no muy lejos de Lérida. Los catalanes tuvieron que pagar un crecido rescate, y es que por donde las dan las toman. Al Mutamín, encantado con el fichaje, le colmó de honores, privilegios y el sobrenombre con el que pasaría a la historia: Cid, que viene del árabe “sayyid” y significa Señor.

Uniendo el nuevo y flamante título conquistado en tierra de moros, con el de Campeador, que ya lo traía puesto de Castilla, combatía fieramente con quien tocase y, tras vencer, se acercaba a su enemigo y desde lo alto de su caballo Babieca le espetaba con indisimulado orgullo burgalés: “¡Yo soy Ruy Díaz, el Çid

Campeador, de Vivar!”. Para que no olvidasen con quien se las habían visto.

Tras la conquista de Toledo, los muslimes hispanos vieron por primera vez las orejas al lobo. Los asilvestrados cristianos del norte, que hasta poco antes se hallaban acogotados y eran presa fácil de las incursiones del califato, les habían salido respondones. Sus ejércitos no daban tregua. Eran decididos, pendencieros y ubicuos. Cabalgaban por la Mancha, por Extremadura, por el valle del Ebro; saqueaban sus ciudades, metían fuego a sus huertos y, encima, habían dado la vuelta a la tortilla. Ahora eran los reyes moros los que tenían que pagar tributos a los cristianos, y no al revés, como había venido siendo desde el momento en que el moro Muza puso su babucha izquierda en una playa de Tarifa.

Al Mutamid, el rey moro de Sevilla que como buen poeta era algo aprensivo, aseguró que prefería ser camellero en África a verse como porquero en Castilla y pactó con unos fanáticos, los almorávides, que habían incendiado el Magreb a golpe de sable. Iban de negro riguroso, daga al cinto, cara de pocos amigos y, a decir, del romancero, eran “más feos que Satán con todo su convento cuando sale del infierno sucio e carboniento”.

Alfonso de Castilla los salió a recibir y se llevó un susto mayúsculo, y no porque fuesen feos sino porque no dejaban títere con cabeza. El ejército morabito le dio una buena tunda en Zalaca y, de vuelta a Burgos, hizo llamar al Cid, ya convertido en una leyenda, para restituirle los honores arrebatados años antes. Rodrigo aceptó pero, como conocía el paño, cambió la estrategia para combatir a los almorávides.

En lugar de atacarles por el sur, que era su finca particular, pensó con acierto que la clave para frenar a los bárbaros venidos de África era controlar Levante. Una zona mucho más débil que Andalucía y donde el Cid tenía buenos amigos entre la nobleza musulmana, escarmentada en la cabeza del desdichado sevillano Al Mutamid, que murió en África, pobre, sólo y sin llegar siquiera a tocar un camello. Otra triste historia.

Los almorávides le vieron venir y ocuparon Valencia, que era la perla que deseaba el Cid con todas sus fuerzas. Le llevó 19 meses conquistarla, al cabo de los cuales entró en ella con un ejército lo más variopinto que imaginarse pueda: castellanos, leoneses, gentes

del alto y del bajo Aragón, moros de Tortosa, de Toledo y de Denia... un caleidoscopio de la España de hace mil años, que era tan complicada como la de hoy aunque algo más peligrosa. Hecho esto, ordenó quemar vivo a Ben Jahhaf, el cadí almorávide que había resistido el asedio.

En Valencia viviría sus últimos años, guerreando, como siempre, y ganando una batalla tras otra a los almorávides de refresco que, de tanto en tanto, enviaban desde el sur. Aunque Rodrigo había tomado Valencia en nombre del rey de Castilla, lo cierto es que gobernó a solas, sin dar cuentas a nadie. Cuando sintió que la ciudad era suya, pidió a Toledo que le enviasen un obispo y le puso a oficiar en la mezquita reconvertida en catedral. Pero Valencia estaba demasiado lejos de Castilla. Era indefendible y la ciudad se encontraba permanentemente asediada. Un anticipo de lo que padecerían los cruzados de Tierra Santa poco después.

En uno de los sitios, recibió un flechazo y murió en su cama del Alcázar. La leyenda cuenta que, antes de morir, pidió a Jimena cabalgar por última vez a Babieca, le subieron a sus grupas, abrieron las puertas y la tropa almorávide que esperaba fuera salió en estampida al ver al Campeador con la Tizona en ristre. Un final digno de un héroe que la literatura le regaló siglos después. Allí fue enterrado hasta que, tres años más tarde, Alfonso VI acudió, a petición de Jimena, a evacuar de la ciudad a los pocos cristianos que quedaban. OBJ

Se llevaron los restos del Cid hasta Burgos, hasta el monasterio de San Pedro de Cardeña, donde reposarían durante siglos. Durante la Guerra de la Independencia, los soldados franceses profanaron su tumba tratando de aventar con ello la memoria del país que acababan de invadir. Los huesos, no se sabe bien cómo, aparecieron en Alemania y Alfonso XII, lejano sucesor de aquel Alfonso medieval que rescató a Jimena de Valencia, los hizo traer de vuelta a España. Desde entonces gozan de un privilegiado emplazamiento en la catedral de Burgos. Han pasado más de novecientos años de aquello y Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar, aún cabalga.

La ciudad que se acostó Magerit y se levantó Madrid

En algún momento del año 1083, no se sabe exactamente en qué mes, los soldados de Alfonso VI, rey de Castilla, de León y de algunos reinos más que no vienen al caso, saltaron el cerrojo del valle del Tajo tomando la pequeña villa fortificada de Madrid. Era una simple atalaya, un puesto de frontera que los moros habían utilizado durante 200 años para vigilar la marca septentrional del emirato cordobés y de la taifa que le sucedió tras la implosión del califato de occidente, que es como a la morisma local le gustaba autodenominarse para no ser menos que sus hermanos damascenos y bagdadíes.

La conquista de Madrid, primera plaza fuerte de la campaña, tenía que hacerse de un modo sigiloso, sin levantar revuelo ni atraer demasiado la atención de los toledanos o de sus belicosos vecinos de las taifas zaragozana y valenciana, en aquellos momentos muy mal avenidas con los castellanos. Si lo advertían podrían chafar todo el plan reforzando la plaza o contraatacando en las sierras, que antes de ser refugio de bandoleros fueron campo de batalla.

En lugar de asediar la ciudad, encaramada a un altozano con vistas al Manzanares y dotada de respetables murallas, Alfonso se aproximó de noche en absoluto silencio. Cuando la calma que precede al sueño reinaba intramuros y todos, guardias moros incluidos, dormían plácidamente, un grupo de soldados trepó por la muralla, la franqueó y abrió las puertas al cuerpo principal del ejército, que se precipitó dentro de la ciudad, haciendo una escabechina, qué menos.

El rey, que había bajado a caballo desde Ávila para ser testigo del asalto, se quedó sorprendido al ver la agilidad gimnástica con la que los soldados escalaban por la muralla. “Anda, míralos, parecen gatos” cuentan que dijo orgulloso a uno de sus ayudantes. La frase, probablemente apócrifa, cosechó fortuna y hoy todos los madrileños somos gatos por aquella nocturna y silenciosa gesta de nuestros antepasados. De ellos hemos heredado lo primero, no lo segundo, por eso, para desquitarnos del espeso silencio de la primera hora genuinamente madrileña hacemos todo el ruido posible por la

noche, no vaya a ser que vuelvan los moros y nos encuentren dormidos.

Aquella de 1083 fue la última noche del Magerit andalusí y la primera del Madrid cristiano. En esto los castellanos medievales no se andaban con bromas. Los musulmanes fueron expulsados y obligados a asentarse fuera de la muralla donde podían levantar una morería, que es como se conocía en la Edad Media a los barrios musulmanes, hasta que la corrección política se entrometió y se les empezó a llamar aljamas. Si la vida ahí, en el arrabal, aperreados junto al río con sus humedades, sus sapos croadores y sus culebras de agua, se les hacía imposible de llevar, siempre podían coger sus bártulos y emigrar a Córdoba, que es lo que hicieron muchos cuando, en la mezquita mayor, unos frailes empezaron a tañer las campanas. Otros se quedaron, que Madrid es mucho Madrid y merece la pena hasta cuando manda el enemigo.

La pequeña comunidad judía lo celebró porque los moros les freían a impuestos mientras que con los cristianos pasaban a recaudarlos. Los mozárabes, cristianos atrapados dos siglos, varias generaciones, en tierra musulmana saltaron de alegría. Con el paso de los días descubrieron que sus hermanos del norte hablaban una lengua extraña: el castellano, un romance arriscado como las montañas cantábricas que lo habían visto nacer; o que celebraban la misa por un rito más extraño aún: el romano, una rareza traída de ultrapuertos desvinculada de la tradición goda con la que tenían que comulgar sí o sí porque en el siglo XI el papel del laicado era, digamos, bastante menos activo que en nuestros vaticanos tiempos.

A Alfonso, que había pasado un verdadero calvario para ceñirse y conservar la corona de su conflictivo reino, se le había metido en la cabeza acabar con el taifa de Toledo, el más débil de todos y, a la vez, el más apetitoso por su gran contenido simbólico. Toledo había sido Corte de los reyes godos y se encontraba en el mismo corazón de la vieja Hispania. Todos los caminos la cruzaban y, lo que era aún más importante, seguía siendo la sede de la primatura episcopal de las Españas.

Una vez en sus manos podría reclamar el reconocimiento del resto de reyes cristianos, erigirse en legítimo heredero de Rodrigo y recibir una palmada en la espalda del Papa, obligado a partir de aquel momento a declarar las bulas de cruzada que fuesen necesarias para que Alfonso –y la Santa Madre Iglesia– siguiese

acrecentando sus dominios.

Con Madrid en la mano y las cosas muy claras puso sitio a Toledo al año siguiente. Los reyes moros de Zaragoza y Valencia se aliaron para acabar con él. Sin éxito dicho sea de paso. El rey de Toledo, un tal Al Qadir, cobardón y traicionero –más lo primero que lo segundo– no tenía ninguna intención de combatir así que el 25 de mayo de 1085 –este día sí que lo sabemos porque los cronistas se encargaron de dejarlo bien apuntado para la posteridad– las tropas castellanas con Alfonso VI a su cabeza penetraron en el Toletum visigodo poniendo fin a 374 años de dominio musulmán.

Los nuevos límites de Castilla quedaron fijados con la conquista de Guadalajara y Talavera de la Reina ese mismo año. Frente a esa línea imaginaria de encinares y pueblos abandonados se extendía una tierra de nadie que llegaba hasta las estribaciones de Sierra Morena. La reconquista iba sobre raíles, al menos en su parte central. Por levante, poniente y el valle del Ebro llevaban mucho más retraso. Lérida, por ejemplo, no fue arrebatada a los musulmanes hasta el año 1149 y Lisboa hasta 1147. Eso entonces no se sabía y Alfonso VI, satisfecho, contemplando desde un cigarral el encerrado meandro que traza el Tajo al pasar por Toledo, pensaba que su nieto bien podría pisar triunfante las playas de Tarifa.

Nada más lejos de la realidad. En el remoto Marrakech un tal Yusuf Ben Tasufin, un moro vestido negro de la cabeza a los pies con el Corán en una mano y la espada en la otra emprendía el camino. Le acompañaba una muchedumbre fanática que los nuestros dieron en llamar morabitos y OBJ los historiadores almorávides, que queda como más técnico y aséptico. Les había llamado el rey moro de Sevilla mientras ponía a remojar las barbas tras haber visto como se las cortaban a su colega toledano. Pero esta, es otra historia que veremos a continuación.

Morabitos de ida y vuelta

Recapitulemos, estamos la Castilla (y el León) del año 1085, con la morisma escocida por la pérdida de Toledo y Alfonso VI cabalgando junto sus recrecidas huestes por la ribera del Tajo. Pero este, siendo malo, no era el peor de los achaques, que padecía el Islam hispano del siglo XI.

En los confines occidentales del gran imperio islámico la fe se había relajado bastante. Pasados los primeros siglos de expansión, campañas victoriosas, conversiones en masa y conquista tras conquista, los fieles de lo que hoy es el Magreb y el tercio meridional de España, empezaron a pasarse el Corán y la ortodoxia religiosa por el arco del triunfo, que para algo antes de moros habían sido romanos.

Los alfaquíes, una especie de santones morunos siempre observantes del cumplimiento de las buenas costumbres, observaban atónitos el proceso, al parecer irreversible, de decadencia moral y pasaron a la acción. Uno de ellos, Abdalá Ben Yasin, un contrito ulema maliquí muy estudiado en las madrasas, se puso a predicar por las ciudades del Atlas. Con muy poco éxito. La gente no le hacía demasiado caso y, como criticaba a los poderosos, terminaron echándolo a patadas. Buscó refugio en un "ribat" (fortaleza) bereber donde, poco a poco, con paciencia y un Corán, emulando al mismo Mahoma, se hizo con un pequeño grupo de incondicionales.

Al cabo de unos años de fanáticas prédicas en las que Yasin clamaba por la vuelta a la pureza del Islam original, ese grupo, al que llamaban Al-Murabitum (los hombres del ribat), creció sin cesar. Llegaron a ser tantos que Yasin se planteó la posibilidad de hacer con el sable lo que no había conseguido hacer con la lengua. Pero él era un simple ulema, un estudioso, un hombre de mezquita, cabezazo y ablución, así que buscó un militar, un tal Abu Bakr, para que llevase a buen puerto sus planes bélico-religiosos.

En el año 1036 los Al-Murabitum tomaron la ciudad de Sigilasa, que es por donde entraban las caravanas de camellos cargadas de oro africano. Contaba ya con las dos cosas que hacen falta para construir un imperio: voluntad de conquista y dinero que la financie. A Abu Bakr le sucedió su sobrino, Yusuf Ben Tasufin, que

se encargó de someter todas las ciudades de Marruecos y de fundar una nueva, Marrakech, que sería la capital.

Los Al-Murabitum, o morabitos, que es como se les conocía a este lado de la frontera, observaban los preceptos del Corán al pie de la letra. Iban vestidos de negro riguroso, tapados de cabeza y pies con una abertura a la altura de los ojos. Llevaban una vida dura, consagrada a la guerra y a la oración sin dar cuartel en ninguna de las dos cosas.

Eran, aproximadamente, lo contrario de los reyes moros españoles, que gobernaban las taifas desde suntuosos alcázares dándose la vida padre, rodeados de cortesanos, poetas y músicos. Entregados a los placeres mundanos, bebían vino, mantenían concurridos harenes poblados por cristianas rubias y lustrosas y, para evitar los problemas, mandaban embajadas, oro y marfil a los usurpadores monarcas cristianos que, palmo a palmo de tierra, les habían birlado medio Al Ándalus.

Allí, en la España arrebatada al Islam, a orillas del padre Tajo, saliendo a cazar por los montes cercanos cuando el día salía bueno y despachándose un cochinillo a solas en el alcázar cuando salía malo, vivía Alfonso VI de León y Castilla, hijo predilecto de la vieja estirpe goda que sólo tres siglos antes había salido en estampida para esconderse tras las montañas cantábricas. Alfonso era el hombre del momento, el español de moda, espada de herejes, martillo de Roma. Luz de Trento todavía no porque a Lutero le quedaba mucho para nacer y el concilio aún no se había convocado.

En el otro lado, en el de los perdedores, se encontraba el sevillano Al Mutamid. Era uno de esos reyes moros dedicados al harén, a la bodega y la poesía, pero angustiados por lo intratables que estaban los cristianos desde que el califato se había hecho trizas en el año 1031. Temiendo que Alfonso se armase de nuevo de valor y le diese por saltar sobre Sierra Morena y liquidar la taifa, pidió el auxilio de Ben Tasufin. Éste respondió capitaneando un gran ejército que, en la península, se uniría con los de Sevilla, Granada y Badajoz, que ya habían convocado por su cuenta la yihad desde todas los minaretes de Al Ándalus.

En 1086, sólo un año después de la reconquista de Toledo, el ejército musulmán y el de Alfonso VI, se encontraron junto al

Guadiana, en Sagrajas. La derrota cristiana fue absoluta. Los que quedaron huyeron despavoridos hacia el norte para defender Toledo de la previsible embestida islámica. Esta nunca se produjo. Poco después de la batalla llegó hasta Badajoz la noticia de que el hijo de Tasufin acababa de morir en Ceuta. El victorioso general lo dejó todo para volver a África y la alianza islámica se disolvió tan rápido como se había formado.

Dos años después, repuesto del luto, Ben Tasufin estaba de vuelta en Al Ándalus. Esta vez tenía pensado dar el golpe de gracia a Castilla en su flanco oriental, en el castillo de Aledo, un enclave cristiano en mitad de la taifa de Murcia desde donde se armaban expediciones de castigo contra las tierras musulmanas. En esta segunda ocasión Ben Yasufin se dio cuenta de dos cosas: que los cristianos no eran tan fáciles de vencer como creía, y que Al Andalus era un desastre con las taifas yendo cada una por su lado, peleándose continuamente y más proclives a fastidiar a la taifa de al lado pactando con los cristianos que a unirse en la reconstrucción del califato.

Como así no se iba a ninguna parte, decidió anexionarse Al Ándalus entero. Se olvidó de los cristianos y fue, uno a uno, conquistando todos los reinos moros de la península. Algunos, caso de los moros de Albarracín, que eran duros como una piedra, se resistieron varios años hasta que, en 1110 toda la España mora volvió a estar unificada.

Los almorávides, “más feos que Satán” a decir del poeta, le dieron la vuelta a los degenerados usos sociales andalusíes. Se prohibió la música y la poesía, se persiguió a los judíos y a los pocos cristianos mozárabes que iban quedando. Las iglesias fueron derribadas, las vides arrasadas, los harenes menguados en tamaño y calidad. Los alfaquíes, antes ninguneados, recuperaron su papel de policías religiosos, de jueces y parte en todos los litigios. Cualquier desviación era severamente castigada generalmente con la muerte por decapitación, los latigazos y la amputación de miembros. Todo era, según decían, por estar a buenas con Alá, que sería quien en última instancia les daría la victoria sobre los infieles.

Pero los infieles no estaban por la labor de ceder ni un palmo de la tierra que les había costado tantos siglos recuperar. A pesar de todos sus esfuerzos, ni Ben Tasufin ni su heredero Alí Ben Yusuf pudieron nunca reconquistar Toledo y fueron completamente

incapaces de sacar de Valencia a Rodrigo Díaz de Vivar, un caballero andante cuya figura se había convertido en leyenda entre moros y cristianos. Obsesionados con la pétrea resistencia de los castellanos y los leoneses, se olvidaron de que, pegado a las faldas de los Pirineos, había otro reino cristiano bastante peleón, el de Aragón, que acababa de reconquistar Huesca.

Su rey, que también se llamaba Alfonso, el que "veynte nueve batallas vençió", aprovechó el despiste y se plantó delante de los muros de Zaragoza con intención de hacerla suya. Había conseguido una bula de Cruzada y el apoyo militar de Gascuña y de algunos condes catalanes. El sitio duró nueve meses hasta que el 18 de diciembre de 1118 la capital del Ebro cayó como una fruta madura. Más al sur, en la inmensa madrasa en la que se había convertido Al Andalus, lo que cayó en picado fue la popularidad del Gobierno almorávide.

Los morabitos, que tenían a mal traer a la gente con tanto celo religioso y tanto latigazo, no valían ni para conservar una de las principales plazas andalusíes. Dos años después de la caída de Zaragoza empezó la rebelión en la misma Córdoba. Alfonso de Aragón, envalentonado, se internó en territorio enemigo hasta Granada saqueando a su antojo y reclutando mozárabes por el camino que se llevó consigo para repoblar las fértiles vegas del Ebro. El poder almorávide se vino abajo con una rapidez pasmosa. Los que poco antes se paseaban victoriosos con sus prietas túnicas y sus cimitarras afiladas como el estoque de un torero, cruzaron el estrecho como alma que lleva el diablo.

Allí se encontraron con otros más fanáticos que ellos, los almohades, que se habían apoderado de Berbería defendiendo una visión de Islam aún más radical y rigorista. Los morabitos desaparecieron de la historia a la misma velocidad a la que habían llegado. Nadie les echó de menos.

Fernando el Santo o el nacimiento de Andalucía

El 6 de junio de 1217 una teja desprendida accidentalmente del tejado del Palacio Episcopal de Palencia vino a cambiar de golpe la historia de España. La teja, quizá suelta por las lluvias primaverales o simple descuido de un albañil chapucero –que no son cosa de ahora–, fue a estrellarse sobre la cabeza del rey de Castilla y lo dejó en el sitio sin remedio. El monarca, que se llamaba Enrique y contaba sólo 13 años, no tenía más descendencia que su propia hermana Berenguela y era el miembro de una familia extensa pero no muy bien avenida.

El mecanismo sucesorio se puso en marcha y fue Berenguela la beneficiaria del triste accidente. Ésta, que había nacido para reina pero no para soberana, llamó a su hijo Fernando que se encontraba en León junto a su padre, el rey Alfonso IX. Berenguela y Alfonso habían estado casados pero el Papa Inocencio III, enterado de que eran tío y sobrina, anuló el matrimonio. A los amartelados esposos les dio tiempo, eso sí, de traer cinco hijos al mundo. Este Alfonso IX era de ideas fijas y reincidente en lo que toca a la consaguinidad. Antes de Berenguela le había hecho tres retoños a una prima, Teresa de Portugal, uno de ellos también llamado Fernando que, para variar, murió joven y nunca llegó a reinar.

El otro Fernando, el de Berenguela, no era ajeno a los vaivenes de una familia tan inestable. Había venido al mundo en un pueblo de Zamora, exactamente en el interior de una tienda de campaña junto a un monasterio cuando sus padres se encontraban de aquí para allá con la Corte a cuestas. Se crió como segundón en tierras leonesas hasta que la inoportuna teja palentina cambió su suerte. Se trasladó a Valladolid, donde su madre había sido coronada como reina de Castilla, y allí mismo le hicieron rey con apenas 17 años. Advertido Alfonso IX de las maniobras de su ex con el niño, decidió invadir Castilla con la aquiescencia de unos nobles castellanos levantiscos y desleales acaudillados por el infante de Lara.

Fernando se negó a luchar con su padre, hombre de indudables arrestos pero no muy inclinado a la reflexión, haciéndole saber su propósito de entenderse pacíficamente. Al final el padre y el hijo se

entendieron con tanta paz como fue posible en la Concordia de Toro y el asunto quedó zanjado. El joven Fernando no tenía intención alguna de desangrarse en estúpidas disputas con sus vecinos leoneses cuando al sur el racimo de taifas andalusíes, los restos del antiguo y poderoso imperio moro, estaban maduros para la vendimia. Padre e hijo se dispusieron, cada uno por su cuenta, a enfilar el camino del sur. Alfonso IX descendió con sus tropas de bravos leoneses por la dehesa extremeña y en un par de años conquistó Cáceres, Mérida y Badajoz. Luego, volviendo de Compostela de agradecer a Santiago Matamoros su concurso en la victoria sobre los susodichos, se murió de puro agotamiento en una aldea perdida en las profundidades de Galicia.

La última jugada de Alfonso, sin embargo, estaba por destaparse. El heredero de León no sería Fernando sino sus hermanastras Sancha y Dulce. Fernando, ya convertido en rutilante y apuesto treintañero, se encontraba sitiando Jaén y encomendó a su madre la tarea de deshacer el lío armado por su vengativo padre conminando a las infantas a que renunciasen a lo que no era suyo. Las Cortes de León habían reconocido años antes a Fernando como heredero y, además, no era cuestión de abrir un nuevo conflicto ahora que todo pintaba tan bien de Sierra Morena para abajo.

Berenguela lo consiguió en un acuerdo privado con la madre de Sancha y Dulce, aquella Teresa de Portugal que dejamos más arriba recién separada de Alfonso por ser primos. El pacto, firmado en Valença do Minho, consagró la "unión perpetua de estos reynos" de Castilla y de León, es decir, que el día menos pensado se separan, porque en España no hay cosa más temporal que lo perpetuo, ni más perpetuo que lo temporal. Por de pronto llevan casi 800 años unidas, que no es ninguna tontería.

Cerrado el asuntillo paterno echó el resto en la conquista de Al-Ándalus. Antes, eso sí, se buscó una princesa digna del monarca que iba a llegar a ser. Aconsejado por su madre, se casó con Beatriz de Suabia que era una jovencita adornada por múltiples virtudes: guapa, alemana, de linaje paridor, nieta del emperador Barbarroja y, a decir de los cronistas "optima, pulchra, sapiens et pudica" o, lo que es lo mismo, buena, bella, sabia y pudorosa. Lo dicho, una joyita de mujer como siempre han sido las alemanas. Le dio 10 hijos y un heredero casi tan sabio como ella, Alfonso X.

Su primer objetivo era asegurar las plazas al otro lado de

Despeñaperros, que habían quedado desatendidas tras la inesperada pero fulgurante victoria de las Navas de Tolosa. En 1226 se apoderó de Baeza, lo que sirvió para meter el miedo en el cuerpo al taifa de Sevilla, un moro muy cobarde llamado Al-Mammun, que se puso a los pies del rey de Castilla para lo que fuera menester, y fue menester entregar a Fernando 300.000 maravedíes, un dineral, vamos. Con el sevillano hecho una alfombra y dinerito en el bolsillo recobró Trujillo en 1232 Montiel, Baza y Úbeda en 1233, Medellín en 1235…

Creyéndose en plena racha se concentró en Jaén y por dos veces se dio contra sus murallas. Desanimado por la terquedad de la morisma jienense se dirigió a Córdoba, es decir, a la boca del lobo, la ciudad de los califas, de Almanzor y Abderramán, el símbolo del poder musulmán en España… y la rindió en 1236. La cristiandad entera quedó conmocionada y más cuando a Roma llegó el modo en que Fernando de Castilla conquistaba.

Lejos de limitarse a ocupar el alcázar de la plaza conquistada con un pequeño contingente cristiano al uso de los cruzados de Tierra Santa, Fernando vaciaba literalmente de moros las tierras que iba tomando. Antes de entrar avisaba dando un ultimátum a los sarracenos que quedaban en la ciudad. O se iban o se iban, así de simple, no dejaba mucha elección. Sabía que si quedaban bolsas de musulmanes a sus espaldas éstos podían rebelarse o pedir ayuda a sus hermanos de África. La táctica, además, servía de acicate para que las gentes del norte se apuntasen a la cruzada. Y es que, bien mirado ¿quién no iba a cambiar el triste terrenito gélido y desamparado a las afueras de Soria por una soleada hacienda moteada de naranjos en flor a la ribera del Betis?

La conquista de Córdoba fue un bálsamo para los cristianos y un palo para los musulmanes, especialmente para los que les tocó cargar a hombros las campanas de la catedral de Santiago que, dos siglos antes, Almanzor había hecho llevar hasta Córdoba a hombros de cristianos. Por donde las dan las toman debió pensar el rey Fernando. El emir de Murcia captó el mensaje a la primera y puso sus barbas a remojar antes de que se las cortasen entregando la ciudad a Fernando. Murcia fue una excepción, no se vació de moros y, años más tarde, se produjo la temida sublevación. Jaime I hubo de sofocar la revuelta y la repobló con aragoneses. Ni que decir tiene que los problemas se acabaron ahí.

Jaén cayó, al fin, en 1246 después de seis meses de asedio. Mohamed Ben Nazar dio por imposible la resistencia y pactó con Fernando la rendición de Jaén a cambio de que le dejase afincarse en Granada. Este Ben Nazar sería el fundador de la dinastía nazarí de Granada y el que encargó la construcción de la Alhambra, el más bello palacio de cuantos se han construido jamás en España, quizá de Europa. Los granadinos, agradecidos verse libres de la amenaza castellana, le apodaron como Al Galib Bil Alá, o el victorioso de Alá. Esto viene a demostrar que los musulmanes de ayer son como los de hoy, víctimas sus propias patrañas. Porque Ben Nazar hizo muchas cosas buenas, pero no ganó una sola batalla a los cristianos, muy al contrario, colaboró con el rey cristiano en la conquista de Sevilla, que fue la obra magna de Fernando de Castilla.

A pesar del poder simbólico de Córdoba, la verdadera capital de Al Ándalus en el siglo XIII era Sevilla, ciudad opulenta y orgullosa, puerto de mar que ya presumía de Giralda, Torre del Oro y Alcázar. Conquistarla era apuntillar al Islam hispano definitivamente. A Fernando le estaba pasando lo que a todos los conquistadores legendarios, que cuanto más tenían más querían. Sevilla era el premio gordo en la lotería de la reconquista, lo demás sería pedrea, aproximaciones y reintegros. Fernando se afanó a ganarlo antes de que la muerte viniese a visitarle, que en esa época y dedicándose uno a la guerra pasar de la cincuentena era una proeza reservada a unos pocos privilegiados de la fortuna y la genética.

La conquista de Sevilla se planificó con sumo cuidado. Por tierra la retaguardia estaba cubierta por lo que el sitio podría sostenerse durante todo el tiempo que fuese necesario. El problema radicaba en que Sevilla, a diferencia de Córdoba o Jaén, podía ser auxiliada a través del río. El rey Fernando pensó en ello y ordenó al burgalés Ramón Bonifaz que armase una flota en el cantábrico y la condujese hasta el golfo de Cádiz. Así nació la marina castellana, germen junto con la aragonesa de la Armada Española. Los santanderinos sintieron la gesta tan suya que, desde entonces, el escudo de su ciudad luce un navío y la sevillana Torre del Oro.

El 23 de noviembre de 1248 capituló Sevilla. El rey exigió la rendición incondicional, es decir, que a su entrada no quedase ni un solo musulmán dentro de las murallas. En ese mismo instante la ciudad pasó a ser, en tanto que residencia regia, capital de Castilla y León. Desde allí Fernando III remataría un reinado que no tuvo un solo año malo. Unificó dos reinos que, hasta que él llegó, se

llevaban a matar, el castellano pasó a ser la lengua de las leyes con la traducción del Liber Iudiciorum o Fuero Juzgo, se inició la construcción de las catedrales de Burgos, León y Toledo, es decir, el apogeo del gótico español. Pero, sobre todo y ante todo, fundó Andalucía, la mayor y más bella región de España que, corriendo el tiempo, terminaría convirtiéndose en su más preciado gallardete, su santo y seña, su florón, su jardín y su motivo de orgullo.

El Guadalquivir no contuvo el apetito conquistador del rey. Concibió un plan para desembarcar el África y proseguir con la reconquista en tierra de moros. Pero una enfermedad muy fastidiosa, la hidropesía, truncó la empresa africana y se lo llevó a la fosa el 30 de mayo de 1252. Siglos después su causa fue llevada ante el Papa para que lo elevase a los altares. Se abrió la tumba y los promotores de la canonización se encontraron con que el cuerpo estaba algo arrugadillo y más seco que la mojama pero incorrupto, motivo por el cual fue hecho Santo de inmediato.

Desde entonces, todos los Fernandos del mundo –y somos unos cuantos– le tenemos por nuestro santo patrón, al igual que la ciudad de Sevilla y el arma de Ingenieros del Ejército. Ha pasado a la Historia como el mejor rey de Castilla. Caballeresco, noble de corazón y generoso no legó sus virtudes a sus descendientes, que se enzarzaron entre ellos y tardaron dos siglos y medio en rematar la obra del rey Santo. La habitual ración de elogios del epitafio hizo, por una vez, justicia al finado:

“Aquí yace el muy honrado Rey Don Fernando, señor de Castilla y de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia y de Jaén, el que conquistó toda España, el más leal, el más verdadero, el más franco, el más esforzado, el más apuesto, el más granado, el más sufrido, el más humilde, el que más temió a Dios, el que más le sirvió, el que derrotó y destruyó a sus enemigos, el que elevó y honró a sus amigos, el que conquistó la ciudad de Sevilla, que es cabeza de toda España”

Jaime el Conquistador o el Levante recobrado

Pocos reyes han nacido en medio de tal cúmulo de desventuras y malandanzas como Jaime de Aragón. Sus padres no podían verse ni en pintura, la corona que iba a heredar era un desbarajuste sin paliativos, el Papa estaba comprado por los franceses y los aristócratas con los que le tocaría lidiar eran egoístas, peleones y peseteros. Los de sus padres, Pedro II y Maria de Montpellier, clamaba sino al cielo sí al menos a Roma, que había permitido que se casasen cuando era de todos sabido que el rey miró a la reina de reojo el día de la boda y procuró no volver a acercarse más. Tanto fue así que hubo que engañarle para que engendrase un heredero. De noche, unos clérigos conchabados con la reina la colaron disfrazada en los aposentos del rey que, al confundirla con una de sus muchas amantes, remató la faena y la hizo un hijo. Y ahí se acabó, porque el aragonés y la occitana no volvieron a dirigirse la palabra.

No por mucho tiempo, murieron a la vez, dentro del mismo año de 1213 a bastante distancia. Uno en el sitio de Muret y la otra en Roma, adonde había acudido para que el Inocencio III impidiese el divorcio, porque Pedro tenía planes de casarse con Maria de Monferrat, es decir, con la otra. Con cinco años Jaime estaba algo peor que solo. A consecuencia de la derrota de su padre en Muret quedó a merced de Simón de Monfort, un espadón gabacho que retuvo al niño hasta que el Papa le suplicó que lo devolviese, que era el delfín de Aragón, que los españoles tenían muy malas pulgas y que eso no le traería más que problemas. Monfort, en un arranque de sensatez, lo devolvió y ese mismo año en Lérida fue jurado heredero de la corona más conflictiva y revoltosa de la España de entonces, que no era precisamente un oasis de paz y armonía.

Jaime, que había sorteado sin saberlo tantos obstáculos en su niñez, maduró a golpe de humillaciones. Los nobles de Cataluña y Aragón le hicieron saber desde muy pequeño que allí, en ese rincón de la península, mandaban ellos y él era un simple convidado de piedra. Y si la aristocracia no le respetaba, el pueblo menos aún. Además, estaba perennemente sin dinero. Como el reino era un desastre nadie pagaba impuestos y, claro, el rey vivía a salto de mata. Tan

delicada era su situación y tanto se le llegaron a subir a las barbas que los nobles aragoneses llegaron a apresarle encerrándole en el torreón zaragozano de la Zuda. Para que le sirviese de escarmiento.

Su suerte, sin embargo, cambió de golpe. Lo hizo según se olvidó de recobrar las plazas perdidas por su padre en el mediodía francés y se acordó de que España estaba todavía llena de musulmanes esperando que algún rey con valor rematase la faena de echarlos. La inspiración le vino, más o menos, hacia 1227, año en que puso fin a las banderías nobiliarias. Meses después, en las Cortes de Barcelona, anunció la primera de sus grandes campañas. Iba dirigida contra los moros de Mallorca, que además de infieles estaban hechos unos piratas de tomo y lomo. 155 barcos, puestos de gratis por los comerciantes de Barcelona, Tarragona y Tortosa, abandonaron Salou y Cambrils el 5 de septiembre de 1229 con 1.500 caballeros y 15.000 soldados a bordo. Diez días después el ejército de Abú Yahya, el rey moro de Mallorca, caía derrotado en Portopi. La morisma escaldada se atrincheró en Palma, que entonces no se llamaba así sino Madina Mayurqa, de donde fue desalojados en el mes de diciembre, con tanto aparato y tanta matanza que se desató una epidemia de peste entre los soldados catalanes que habían tomado la ciudad.

Al igual que haría Fernando III de Castilla en Andalucía, Jaime vació Mallorca de moros. No trató de convertir a ninguno. La elección era sencilla: o se iban o les pasaban a cuchillo. Algunos eligieron resistir, y lo hicieron heroicamente en la sierra de la Tramontana durante un par de años a lo Curro Jiménez. En 1230 quedó establecido el Reino de Mallorca, el primero insular de la España medieval. Al año siguiente fue anexionada Menorca por el tratado de Capdepera. Los moros menorquines fueron más razonables que sus vecinos pero no les sirvió de nada, años después fueron desterrados sin miramientos. A Ibiza y Formentera les tocó el turno tres años más tarde, aunque para las Pitiusas el ejército de Jaime no daba ya para más y su conquista fue subcontratada a Guillem de Montgrí, arzobispo de Tarragona e implacable conquistador. La cruz y la espada ya se sabe.

La fulgurante victoria en Mallorca encumbró al monarca, a quien ya nunca más se atrevieron a tomar como el pito del sereno. Con todo, las islas, habían satisfecho sólo a una parte del reino; al principado de Cataluña que se desparramó sobre ellas con miles de colonos que se establecieron con presteza en la fértil plana mallorquina. La otra

parte, la interior, Aragón, no estaba tan contenta. Todo lo contrario. Los aragoneses se la tenían guardada a un rey que, pudiendo conquistar Valencia, que estaba a tiro de piedra, se había metido en una incierta aventura marítima. Por eso, lo primero que le demandaron a la vuelta de Mallorca fue que, consumada la machada, tocaba Valencia, y rapidito.

Los aragoneses habían hecho algún avance por el interior y casi ninguno por la costa. No faltaban ganas sino organización y dinero, es decir, exactamente de lo que carecían las gentes de Teruel y Albarracín, las más interesadas en la conquista, montañeses recios, hombres libres curados al aire de la sierra. El plan de Jaime era tomar primero Burriana, en la costa, a medio camino entre Amposta y Valencia, y aislar los enclaves musulmanes que quedasen al norte. La maniobra funcionó y en 1233 se rindieron la propia Burriana y Peñíscola, que era una plaza fuerte de mucha entidad.

Parecía que la fortuna acompañaba a Jaime en toda campaña que iniciase. Envalentonado por esta idea reunió a las Cortes de Aragón en Monzón y cursó una petición al Papa Gregorio IX para que declarase cruzada la conquista de Valencia. Los aragoneses estaban encantados pero no tanto como para entusiasmarse, y el Papa se retrasó tanto en la gracia que Jaime se vio obligado a emprender la guerra por su cuenta. En 1237 tomó el Puig de Santa Maria y desde allí, un año más tarde, cargó contra Valencia, la legendaria ciudad en la que siglos antes se había acantonado el Cid.

Aunque escaso de tropas y de efectivo, Jaime se tomó lo de Valencia como una cuestión personal. El rey moro de la ciudad del Turia, Zayán Ben Mardanis, ofreció un trato muy conveniente: varios castillos y una generosa renta en forma de paria anual como la que pagaba el emir de Sevilla. Jaime, a pesar de que sus propios generales le conminaron a estudiar la oferta porque “en tiempos de vuestro padre o abuelo, en vista de un pacto tan ventajoso ellos lo hubieran aceptado”, decidió no ser ni su padre ni su abuelo y más cuando los castellanos acababan de reconquistar Córdoba para la cristiandad. Y no olvidemos que la propaganda hace 800 años tenía el mismo efecto que ahora.

En abril se puso sitio a Valencia y, conforme fue avanzando el verano, espoleados por la bula de Cruzada que había extendido el Papa llegaron soldados de Aragón y Cataluña, de Navarra, de Occitania y hasta de Alemania y Hungría. De esta última quizá al

reclamo de Violante, reina de Aragón y húngara de nacimiento. Zayán resistió hasta septiembre y capituló. El 9 de octubre de 1238 Jaime I, que ya podía presumir de conquistador, entraba en la ciudad concluyendo una década de conquista sin precedentes. Valencia sería su broche dorado y al año siguiente lo convertiría en reino para disgusto de los nobles aragoneses.

Ya sólo quedaba un estirón y la reconquista se acabaría para aragoneses y catalanes, que habían empezado su cruzada particular siglos antes, en lo más profundo del Pirineo, saltando de risco en risco, escondiéndose en los bosques, soportando las razzias y saqueos periódicos del califa. Todo eso ya había terminado, y para siempre. En 1244 Jaime I y Alfonso de Castilla firmaron el tratado de Almizra, por el que quedaban fijadas casi definitivamente las fronteras entre Castilla y Aragón. El Levante era, por fin, cristiano.

En apenas 15 años Jaime de Aragón había conseguido duplicar en tamaño y triplicar en población la herencia recibida de su padre. Dictó un libro, el "Llibre dels fets" para que su gesta no fuese nunca olvidada y se dedicó a administrar sus bien ganados reinos y a soñar una cruzada a Tierra Santa que terminó llevando a cabo, ya anciano, pero que fracasó a pocas millas de la costa por un temporal. No se arredró e insistió ante el concilio de Lyon que le tomó por loco. La Europa cristiana, a esas alturas, ya no estaba para cruzadas ni excesivos sacrificios en una tierra que sería muy santa pero donde no había recibido más que palos. Jaime, que por algo era aragonés, si inmutarse se dio la vuelta y dijo a los que le acompañaban "Barones, ya podemos marcharnos, pues hoy, al menos, hemos dejado en buen lugar el honor de toda España".

Imitando una vez más a Fernando de Castilla, que dio su último suspiro en Sevilla, la más preciada de sus conquistas, Jaime de Aragón murió en Valencia, de puro viejo, dejando un lío mayúsculo a sus sucesores. Consideró que los reinos eran suyos y, por lo tanto, podía partirlos a su antojo. Dejó a su hijo Pedro los dominios peninsulares: Aragón, Cataluña y Valencia. A su hijo Jaime le legó uno de los reinos más extraños de la historia, compuesto por las Baleares en un lado y el Rosellón y la Cerdaña en el otro, a cientos de kilómetros de distancia y con el mar de por medio. Lo que quedaba, además, se sumió en una guerra civil entre Pedro y Fernán Sánchez, un bastardo que se había buscado amigos en Francia para llevarse, de matute, la corona del padre. La cosa terminó de un modo tan trágico como español con un hermano ahogando al otro

en el río Cinca, que entonces no tenía regadíos y llevaba mucha agua.

Partida o entera, la Corona de Aragón no volvió a ser la misma y en el lapso de una generación se lanzó al mar en una carrera por la hegemonía. Durante los siglos siguientes el Mediterráneo fue tan aragonés que, como diría Roger de Llúria: “no hi haurà peix que s’atreveixi a treure la cua si no porta lligada la senyera amb les quatre barres del nostre senyor rei d’Aragó”.

Los almogávares: ¡Desperta ferro!

En 1245 los reyes de Aragón dieron por concluida la reconquista. Habían llegado hasta Alicante, hasta el punto donde el río Segura se encuentra con el mar. A partir de ahí le tocaría a Castilla continuar la labor de recobrar la España perdida. El problema es que a los belicosos catalanes, aragoneses y valencianos de la época les quedaba cuerda para rato, y no estaban dispuestos a quedarse cruzados de brazos. Abrevaron sus caballos en las aguas del Segura y pusieron sus ojos sobre el ancho mar que tenían enfrente: el Mediterráneo, un océano de oportunidades al alcance de su mano que, nobleza obliga, no iban a dejar escapar.

En la lejana isla de Sicilia se estaba cociendo, allá por 1282, un asunto muy feo. Los partidarios del Papa, llamados guelfos, habían colocado en el trono de la isla a Carlos de Anjou, un insolente francés que había repartido el regalo entre su camarilla de amigos. El partido contrario, el de los gibelinos, conspiraba contra él, pero sus seguidores, como carecían de candidato poco podían hacer salvo emigrar o encerrarse en casa. En Aragón el rey Pedro III estaba al tanto de la jugada y cuando la cosa se puso imposible reclamó sus derechos dinásticos.

Naturalmente, la casa de Barcelona, a la que pertenecía el monarca, nunca había tenido derechos sobre la isla, pero Pedro se había casado con una alemana, Constanza de Hohenstaufen, que sí que los tenía. Eso era suficiente para intervenir. Declaró la guerra a los usurpadores franceses y la ganó. Fue un paseo militar que le proporcionó insospechada fama y el bien merecido título de Pedro el Grande. Todo este episodio se conoce como las Vísperas Sicilianas y fue el primer capítulo de la dilatadísima presencia española en el sur de Italia. Tan dilatada que se extendería durante cinco siglos.

El secreto de Pedro el Grande para conquistar Sicilia de un modo tan rápido fue un novedoso cuerpo del Ejército, traído de las guerras contra los moros en España y que se había demostrado invencible: las compañías de almogávares. Los almogávares eran los soldados más bravos y temibles de su época. Eran tropas ligeras, normalmente de infantería, armados con lo justo pero que se

movían con sorprendente agilidad en cualquier campo de batalla. Se agrupaban en compañías no muy numerosas lideradas por un caudillo que las sometía a una disciplina férrea. O vencían o morían, no había término medio. Se les iba la vida en ello, y no sólo porque no daban cuartel en el combate, sino porque carecían de impedimenta que los acompañase, vivían de lo que saqueaban al vencido tras haberle aniquilado. Así de sencillo.

Provenían de las serranías ibéricas y de los valles del Pirineo, donde se les reclutaba muy jóvenes, casi niños. La vida que llevaban era durísima. Sometidos a mil privaciones, durmiendo al raso y comiendo un día sí y tres no. Vivían por y para la guerra.

No llevaban armadura, ni casco, ni siquiera la socorrida cota de malla, tan en boga en aquellos tiempos. Su equipo se limitaba a una lanza colgada al hombro, unos dardos o azconas que lanzaban con tanta fuerza que eran capaces de atravesar los escudos del adversario, y un afilado chuzo, que era su arma más mortífera. Antes de entrar en combate golpeaban con fuerza el chuzo contra las piedras hasta que saltaban chispas, entonces, cuando el sonido era ya ensordecedor, gritaban al unísono ¡Desperta ferro!, seguido de los más tradicionales ¡Aragó, Aragó! o ¡Sant Jordi!, con los que se lanzaban sobre el enemigo como auténticos diablos. Estremecedor.

A los enemigos, según veían de lejos el dantesco espectáculo, se les helaba la sangre en las venas. Su destino estaba sentenciado. Y no era para menos. Los almogávares no tomaban prisioneros ni hacían distingos; mataban a todos y se jactaban de que, durante la batalla, su chuzo había pasado más tiempo dentro del cuerpo del adersario que fuera.

Tras la conquista de Sicilia, al heredero de Pedro el Grande, Federico III, empezó a incomodarle la presencia de los rudos almogávares, que no terminaban de acostumbrarse a vivir sin guerrear. Habían pasado unos años persiguiendo a los franceses por el reino de Nápoles, pero con la paz de Caltabellota la diversión se les acabó.

La fama que habían criado en Italia atravesaba las fronteras. Cuentan que, en cierta ocasión, un almogávar fue hecho prisionero por los franceses. El rey franco, intrigado por el romanticismo que envolvía a este cuerpo de españoles asilvestrados, lo mandó traer a

su presencia. Para salvar su vida le propuso una justa con su mejor caballero. Si salía vencedor podría volver con los suyos. El almogávar aceptó sin dudarlo. Sabía que iba a ganar. El francés se presentó sobre su caballo, armado hasta los dientes y protegido por una coraza primorosamente labrada. El español midió la distancia y, antes de que pudiese reaccionar el jinete, alanceó al caballo hasta matarlo. El francés cayó rodando al suelo, donde el almogávar le esperaba chuzo en ristre. Ahí terminó la justa, el rey pidió al vencedor que perdonase la vida al infeliz caballero y el almogávar regresó a casa tan pimpante.

Con la aventura siciliana tocando a su fin, a los almogávares se les presentaba una dura disyuntiva: o se disolvían o encontraban una causa por la que matar y morir, que es casi lo único que sabían hacer. Ésta se es presentó de improviso. Andrónico II, el emperador de Bizancio, tenía a los turcos encima, a pocas jornadas de Constantinopla amenazando el trono y la existencia misma del Imperio. Se puso en contacto con el caudillo de los almogávares sicilianos, Roger de Flor, un soldado de fortuna que, antes de recalar en la singular compañía aragonesa, había sido templario, cruzado en San Juan de Acre y pirata. Un genuino aventurero medieval.

De Flor aceptó la oferta y se dirigió, junto a 7.000 hombres, a Constantinopla. Sólo pidió dos cosas: que le dieran un título nobiliario y que le suministraran esposa. El bizantino fue espléndido en ambos requerimientos: le hizo Megaduque (nada menos) y le dio la mano de una sobrina suya que vivía en Bulgaria. Cumplimentados los trámites, la Gran Compañía Catalana de Almogávares o Societate Catallanorum, se dirigió al encuentro con el turco.

Las fuerzas eran desiguales, a cada español le tocaban dos turcos, pero los almogávares, fieles a su consigna de vencer o morir, al grito de ¡Desperta ferro! pusieron en desbandada al enemigo. Al que pudo, porque la degollina de este primer encuentro fue antológica, 13.000 muertos, todos los mayores de diez años, edad a la que Roger de Flor estimaba que un hombre podía blandir una espada. Entregada su carta de presentación, levantaron el asedio a Filadelfia y Thira y persiguieron a los turcos masacrándoles donde se los encontraban.

En menos de un año, las tropas españolas llegadas de Sicilia le

habían dado la vuelta a la tortilla y se encontraban en el interior de Anatolia. Fue allí donde se produjo su batalla más celebrada, la del monte Tauro. Roger de Flor y su senescal Berenguer de Rocafort, al frente de 7.000 españoles le plantaron cara a unos 40.000 turcos. La misma ceremonia, al alba, los hierros despertando entre chispas y la horda colina abajo gritando como posesos el nombre de Aragón y el de su santo patrón. Los turcos salieron en estampida después, eso sí, de dejar 18.000 cadáveres en el campo de batalla. “Feren tal carnissería que era meravella” apuntaría años después Ramon Muntaner, uno de los integrantes de la expedición, en su Crónica de los Almogávares.

Corría el año 1304 y este de los almogávares sería el último ejército cristiano en penetrar en el interior de Asia Menor, la actual Turquía. Hecho el trabajo, Roger de Flor y los suyos regresaron a Constantinopla. Tan impresionante había sido la victoria que el emperador le concedió un nuevo título, el de César. Tanta generosidad con el foráneo destapó el frasco de las intrigas palaciegas. Miguel, hijo del emperador, invitó a Roger de Flor y a sus generales a una cena en Adrianópolis. Tras el último plato, con alevosía y por sorpresa, los guardias alanos de la corte pasaron a cuchillo a los confiados catalanes, que, para más inri, estaban a esa hora algo bebidos.

Advertida la tropa de la traición bizantina, salió de su campamento en Galípoli como una furia y se dedicó durante días a arrasar pueblos y aldeas. Fue la llamada “venganza catalana”, que arrojó casi tantas víctimas como las que los almogávares habían dejado en los campos de Anatolia. De esta no se libraron ni los niños. Muntaner trata de justificar la salvajada apelando al honor: “Fue hecha tan gran venganza [...] pues valía más morir con honor que vivir en deshonra”. Los españoles siempre tan españoles.

Andrónico II, asustado por el cariz que habían tomado los acontecimientos, armó un ejército para neutralizar la amenaza. No sirvió de gran cosa. La compañía almogávar, crecida e iracunda, derrotó a los bizantinos. Para evitar la tentación de huir, metieron fuego a los barcos y se lanzaron, guiados por los dos Berengueres, el de Rocafort y el de Entença, al cuello de sus antiguos anfitriones gritando, como no, ¡Desperta ferro! Muntaner asegura que mataron, ellos solitos, a 26.000 bizantinos, aunque ya sería alguno menos, que a los “cronistas en primera persona” siempre se les va la mano cuando se trata de contar sus hazañas.

Una vez reparada la ofensa, la compañía, visiblemente mermada por los combates, se dirigió hacia Grecia saqueando a conciencia lo que se encontraron a su paso, menos los monasterios del Monte Athos, que se salvaron gracias al ruego de Jaime II de Aragón. Lo cortés no quita lo valiente, que serían crueles y sanguinarios sí, pero también devotos y aficionados a oír misa antes de la batalla.

Muertos sus caudillos en las refriegas con los bizantinos, formaron un consejo de Gobierno, el Consell de dotze, y se pusieron al servicio de los barones francos que mandaban en el sur de Grecia desde tiempos de las Cruzadas. Uno de ellos, Gualterio de Brienne, volvió a traicionarles. Se le olvidó liquidar la soldada por los servicios prestados. En mala hora porque el despiste lo pagó con su vida. En pocos años se adueñaron de los señoríos francos, pero no de cualquier manera, a su manera. Asesinaron a los barones y se quedaron con sus haciendas, con sus castillos y con sus viudas para fundar dos ducados, los de Atenas y Neopatria, que perdurarían 80 años. Casi un siglo en el que estos dos pedazos de Grecia se convirtieron en un apéndice lejano y semiolvidado de la Corona de Aragón.

Tras la caída de Atenas y la toma de Constantinopla por los turcos en el siglo XV, la epopeya de los indomables almogávares fue cayendo en el olvido y su historia se transformó en leyenda. Habían luchado contra corriente, contra el signo de los tiempos, contra todo y contra todos, hasta contra sí mismos. Hoy nadie los reivindica, son, en cierto modo, incómodos recuerdos de una época de la que pocos quieren acordarse. Hasta en la muerte son temidos y respetados. ¡Desperta ferro!

Y al otro lado del mar… las Canarias

En 1291 se perdió San Juan de Acre, la última plaza que les quedaba a los cruzados en Tierra Santa. La aventura asiática, que había hipnotizado al occidente europeo durante doscientos años, tocaba a su fin arrojando un desastroso resultado. Europa se había dejado hasta la camisa en un lance absurdo, trufado de misticismo y perdido de antemano. Aquel mismo año, ajenos al drama de los cruzados, dos hermanos genoveses, Vadino y Ugolino Vivaldi, se hicieron a la mar para internarse en el desconocido y azaroso Atlántico, un océano inmenso, plagado de peligros y monstruos marinos del que ningún navegante regresaba.

Los hermanos Vivaldi tampoco lo hicieron. Se los tragó el mar como a tantos que lo intentaron antes, pero esta vez algo fue diferente. Un paisano suyo, Lanzerotto Malocelo, salió en su busca unos años más tarde y se dio de bruces con un islote volcánico, refrito por el sol y varado en mitad del océano. Se trataba de Tyterogakat o "La Quemada", tal y como era conocida por sus habitantes, los majos. Lanzerotto retornó a Europa, contó su descubrimiento y volvió para quedarse. Hoy esa isla lleva su nombre, Lanzarote, y sigue tan quemada y hermosa como se la encontró hace setecientos años.

El feliz hallazgo del genovés abrió el camino de las Canarias, cuya existencia era conocida por griegos y romanos que habían fantaseado a placer con ellas. Las llamaban "Afortunadas y Beatas, teniéndolas por tan sanas y tan abundantes de todas las cosas necesarias a la vida humana, que sin trabajo ni cuidado vivían los hombres en ellas mucho tiempo". Los europeos de la Edad Media, sin embargo, las habían olvidado por completo. Durante un siglo, y como el oriente se había puesto imposible con lo de los turcos, se dejaron caer por aquellas latitudes genoveses y catalanes, portugueses y mallorquines que buscaban carne fresca para poner a trabajar en los activos puertos de la Europa de entonces. Así, de modo tan triste: suministrando esclavos, entró nuestro querido archipiélago en la historia.

El tráfico de mercaderes y de algún que otro misionero pescador de almas entre el continente y las Canarias se hizo tan intenso que un

caballero normando, Jean de Bethencourt, propuso a Enrique III de Castilla llevar sus dominios aun más al sur. Enrique, que reinaba sobre un caldero y era muy amigo de aventurillas internacionales -como la de la embajada de Ruy González de Clavijo al rey Tamerlán de Samarcanda-, accedió a las pretensiones del francés y le otorgó los derechos de conquista sobre todo el archipiélago.

Entre 1402 y 1405 Bethencourt se las arregló para vencer a los indígenas de Lanzarote, Fuerteventura y El Hierro de un modo un tanto caótico. Los normandos eran pésimos conquistadores, pero gente muy apañada para otros menesteres. Se ocuparon hasta de dejar por escrito los avatares de la conquista en un libro, el "Le Canarien", redactado por dos frailes. Una vez hecho esto se enemistó con su socio, Gadifer de la Salle, y volvió a Francia dejando las islas en manos de su sobrino Maciot de Bethencourt.

Maciot no tardó mucho en cansarse de vivir en el fin del mundo y vendió los derechos de conquista a un noble castellano, el conde de Niebla, que se los traspasó a su criado, un tal Fernán Peraza el viejo, cuyo linaje terminaría echando raíces en el archipiélago. Entre dimes y diretes de los Peraza, lo que quedaba de los Bethencourt y alguna que otra incursión de los portugueses la conquista se detuvo durante setenta años. La Gomera no hizo falta invadirla por la fuerza, sus habitantes llegaron a un acuerdo pacífico con los castellanos que se establecieron en ella.

En La Gomera, los abusos de los Peraza sobre los indígenas fueron tantos y tan sonados que los gomeros, gente de mucho carácter, que se silbaba de valle a valle y no toleraba ciertas licencias que se habían tomado sus recién llegados vecinos, se sublevaron varias veces. La última a causa de un amorío. Fernán Peraza el joven, nieto de aquel que se quedó con el pastel del normando, se enamoró perdidamente de una aborigen llamada Iballa. Hupalupo, el padre de la gomerita, enterado del asunto, puso en pie de guerra a toda la isla. Peraza fue sorprendido en plena faena y un pastor de nombre Hautacuperche lo remató de una lanzada. Bien empleado le estuvo porque su mujer, no Iballa sino Beatriz de Bobadilla, la legítima, se tuvo que refugiar en la Torre del Conde, donde casi pierde la isla y el pellejo. Y todo por un calentón de un marido déspota y rijoso.

Las cosas vendrían a cambiar radicalmente en 1478, una vez Isabel de Castilla, la Católica, hubo ventilado sus asuntos pendientes con Juana la Beltraneja y su aliado Alfonso V de Portugal. Ese año la

Reina decidió culminar de una vez por todas la conquista de las Canarias, que llevaba dos generaciones en punto muerto. El 24 de junio de 1478 Juan Rejón desembarcó en el noreste de Tamarán, que es como los indígenas llamaban a Gran Canaria. Vencidos los isleños de la zona aseguró la posición y fundó el Real de Las Palmas, es decir, Las Palmas, que es hoy ciudad y puerto principal de las islas. Rejón, sin embargo, no supo avanzar y, como buen español, se lió a palos con sus compañeros de conquista acabando mal lo que había empezado bien.

La Reina, informada de que la campaña no marchaba bien, envió a Pedro de Vera, un jerezano de armas tomar que ganó la isla en sólo dos años. El 29 de abril de 1483 los últimos indígenas; 600 hombres y 1.500 mujeres y niños, se rindieron al conquistador. Otros, como el guerrero Bentejuí y el faycán de Telde no pudieron sobrellevar la derrota y se despeñaron por un barranco según mandaba la tradición local. Al llegar la noticia a Castilla, la reina católica, visiblemente emocionada dio orden de que [...] aquesta, mi ínsula de Canaria, sea llamada Grande". Esta es la razón por la que Gran Canaria es grande sin ser, geográficamente, la más grande del archipiélago.

Ya sólo quedaban dos islas, Achinet (Tenerife) y Benahuare (La Palma), las más correosas y antipáticas, las que más vidas y disgustos habían costado a Castilla. Alonso Fernández de Lugo, uno de los mejores generales de Pedro de Vera, se encaprichó con las islas y pidió permiso a Isabel para conquistar lo que quedaba. La Reina aceptó gustosa el ofrecimiento otorgándole los títulos de Adelantado y Capitán General de las Costas de África. Fernández de Lugo era uno de esos hombres que son todo mala leche y ambición, no muy diferente de Cortés, Pizarro o cualquiera de los españoles que, una generación más tarde, cambiaron la cara a un continente entero.

Como sabía que los indígenas de Tenerife, los guanches, eran muchos y duros como piedras, su plan consistió en apoderarse primero de La Palma y, desde allí, preparar la invasión de Tenerife con más calma. El 29 de septiembre de 1492 desembarcó en Tazacorte y firmó un acuerdo con los palmeros que le eran favorables. Los que no lo eran tanto se echaron al monte con el hacha al hombro. Aprovechándose de la endemoniada orografía de la isla, se acantonaron en la Caldera de Taburiente, donde no había manera de echarles el guante. Fernández de Lugo, que no era ni

tonto ni suicida, antes de jugarse el tipo batiéndose el cobre en los bosques de La Palma, se avino a negociar. Invitó al jefe rebelde, Tanausú, a firmar una ventajosa paz en los Llanos de Aridane. Entonces le engañó. Cuando el confiado benahorita descendía de las alturas de la Caldera mando que le apresasen. Fue enviado a Castilla para que no la volviese a armar y, de camino, se dejó morir de hambre.

El camino a Tenerife quedaba expedito, o, al menos, eso es lo que creía el Adelantado Fernández de Lugo. En abril de 1494 desembarcó en Santa Cruz con una impresionante tropa de 2.000 infantes y 200 jinetes. Nunca antes se había visto nada igual en la conquista de las islas que, hasta el momento, había sido algo más de andar por casa. Los guanches rebeldes, que eran todos los del norte de la isla, capitaneados por Bencomo, el mencey de Taoro, vieron venir a la tropa castellana y la emboscaron en el barranco de Acentejo. Los castellanos fueron sorprendidos en un lugar donde su caballería tenía poco o nada que hacer. Fue una carnicería. Fernández de Lugo, malherido por la lluvia de piedras que les había caído encima, salió por piernas y abandonó la isla.

De la matanza de Acentejo el capitán castellano había sacado dos lecciones: que los guanches no iban a negociar jamás, y que, si quería vencerles, tenía que llevárselos a terreno llano, donde los caballos y las armas de fuego harían todo el trabajo. Lamidas las heridas y con nueva tropa, de Lugo desembarcó en Tenerife al año siguiente con 1.200 hombres, caballería y artillería. Esta vez llevó a sus tropas hasta los llanos de Agüere donde Bencomo, en un error fatal, salió a recibir a los castellanos a pecho descubierto con su hacha de piedra como único armamento. La derrota guanche fue total. Hasta el propio mencey se dejó la vida en el campo de batalla.

Pero los guanches que quedaban con vida no se dieron por vencidos. Hambrientos, vagando sin rumbo por las montañas de la isla y abatidos por los infinitos recursos que poseían los castellanos, presentaron batalla por última vez cerca del barranco de Acentejo, el mismo que tanta fortuna les había traído en el pasado. Pero esta vez de Lugo no se dejó sorprender. Colocó la caballería a los flancos y, antes de que los guanches cargasen, les soltó una letal andanada de pólvora. Era el día de Navidad de 1495 y la Edad de Piedra daba su último jadeo en la isla de Achinet. Bentor, hijo de Bencomo, ante lo inevitable de la derrota se dirigió a la ladera de Tigaiga y desde allí se despeñó.

Meses después Benitomo, el último mencey de Taoro, aceptó la rendición incondicional en la Paz de Los Realejos. Para entonces la población indígena era ya víctima de un enemigo tan mortal como invisible: la modorra, que es como los invasores bautizaron al tifus que se habían traído de la península, y al que ellos eran inmunes desde niños. La biología terminó de conquistar las Canarias y fue tanto o más poderosa que los arcabuces de los capitanes españoles. Los guanches y su cultura neolítica desaparecieron de la Historia. Fueron víctimas de su aislamiento y atraso. Duele decirlo, pero poseen el dudoso honor de ser el primer pueblo aniquilado por el expansionismo europeo. No veo necesario remarcar que no sería el último.

Las islas, por su parte, fueron españolizadas y convertidas en una parte más de Castilla, la más meridional y exótica. Durante siglos sus puertos acogieron a todas las flotas que se dirigían a América, incluida la de Colón, que se detuvo en La Gomera. Luego vendría la caña de azúcar y el ron, el asedio en el que Nelson perdió el brazo y las haciendas plataneras, los braceros que ponían rumbo a América y los turistas alemanes sedientos de sol, el vino de malvasía y las papas arrugadas, Galdós y Los Sabandeños. Las islas Canarias son, por méritos propios, el pedazo de España más peculiar y genuino. Imperturbable en la soledad del océano.

¡América!

En 1485 un genovés errante abandonaba Lisboa desasosegado y en secreto acompañado por su hijo pequeño. Dejaba el reino vecino porque se había quedado viudo y, sobre todo, porque el rey Juan II no había accedido a financiar un gran proyecto náutico que rondaba por su cabeza. Algo nunca visto, revolucionario, un plan secreto que llevaría las carabelas portuguesas hasta el otro lado del mundo en un santiamén. Su nombre era Cristóbal Colón, era marino y estaba, sin saberlo, a punto de convertirse en el europeo más universal de la Historia.

Pero no adelantemos acontecimientos. En aquel momento de desventura, Cristóbal era un trotamundos anónimo y se encontraba en la ruina más absoluta. Se dirigió a Palos, donde vivía su cuñada, para que se hiciese cargo del niño y, ya de paso, para entrevistarse con Antonio Marchena, un monje franciscano aficionado a la geografía que profesaba en el monasterio de La Rábida. Trabó contacto con el religioso y le expuso el plan con todo lujo de detalles. Marchena se convenció rápidamente de lo prometedor que era aquello y puso su nutrida agenda al servicio del desterrado.

Si hoy, para prosperar en la vida, hay que estar a buenas con los políticos, en el siglo XV había que estarlo con la Iglesia. Colón se percató de este detalle a la primera. El franciscano de La Rábida puso la máquina de recomendaciones a funcionar. Eso de recomendar no ha cambiado en cinco siglos. Pesa más una recomendación a tiempo que una vida de sacrificio y méritos. A la vuelta de dos cartas, el genovés se encontró a solas con el confesor de la reina, otro fraile, Hernando de Talavera. Sus buenos oficios le abrieron las puertas de la Corte, que en aquel momento se encontraba en Sevilla. Ya se sabe, más vale ser oportuno que rondar un año.

El 20 de enero de 1486, los Reyes accedieron a escuchar lo que el oscuro marino venido de Portugal les ofrecía. La reina se mostró interesada y resolvió que fuese estudiada a fondo por un comité de sabios. A finales de ese año, ya designados los sabios que compondrían la comisión, citaron a Colón en Salamanca para escudriñar el plan y sacarle los defectos pertinentes. No salió adelante. Los cosmógrafos y astrólogos reunidos concluyeron que,

aunque no dudaban que Colón fuese un consumado lobo de mar, se había equivocado en los cálculos. El océano era mucho más ancho. Eso es lo que decían Eratóstenes, Ptolomeo y otros tantos genios de la antigüedad. No iba a venir ahora un pelagatos a enmendarles la plana.

El dictamen fue remitido a los Reyes, que llamaron de nuevo a Colón para comunicárselo. No iban a pagarle el capricho pero, a cambio, permitirían que se quedase en Castilla asistido por una pequeña subvención real. Así las cosas, rechazado en Portugal y en Castilla, Cristóbal se resignó a su aciago destino pero sin renunciar a llevar adelante sus planes. Envió a su hermano a Londres para que tantease al rey Enrique VII, sin demasiada fortuna. El inglés no quiso saber nada. Si portugueses y españoles, verdaderos expertos en la materia, lo habían desechado no era por casualidad.

Los inquietos lusos, sin embargo, no terminaban de encontrar el deseado camino a la India, por lo que el rey volvió a fijarse en Colón. Pero la antojadiza suerte del navegante italiano quiso que, justo ese año de 1488, Bartolomé Díaz regresase a Lisboa asegurando haber dado con el fin del calvario africano: el cabo de Buena Esperanza, que ponía punto y final a siglo y pico de navegar sin descanso hacia el sur, siempre hacia el sur.

Los años pasaban y nadie se acordaba de Colón, que malvivía con lo puesto y con los cuatro reales que recibía de Isabel la Católica. Desilusionado y harto de la vida perra que llevaba, decidió largarse de España para ver si Francia, la única puerta que le quedaba por llamar, se animaba a patrocinar la expedición. Al enterarse los frailes de La Rábida de sus intenciones le suplicaron que pidiese una última audiencia a la reina, que a punto se encontraba de rematar la guerra de Granada y estaría más dispuesta a escucharle.

Así fue, a finales de 1491 Colón se presentó en la ciudad-campamento de Santa Fe. Los Reyes le concedieron audiencia y nombraron una nueva comisión, aunque esta vez prescindieron de los sabios, que eran un incordio, y pusieron contables que arreglasen los pormenores económicos. El genovés, sorprendido por la determinación de los monarcas, pensó que lo mejor era aprovechar el momento y pidió todo lo que pudo. Estaba tan convencido de su descubrimiento que no consintió rebajar un maravedí del premio que ya casi tenía al alcance de sus dedos. Fernando se resistió y le dio puerta, pero, al poco de marcharse,

mandó que le trajesen de nuevo a su presencia. Lo aceptaba todo, hasta la última exigencia. Si Colón regresaba ya habría tiempo de no cumplir lo pactado, que en eso el rey Católico se las pintaba solo.

Capitularon solemnemente en la misma Santa Fe. Cristóbal Colón, el buscavidas que llevaba 7 años vagabundeando por Castilla, viviendo de prestado y que se había ganado cierta fama de chiflado, sería en adelante Almirante de la Mar Océana, una merced del mismo rango que la del Almirante de Castilla. Además, pasaría a ser Virrey y Gobernador General de todo lo que descubriese que, fuese lo que fuese, le haría un hombre riquísimo, porque se llevaría un diezmo de la mercadería "comprada, ganada, hallada o trocada dentro de los límites de su Almirantazgo". Un dineral, vamos. Las capitulaciones se firmaron el 30 de abril de 1492. Colón cerró satisfecho su cartapacio, se ajustó el bombacho y salió de la sala con la cabeza bien alta diciéndose a sí mismo, "si ya lo sabía yo, el que la sigue la consigue".

Para evitar problemas Isabel quería que la expedición partiese de un puerto real, cosa bastante difícil pues Andalucía se encontraba enfeudada en su práctica totalidad. De los pocos que pertenecían a la Corona el más indicado era Palos, un puertecito cercano a Huelva casi tan familiar para Colón como su Génova natal. A los paleños, sin embargo, la idea de embarcarse en una aventura de incierto futuro al mando de un pirado no les parecía demasiado halagüeña. Intervino entonces la Providencia, de la mano, una vez más, de Antonio Marchena, que presentó a Colón a un acreditado marino onubense: Martín Alonso Pinzón. El genovés expuso su plan y Pinzón, que era tanto o más ambicioso que Colón, se apuntó de mil amores y apuntó a su hermano Vicente como capitán del tercer barco.

A primeros de agosto estaba todo listo para zarpar. Habían reclutado a unos 90 marineros para la gran singladura hacia lo desconocido. La mayoría andaluces y vascos, el montañés Juan de la Cosa, armador de la nao capitana, el veedor real que era de Segovia y un judío converso que haría las veces de traductor cuando llegasen a la corte del Gran Khan. Hablaba "hebreo, caldeo y aun diz que arábigo". No es necesario precisar que el buen hombre ni se estrenó. Se embarcó también un portugués y, como no, tres italianos, ubicua nacionalidad ésta, no hay episodio de nuestra historia en la que un natural de la bota no esté enredado.

El 2 de agosto la flotilla se hizo a la mar. La componían tres naves; una nao, la Santa Maria, y dos carabelas, la Pinta y la Niña, y no tres como, a base de repetirlo, ha quedado grabado en la cultura popular. La primera escala eran las islas Canarias. Entre la península y el archipiélago se extendía un ancho mar conocido como el "mar de las damas" porque era tan calmo y llevadero que hasta las señoras podían gobernar los barcos. Un cobarde resabio machista que hoy sería tan insolente que ya habrían prohibido su uso. Aguaron en La Gomera y no, como cabría pensar, en Tenerife. La Achinet de los guanches no estaba en aquel entonces conquistada. Le quedaba, no obstante, un mal suspiro. Ese mismo mes, Alonso de Lugo desembarcó en La Palma para lanzarse sobre su vecina. Le costaría tres años rendirla, bastantes más que a Colón cruzar el Atlántico y volver.

Se cuenta que, durante el mes que pasó la flota colombina en La Gomera, su almirante, que dejaba novia formal en España, encontró tiempo para un amorío. Si es que de los marinos nadie puede fiarse. Se trataba de Beatriz de Peraza, gobernadora de la isla, una mujerona casquivana y revoltosa que Isabel había alejado de Castilla porque sospechaba que se entendía con su marido. Y la reina era católica sí, pero tan celosa y desconfiada como lo sería su hija Juana, la que de celos se volvió loca.

El 6 de septiembre largaron velas, bordearon la isla del Hierro, despidiéndose, ya de paso del último confín conocido, y descendieron hasta el paralelo 27. Aquí comenzaba la odisea. Sobre el mapa parecía fácil, pero, ¿cómo se cruzaba el Atlántico? No había costas que sirviesen como guía, ni islas que marcasen la derrota. Más allá de ese punto, de la enigmática isla que hoy marca el extremo meridional de España, no había nada seguro, sólo océano, cielo azul y un insondable misterio que se atornilló en forma de congoja en las gargantas de los marineros.

Los portugueses habían descubierto una corriente que soplaba durante todo el año en dirección a poniente, una suerte de autopista de viento que esperaba a que alguien con suficientes arrestos la tomase. Eso hizo Colón, enfiló con decisión sus tres barquitos por ese bien venteado pasillo. 90 hombres sin afeitar y con las ropas ajironadas estaban cruzando una sima abisal que se había formado millones de años atrás separando irremediablemente a todos los seres vivos de ambas orillas. La curiosidad, la perseverancia y, por qué no, la codicia de los europeos lo había hecho posible, la

testarudez de un simple hombre lo estaba convirtiendo en realidad.

Durante todo septiembre navegaron sin pausa hasta que, a finales de mes, se encontraron con el mar de los sargazos, rodeados por un océano de repelentes algas que presagiaban entre la marinería una ineluctable catástrofe. Colón tranquilizó a la tripulación. Él sabía lo que se hacía pero no era ajeno al miedo y las supersticiones de su tripulación. Llevaba doble contabilidad, una para sí mismo y otra para los pilotos de las tres naves. La suya era ligeramente mayor. Rebasadas las 750 leguas en las que pensaba dar con Cipango, el nombre que Marco Polo había dado a Japón, empezó a escamarse. ¿Dónde estaba la tierra prometida?

Martín Alonso y el Almirante se reunieron para estudiar la derrota, el español propuso virar hacia el sur, pero Colón se negó, estaba persuadido de que se encontraba ya en aguas asiáticas y que las costas de Cipango las habían sobrepasado sin advertirlas, probablemente de noche. La tripulación se impacientaba, y el 6 de octubre estalló un motín en la Santa Maria. Los marineros vascos exigían volver a Canarias. Martín Alonso hizo entrar en razón a los vizcaínos y le pasó la factura al Capitán: se viraría hacia el sur. Tres días después estalló un nuevo motín, esta vez en las tres naves. De nuevo el Pinzón terció llegando a un comprometido acuerdo: si no avistaban tierra en tres días regresarían a casa.

El 11 de octubre Colón se retiró a su camarote angustiado, el siguiente sería el último día: o veían tierra o se acababa la aventura. Esa misma madrugada, en la espesura de la noche, el grumete de la Pinta, un sevillano llamado Juan Rodríguez Bermejo, infló sus pulmones y gritó: ¡Tierra! Martín Alonso saltó del catre y oteó el oscuro horizonte en busca de la irregular línea parda que delata la presencia de la costa por las noches. Ahí estaba, habían llegado al otro lado del mundo.

Por la mañana se acercaron cautelosamente a la costa para no desgraciar las naves con algún arrecife traicionero. El Almirante se vistió para la ocasión, abordó un bote y se dirigió a la playa con la bandera real en la mano. Los pinzones hicieron lo propio con los pendones de la Cruz Verde. Ya en tierra, hizo llamar al escribano, Rodrigo de Escobedo, y al veedor real, Rodrigo Sánchez, para que tomasen buena nota del histórico momento. Él, Cristóbal Colón, Almirante de la Mar Océana, hacia dueños y señores de todo lo que abarcaban sus ojos a Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Era

12 de octubre de 1492 y aunque Colón seguía empeñado en que había llegado a la India, se hallaba en una remota playa de un nuevo continente que no salía en los mapas: América.

Hechos los honores, prosiguió el viaje saltando de isla en isla sin olvidarse de bautizar ninguna de ellas. A la que había contemplado su desembarco la llamó San Salvador, porque la tenue silueta de su costa le había salvado por los pelos a su empresa de un estrepitoso fracaso. A las siguientes les fue poniendo nombres más o menos previsibles: Santa Maria, Fernandina, Isabela, Juana o La Española, que es donde terminó fundando el primer asentamiento europeo en América, el fuerte Navidad. A los aborígenes los llamó indios desde que puso sus ojos en el primero de ellos. A fin de cuentas estaba en la India, o muy cerca, por lo que esos infelices que "andan todos desnudos como su madre los parió" y que eran "de la color de los canarios, ni negros ni blancos" tenían, por fuerza, que ser indios. Súbditos lejanos del Gran Khan, cuyos dominios presumía cercanos.

El 16 de enero, con un barco menos y un magro botín en la bodega, ordenó el regreso a España. Si llegar había sido difícil, ¿cómo volver? Colón lo sabía. Navegó hacia el norte unos cientos de leguas hasta que otra autopista de viento, los alisios septentrionales, hincharon sus velas en dirección a Europa. Por esas latitudes, sin embargo, el océano no es tan apacible como en los trópicos. Un mes después de abandonar La Española, un temporal sorprendió a las dos carabelas y las separó. Una, la de Martín Alonso Pinzón, iría a parar al puerto de Bayona, en Galicia. La otra, la del Almirante, a las Azores primero y a Lisboa después.

El 4 de marzo la Niña entraba lenta y fatigosamente en las aguas del Tajo. Era el fin del viaje. Otros habían llegado a América, pero ninguno había vuelto para contarlo. Los Reyes Católicos le recibieron un mes después en Barcelona. Les ofrecía algo que ningún monarca de la cristiandad estaba en disposición de poseer: un nuevo mundo. Inexplorado y exótico, tan virgen e inocente como los seis indios que le acompañaban. El Almirante, colmado de parabienes, realizó tres viajes más. Meses después de regresar del último, en 1506, murió solo y olvidado en Valladolid convencido de que había llegado a la India, de que la siguiente isla sería la definitiva. Para entonces el Caribe era ya un lago español y los exploradores se aventuraban intrépidos en el continente.

En los albores del siglo XVI, los nombres de España y América habían quedado, para lo bueno y para lo malo, indisolublemente unidos.

Tordesillas y el reparto del mundo

Aunque hoy parezca mentira, hubo un día en que españoles y portugueses nos repartimos el mundo, al menos sobre el papel. Como buenos hermanos, la mitad para cada uno. Fue en Tordesillas, hace más de quinientos años. El estupor que semejante acuerdo provocó en Europa fue sonado. ¿Con qué derecho se creían esos peninsulares altivos para disponer de la tarta del mundo a su antojo? En París, el rey Carlos VIII de Francia, exclamó indignado: "Antes de aceptar el reparto, quiero que me muestren en qué cláusula del testamento de Adán se estipula que el mundo pertenezca a los españoles y a los portugueses". No existía esa cláusula, claro, pero sí un puñado de capitanes valientes que, al frente de sus carabelas, habían llegado donde nadie lo había hecho antes y, lo más importante, habían regresado para contarlo. Esto, a nuestros entrañables vecinos del norte, aún les escuece. España y Portugal o, mejor dicho, Castilla y Portugal no se llevaban bien. Compartían una larga y permeable frontera, hablaban casi el mismo idioma y a los dos se les había acabado el poderoso estímulo de la reconquista. Los portugueses terminaron antes. Al llegar a las playas del Algarve se encontraron frente a un inmenso océano que, a diferencia del Mediterráneo, estaba sin explorar. El Atlántico era un misterio, peligrosas criaturas lo poblaban y los navíos que se aventuraban en sus aguas no volvían jamás a puerto. Como los lusos son gente perseverante y venían muy motivados después de guerrear cinco siglos contra los moros, se pusieron manos a la obra. Dieron el salto a África y comenzaron a bajar lentamente por sus costas, sin alejarse demasiado de ellas, que luego no sabían como volver. Para ponerle remedio, sus marinos descubrieron como funcionan los vientos, trazaron los primeros mapas de navegación oceánica, cartografiaron la costa africana y fundaron factorías comerciales de las que traían oro, marfil y esclavos. Durante el siglo XV Lisboa fue la Florencia del mar. El pastel era demasiado apetitoso como para dejar que sólo lo degustasen los portugueses. Castellanos, catalanes, mallorquines e italianos, que siempre están en todos los guisos, se aprestaron a hacerse con su porción. El problema es que, a excepción de Castilla, el resto se encontraban demasiado lejos del Atlántico. Los reyes, además, desconfiaban de

aventuras mercantiles de incierto desenlace, y más teniendo a mano un Mediterráneo cruzado por mil rutas comerciales por mucho que los piratas berberiscos las esquilmasen. Ya se sabe, más vale malo conocido que bueno por conocer. Castilla se incorporó tarde y sin demasiado entusiasmo a la carrera atlántica, pero se llevó la parte del león: las Canarias; el único archipiélago poblado y de cierto fuste de cuántos se hallaban a una distancia prudencial del continente. Y aquí surgió el conflicto. A los portugueses no les sentaba nada bien que, después de un siglo jugándose el pellejo, llegasen los de al lado y se quedasen con lo mejor. Las cosas de casa, es decir, las dinásticas, se complicaron y Castilla, partida en dos, llegó a las manos con Portugal. Al final, el rey Alfonso V por un lado y los Reyes Católicos por otro alcanzaron un acuerdo entre caballeros, el de Alcaçovas, firmado en 1479. Alcaçovas dividía el Atlántico en dos. Al norte de las Canarias los castellanos podían seguir buscando tesoros, si es que quedaba alguno, porque Madeira y las Azores se las reservaba el astuto Alfonso. Al sur todo para Portugal hasta donde fuesen capaces de llegar sus intrépidos marinheiros. No estaba mal del todo. Los portugueses se quitaban a un incómodo competidor en su camino a la India, y los castellanos podrían finalizar la conquista de las Canarias sin más contratiempos que los que los aguerridos guanches pusiesen a sus soldados. Entonces sucedió lo que nadie esperaba. Colón volvió del Caribe diciendo que había llegado a la India o, al menos, a sus inmediaciones. Esto echaba por tierra el arreglo de Alcaçovas. Por si colaba, Lisboa reclamó para sí los territorios descubiertos por Colón esgrimiendo el tratado de 1479. No coló, naturalmente. Para no volver a armarla, recurrieron al Papa que era, en última instancia, el dueño del mundo en su calidad de vicario de Cristo. Y es aquí donde Fernando el Católico estaba esperando al portugués con la daga detrás de la espalda, la jugada tenía truco. En 1492 ascendió al solio pontificio Alejandro VI, que era un valenciano de armas tomar cuyo nombre de civil era Rodrigo de Borja, esto es, de Borgia. No es necesaria mucha más presentación. Sin dudarlo un instante, se apresuró a satisfacer a su antiguo señor, el rey de Aragón. En la primavera de 1493, con Colón deshaciendo el equipaje, extendió una bula, la Inter Caetera, en virtud de la cual todo lo que había descubierto el genovés pertenecía a los reyes de Castilla y Aragón. El único requisito para formalizar la donación era que los monarcas se comprometiesen a evangelizar a las gentes que se encontrasen en aquellas tierras, para que “la fe católica y la religión cristiana sean exaltadas, y que se amplíen y dilaten por todas partes, y que se

procure la salvación de las almas, y que las naciones bárbaras sean abatidas y reducidas a dicha fe". Casi nada. Juan II de Portugal, viendo que el combate estaba amañado, protestó enérgicamente ante la curia, que no le hizo ni caso. Meses más tarde Alejandro VI dio un nuevo apretón de tuercas a Lisboa. En otra bula delimitó las áreas de influencia de España y Portugal, o, acercándonos al alambicado lenguaje vaticano, fijó qué tierras habrían de evangelizar los españoles y a cuáles llevarían la buena nueva los capellanes de a bordo de las carabelas portuguesas. Porque, claro, el Papa no sabía de imperios y mucho menos del oro y las especias que los pizpiretos marinos ibéricos andaban buscando como locos. El problema es que ni el Santo Padre, por muy vicario de Cristo que fuese, ni nadie en absoluto sabían a ciencia cierta qué es lo qué había más allá del océano, por lo que el Pontífice, hombre práctico por encima de todo, trazó una línea imaginaria de polo a polo que quedaba a unas cien leguas de las Azores y Cabo Verde. A la izquierda de la raya los españoles podrían navegar, colonizar y, sobre todo, bautizar a los infieles que, a juicio de Alejandro VI, "parecen suficientemente aptos para abrazar la fe católica y para ser imbuidos en las buenas costumbres". Si lo sabría él. A la derecha los portugueses tenían franquicia para hacer lo propio. El caso es que en el lado español no se sabía lo que había, en el portugués sí: agua salada y tempestades. Esto colmó la paciencia de Juan II y le puso de uñas contra sus tramposos e intrigantes vizinhos. La disyuntiva era o callar y tragarse lo que había dicho el Papa, un Papa, dicho sea de paso, muy casero, o liarse la manta a la cabeza y declarar la guerra a Fernando, que era quien andaba detrás de todo el enredo. Si lo primero era malo, lo segundo era aún peor. A esas alturas los portugueses no podían ya ni soñar con medir sus armas con las de castellanos y aragoneses a dúo. A Fernando tampoco le venía bien una guerra con Portugal. Estaba ocupado en echar de Nápoles a los franceses y no quería verse envuelto en una reyerta peninsular. Portugal ya caería por su propio peso o por algún matrimonio afortunado, que de esto los Reyes Católicos sabían un rato. La única solución factible para remendar el entuerto era sentarse a negociar y pactar una nueva línea de demarcación que satisficiese a ambos. Una vez conseguido el acuerdo se lo presentarían al Papa y asunto zanjado, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Las dos delegaciones decidieron reunirse en Tordesillas, una próspera ciudad a orillas del Duero no muy lejos de Valladolid. El documento de partida fue la bula papal que establecía la línea en mitad del Atlántico, o lo que hoy sabemos que es la mitad del Atlántico,

porque en 1494 de América sólo se conocían las cuatro islas en las que había recalado la expedición colombina. La primera idea de los portugueses era volver al orden de Alcaçovas definiendo un paralelo, y no un meridiano como había hecho el Papa, en el que Portugal se quedase con toda la parte austral y España con la boreal. Parecía atractiva la propuesta, pero a los castellanos no les convenció. Para llegar a América había que tomar los alisios del nordeste, que soplan hacia el sur, y regresar a Europa con los vientos que impulsan la corriente del Golfo de México. Esa fue la derrota de todas las travesías atlánticas hasta la irrupción de la navegación a vapor en el siglo XIX. Esto obligaba a Fernando a entregar el Caribe a Portugal y hurtaba a los navegantes españoles la posibilidad de explorar el sur, que era lo más interesante, condenándoles a internarse en las traicioneras aguas del norte. Rechazada de plano la opción del paralelo, los delegados portugueses se concentraron en mover el meridiano papal hacia el oeste. Era su obsesión, y durante toda la negociación no cejaron en su empeño. Los castellanos, representados por el mayordomo real Enríquez de Guzmán, accedieron a ampliarla 150 leguas, luego 250 leguas, pero no era suficiente para el delegado de Juan II, Ruy de Sousa, la raya tenía que ir más allá, siempre un poco más allá. Semejante testarudez en trasladar una simple línea unas cuantas leguas a poniente en medio de lo que, supuestamente, no era más que una enorme masa de agua da que pensar. ¿Acaso para entonces Juan II ya sabía, gracias a un viaje secreto, que Brasil está donde está? Oficialmente, Brasil se descubrió seis años más tarde, en 1500, en el viaje de Pedro Alvares Cabral, que tomó posesión de aquella tierra por encontrarse, precisamente y por muy poco, en el lado portugués de la línea de demarcación pactada en Tordesillas. No se sabe ni se sabrá nunca, el hecho es que, gracias a la terquedad de Sousa, el plenipotenciario castellano consintió mover la dichosa línea 270 leguas desde el punto fijado en las bulas alejandrinas, ni un palmo más. Entonces los portugueses esbozaron una lusitana sonrisa y aceptaron. El tratado se firmó el 7 de junio de 1494 y se enviaron sendas copias a los reyes de España y Portugal. Los primeros lo ratificaron en Arévalo un mes más tarde. El segundo puso su real sello en Setúbal a finales del verano. El mundo quedaba, por vez primera en la historia, dividido en dos. Buena parte de la creación tenía, por fin, dueño y señor. La línea de Tordesillas sirvió para que, sin pelearse, los marinos ibéricos largasen velas a placer durante dos generaciones. Sirvió también para delimitar las áreas de conquista y colonización. Treinta años

más tarde hubo que revisarlo porque, tanto habían progresado, que unos y otros se encontraron de nuevo cara a cara en las antípodas. El contrameridiano del Pacífico se fijó en Zaragoza, en 1529. Para entonces, América ya era América, y la India se había convertido en un emporio portugués. Los efectos del tratado de Tordesillas se dejaron sentir durante siglos y aún hoy marcan las fronteras entre la hispanidad y la lusofonía, dos lenguas hermanas que, con 600 millones de hablantes en cuatro continentes, forman la primera comunidad lingüística de ámbito global. Pocos acuerdos han logrado tanto con tan poco.

Leonor de Navarra, la reina que reinó quince días

A pesar de que nuestra Edad Media está plagada de Leonores, sólo una llegó a ser reina de verdad; "propietaria", que se decía entonces. Del antiguo reino de Navarra. Lo fue durante dos semanas y por pura chiripa, después de luchar por la corona toda su vida.

El sino de esta Leonor comienza a escribirse casi un siglo antes, cuando Martín el Humano, hijo de Leonor de Sicilia, rey de Aragón y último soberano de la Casa de Barcelona, murió allá por 1410 sin dejar descendencia y, lo que es peor, sin preocuparse de nombrar heredero. El desasosiego de encontrarse sin monarca impulsó a tres catalanes, tres aragoneses y tres valencianos a reunirse en la localidad zaragozana de Caspe para deliberar quién contaba con derecho y mérito para suceder al finado. La corona le cayó en suerte a un infante castellano, Fernando I de Trastámara.

La alegría, sin embargo, le duró poco. Se casó con otra Leonor (de Castilla), y a los cuatro años murió de una afección renal. Todo lo que tenía se lo dejó a su hijo primogénito, que se llamaba Alfonso. Con los años este Alfonso resultó ser un fenómeno de la gobernación, tanto que ha pasado a la historia como El Magnánimo. Conquistó Sicilia y Nápoles, pacificó Cerdeña y se dedicó a guerrear a placer contra franceses y genoveses, a quienes se la tenía jurada. Su hermano Juan, entretanto, se había quedado en España compuesto y sin reino. Duro destino para un infante ambicioso y con toda la vida por delante. Como no podía destronar a su propio hermano en Aragón, lo intentó primero con Castilla, pero ese era un hueso duro de roer. Testarudo como era, lo intentó en varias ocasiones; y fracasó en todas.

Eliminada la corona de Castilla, su hermano le buscó acomodo en Sicilia como gobernador. Cortejó a la princesa Juana de Nápoles, pero ésta, que era muy suya, le dejó plantado por un Borbón, un caballero francés llamado Jacques, intolerable. Allí, matando el aburrimiento de cacería en cacería, conoció a una viuda española que estaba de muy buen ver. Se trataba de Blanca de Navarra, heredera de un pequeño reino que había quedado encajonado entre los Pirineos y el Ebro. Tanto se gustaron que la cosa terminó en

boda. Blanca, que, casualidades del destino, era hija de otra Leonor, le dio cuatro hermosos hijos: Carlos, Juana, Blanca y Leonor. Para Juan era un premio de consolación. Si no podía ser rey de Aragón porque su hermano estaba primero, la corona de la menuda y manejable Navarra le servía para seguir enredando en Castilla, que era, dicho sea de paso, su obsesión particular.

Juan era, gracias a su esposa, rey consorte de Navarra; gracias a su hermano, gobernador de Aragón y Valencia, y, gracias a su padre, duque de Peñafiel, es decir, vasallo del rey de Castilla. Tocaba de cerca tres coronas y ninguna era suya. Cosas de la Edad Media que no hay quien entienda.

Como la Providencia había sido generosa en descendencia, Blanca y Juan empezaron a disponer desde bien pronto el futuro de los vástagos reales. Para Carlos, el Principado de Viana, que era el equivalente navarro al Principado de Asturias. A las niñas las reservó para afianzar las relaciones dinásticas con otras casas notables. Blanca, la mayor, fue entregada en matrimonio a Enrique de Castilla, y Leonor a un príncipe francés con nombre de cuento: Gastón de Foix.

Lo de Blanca con el heredero de Castilla no terminó de funcionar. Normal: Enrique, que pasaría a la historia como El Impotente, era homosexual, y no llegó a mantener una sola relación con su esposa. O al menos así lo entendió el Papa Nicolás V cuando anuló el matrimonio, unos años después.

Con todo, el reino de Navarra parecía funcionar. El pueblo quería a la reina, la nobleza no incordiaba más de lo habitual y, aunque el consorte no era muy del agrado de los navarros, no había motivos para preocuparse, ya que el príncipe Carlos crecía sano y fuerte. Hasta que sucedió el desastre: la reina murió. Blanca, que bebía los vientos por su marido, había estipulado en secreto que, mientras Juan viviese, su hijo Carlos no podía hacerse con la corona. Esto sentó a cuerno quemado a buena parte del reino, especialmente a la parte que capitaneaba un tal Juan de Beaumont, jefe de los beamonteses, buena gente de la montaña que no tragaba al usurpador aragonés.

El rey, sabedor de la insurrección que le aguardaba, se atrajo a su propio bando para garantizarse la Corona, el de los agramonteses, liderado por un tal Pedro de Agramunt, cabecilla de la buena gente

de la ribera. Al final pasó lo que tenía que pasar: los dos bandos llegaron a las manos y Carlos, viendo que esa era la oportunidad de aventar al intruso de su padre, se alió con los beamonteses. Estalló una guerra civil que enfrentó al padre y al hijo, a Juan de Aragón y el Príncipe de Viana, dando comienzo a una de los más novelescos culebrones de nuestra historia. Leonor se puso de parte del padre, Blanca del hermano, y el rey de Castilla, ojo avizor por si pescaba algo, osciló entre uno y otro sin decidirse del todo.

Juan –más sabe el diablo por viejo que por diablo– le ganó el pulso a su hijo, y éste se vio obligado a huir a Nápoles a contar sus penas a su tío Alfonso, el rey de Aragón. Alfonso, sin embargo, tenía los días contados. Murió unos meses después; y se volvió a liar. Los catalanes vieron que Carlos bien podría ser, además de rey de Navarra, príncipe de Cataluña, lo que enfureció, y con razón, a su padre. Ordenó que le encarcelasen, la Generalidad protestó, Juan liberó al príncipe, que, cuando ya todo parecía haberse arreglado, murió en Barcelona de una inoportuna tuberculosis. Tal era la veneración que por él tenían los catalanes que mandaron que fuese sepultado en el monasterio de Poblet, junto al resto de monarcas de la Corona de Aragón.

Leonor, que se había mantenido fiel a su padre con idea de saltarse por dos veces la línea sucesoria, recogió lo que había sembrado, pero no del todo. Llegó a un acuerdo con su padre en Olite (una "concordia", que se llamaba entonces), pero éste no quiso entregarle la corona. Y eso que la infanta había hecho méritos sobrados para conseguirla. Liquidó a su hermana Blanca, que había sido repudiada por Juan, con un bebedizo y se trasladó junto a Gastón a vivir al sur del Pirineo, a la ciudad de Sangüesa.

Juan, que ya era Juan II de Aragón, había cambiado mucho en los veinte años que transcurrieron entre la muerte de su esposa y la de su hijo. Se había vuelto a casar, con una aristócrata castellana nada menos, y la vida le había sonreído con el nacimiento de un nuevo heredero: Fernando, que con el andar del tiempo llegaría a convertirse en Fernando el Católico. Pero la cosa volvería a torcerse.

Gastón de Foix y Leonor habían sido nombrados lugartenientes vitalicios del reino y herederos de la Corona, pero Juan era hombre de humor cambiante: se pensó dos veces lo de la herencia y destituyó a Leonor para colocar en su lugar a su nieto, el joven

Gastón. Nueva guerra familiar. Juan, que adoraba los golpes de efecto para impresionar al rival, mandó ejecutar a Nicolás de Chávarri, obispo de Pamplona y consejero privado de su hija. Leonor, sospechando que ella sería la siguiente, se atrincheró y solicitó ayuda a los beamonteses, los mismos que, unos años antes, había combatido por ser valedores de la candidatura de su hermano. Su marido cabalgó hasta Bearn, al otro lado del Pirineo, a por refuerzos, y cuando volvía con ellos murió, quizá de la fatiga o quizá de la impotencia de ver cómo su frágil reino se extinguía sin remedio.

Al final, padre e hija, que habían aguantado hasta el final, llegaron a un acuerdo por el cual, cuando Juan muriese, ella heredaría la corona. Así sucedió, aunque Leonor pudo paladear su tan anhelado triunfo tan sólo dos semanas, que, eso sí, le debieron de saber a gloria. A mediados de febrero de 1479 murió, en Tudela, exhausta de tanto ajetreo. Le sucedió su nieto Francisco Febo, un débil niño de diez años que no llegaría a cumplir los quince.

El reino de Navarra daba sus últimas boqueadas en la historia. Un cuarto de siglo después, el hermanastro de Leonor, Fernando el Católico, anexionaría Navarra a Castilla, "guardando los fueros e costumbres del dicho regno". La España que quedó entonces configurada, la que hoy conocemos, es la misma (o casi) sobre la que reinará algún día la infanta Leonor de Borbón. Confiemos en que su reinado no sea tan breve. Su antecesora navarra contemplará complacida desde arriba cómo, después de cinco siglos y medio, una reina vuelve a llevar su nombre.

El Gran Capitán, o cómo poner una pica en Nápoles

En el otoño de 1494 un jovenzuelo y alocado monarca francés que se llamaba Carlos decidió invadir Italia y empezar a cosechar glorias desde el primer minuto de su reinado. El plan era ambicioso y arriesgado. Tenía que cruzar los Alpes, transitar por el Milanesado y la Toscana sin contratiempos, detenerse en Roma para ser coronado y terminar la gira en Nápoles, para destronar al decadente y poco motivado rey del vecchio regno, Ferrante II, a quien llamaban Ferrandino por lo apocado y falto de espíritu que era.

Como era joven, valentón e irresponsable, no se preocupó de las consecuencias de su aventura. El emperador de Austria miraría para otro lado. El rey de Inglaterra poco podía decir, estaba muy lejos. En cuanto al de Aragón, único que podía sentirse directamente concernido, acababa de ser recompensado con la devolución del la Cerdaña y el Rosellón, dos comarcas que habían caído en manos francesas durante la guerra civil catalana, unos años antes. Eso era, más o menos, lo que circulaba por su cabecita antes de ordenar a sus generales que cargasen las mulas y enfilasen el camino de Milán.

Todo le salió como la seda, al menos al principio. En febrero del año siguiente hizo su entrada triunfal en Nápoles. Ferrandino, fiel a su carácter, salió disparado hacia el sur, a Calabria, buscando la cercanía de Sicilia, que era parte de la Corona de Aragón.

Mientras todo esto sucedía en Italia, Fernando de Aragón, el Católico, esperaba tranquilo. El Papa Alejandro VI, que era valenciano, le había avisado de la cabalgada francesa, de los excesos de sus tropas y de lo mal que le caía el presuntuoso niñato que, en un abrir y cerrar de ojos, se había adueñado de Italia. El rey se hizo el sueco, no movilizó al ejército de Sicilia ni envió un contingente por si Carlos, a quien aún le quedaba cuerda, tenía la ocurrencia de cruzar el estrecho de Mesina.

Muy al contrario, dejó hacer al gabacho y se concentró en urdir una gran alianza internacional contra él. Decir que Carlos era muy malo y él muy bueno no colaba, así que tramó una coartada para que

todos picasen el anzuelo. Propuso al Papa crear una Liga Santa para frenar el avance de los turcos en el Jónico. Todo un clásico. Eso implicaba que Francia debía abandonar Nápoles. El Pontífice lo recibió de mil amores y cursó petición a todos los reyes de la Cristiandad, incluido el de Francia. Venecia se apuntó a la primera; le siguieron Austria, Inglaterra, Castilla y Aragón. Carlos dijo que nones, que para defender Nápoles de los sarracenos ya se bastaba el sólito. Había caído en la trampa.

Rodeado Carlos por los cuatro puntos cardinales, Venecia llegó a un acuerdo con Milán para atacar a los franceses por el norte. Carlos acudió al combate sin saber que le esperaba una bochornosa derrota, de la que salió con vida de milagro. El sur, que era donde se ventilaba lo importante, se lo reservó Fernando. Envió una flota armada hasta los dientes al mando de Garcerán de Requesens. A bordo viajaba Gonzalo Fernández de Córdoba, un capitán castellano que había servido en la guerra de Granada. Conjugaba en perfecta armonía valor, inteligencia y mano izquierda, ingredientes que, no tan casualmente, se dan en todos los grandes generales de la historia. Gonzalo lo fue, y con letras mayúsculas.

Las órdenes de Gonzalo eran restituir a la familia real, la de Ferrandino, en el trono napolitano. Para ello habría de trasladar el ejército hasta la península, liquidar a los franceses, reconquistar Nápoles y asegurarse el control de varias fortalezas. Casi nada.

Con lo que había traído de España y el refuerzo de los napolitanos leales a Ferrandino franqueó el estrecho y, ya en Calabria, buscó el encuentro con los franceses, a quienes pensaba pasaportar de una tacada. Error fatal, porque los que le estaban esperando eran los propios franceses, que se habían anticipado al plan del cordobés. En Seminara Gonzalo cobró su primera y última derrota en Italia. El ejército de Montpensier estaba mejor preparado y había hecho un uso combinado de la artillería y la caballería que era casi imposible de replicar con las artes de la guerra que Gonzalo traía aprendidas de España.

Acantonó a sus tropas en Reggio para reponerse y reflexionar sobre el desastre. Había una cosa buena: no habían conseguido obligarles a regresar a Sicilia, y otra mala: eran más, y mejor armados, de lo que pensaba. Tenía, además, que aprender del enemigo. Los franceses estaban muy bien organizados, sus distintas compañías funcionaban con precisión, sin estorbarse y entrando en combate en

el momento adecuado. Había que inventarse de cero la milicia española, y había que hacerlo rápido: los franceses no le iban a dar otra oportunidad.

Escribió a los reyes para que le enviasen refuerzos, soldados, cuantos más mejor, y dinero, que sin ese no hay ni guerra, ni gloria ni nada de nada. Procedió entonces a reorganizar su ejército. Restringió el uso de ballesteros, que eran una antigualla, y de los incontrolables jinetes ligeros para dar protagonismo a los arcabuceros –uno por cada cinco infantes– y a la infantería. Los primeros podrían descabalgar a distancia a los resueltos jinetes franceses; los segundos darían buena cuenta de los piqueros suizos que Carlos utilizaba con profusión. Para asaltar las compañías de piqueros ordenó que los infantes llevasen dos lanzas, y una espada corta para clavar en los vientres de los enemigos. Los españoles siempre hemos tenido mucho arte con las espadas cortas; de ahí a la navaja y al navajazo hay sólo un paso.

La estrategia también tenía que cambiar. La batalla campal y otras simplezas tácticas medievales ya no valían. Creó divisiones mandadas por un coronel y dejó de lado la antigua columna de viaje, sustituyéndola por el orden de combate, de manera que los soldados siempre estaban preparados para luchar. Con todo, su innovación más original fue la de motivar a los soldados. Les hizo sentirse parte de algo importante, no mera carne de cañón en busca de botín. No escatimó ni dinero ni tiempo para adiestrar a sus hombres, incentivó los ascensos por méritos y estimuló el sentido del honor y de servicio a una causa.

Gonzalo Fernández de Córdoba no lo sabía, pero esa reforma sería el germen de los tercios españoles, una máquina de hacer la guerra que estuvo ganando batallas ininterrumpidamente durante siglo y medio. Los primeros en probar la medicina hispana fueron los franceses de Montpensier, y tal fue el palo que se llevaron que, tras batirse con la infantería española, aseguraron no haber peleado "contra hombres sino contra diablos".

En julio de 1496 Gonzalo estaba de nuevo en marcha. Los franceses se habían retirado hacia Apulia y tenían sitiada la plaza de Atella, a medio camino entre Nápoles y Tarento. Enterado Alejandro VI del paradero de Montpensier, escribió al capitán andaluz para pedir su auxilio. Esta vez fue cosa de llegar, ver y vencer. Los franceses fueron diezmados y huyeron hacia el norte. Gonzalo se dirigió a

Nápoles, donde entró días después aclamado por los napolitanos, donde "Por común consentimiento de todos fue juzgado ser verdadero merecedor del nombre de Gran Capitán".

La aventura del inexperto Carlos VIII había terminado peor que mal: no sólo no había conquistado Nápoles, sino que se lo había entregado en bandeja a Fernando de Aragón, su peor enemigo. El francés apenas tuvo tiempo para recrearse en su odio: poco después murió, como consecuencia de un accidente doméstico, sin dejar descendencia. Se dio un golpe en la cabeza contra el dintel de una puerta. Y es que la precipitación termina pasando factura.

El sucesor de Carlos, Luis XII, heredó, aparte de la corona, la apetencias de quedarse con Italia. Pero no era tan ingenuo. Antes de tirarse a la piscina se lo pensó dos veces y se buscó algunos aliados. En 1499 los franceses estaban de vuelta en Milán. Fernando, que tenía abiertos varios frentes, se avino a negociar. Invitó a Luis XII a firmar un tratado para repartirse la Bota entre los dos: el norte para Francia y el sur para España. El francés aceptó encantado y envainó el sable en espera de mejor ocasión.

Ocasión que no tardaría en presentarse porque, como es bien sabido, dos gallos no pueden compartir el mismo corral. Felipe de Habsburgo, el Hermoso, que estaba casado con Juana de Castilla, la Loca, pensó que esa era su oportunidad para ir haciéndose un capitalito al margen de lo que heredase. Concertó un acuerdo con Luis XII en Lyon por el que reinaría en Nápoles hasta que su hijo Carlos (el futuro Carlos V) y la hija del rey de Francia, Claudia, estuviesen en edad de merecer y de heredar. El plan era tan tonto como su creador. Fernando no tragó y ordenó a las compañías españolas en Nápoles que se pusiesen en pie de guerra.

Gonzalo, que había regresado a España convertido en lo más parecido a un héroe, fue enviado de nuevo al escenario de sus triunfos pasados. Fernando ordenó armar dos flotas: una en Barcelona y otra en Cartagena, para dejar claro que la empresa italiana era ya un asunto que concernía por igual a castellanos y aragoneses; spagnoli, tal y como eran conocidos ambos en Italia.

El Gran Capitán se dirigió a Mesina para reunirse con los regimientos de Calabria, y allí recibió el apoyo de una tercera flota, capitaneada por Luis de Portocarrero. El Católico había puesto toda la carne en el asador. Italia sería española o no sería, así de sencillo.

Gonzalo, entretanto, ansioso por encontrarse de nuevo con los franceses, se internó en la península y fue a dar con ellos en un lugar muy familiar: Seminara, el mismo en que había sido derrotado años atrás. Esta vez fue diferente: machacó a la tropa gala y siguió avanzando.

Luis XII había destacado en Italia al duque de Nemours, un joven y ambicioso general llamado a ser la horma del zapato de Gonzalo. El francés se retiró hasta la costa del Adriático para recibir ayuda de los venecianos, que se habían puesto de su lado. Puso sitio a Barletta y espero a que el andaluz corriese en su auxilio. Ese sería el cebo: una vez allí, otro ejército francés, liderado por el propio Nemours, le saltaría por la espalda. Gonzalo, como estaba previsto, acudió a liberar Barletta. Entonces todo el plan de Nemours se torció.

Gonzalo levantó el asedio en tiempo récord, y antes de que Nemours pudiese moverse salió en su búsqueda. Se lo encontró un poco más al norte, en Ceriñola. El plan de batalla de Gonzalo fue magistral. Mandó cavar unos fosos para detener a la caballería a piquetazos. Hecho esto, descargó toda su pólvora sobre los piqueros suizos y lo que quedaba de caballería. Entonces, cuando el enemigo estaba tocado de muerte, cargó con 6.000 infantes y 1.500 caballeros. La derrota francesa fue total. En el recuento de bajas sólo había 100 españoles muertos, por 3.000 franceses, entre los que se encontraba el propio Nemours.

Enterado Gonzalo de que su rival se había dejado la vida en el lance, ordenó que trajesen el cadáver ante su presencia. Ante la estupefacción de sus oficiales, le dedicó un sentido homenaje e hizo que le sepultasen con honores. Lo cortés no está reñido con lo valiente. Hasta en esto Gonzalo Fernández de Córdoba se adelantó a su tiempo.

Con idea de evitar que el enemigo se reagrupase, la hueste española corrió hacia Nápoles, donde el Gran Capitán fue recibido como uno de los héroes de la Antigüedad. Los nobles napolitanos habían encargado un arco del triunfo para que Gonzalo lo atravesase con sus hombres. El cordobés se negó elegantemente: aquel reino no le pertenecía a él, sino a Fernando el Católico. Alardes de nobleza como éste le valieron una fama que cruzó Europa de punta a punta. El condottiero español era, amén de invencible, leal y caballeroso.

Los franceses, sin embargo, no se habían rendido. Luis XII, emperrado con Nápoles como un niño pequeño, envió tropas de refuerzo a Gaeta. Gonzalo acudió a su encuentro desplegando una estrategia tan novedosa como inteligente. En lugar de cargar directamente sobre Gaeta, dejó que los franceses se confiasen y bajasen hasta el río Garellano con toda su artillería. Diseminó sus compañías a lo largo de varios kilómetros de barrizales para desgastar al enemigo. Llegado el momento, ordenó cruzar el río, rematar a los dispersos artilleros franceses y, ya sin defensas, rindió Gaeta con pocas bajas. Una soberbia lección de cómo se gana una batalla, y de cómo se obedecen las órdenes. Fernando le había pedido por carta que no malgastase hombres ni dineros, que evitase las carnicerías; "mucho más nos serviréis en conservar eso con paz que en darnos todo el reino con guerra".

Tras la victoria de Garellano, Luis XII entendió que de Roma para abajo todo esfuerzo era inútil. Los españoles había puesto una pica en Nápoles, y no había modo de arrancarla del suelo. La pica seguiría clavada en el soleado mezzogiorno durante dos siglos más, hasta la paz de Utrecht. Ya desvinculada de la corona española, Nápoles permanecería ligada a España por lazos dinásticos hasta que, en 1860, Garibaldi incorporó el vecchio regno a la Italia de los Saboya.

La empresa italiana fue la más provechosa y afortunada de cuantas España ha emprendido en Europa. Un torrente de refinada cultura italiana se derramó sobre nuestro país. Nápoles se convirtió en la ciudad más próspera y poblada de corona. A cambio, los primeros tomates llegados de América en las flotas de Indias posibilitaron que algún napolitano ingenioso inventase la pizza, el plato más universal del mundo. La toponimia, los apellidos y hasta ciertas formas dialectales del sur de Italia guardan memoria de la dilatada presencia española. Nuestra lengua se llenó de italianismos que traían pintores, escultores y músicos.

Fue una fructífera simbiosis latina. El buen recuerdo por la historia compartida es mutuo.

Pamplona bien vale una misa

De todos los reinos cristianos que nacieron como setas para recuperar la España perdida tras la invasión musulmana, el que peor suerte tuvo fue Navarra. Empezó bien y consolidó las posiciones, pero luego se confió, se durmió en los laureles y los vecinos, Castilla y Aragón, le birlaron la merienda. Después de tanto esfuerzo, a principios del siglo XII Navarra se había quedado encajonada en un cuadrilátero entre las Vascongadas y Aragón, entre el Ebro y los Pirineos, sin siquiera una mala salida al mar que echarse a la boca.

Durante el resto de la Edad Media mantuvo lo ganado, que ya de por sí tiene mérito, y se especializó en proporcionar princesas casaderas a todas las casas reales de Europa. Así, en diferentes épocas, Margarita de Navarra se casó con Roger de Sicilia, Berenguela de Navarra con Ricardo de Inglaterra, Inés de Navarra con Gastón de Foix... y Blanca de Navarra, la última de una saga tan numerosa que cuesta seguirla, matrimonió en España; primero con el heredero de la corona de Castilla y luego con el de la de Aragón.

El primero se llamaba Enrique y era homosexual e impotente; el segundo, Juan, era un caballero en la cama, un lince en la corte y un hacha en la guerra. No es de extrañar que, ya viudo, volviese a casarse con una más joven y engendrase a Fernando el Católico, el gobernante más cuco y maniobrero de cuantos ha tenido España.

Tanto casorio y tanta actividad venérea con príncipes extranjeros tenía que traer alguna consecuencia. Blanca de Navarra se enamoró perdidamente de su apuesto aragonés. A la muerte de la reina le tocaba heredar al hijo de ambos, Carlos de Viana, pero el padre se negó en redondo y se armó la gorda. El príncipe, reconciliado con el padre y con el perro mundo que le había negado hasta la legítima, murió joven, y la suya pasó a engrosar la lista de historias de la Historia de España que merecen ser contadas.

Juan recibió la corona de Aragón a la muerte de su hermano y se olvidó de Navarra, donde colocó a una de sus hijas de un modo bastante precario; tanto, que la hija y el padre murieron casi a la vez. Fernando, el heredero de Juan, no podía prestar demasiada atención a lo que pasaba en Navarra y consintió que la corona

recayese en un niño de diez años, llamado Francisco Febo, que no tardó mucho en tomar el billete para el otro barrio. Una pena: el desdichado no llegó a cumplir los quince.

Su hermana Catalina recogió el relevo y, siguiendo la tradición familiar, se casó con Juan de Albret, un aristócrata del otro lado del Pirineo, muy francés, muy apegado a las costumbres galas, especialmente a las malas. Como por allí no se llevaba que las mujeres reinasen, hizo como que no se enteraba de que la heredera era Catalina y se coronó como Juan III de Navarra. Juan y Catalina, o Catalina y Juan, fueron los dos últimos reyes de un reino tan viejo como decadente.

El trajín dinástico era fiel reflejo de la descompuesta Navarra de entonces. Dos partidos se la tenían jurada: los beamonteses y los agramonteses. Los primeros venían del norte, de la montaña, y representaban a la Navarra pastoril y pirenaica, de verdes prados, frondosos bosques y frescos riachuelos. Se llamaban así por Carlos de Beaumont, primo del rey Carlos el Noble. Los segundos eran los hombres del sur, de la ribera del Ebro, de la interminable y feraz huerta, de los señoríos del llano donde se cultivaba de todo. Debían su nombre a unos terratenientes de la ribera, los Agramunt. Las facciones eran tan irreconciliables que, persuadidos de que nunca se iban a entender, su principal ocupación era poner en el trono a un monarca que les favoreciese.

El odio africano que se dispensaban hacía que éste fuese utilizado intensamente por los reinos vecinos. Si se quería intervenir en Navarra no había más que congraciarse con uno de los dos bandos. Tal situación condenó a Navarra a vivir peligrosamente durante un siglo. A sus monarcas, que además tenían el patio revuelto, no les quedaban muchas alternativas: o con Francia o con España, que, por obra y gracia de Fernando el Católico, se habían declarado la enemistad eterna.

Navarra, sin embargo, no era un objetivo preferente para ninguno de los dos reinos; constituía más bien un estado-tapón entre ambos. Pero los estados-tapón tienen la peculiaridad de que se convierten con relativa frecuencia en estados-pasillo, y si no que se lo digan a los belgas. Esto quitaba el sueño a Fernando y a la corte parisina. Mientras anduvieron ocupados en las campañas italianas, la obsesión del aragonés era no encontrarse por sorpresa a sus enemigos en Pamplona, en las mismas puertas de Castilla y a un

paso de Zaragoza. "He enviado a demandar a los reyes de Navarra que me den la seguridad conveniente de que estarán neutrales", decía, no sin cierta inquietud, antes de embarcarse en la guerra total contra los franceses en Nápoles. Le iba la vida en ello.

A Luis XII tampoco le complacía aquel escenario. Fernando era un zorro, y bien podía distraerle por un lado y atacar por otro. Con todos los bollos metidos en el horno italiano, una invasión española por los Pirineos podía hacerle un roto de dimensiones considerables. Si los españoles eran, además, tan bravos y resueltos como estaban siéndolo en Italia, el mismísimo trono podía bailar bajo su trasero.

En medio se encontraban los reyes Catalina y Juan de Albret. No podían llevarse mal con ninguno de los dos, aunque el cuerpo les pedía desairar a Fernando, a quien tenían cerca, y pactar una entente más o menos cordial con Luis, de quien, por añadidura, eran vasallos.

Una situación tan tensa tenía que reventar por algún lado. Lo hizo, como suelen suceder estas cosas, por el más insospechado. Catalina y Juan decidieron acordar secretamente en Blois el apoyo navarro a Francia en caso de que ésta llegase a las manos con España, cosa que era de esperar en breve, porque Fernando se había embarcado en una nueva Liga Santa con patrocinio papal.

Uno de los diplomáticos franceses que acudieron a discutir los términos del convenio conoció a una dama navarra de la comitiva real. Se entendieron a la primera, y cuando se encontraban en plena faena el rijoso diplomático se quedó en el sitio de un infarto. La suerte, y algún avisado espía –quizá la misma mujer–, quiso que los documentos que custodiaba el finado en su habitación viajasen hasta Burgos, donde se encontraba Fernando esperando noticias. Ya es curioso que España, que se había perdido siglos antes por la ligereza de una mujer, se recuperase del todo gracias a los buenos oficios de otra. Esta última, por desgracia, se quedó a medias.

Esa era la prueba definitiva. El Católico no precisaba más para quitarse una incómoda china del zapato. Escribió a Catalina haciéndole partícipe de sus hallazgos. Al negar la reina haber firmado tratado alguno con los franceses, Fernando le pidió tres plazas que avalasen sus palabras: San Juan Pie de Puerto, Malla y Estella. Mientras apretaba las tuercas a su sobrina, negociaba con su

yerno, Enrique VIII de Inglaterra, una operación de castigo a los franceses, ofreciéndole Guipúzcoa como base. No quería dejar nada al albur: si Juan de Albret se ponía farruco, dos ejércitos, el inglés y el español, le bajarían los humos de inmediato.

La decisión de invadir Navarra estaba ya tomada, pero Fernando, que no daba puntada sin hilo, se buscó la coartada definitiva. Pidió a Catalina permiso para que sus tropas atravesasen el reino camino de Francia. Catalina dijo que no. Acto seguido, dio orden a Fadrique de Toledo, duque de Alba, que se encontraba acantonado en Salvatierra con unos 15.000 infantes, de avanzar hasta Pamplona. Todo estaba previsto. Los ingleses de Guipúzcoa disuadirían a Luis XII de aventurarse en Navarra. Alfonso de Aragón, por su parte, estaba avisado para intervenir si se presentaban complicaciones en Tudela o en Olite.

Fue una campaña relámpago, sorprendente por su rapidez y por la escasa resistencia que los soldados, castellanos, alaveses y guipuzcoanos en su mayoría, se encontraron por el camino. Sólo duró cuatro días, los que tardan 15.000 personas en andar los cien kilómetros escasos que separan Salvatierra de Pamplona. El duque, previendo mayores contratiempos, hizo transportar artillería, pólvora y municiones para un largo asedio de la capital. Los pamploneses, sin embargo, no cerraron las puertas ni mostraron intención alguna de resistirse al cambio de los tiempos. El 25 de julio de 1512 Fadrique hizo su entrada en la ciudad. Quiso la casualidad que fuese el mismo día de Santiago, patrón de España.

Los Albret pusieron pies en polvorosa hacia la parte norte del reino, la que quedaba al otro lado de la cordillera, un pequeño apéndice conocido como la Baja Navarra. Allí solicitaron el auxilio de Luis, que armó tres ejércitos para penetrar de nuevo en el reino y arrancárselo de las manos al duque de Alba. Cruzó los Pirineos y se dirigió a Pamplona.

Esta vez sí hubo asedio, aunque infructuoso: la llegada del invierno obligó a los franceses del mariscal Lautrec a levantar el campamento y regresar por donde habían venido. Cuentan que en los valles del Baztán y el Roncal los lugareños apedrearon al derrotado ejército galo cuando franqueaba los puertos. Aquello de "a enemigo que huye, puente de plata" no lo hemos interiorizado hasta hace bien poco tiempo.

Para evitar nuevas tentativas, Fernando se personó en Pamplona, y desde allí ofreció una tregua a su archienemigo. Luis, falto de iniciativa y convencido de que los navarros querían compartir el destino de castellanos y aragoneses, se avino a parlamentar. En abril de 1513 ambos monarcas firmaron en Orthez el fin de las hostilidades. Esto, lógicamente, no significaba que Catalina y Juan perdiesen sus derechos sobre el trono: esos sólo podía arrebatárselos el Papa.

La clave de todo estaba ahí, en un despacho del Vaticano. Dos meses antes Julio II había expedido una bula para desposeer de la corona a los Albret. Catalina y Juan fueron, además, excomulgados. Como lo que dice el Papa va a misa, el 23 de marzo de 1513 las Cortes de Navarra, reunidas para tan magna ocasión en Pamplona, nombraron a Fernando de Trastámara rey de Navarra, con carácter hereditario. Desde entonces, todos los reyes de Castilla lo han sido, a un tiempo, de Navarra, del mismo modo que sus herederos toman los títulos de Príncipe de Asturias y de Viana. Dos coronas, la de Castilla y la de Navarra; un rey, el de España. Una versión medieval del lema norteamericano: Et pluribus unum.

La anexión de Navarra fue tan legal y legítima como fue posible en algo que acaeció hace cinco siglos. Fernando el Católico se comprometió a respetar, mejorar y "no empeorar" los fueros del viejo reino. Ninguno de sus sucesores ha faltado a la palabra dada aquel día de marzo de 1513.

La actual Comunidad Foral es la última derivación histórica de aquel compromiso. Navarra, y los navarros, se incorporaron de este modo a la singular empresa de España, a cuya historia han contribuido con especial ahínco y convicción.

Pamplona, definitivamente, bien valía aquella misa.

Castilla comunera

Una de las mayores calamidades de nuestra historia es haber padecido durante casi trescientos años a la dinastía de los Habsburgo, más conocida como la de los Austrias. Nefasta, se llame como se llame. El drama comenzó en 1516, cuando Fernando el Católico dio el último suspiro en Madrigalejo, un pueblecito extremeño del que, a diferencia de Yuste, nunca se acuerda nadie.

Las dos coronas, la de Castilla y la de Aragón, habían quedado unidas por arriba, por lo que la heredera de los reinos era Juana de Trastámara. Pero su perturbado ánimo le impedía recibir la herencia, y languidecía encerrada en Tordesillas como una de esas princesas de los cuentos, abandonada por todos.

Muy lejos de allí, en Bruselas, vivía su hijo Carlos, un crío de 16 años a quien la reina apenas conocía. El niño había crecido en Holanda, y era esa lengua, el holandés, la única que manejaba con soltura. Y no demasiado, porque Carlos inauguró una tara genética que duraría varios siglos en la Monarquía española, llegando a constituir una de sus señas de identidad: el prognatismo. El príncipe no podía, literalmente, cerrar la boca, porque las mandíbulas no le encajaban. Cuando se hizo mayor se dejó barba para disimular el defecto, pero ese gen travieso del prognatismo lo legó a sus sucesores, de ahí que entre los reyes de España haya tanto belfo caído y tanta cara de tonto.

Por derecho, le correspondían los reinos de sus abuelos españoles, pero no para heredarlos de inmediato, sino para cuando su madre muriese, pues era Juana, por muy loca que estuviera, la verdadera propietaria de los mismos. Los cortesanos flamencos no estaban, sin embargo, por la labor de esperar, así que desoyeron las súplicas del regente Cisneros y proclamaron rey al chaval dos meses después de la muerte de Fernando.

Fue un golpe de estado, el primero de la España moderna. Cisneros se tragó el sapo y apremió al joven monarca a venir a España para ceñirse la corona y prestar juramento ante las Cortes de Castilla, Aragón, Cataluña, Valencia y Navarra; aquí, de juramentos siempre hemos andado muy sobrados, aunque luego no se cumplan.

Un año y medio después, el rey desembarcó en Asturias, en la ría de Villaviciosa, tras un tormentoso viaje que había alejado a la flota del puerto de Santander, al que en un principio se dirigían los bravos marinos vizcaínos que habían ido a recogerle a Flandes. No perdió el tiempo. Fue a ver a su madre a Tordesillas, en una visita relámpago; cumplido el trámite, condujo su numeroso séquito a Valladolid, donde se habían convocado las Cortes en las que habría de jurar como rey.

Aquí comenzó a torcerse todo. Al imberbe Carlos le acompañaba una camarilla de nobles flamencos que no se habían visto en una igual en su vida. El rey, que no sabía ni palabra de castellano, sólo se podía entender con ellos, por lo que les dejó hacer a su antojo.

Eso sentó a cuerno quemado entre los castellanos. En pocos meses, los principales hombres del reino habían sido postergados por el corrillo privado del rey. Un tal Marliano de Chièvres, de inconfundibles reminiscencias francesas, se convirtió en el amo de Castilla. Tenía la cara tan dura este Chièvres que llegó a proponer a su sobrino como arzobispo de Toledo, nada anormal si no fuese porque el sobrino era un niñato de 20 años que ni siquiera sabía dónde estaba Toledo.

El maniobrero Chièvres logró que el presidente de las Cortes fuese otro de los consejeros del rey, Jean de Sauvage, y envió a Fernando, hermano de Carlos, nacido en Alcalá y criado en España, a Bruselas, para alejar la tentación de que los castellanos escogiesen como monarca a otro Habsburgo más casero. Eso fue el colmo. Muchos de los representantes pusieron el grito en el cielo, pero no sirvió de mucho. Carlos sacó 600.000 ducados a las Cortes y puso rumbo a Zaragoza.

En Aragón, más de lo mismo. La camarilla real enredó todo lo que pudo, y los aragoneses aflojaron la bolsa: 200.000 ducados del ala, los justos para que el rey prosiguiese camino a Barcelona. Los catalanes, haciendo honor a su fama de gente sensata que no se deja engatusar por farsantes como Chièvres, alargaron la cuestión del dinero durante un año. Entonces, en pleno tira y afloja en la Ciudad Condal, llegó la noticia que habría de desencadenar todo el lío. Los electores alemanes habían decidido que Carlos era digno de suceder en el trono del Imperio a su abuelo Maximiliano.

Pero la elección no era gratis: los electores eran una recua de

príncipes corruptos, y hacían un pingüe negocio con la designación del Emperador. Carlos necesitaba dinero, mucho dinero; más de lo que, a regañadientes, le habían dado las Cortes en España. En Castilla, que era de lejos el reino más rico de cuantos había heredado el afortunado joven, lo vieron venir. Carlos cabalgó hasta Santiago de Compostela, y allí reunió deprisa y corriendo, en marzo de 1520, las Cortes castellanas. Asistido por los valiosos oficios del obispo Mota, obtuvo un servicio (así es como se llamaban este tipo de atracos) de 220 millones de maravedíes. Todo por el Imperio, aunque, la verdad, a los españoles de entonces ni les iba ni les venía; bueno, venir les venía, pero mal.

El malestar se extendió por toda Castilla. Unos frailes de Salamanca redactaron una carta en la que exponían las razones para oponerse al servicio. Pedían al rey que no viajase a Alemania y que abandonase la costumbre de dárselo todo a los extranjeros que le acompañaban noche y día. Lo decían por Chièvres, no me cabe duda. Fueron estos frailes los que acuñaron el término "Comunidad". Hicieron uso de esa palabra para amenazar veladamente al monarca: si se salía con la suya, obligación de la Comunidad era oponerse y actuar en consecuencia.

El rey, encaramelado con el Imperio, se embarcó en La Coruña y dejó a Adriano de Utrecht a cargo de sus posesiones hispánicas. La mecha de la insurrección prendió con fuerza. La primera ciudad en alzarse fue Toledo. Capitaneados por Juan de Padilla, los toledanos expulsaron al corregidor real y se declararon en rebeldía. Los ecos de la revuelta saltaron las cumbres de Guadarrama y Segovia se levantó en armas unos días después. Aquí corrió la sangre. El corregidor y dos de los representantes de la ciudad en Cortes fueron linchados por la multitud; uno de ellos murió estrangulado en plena calle. La ciudad del acueducto daría el líder comunero más legendario: Juan Bravo.

Los excesos de Segovia inspiraron al resto de ciudades, o de Comunidades, que ya venían a ser lo mismo. En pocas semanas toda Castilla estaba incendiada: Zamora puso sus procuradores frente a un tribunal, Guadalajara expulsó a sus magistrados municipales y la muchedumbre arrasó sus casas; Burgos depuso al corregidor y se cebó con uno de los cortesanos que se había traído el rey de Bruselas, Jofré de Cotannes, un francés engreído que había llamado "marranos" a los burgaleses: fue apaleado hasta la muerte y colgado por los pies.

En apenas dos meses, Carlos había perdido por las malas casi todo lo que no supo mantener por las buenas. Informado de la rebelión castellana, ordenó a su lugarteniente Adriano de Utrecht que tomase las medidas pertinentes. Adriano pensó que lo mejor sería dar un castigo ejemplar a Segovia, para que el resto de conjurados lo pensasen dos veces antes de seguir incordiando. Ese movimiento habría que combinarlo con el control de Tordesillas, ciudad en la que vivía la reina. La lógica impulsaba a creer que lo primero que harían los comuneros sería ofrecer el trono a Juana, y así fue.

La comunidad de Toledo, comandada por Padilla, sabía que la cosa se iba a terminar de cocer en Castilla la Vieja, así que reclutó una milicia y se dirigió a Tordesillas. La única opción que le quedaba a Adriano era frenar al ejército toledano, que se había reforzado con la milicia de Madrid; sí, de la villa de Madrid, que no era, como dicen ahora algunos, una insignificante aldeúcha, sino una ciudad con voto en Cortes.

El problema es que la artillería se encontraba en Medina del Campo. Envió al general Fonseca a recogerla, pero los medinenses se negaron, lo que ocasionó que los soldados de Fonseca metiesen fuego a la ciudad. La preciada artillería, eso sí, se quedó donde estaba.

El saco de Medina extendió la rebelión por todo el valle del Duero, y sus ecos retumbaron a lo largo y ancho de Castilla. A mediados del verano, los insurrectos formaron la Santa Junta de las Comunidades en Ávila, que se erigió como legítima representante de Castilla. La Junta decidió trasladarse a Tordesillas, y una delegación, compuesta por Juan de Padilla, Juan Bravo y el salmantino Francisco de Maldonado, se entrevistó con la reina. Juana, que no había dicho esta boca es mía hasta ese momento, les respondió: "Avisadme de todo y castigad a los malos, que en verdad os tengo mucha obligación". Los malos eran los flamencos, se entiende.

Eso era mucho más de lo que el regente estaba dispuesto a soportar. Adriano, que era extremadamente hábil –por algo llegó a ser Papa–, cambió su estrategia. En lugar de enfrentarse a tumba abierta con todo el reino, guerra que tenía perdida de antemano, optó por dividirlo. Se atrajo a los aristócratas y a ciertos comerciantes de la lana, y procuró arrimar a su causa alguna ciudad. Pero para esto el monarca tenía que hacer concesiones. Aceptó alguna de las

demandas comuneras y nombró dos nobles castellanos para ejercer de virreyes junto a Adriano.

Sirvió de revulsivo inmediato: Burgos, cabeza de Castilla, y la nobleza, que se había mantenido indecisa, se desvincularon de la Junta. Había sido una estratagema perfecta, digna de un cardenal.

La suerte estaba echada. Sólo era necesario reconquistar Tordesillas, para alejar a la reina de los generales comuneros, y garantizarse el apoyo de Andalucía, cuyas ciudades no habían tomado partido ni por unos ni por otros. Lo primero acaeció en diciembre: la deserción de Burgos y una pésima maniobra de las tropas comuneras, capitaneadas por Pedro de Girón, pusieron la ciudad en bandeja a los realistas; lo segundo, dos meses después: las ciudades andaluzas hicieron público su compromiso de lealtad con el rey Carlos. La cosa se iba poniendo muy fea.

Los comuneros que habían salido con vida de Tordesillas escaparon a Valladolid. La causa, sin embargo, iba perdiendo adeptos. En la ciudad del Pisuerga sólo se dieron cita los procuradores de once ciudades: Toledo, León, Salamanca, Madrid, Toro, Segovia, Cuenca, Ávila, Valladolid, Zamora y la lejana Murcia, que se había apuntado a la verbena. En el otro lado las cosas tampoco pintaban muy bien: los vencedores de Tordesillas, que eran señores feudales, no querían provocar demasiado a los comuneros, para evitar que se lanzasen como locos al saqueo de sus feudos.

Durante semanas se dedicaron a observarse y mantener lo ganado. Hasta que volvió Padilla de Toledo. El general no entendía otro lenguaje que el del combate. Rearmó moralmente a los rebeldes y tomó al asalto la imponente fortaleza de Torrelobatón.

Los nobles, por su parte, que habían eludido la lucha, contemplaron atónitos cómo los comuneros se entregaban a una orgía de destrucción de sus propiedades. El movimiento comunero se había mutado en una revuelta antiseñorial, algo bastante habitual en aquella época: revueltas que terminaban siempre como el rosario de la aurora.

Al final, y a pesar de que la guerra tenía en vilo a todo el reino, la suerte de los comuneros se iba a ventilar en el corazón de Castilla, en Villalar. Los realistas reunieron dos ejércitos, el de Burgos y el de Tordesillas, y se lanzaron contra Torrelobatón. Padilla abandonó el castillo para refugiarse en Toro, pero no le dio tiempo a llegar.

El 23 de abril los realistas les alcanzaron junto a Villalar. Fue una derrota sin contemplaciones. A las pocas horas, bajo una inclemente lluvia, el conde de Haro proclamaba la victoria sobre un campo sembrado de miles de cadáveres.

Los cabecillas que habían sobrevivido fueron apresados y ejecutados de manera sumaria, al día siguiente, en la plaza del pueblo. Juan Bravo pidió morir primero para no ver la muerte de su admirado Padilla, que, mirándole a los ojos, le contestó: "Señor Bravo, ayer era día de pelear como caballero. Hoy es día de morir como cristiano".

Muchos creen, o eso les han hecho creer, que la rebelión comunera terminó en Villalar. Nada de eso. Las ciudades del valle del Tajo, especialmente Toledo, Madrid y Alcalá de Henares, siguieron enseñando los dientes una temporada. Adriano, al ver que no sólo no se rendían sino que intensificaban la resistencia, envió un ejército para devolverles el juicio.

Madrid y Alcalá fueron tomadas en mayo, pero Toledo era otro cantar. Encaramada sobre una privilegiada fortaleza natural, valiéndose del río como impenetrable foso, la ciudad arzobispal resistió todo el verano y parte del otoño. A su frente se situó una mujer, la viuda de Padilla, María Pacheco, una de esas españolas de rompe y rasga cuya tenacidad le valió el sobrenombre de Leona de Castilla. La ciudad terminó por rendirse, Pacheco hubo de emigrar a Portugal y Castilla quedó definitivamente pacificada.

A principios de 1522, casi al tiempo en que los canónigos de la catedral de Toledo realizaban una inscripción en el claustro para dar fe del final de la guerra, Adriano de Utrecht era elevado al solio pontificio como Adriano VI. Se lo había ganado a pulso. Ese mismo verano, el rey Carlos volvía a España, belfo en ristre, convertido en el monarca más poderoso del planeta. La España imperial daba sus primeros pasos en la historia. La experiencia nos dejaría baldados.

Así se conquistó México

La empresa más asombrosa que un español ha culminado con éxito en toda la Historia es la conquista del Imperio Azteca. Apenas mil hombres, mal armados, peor abastecidos y aislados, en un país inmenso y extraño poblado por caníbales, a miles de kilómetros de España y enemistados con el gobernador de Cuba. Mil hombres comandados por Hernán Cortés.

Bernal Díaz del Castillo, cronista en primera persona de la epopeya, se preguntará años después:

"Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos que me parece que las veo presentes [...] porque, ¿qué hombres ha habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos soldados, y aún no llegábamos a ellos, en una fuerte ciudad como es México, que es mayor que Venecia, estando apartados de nuestra Castilla más de mil quinientas leguas, y prender a tan gran señor y hacer justicia de sus capitanes delante de él?".

Cabe responder a Díaz del Castillo que, exceptuando a Pizarro, ninguno. La gesta de aquel grupo de españoles es irrepetible porque su artífice, Hernán Cortés, no se limitó a conquistar un imperio por la fuerza de las armas. Eso estaba ya muy visto. Cortés, arquetipo del conquistador español, con todas sus miserias y grandezas, empleó a partes iguales, en una combinación casi perfecta, ingenio militar, diplomacia cortesana y la testarudez que nos es tan propia a los hijos de la Piel de Toro.

Hernán Cortés había nacido en Medellín, un pueblecito extremeño, en el seno una familia hidalga que llegaba justita a fin de mes. Para que progresase en la vida lo enviaron a estudiar a Salamanca. Hernán, sin embargo, era poco amigo de los libros, y al poco se marchó a Sevilla para embarcar hacia América, la tierra prometida que Colón acababa de entregar en bandeja de plata a la reina. Se estableció en Santo Domingo como encomendero, hasta que Diego Velázquez le animó a unírsele en la conquista de Cuba. Aventurero como era, el extremeño se apuntó sin dudarlo. Le cayó en suerte nueva hacienda y la alcaldía de Baracoa.

Pero no era suficiente para el inquieto medellinense. Las expediciones que partían de Cuba para asentarse en Tierra Firme, que es como se conocía la costa del continente americano, salían escaldadas: unas no regresaban, y otras lo hacían en tan pésimo estado que el gobernador de Cuba veía peligrar su cómoda poltrona. Cortés, que todavía era joven, pensó que él era la persona indicada para la empresa. De salir bien, las ganancias podían ser sustanciosas, según lo que contaban los marineros que regresaban de la costa mexicana.

El oro vendría, además, a sanear sus deudas y a ponerle de buenas con el gobernador Velázquez, de quien se había distanciado por un asunto de faldas. Algo pendenciero, aficionado al juego y a las mujeres, había prometido matrimonio a la cuñada de Velázquez, Catalina Suárez, para luego, cobrada la presa, desdecirse como un genuino Don Juan, dejando a la novia tirada a los pies del altar, con el vestido comprado y las invitaciones del banquete enviadas. Una perla de hombre. Díaz del Castillo le retrató con precisión de cirujano asegurando que era "travieso de mujeres e que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros".

Reclutó 600 hombres y se apresuró a partir, antes de que Velázquez le echase el guante. El 10 de febrero de 1519 comenzó la odisea. Hernán Cortés tenía entonces 34 años, y no podía siquiera sospechar la hazaña que iba a realizar ni el lugar que la Historia le reservaba. Dieron vela hacia Cozumel, una islita frente a las costas de Yucatán. Allí se encontraron con un cura español, Jerónimo de Aguilar, que había caído en manos de los indios tras el naufragio de la expedición comandada por Juan de Valdivia. A los demás náufragos –excepto al capitán Gonzalo Guerrero, que echó raíces entre la indiada– se los habían comido.

Aguilar se unió a los hombres de Cortés. Fue un regalo caído del cielo. El clérigo conocía la lengua maya, vehículo imprescindible para ir ganando aliados en la costa. Cortés, muy a diferencia de otros españoles, cuyos rescates de oro se convertían frecuentemente en degollinas gratuitas de indios, pretendía ir guardándose las espaldas por si tenía que volver atrás. La flota continuó su camino y arribó a Tabasco, donde el capitán extremeño desplegó todos sus encantos para seducir al cacique local. Lo consiguió hasta tal punto que éste le entregó veinte mujeres en señal de amistad. Una de ellas era la india Malinche, bautizada como Marina, que terminaría siendo amante de Cortés y madre de uno de sus hijos, Martín

Cortés, el primer mexicano. El resto pasaron a los oficiales, que las recibieron con aullidos de satisfacción.

Malinche hablaba maya y náhuatl, la lengua de los aztecas del interior. Era la pieza que a Cortés le faltaba. Sin Malinche los españoles jamás se hubiesen entendido con los tlaxcaltecas, sus principales aliados en la guerra contra Moctezuma, y, probablemente, Cortés nunca hubiera llegado a conquistar México. Tan importante fue su papel que todavía hoy, en México, el malinchismo es sinónimo de preferir lo extranjero a lo propio, es decir, lo contrario del chovinismo, ese vicio que figura en el muestrario de "virtudes" de nuestros vecinos franceses.

Con la retaguardia pacificada y el botín de indias a buen recaudo en los lechos de sus oficiales, Cortés prosiguió camino al norte. A Tecnochtitlán, la capital del imperio, había llegado la noticia de que unos hombres barbudos de piel clara merodeaban por la costa incordiando al personal. En lugar de enviar un ejército para castigar la arrogancia de los recién llegados, el emperador se sumió en un mar de dudas. Un mito muy arraigado en la cultura azteca decía que el dios Quetzalcoalt, enojado con los hombres por su mal comportamiento, había partido años atrás, prometiendo regresar por donde nace el sol. Los mexicas vivían la religiosidad profundamente, eran supersticiosos hasta la náusea y dedicaban infinidad de sacrificios humanos a aplacar la ira de los dioses. Moctezuma, que había interpretado la llegada del hombre blanco a sus costas como el regreso de Quetzalcoalt, no sabía que hacer.

Envió una embajada de buena voluntad para que se encontrase con los españoles y los colmara de regalos. Los emisarios confirmaron sus temores: eran, efectivamente, teules (dioses en náhuatl). Se trataba de hombres corpulentos, blancos y barbados, dotados de insólitos animales, sobre los que cabalgaban, y de aún más insólitos ingenios para la guerra, que daban pavor con sólo mirarlos. Cortés, ajeno al sin vivir de los aztecas pero sospechando que tanta amabilidad no venía a cuento, siguió rumbo al norte hasta recalar en Cempoala. Los totonacas de esta región estaban sometidos a Moctezuma, pero de muy mala gana, por lo que recibieron con agrado a los españoles. Cortés, astuto como siempre, hizo exhibición pública de sus cañones y de sus jinetes a galope por la playa. Para los indios no había duda: eran teules, y habían venido del otro lado del mar a ajustar cuentas con ese emperador que les freía a impuestos.

El caballo fascinaba y aterrorizaba a los indios. No existían en América animales domésticos de ese porte, tan versátiles, poderosos y letales en la guerra. Cortés, conocedor de que se encontraba solo en el fin del mundo, se afanó por conquistar la psicología de los indios, sacando el máximo provecho a la ligera pero decisiva superioridad tecnológica europea.

Mientras Cortés se dedicaba a hacer amigos, Velázquez había ordenado su captura allá donde se encontrase. El extremeño, que había cursado un par de años de Derecho en Salamanca, ingenió una ficción jurídica fundando una ciudad, Veracruz, para obtener así la independencia del gobernador. Pero su intención no era quedarse en la costa, sino internarse en el corazón del imperio y rendirlo. Para que nadie se echase a atrás, desarmó las naves que le habían llevado hasta allí y dejó a Juan de Escalante como alcalde de Veracruz.

Junto con un grupo de totonacas, emprendió el viaje hacia Tenochtitlán, flamante capital del imperio. La tropa de Cortés estaba compuesta por unos 400 españoles y 200 indios, armada de manera tan precaria que en Europa no hubiera conseguido conquistar ni un fortín de tercera mal guarnecido: 16 caballos, 13 mosquetones, 10 cañones de bronce y 4 cañones ligeros.

Antes de salir, los de Cempoala recomendaron a Cortés llegar a Tenochtitlán a través de Tlaxcala, una orgullosa ciudad mexica que desafiaba el poder del tatloani azteca. Los tlaxcaltecas, sin embargo, eran correosos e intratables. El capitán español no se arrugó: si no era por las buenas sería por las malas. Los tlaxcaltecas eran más, muchos más, y se jugaban nada menos que su independencia. Cortés perdió algunos soldados, pero no podía, ni quería, echarse atrás, porque es preferible "morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonrados". Acampó frente a la ciudad y dispuso los cañones para repeler cualquier ataque.

El cacique de Tlaxcala, Xicotenga, harto de enviar los suyos al matadero, cambió de táctica. Envió como regalo cuatro mujeres, para que las sacrificasen y se las cenasen, junto a cuarenta indios, provistos de la guarnición. Los emisarios de Xicotenga tenían el encargo secreto de dar, por la noche, tras el festín, muerte a los españoles. Malinche, que les oyó cuchichear en náhuatl, denunció sus intenciones a Cortés y éste, sin pestañear, los detuvo. Mandó a sus hombres que les amputasen las manos. Hecho esto, los envió de

vuelta. Entonces Xicotenga se rindió. Los españoles no sólo habían descubierto la celada, sino que habían dejado intactas a las cuatro mujeres; es decir, no se las habían comido. Algo inexplicable para el indio. Iba a ser verdad que eran dioses.

Tlaxcala estaba a tiro de piedra de Tenochtitlán, pero Cortés prefirió dar un rodeo. Muy cerca se encontraba la ciudad de Cholula, perrunamente fiel a Moctezuma. Ocupar la plaza era enviar, con menos desgaste, un último y definitivo mensaje al emperador. Los cholultecas, advertidos del brío que desplegaban los españoles en la guerra y de lo mortífero de sus armas, abrieron las puertas a Cortés sin demasiado entusiasmo.

Los aztecas eran un pozo de sorpresas. Pretendían deshacerse de los hombres de Cortés con una trampa. Cavaron pozos ocultos en las calles, en cuyos fondos instalaron estacas afiladas. El plan era que, al pasar la caballería, el arma más temida, cayesen los jinetes en las fosas, desgraciando de paso sus monturas. Neutralizados los caballos, los guerreros de Cholula atacarían al resto y los harían prisioneros, para sacrificarlos en Tenochtitlán.

Malinche volvió a descubrir la encerrona. Cortés, entre la espada y la pared, vio que lo único que podía hacer era dar un escarmiento ejemplar, para persuadir a sus anfitriones de que, con él, las mandangas eran inútiles. Se reunió con sus hombres y les ordenó que batiesen la ciudad matando a todo el que estuviese al alcance de sus espadas. La escabechina fue terrible. Sólo se salvaron los jóvenes que los sacerdotes tenían encerrados y en engorde para ser devorados en espantosas ceremonias antropofágicas.

A Moctezuma no le quedaba elección: o aceptaba a los españoles o sucumbía. Cortés se dispuso a entrar en la capital y culminar su conquista. Tenochtitlán era grandiosa. Los españoles no se habían encontrado en América nada parecido, ni se lo volverían a encontrar. Estaba enclavada en una isla del lago Texcoco. Albergaba no menos de 200.000 habitantes, en una época en la que Sevilla, la ciudad más poblada de España, llegaba rabiando a los 60.000. Sólo el centro ceremonial contaba con 100.000 metros cuadrados de templos y palacios. Sus habitantes se movían por anchas avenidas y una soberbia red de canales, digna de la Venecia barroca. Pues bien, todo eso, el 8 de noviembre de 1519, un hidalgo de Medellín, trotamundos y ambicioso, lo hizo suyo.

Moctezuma recibió a Cortés acongojado. Los teules por fin estaban en Tenochtitlán, habían vuelto. Cortés se bajó ceremonioso del caballo, tomó posesión de la ciudad en nombre de Carlos I, otro emperador –que se encontraba a miles de kilómetros, ajeno a todo el cotarro–, y a Moctezuma le puso al cuello un collar de cuentas de vidrio, baratija que, curiosamente, fue más útil para conquistar América que los cañones.

Se alojaron en un palacio, el de Axayacátl, rodeados de lujos, viandas y un harén de serviciales mexicas para cada uno. El paraíso en la tierra. Por si las moscas, tomaron a Moctezuma como rehén: después de lo visto, de los aztecas no había quien se fiase.

En Cuba, Diego Velázquez, se enteró de que Cortés había fundado una ciudad a sus espaldas y se encontraba, también a sus espaldas, de conquista en tierra firme, cobrando incontables riquezas. Comisionó a Pánfilo de Narváez para que se dirigiese a México con 1.400 hombres a apresar al insubordinado. Cortés, alertado por los indios de la expedición, partió de Tenochtitlán, dejando al mando a Pedro de Alvarado. Ése podía ser el fin de su aventura, pero no se arredró: tendió una emboscada y capturó a Narváez. La hueste enviada por Velázquez, no demasiado motivada y engolosinada por las riquezas del Azteca, se unió a Cortés. Asunto resuelto.

En Tenochtitlán, Alvarado, que no tenía ni la mitad de talento que su jefe, temiendo una rebelión de los aztecas desató una matanza de aristócratas. Cortés aceleró el paso para regresar y serenar los ánimos, pero ya era tarde. El pueblo, indignado, se concentró frente al palacio, a cuyo balcón salió Moctezuma para calmar a la plebe. Al verle, Cuatemoc, sobrino del tatloani, lanzó una pedrada con tanta fuerza que le descalabró.

Cortés ordenó la evacuación de la ciudad. En la huida, los mexicas mataron a flechazos y a palos a unos 800 españoles. Aquella noche Cortés la pasó, magullado y vencido, en compañía de los pocos que le quedaban y de la leal Malinche. Fue la Noche Triste de Hernán Cortés. Lo había perdido todo, o casi.

La voluntad del extremeño era, sin embargo, inquebrantable. Decidió contraatacar, pero esta vez para sojuzgarla de verdad, destruirla y alzar sobre sus ruinas una nueva ciudad a la medida de sus conquistadores. Se refugió junto a su mermado ejército en Tlaxcala. Allí, durante meses mascó la venganza y trazó un plan de

ataque. Asoló la comarca, haciendo marcar a fuego una G de guerra en la espalda de quienes se le oponían. Una vez estuvo madura la fruta, puso sitio a Tenochtitlán. Carecía de material de asedio, pero iba sobrado de maña. Si la ciudad se encontraba en un lago, habría que rendirla con barcos. Los mandó construir.

Valiéndose de los conocimientos de algunos soldados, armó una escuadra de bergantines y la botó en el lago. La batalla por Tenochtitlán duró más de dos meses. Fue el único combate naval de la historia librado a 400 kilómetros de la costa y a 2.200 metros de altura. Los aztecas resistieron heroicamente, hasta que les faltó el agua. Como hiciese Escipión Emiliano en Numancia quince siglos antes, Cortés cortó el suministro de agua potable. Lo que son las cosas: los celtíberos, antepasados de los españoles, que habían sufrido la conquista romana, se habían convertido ahora en los conquistadores.

A principios de agosto, Cuatemoc, el último tatloani, salió de la ciudad en una canoa, huyendo de las tropas españolas que arrasaban Tenochtitlán. El capitán García Holguín la interceptó y detuvo a sus ocupantes. Llevado ante Cortés, el emperador dijo entre lágrimas: "Ya he hecho lo que estoy obligado en defensa de mi ciudad y no puedo más. Puesto que vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma este puñal que tienes en la cintura y mátame enseguida con él". Cortés, conmovido por tanta nobleza, le dejó con vida.

El 13 de agosto de 1521 el orgulloso Imperio Azteca escribía su última página en la historia: la de su rendición. Las cenizas de un imperio vendrían a abonar las raíces de otro. México se convirtió en la posesión más preciada de la Corona, tanto que recibió el nombre de Nueva España. Durante tres largos y laboriosos siglos, lo indígena y lo español se mezclaron, alumbrando el mestizo y fascinante México actual, que con sus 106 millones de habitantes es la nación con más hispanohablantes del planeta. Nunca le han dedicado un monumento a Cortés. Ni falta que hace: México es su monumento.

Elcano o el viaje al fin del mundo

El 8 de septiembre de 1522, miles de años de polémica sobre si la Tierra era plana o no quedaron zanjados en un muelle del puerto de Sevilla. Juan Sebastián Elcano y 17 hombres más, harapientos y exhaustos, descendieron con parsimonia de la nao Victoria. Habían pasado tres años desde su partida. Tres años de navegación, tempestades, calmas chichas, costas ignotas habitadas por tribus de salvajes y penurias sin cuento. El precio pagado por la gesta era elevado, pero ese grupo de hombres acababa de completar la primera vuelta al mundo.

La expedición se había fraguado unos años antes, en la bulliciosa Sevilla de principios del siglo XVI. Atraídos por el deseo de enriquecerse y por un innegable espíritu de aventura, marineros, comerciantes y trotamundos de media Europa se dieron cita a orillas del Guadalquivir. América estaba recién descubierta, y las expediciones desbordaban optimismo. Los primeros capitanes, dispuestos a comerse el mundo, bajaban orgullosos por el río al mando de sus carabelas. Era un lugar de promisión, la ciudad de los prodigios.

Fernando de Magallanes, un marino portugués que había navegado por los mares de Oriente, viajó hasta Sevilla para ofrecer al jovencísimo rey de España un ambicioso proyecto que en la corte lisboeta no había cosechado demasiado éxito. Se trataba de llegar a las islas de las especias navegando hacia el Oeste y no hacia el Este, como se venía haciendo desde que Vasco da Gama arribase a la India, años antes. Magallanes estaba convencido de dos cosas: de que la Tierra era esférica –y, por tanto, circunnavegable– y de que la especiería se encontraba en el lado español de la línea de demarcación acordada con Portugal en Tordesillas.

La cosa no era para tomársela en broma. Si era cierto lo que decía el portugués, España podía convertirse en la primera suministradora de pimienta, clavo, nuez moscada y otras bagatelas que, en Europa, tenían precios astronómicos. Magallanes se puso en contacto con Juan de Aranda, factor de la Casa de Contratación, que le consiguió una entrevista con el rey en persona. Carlos I estaba aún muy verde

y apenas hablaba español, pero alguien debió de recordarle que lo de Colón empezó del mismo modo. El monarca se avino a capitular y financió de su bolsillo buena parte del coste del viaje.

Se armaron cinco naves: la Trinidad, la San Antonio, la Santiago, la Concepción y la Victoria. Por el puerto de Sevilla se reclutaron 240 tripulantes, y se cargaron provisiones y otras vituallas para dos años de travesía.

Es aquí donde aparece el hombre que pondría el broche final a la aventura, Juan Sebastián Elcano. Había nacido en un pueblecito de Guipúzcoa, Guetaria, que pronto se le quedó pequeño. Anduvo guerreando en Italia con el Gran Capitán, y se apuntó entusiasta a la expedición militar que en 1509 el cardenal Cisneros había armado contra Argel. Conquistada la gloria, regresó a España y se afincó en Sevilla, que era donde se cortaba el bacalao. Allí conoció a Magallanes y, engolosinado con las riquezas que le aguardaban al otro lado del mundo, consiguió el puesto de contramaestre de la Concepción.

La flota partió de Sevilla a cañonazo limpio en agosto de 1519, y se hizo a la mar desde Sanlúcar al mes siguiente. Las cinco naves, con las velas hinchadas por la corriente de las Canarias, se dejaron caer hasta Tenerife, donde hicieron aguada. La idea de Magallanes era navegar pegado a la costa africana hasta poco antes del ecuador. En ese punto, y para evitar la temida zona de calmas chichas que tantas vidas se cobraba, tomaría rumbo oeste, para que el viento llevase sus barcos hasta la costa americana. Para bregados *marinheiros* como Magallanes, eso era coser y cantar.

Ya en Brasil había que seguir la ruta que, años antes, había trazado Juan Díaz de Solís, un desdichado que, tras descubrir y cartografiar el Río de la Plata, terminó en la olla de los indios charrúas. Se dieron un festín, porque a Díaz de Solís le acompañaban 60 hombres. Magallanes ya sabía algo: ahí no debía fondear. A partir de ese punto todo lo tendría que descubrir él solito. No había mapas, ni testimonios: estaba tan lejos de la civilización que ni siquiera tenía leyendas a las que agarrarse.

El primer invierno se les echó encima frente a las costas de la Patagonia. Fondearon y establecieron contacto con sus habitantes, unos indios de un tamaño descomunal a los que llamaron "patagones". El paraje era frío e inhóspito, y las mujeres, tal y como

precisa el cronista de la expedición, Antonio Pigafetta, eran tan altas como los hombres; "pero, en compensación, son más gordas [...] Nos parecieron bastante feas; sin embargo, sus maridos parecían muy celosos".

Pigafetta era un italiano culto y refinado que se había embarcado buscando aventuras y emociones fuertes. Gracias a él conocemos todos los detalles de la expedición. Como un reportero de la National Geographic, fue anotándolo todo: las plantas, las gentes, sus costumbres, las lenguas que hablaban, las constelaciones del cielo. No escatimó ni los arreglos comerciales con los indios. En Brasil, por ejemplo, comenta con sorna: "Cambiamos también a buen precio las figuras de los naipes: por un rey de oros me dieron seis gallinas, y aún se imaginaban haber hecho un magnífico negocio". Los indígenas de Filipinas resultaron ser aún más desprendidos: "Nuestras joyas y bagatelas se convertían en arroz, en cerdos, en cabras [...] por catorce libras de hierro nos daban diez piezas de oro". El paraíso de un negociante.

Las diferencias entre Magallanes y los capitanes de las otros barcos, que eran españoles, no tardaron en aflorar durante el invierno patagón. Se produjo un motín. El portugués lo sofocó a tiempo y ajustició a sus instigadores. A uno de ellos, Gaspar de Quesada, le castigó abandonándole en la costa con un sacerdote. Es de suponer que para darle la extremaunción llegado el momento. Elcano estaba envuelto en el complot, pero supo hacerlo de tal manera que, pasado lo peor, se ganó la estima de Magallanes.

Superado el motín, el capitán general dio orden de proseguir hacia el sur. Hacía frío, y el mar era difícil de navegar. Estaban ya en el paralelo 50, pero Magallanes tenía intención de seguir hasta el 75 buscando el deseado paso que condujese su flota hasta el mar del sur, el mismo que había descubierto Núñez de Balboa en Panamá. El 21 de octubre dieron con él. Le llamaron "Estrecho de las Once Mil Vírgenes", aunque ha pasado a la historia como Estrecho de Magallanes. A la salida se encontraron con el océano más grande del planeta, la mayor masa de agua del sistema solar. Y tenían que cruzarlo.

Un suave viento del sur infló sus velas. Muy a diferencia del Atlántico, el nuevo mar estaba plano como un plato, razón por la cual lo bautizaron "Océano Pacífico", denominación que ha llegado hasta nuestros días. Fue por pura casualidad, porque, en esa latitud,

lo normal es que el Pacífico esté tan picado como su temperamental vecino.

A partir de ahí comenzaría la verdadera odisea. Magallanes no sabía que el Pacífico era tan grande, por lo que se pasaron más de tres meses sin avistar tierra. Ningún europeo había navegado antes por esas aguas, que, en cierto modo, eran tan desconocidas para Magallanes como la cara oculta de la Luna para los primeros astrónomos.

La travesía del Pacífico fue agotadora y se cobró muchas vidas a causa del escorbuto. "La galleta que comíamos no era ya pan sino un polvo mezclado con gusanos, que habían devorado toda su sustancia, y que tenía un hedor insoportable por estar empapado en orines de rata", precisa Pigafetta en su diario. Acabadas las provisiones, terminaron comiendo serrín y el cuero del palo mayor, previamente remojado y cocido. En cuanto a las ratas de a bordo, todas desfilaron por la cazuela.

En marzo de 1521 avistaron las primeras islas: el archipiélago de las Marianas, que llamaron "de los Ladrones" porque los indígenas les birlaron una chalupa que habían dejado en la playa mientras se avituallaban. Tras comprobar que el buen salvaje no lo es tanto cuando ve algo que le gusta, prosiguieron viaje hasta que se tropezaron con un vasto grupo de islas, las Filipinas, que llamaron "de San Lázaro" porque, siguiendo el santoral al pie de la letra, las avistaron el 16 de marzo. Los portugueses, que trasteaban por la zona, aún no habían dado con ellas, por lo que Magallanes tomó posesión de las mismas en nombre del rey de España.

Allí el capitán se buscaría la ruina. Se alejó del objetivo del viaje, que era llegar a las Molucas, y le dio por la política. Se dedicó a trabar alianzas con los jefes locales. Se alió con una tribu en contra de otra y pereció en una escaramuza entre ambas. Muertos Magallanes y su sucesor, Juan Serrano, a quien los indios asesinaron tras invitarle a cenar, se planteó el problema de volver a España y de nombrar nuevo jefe. Juan Sebastián Elcano fue el elegido.

De los cinco navíos que habían partido de Sevilla quedaban tres a flote, pero no había tripulación suficiente. Incendiaron la Concepción y, ya al mando de Elcano, se encaminaron a las Molucas. El desánimo cundía. "Estábamos tan hambrientos y tan mal aprovisionados que estuvimos muchas veces a punto de

abandonar los navíos y establecernos en cualquier tierra para terminar en ella nuestros días", anota Pigafetta.

El problema de Elcano es que sabía que las Molucas existían, pero desconocía el lugar exacto donde se encontraban. Los portugueses, que conocían su posición, guardaban a buen recaudo el secreto. Propagaron incluso el falso rumor de que sus costas estaban infestadas de arrecifes y eran innavegables. Vagaron durante meses por el mar de las Celebes, recalaron en Borneo y, al final, una tribu de Mindanao les indicó cómo llegar hasta la codiciada especiería.

El 8 de noviembre de 1521 llegaron a destino. Habían pasado dos años desde su partida. Elcano fondeó a la entrada de Tidur e hizo disparar toda la artillería. La ocasión merecía el dispendio. No había tiempo que perder: a los cuatro días ordenó comprar clavo a los indígenas. Les salió muy económico: algunos espejos, tijeras, cuchillos, gorros y paño de color rojo, que hacía furor entre las gentes de aquellas islas. Pigafetta, no obstante, se lamenta de haber sacado tan poco beneficio en el cambalache: "Hicimos, como se ve, un comercio muy ventajoso, aunque no sacamos todo el provecho que hubiéramos podido, pues deseábamos apresurar en lo posible el regreso a España".

Gracias a un portugués que habían encontrado en Tidur, Elcano se enteró de que el rey de Portugal andaba pisándole los talones. Ordenó carenar las naves y poner nuevas velas, sobre las que hizo pintar la cruz de Santiago y la leyenda "Esta es la figura de nuestra buena aventura". El vasco estaba dispuesto a volver a España a cualquier precio, costase lo que costase.

Abandonaron las Molucas a finales de diciembre y tomaron rumbo sur. El capitán dividió la flota: la Trinidad regresaría por el Pacífico; la Victoria, con Elcano abordo, por el Índico. No podía hacer una sola escala. El Índico pertenecía a Portugal, por lo que un encontronazo con cualquiera de sus barcos supondría el fin del viaje. Hizo aguada en Timor y, sospechando que los portugueses le esperarían junto a las costas de Bengala, trazó una arriesgada singladura: ir desde Timor hasta el cabo de Buena Esperanza, cruzando el océano por el paralelo 40, los rugientes 40, a miles de kilómetros de las costas de Asia. Era casi un suicidio, pero el de Guetaria, que a cabezón no le ganaba nadie, se salió con la suya.

Doblado el cabo, ya sólo restaba remontar el Atlántico Sur sin

aproximarse a la costa y tomar los alisios de vuelta a casa. Pero a Elcano y a su mermada tripulación le quedaba por vivir la última aventura, la traca de fin de fiesta. En julio avistaron Cabo Verde; no les quedaba agua ni comida, y el escorbuto visitaba de nuevo la cubierta, por lo que se arriesgaron a fondear en un archipiélago que era el cruce de caminos de todas las derrotas portuguesas, la mismísima boca del lobo.

Elcano elaboró un ardid. Mintió a los portugueses asegurando que, en realidad, venían de América y que la rotura del trinquete les había desviado de la ruta. Los portugueses tragaron, pero al día siguiente advirtieron el engaño. El gobernador mandó un esquife para prender al español, pero era demasiado tarde: Elcano ya había largado velas.

La maniobra fue magistral: se dirigió al Caribe y, antes de llegar, enfiló el alisio que condujo la Victoria al golfo de Cádiz, frente a la desembocadura del Guadalquivir. Sólo restaba un pequeño esfuerzo más, remontar el río, y estaban en casa.

El 8 de septiembre entraron en el puerto de Sevilla, dispararon los pocos cañones que les quedaban y amarraron la Victoria. Sólo regresaban 18 hombres: 13 españoles, tres italianos, un portugués y un alemán, el leal cañonero Hans, de Aquisgrán. Lo desconocían, pero eran, después de Dios, los que más sabían del verdadero tamaño y complejidad del ancho mundo que empezaba, tímidamente, a abrirse a los ojos de Europa.

Carlos I, ya convertido en emperador, recibió a Elcano en Valladolid. Le colmó de honores y le concedió un escudo de armas, cuya cimera era un globo terráqueo con la leyenda Primus circumdedisti me (El primero en rodearme). El escudo luce hoy en el buque escuela de la Armada Española, que lleva por nombre, precisamente, Juan Sebastián Elcano.

El marino moriría años después en el Pacífico, durante otra expedición a las Molucas. Sus hombres arrojaron el cadáver en alta mar: bello final para el más grande de nuestros navegantes, para el hombre que llegó hasta el fin del mundo... y regresó.

La conquista frustrada de la especiería

Cuando el 8 de septiembre de 1522 Juan Sebastián Elcano y diecisiete de sus hombres desembarcaron de la maltrecha nao Victoria en un muelle del puerto de Sevilla, la noticia que recorrió de punta a punta el reino no era que habían conseguido dar la primera vuelta al mundo, sino que traían especias en tal cantidad que sufragaban el enorme coste de la expedición y aún dejaban beneficio.

El rey, que por entonces era Calos I, sabiendo que sus marinos eran capaces de llegar a la especiería sin necesidad de navegar por las aguas que desde el tratado de Tordesillas pertenecían a Portugal, se apresuró a organizar un nuevo viaje que estableciera una ruta fija entre España y las Islas Molucas, un archipiélago apenas explorado pero que el emperador decidió incorporar a su recrecido imperio de inmediato.

Aunque muchos eran los que recorrían América buscando el esquivo El Dorado, las grandes remesas de oro y plata de las Indias no habían empezado todavía a afluir a la metrópoli. En lo que llegaban los metales preciosos, las especias serían una suerte de adelanto de la inesperada fortuna ultramarina que España estaba empezando a forjar a espaldas de los grandes poderes europeos de la época. Antes de que los portugueses, único competidor a tener en cuenta en los asuntos del mar, tuviesen tiempo de reaccionar desde sus bases en la India, se armó de urgencia una flota en Galicia dotada de casi medio millar de hombres, siete navíos y órdenes tajantes de ir, conquistar y volver a toda prisa para que Carlos pudiese reclamar las Molucas como propias.

La especiería española no iba a contratarse desde Sevilla, que se reservaría para el comercio estrictamente indiano, sino desde La Coruña, un puerto abierto al Atlántico, de aguas profundas, perfecto para buques de gran calado como las carracas mercantes que utilizaban los portugueses. El 24 de julio de 1525 la flota partió de La Coruña al mando de Jofré García de Loaysa acompañado de un plantel de marinos de excepción como el propio Elcano, que iba voluntario; Francisco de Hoces, que descubriría el cabo de Hornos y

el hoy mal llamado Paso de Drake –mal llamado porque Drake era un pirata sanguinario, y porque Hoces se anticipó cincuenta años en el descubrimiento del brazo de mar que lleva su nombre–; o Andrés de Urdaneta, un cosmógrafo de excepcional pericia que, años después, conseguiría por vez primera hacer el tornaviaje del Pacífico, es decir, atravesarlo de oeste a este asegurando el viaje de vuelta desde Filipinas vía México. En definitiva, que cuando ingleses y holandeses llegaron al Pacífico un siglo después, se encontraron todo el trabajo hecho.

La flota se detuvo en La Gomera, hizo aguada y continuó por la costa africana hasta el golfo de Guinea, donde viró hacia América aprovechando el alisio meridional. En costas brasileñas tomó rumbo sur hasta la Patagonia. Allí, cuando la expedición se disponía a cruzar el paso de Magallanes empezaron los problemas. Fuertes temporales dispersaron los barcos condenando a las tripulaciones a refugiarse en el estrecho durante meses. La flota se separó. La Anunciada decidió continuar el viaje por el Cabo de Buena Esperanza y la San Gabriel regresó a España por la costa americana. Para rematar el panorama la Sancti Espiritus, nao que comandaba Elcano, se hundió tras una tormenta. El resto volvieron a encontrarse para salir a mar abierto.

La reunión duró apenas unos días. El océano resultó no ser tan pacífico como se lo habían encontrado años antes Magallanes y Elcano. Frente a las costas de Chile un nuevo temporal de inusitada fiereza les sorprendió. La San Lesmes, que había bordeado el cabo de Hornos por error, se perdió en el océano y de sus tripulantes nunca más se supo. La Santa María del Parral cruzó el océano en solitario hasta arribar a las Célebes después de que la tripulación amotinada arrojase al capitán por la borda. La Santiago dio con la costa, se pegó a ella y alcanzó Nueva España, donde se encontraron con otro navío, la Florida, que iba en auxilio de lo que quedaba de la expedición principal, metida en líos con los portugueses tras su llegada a la especiería moluqueña.

Mucho antes de eso, la nao capitana, la Victoria, que había quedado aislada en mitad del Pacífico tuvo que enfrentar una epidemia de escorbuto que, en sólo dos meses, se llevó por delante al piloto, al contador y a los tres capitanes que se fueron sucediendo al mando: García de Loaysa, Juan Sebastián Elcano y Alonso de Salazar. Martín Iñiguez de Zarquizano quedó al mando por votación. Podía darse por vencido y buscar el camino de vuelta que ya conocía, o

cumplir las órdenes que recibió en La Coruña y tomar las Molucas. Como Zarquizano era hombre de una pieza escogió lo primero, largó velas y la Victoria puso rumbo hacia un océano inmenso e inexplorado en el que las garantías de dar de nuevo con tierra firme eran remotas.

En agosto llegaron a Guam, donde se encontraron un marino español, descolgado de la expedición de Elcano, que les saludo en perfecto acento gallego desde la canoa de unos indígenas. De las Marianas pasaron a Filipinas y de allí directos a la especiería, a las anheladas Molucas donde los marinos clavarían el pendón real y aprovecharían para hacer buenos negocios con los lugareños. Pero los portugueses se habían adelantado y conspiraron con los indígenas para sacar a los españoles de aquellas aguas. Empezó entonces la guerra más lejana que las dos naciones ibéricas han sostenido en toda su historia: a decenas de miles de kilómetros de aquí, y no por quitar o poner un rey como habían venido haciendo siempre, sino por comerciar con los indios de unas islas de las que apenas conocían superficialmente sus costas.

En auxilio de la Victoria acudió un nuevo barco con el que nos encontramos antes, la Florida, que, al mando de Álvaro de Saavedra, había enviado Hernán Cortés desde México. Españoles y portugueses se batieron con valentía defendiendo lo que consideraban suyo, pero la política de verdad no se hacía allí, sino en Zaragoza donde, en 1529, Juan III de Portugal y Carlos I de España, que eran monarcas y cuñados, llegaron al acuerdo de fijar el contrameridiano del Pacífico. Todo lo descubierto sería para Portugal a excepción de las Filipinas –que España se las guardaba en cartera para futuras expediciones–, y de las islas de un océano que todavía guardaba muchos secretos. Portugal se quedaba con su ruta de las especias íntegra adobada por los derechos sobre toda la costa asiática, mientras que España, como había hecho en Tordesillas, se la volvía a jugar apostando por lo que aún no se había descubierto.

Los restos de la expedición de Loaysa recibieron la noticia cuando la guerra la tenían ya perdida. El último capitán español, Hernando de la Torre, capituló ante el portugués Jorge de Meneses y depuso las armas. De los 450 hombres que habían salido de La Coruña dispuestos a comerse el mundo sólo regresaban 24, derrotados, en un navío portugués que les llevó hasta Lisboa.

Portugal se hizo con el control de las especias hasta que, medio siglo después, la corona portuguesa cayó en manos de Felipe II, hijo de Carlos I e Isabel de Portugal. El tesoro especiero cayó así en manos de nuestros antepasados con algo de retraso y sin ningún esfuerzo, pero para entonces ya no interesaba tanto, las minas de México y el Perú escupían toneladas de oro y plata que convertían el clavo, la nuez moscada o la pimienta de las Molucas en baratijas sin importancia.

La caída del Gran Inca

La de los incas fue la más avanzada, exquisita y admirable de las civilizaciones prehispánicas. Sus dominios iban de Ecuador a Argentina y estaban bien comunicados por una vasta red de caminos. Poseía grandes conocimientos de agricultura, arquitectura, medicina, astronomía…, y, aunque no conocía la rueda ni la escritura, se atrevía con elaboradísimos relieves y trepanaciones.

Adoraban al sol y se consideraban sus hijos. Eran guerreros implacables y practicaban el comercio con gran aprovechamiento. Los pueblos de América del Sur les temían y ensalzaban a partes iguales, y los que no habían caído bajo su influencia no hubieran tardado mucho en hacerlo.

Pues bien, ese fabuloso imperio, en los confines del mundo conocido, fue conquistado en tan sólo media hora por, exactamente, 180 españoles al mando de Francisco Pizarro.

Este Francisco Pizarro era el modelo del conquistador de oficio. Natural de Trujillo, hijo de un soldado del Gran Capitán y primo de Hernán Cortés y con un carácter intratable. Ya metido en años, supuraba ambición por todos los poros de su piel. La gesta de Pizarro es, junto a la de Cortés, la más grande que jamás haya llevado a cabo un hijo de la Piel de Toro. Cómo pudo hacerlo tan rápido es algo que los historiadores llevan siglos estudiando y discutiendo. El hecho es que, aunque hoy pueda parecer chocante decirlo, Pizarro, a diferencia de su primo de Medellín, llegó tarde a casi todo, hasta a rendir un imperio.

En 1524 Pizarro tenía cerca de cincuenta años y llevaba la mitad de su vida zascandileando por América. Había navegado por la costa de Colombia con Alonso de Ojeda, y más tarde se apuntó a la expedición de Núñez de Balboa que terminó dando con las costas del Mar del Sur, es decir, del Océano Pacífico, aunque ese nombre se lo terminaría poniendo Magallanes a miles de kilómetros de allí. Sus idas y venidas por el Caribe y la llamada Tierra Firme le habían llevado a fijar su residencia en Panamá, donde llegó a ser gobernador y encomendero de pésima fortuna.

Allí, en el corazón de América, oyó hablar de las fabulosas riquezas

de un imperio situado en el Mar del Sur, a no muchas jornadas de viaje de Panamá en una tierra aún sin explorar. El único que la conocía, Pascual de Andagoya, que había navegado por sus aguas en 1522, la llamaba Birú porque, según parece, uno de los caciques que se encontró atendía por ese nombre. El hecho es que Andagoya, que, como buen vasco, era un poco fanfarrón, no había llegado ni a las puertas del imperio en cuestión. Pero con Birú se quedó; un Birú que, andando el tiempo, se transformaría en Perú. Del cacique nunca más se supo.

Pizarro quería conquistar Birú y hacerse con sus tesoros, que estimaba muchos, muy valiosos y al alcance de la mano. El problema es que estaba sin blanca y no tenía cómo financiar la operación. Se asoció entonces con Diego de Almagro, un trotamundos castellano tan sediento de oro como él, y con Hernando de Luque, cura y capitalista de la expedición.

La primera correría del tándem Pizarro-Almagro por los mares del Sur fue un desastre. Sólo dieron con indios miserables y belicosos. Pizarro casi se muere de inanición varado en una isla – que pasó a llamarse Puerto del Hambre–, y Almagro perdió un ojo por una mala pedrada que le arrojó un indio en otro islote, al que bautizó, cómo no, Puerto de las Piedras. Nuestros conquistadores fueron gente osada, pero no muy originales poniendo nombres.

A pesar de todos los sinsabores, no se amilanaron y armaron una nueva expedición. Esta vez el enemigo lo iban a tener en Panamá. Para evitar exponerse a mayores peligros, Pizarro envió al sur una carabela con Bartolomé Ruiz al timón, para tantear el talante de los indios que fuese encontrando. Ruiz capturó a seis de ellos e informó a Pizarro de todo lo bueno que había visto allá abajo, cerca de un puerto llamado Tumbes que, éste sí, pertenecía a los dominios del Inca. Pizarro lo dio por hecho y mandó a Almagro de vuelta a Panamá para reclutar los efectivos necesarios para la conquista. Se quedó esperando en la Isla del Gallo, frente a la costa del actual Ecuador.

En Panamá habían cambiado las cosas. Pedrarias Dávila, antiguo gobernador, había sido enviado a Nicaragua, y en su lugar el Rey había colocado a Pedro de los Ríos, que no simpatizaba ni con Pizarro ni con su proyecto de conquistar el lejano y medio imaginario Birú. El gobernador retuvo a Almagro y envió dos navíos para recoger a Pizarro y a sus hombres.

Como era de esperar, el trujillano se negó en redondo y, ante los emisarios del gobernador, desenvainó la espada y trazó sobre la arena de la playa una línea, tan recta y tan cortante como el florete que la había dibujado. Acto seguido miró a sus hombres y les dijo con solemnidad: "Por este lado se va a Panamá, a ser pobres; por este otro al Perú, a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere". Trece decidieron ser buenos castellanos, y ricos. Los "trece de la fama", que en realidad fueron catorce, porque Bartolomé Ruiz también se a apuntó a lo de los incas, aunque hubo de regresar a Panamá a por refuerzos.

Descendieron por la costa hasta Tumbes, donde fondearon. Para evitar riesgos innecesarios y asegurarse de que los incas ataban a los perros con longaniza, Pizarro envió una avanzadilla al mando de Pedro de Candía, que a su regreso se deshizo vivo rememorando las riquezas que había visto en tierra. Para Pizarro, no había mucho más que discutir. Levó anclas, puso rumbo a Panamá... y de ahí a España, a buscar al Rey para capitular la conquista ante él. Carlos I se encontraba en Italia, coronándose por segunda vez como Rey de Romanos, por lo que fue Isabel de Portugal, la reina, quien firmó las capitulaciones, en Toledo el 26 de julio de 1529.

La Reina fue generosa. Si ultimaba al Imperio Inca, Pizarro sería gobernador, capitán general, adelantado y alguacil mayor de la Nueva Castilla, que es como se pasaría a llamar Birú al día siguiente de ser conquistado. Para su socio Almagro sólo consiguió la plaza de Tumbes y el título de hidalgo, una puñalada que sería la causa de las desgracias que se abatirían sobre los españoles tras la conquista. Antes de abandonar España, Pizarro pasó por su pueblo para recoger a tres hermanos y a unos cuantos paisanos, cuya lealtad, digamos, sanguínea le sería de gran ayuda en los momentos difíciles.

A finales de enero de 1531 Pizarro estaba de nuevo listo para emprender la última y definitiva expedición. Almagro se quedaba en Panamá reclutando nuevos efectivos para reforzar a Pizarro cuando éste se encontrase cara a cara con los incas. Bajó con tres naves hasta Tumbes y desembarcó. Allí pudo comprobar dos cosas: una, que Pedro de Candía había mentido como un bellaco: Tumbes, en realidad, era un villorrio innoble y arrasado; y dos, que los incas se encontraban en plena guerra civil. Indagando sobre el terreno, se enteró de que el gran inca Huayna Cápac había muerto y de que sus dos hijos, Huáscar y Atahualpa, peleaban por la corona. La historia

de siempre, igualito a lo que sucedía en Europa cuando un rey moría sin testar o testando mal.

La papeleta de Pizarro era de aúpa. Tenía que arrebatar el imperio no a uno sino a dos pretendientes; para colmo, él tenía apenas doscientos hombres y los incas contaban por decenas de miles sus soldados. Por no hablar de que él no tenía ni idea de dónde estaba y los otros combatían en casa. En circunstancias normales –o si hubiera sido francés–, Pizarro habría dado la vuelta y esperado a que las tornas cambiasen, o a que otros emprendieran la conquista para, después, arrebatársela. Pero la conquista de América no supo de circunstancias normales y, por suerte para los americanos, no fue cosa de franceses.

Pizarro abandonó Tumbes y se dirigió al interior, donde fundó San Miguel, la primera ciudad española en territorio inca. Atahualpa, que iba ganándole la guerra a su hermano, empezó a inquietarse, y más cuando se enteró de que los barbudos no se detenían ante nada. Vivían del país, es decir, de lo que iban encontrándose por los pueblos, procurando, eso sí, dejarse la retaguardia tranquila.

Fue entonces cuando Atahualpa cometió su primer, único y definitivo error. Envió una embajada a Pizarro con regalos y comida para citarle en la sierra, en la ciudad de Cajamarca. Allá se dirigió el extremeño con todos sus hombres, entre los que se contaban sus hermanos y el joven Hernando de Soto, que había venido desde Nicaragua para participar del botín.

Pizarro aceptó el envite y puso rumbo a los Andes, transitando por los mismos caminos que hacían del Imperio Inca uno de los lugares mejor comunicados de la tierra. A mediados de noviembre llegó a Cajamarca. Atahualpa no estaba muy lejos, a unas pocas millas, a las afueras, esperando que los españoles cayesen en la trampa. La trampa, sin embargo, no era para Pizarro, sino para él; pero eso no podía siquiera imaginárselo. Al día siguiente, el Gran Inca hizo su entrada en la ciudad. Iba en litera de oro, flanqueado por los nobles del imperio y acompañado por unos cuarenta mil indios armados. Casi nada. Para echarse a temblar.

Ante semejante boato, Pizarro no pestañeó. Tenía un as en la manga que iba a descubrir en el último momento. De tantos años que llevaba en América, sabía mucho de los indios. Sabía, por ejemplo, que tenían auténtico pavor a los caballos y a las armas de fuego.

Sabía también que, para ellos, el jefe era algo parecido a un dios. Sin jefe no había resistencia, y sin resistencia la victoria estaba garantizada. Estas enseñanzas las aplicó en la encerrona de Cajamarca con el infeliz Atahualpa, que venía muy sobrado a leer la cartilla a los intrusos barbados y gigantones que llegaban del mar.

La comitiva del inca avanzó lentamente hasta detenerse en la plaza principal de Cajamarca. Allí se produjo un breve diálogo; de besugos, naturalmente. Pizarro envió al fraile Vicente de Valverde para que conminase al emperador de los incas a abrazar la fe católica. Atahualpa, más crecido que nunca, tomó el Evangelio y lo tiró al suelo, y pidió a uno de los españoles que le diese su espada. No se dijo nada más. Pizarro dio la orden, y un disparo de falconete marcó la carga de la caballería, al grito de "¡Santiago!". Dos en uno: pólvora y caballos. La estampida de la indiada fue inmediata. Ninguno había visto un caballo en su vida, y el sonido del falconete era poco menos que ensordecedor para sus virginales oídos.

De las calles colindantes salieron los jinetes, que mataron a todo el que tuvieron a mano menos al Inca, que estaba protegido por Pizarro. "Que nadie hiera al indio so pena de la vida". Y nadie le hirió. Y así, en apenas media hora, el Hijo del Sol, el Sapa Inca Atahualpa, cayó prisionero de un hidalgo de Trujillo que había recorrido medio mundo con el único objetivo de destronarle.

Pocas veces la suerte ha acudido a tanta velocidad en auxilio de la audacia. Era 16 de noviembre de 1532, y el glorioso Imperio Inca, el mismo que había sometido a todas las tribus desde Ecuador hasta Chile, escribía su última línea en la historia.

El Inca ofreció un generoso rescate por su persona: una sala llena de oro y dos llenas de plata. No entraba en los planes de Pizarro soltar al indio, pero a nadie le amarga un dulce, y menos que a nadie a un conquistador español... cuando ese dulce es de oro y plata. Atahualpa satisfizo el rescate, pero no le liberaron: le ejecutaron unos meses después, en la misma plaza donde había sido apresado.

Sólo quedaba apaciguar el país y tomar el "ombligo del mundo", que es como los incas llamaban a su capital: Cuzco. Las dos cosas fueron hechas con una rapidez inusual entre españoles. En marzo de 1534 Cuzco fue españolizada, y la débil resistencia indígena se volatilizó. Dos meses antes había llegado a Sevilla la primera remesa de oro peruano: 153.000 pesos, que fueron depositados en el aposento del

Rey de la Casa de Contratación. Perú iba a ser el principal proveedor de metales preciosos de la Real Casa durante siglos; un oro que, al decir de Quevedo, " [nacía] en las Indias honrado, donde el mundo le acompaña; viene a morir en España, y es en Génova enterrado".

Los frutos de la conquista se pusieron de este modo al servicio de la familia Habsburgo, que ni era española ni tuvo nunca intención de serlo, pero que extrajo de España hasta la última gota de su sangre; y aún estamos pagando sus facturas.

El 18 de enero de 1535 Francisco Pizarro en persona fundó, junto a la costa, la Ciudad de los Reyes, más conocida como Lima. Fue el broche final a una campaña que había durado apenas cuatro años.

A la gloria le sucederían la traición y las querellas entre los conquistadores. Pizarro ejecutó a Almagro: le decapitó en la plaza de Cuzco tras haberle agarrotado con un torniquete. El hijo, Almagro el mozo, se tomó cumplida venganza y asesinó a Pizarro en el Palacio del Gobernador de Lima. Hoy, en ese mismo lugar, se levanta la llamada Casa de Pizarro, que es la sede del Gobierno de la República del Perú, arquetipo de nación mestiza, legataria de dos imperios, tan de Atahualpa como de Pizarro, tan hispana como americana.

Madrid, capital del reino

Madrid es una capital realmente curiosa. Es la única de Europa que no tiene costa, ni río, ni lago ni nada navegable en muchas leguas a la redonda. La única que se encuentra a cientos de kilómetros de la siguiente ciudad de cierta envergadura. La única que está por encima de los 600 metros sobre el nivel del mar. La única, al menos en la Europa meridional, que no tiene un pasado clásico glorioso o que pintó algo en la Edad Media.

La única que esperó tres siglos a tener obispo, y más de cuatro para inaugurar su catedral. La única cuya universidad lleva el nombre de una ciudad vecina. La única capital, en suma, que pese haber ejercido de tal durante 446 años no es todavía ciudad, sino Villa.

Pues bien, en ese lugar, tan lejos de todo pero donde todos los caminos se juntaban, quiso Felipe II reunir a la Corte y erigir la capital de la monarquía más poderosa del mundo; aunque fuese una población humilde, desconocida y desleal. Y es que los madrileños de entonces eran pocos pero rebeldes; en menos de un siglo habían sido beltranejos, primero, y comuneros, después. Como para fiarse de ellos.

No sabemos por qué lo hizo, ni cuándo. La nuestra es una capital sin motivo aparente de serlo y sin título. Felipe II, el rey papelero, que todo lo resolvía con cédulas y nombramientos, no se preocupó de poner por escrito que, a partir de tal día, la Villa de Madrid sería la cabecera de sus reinos. Una curiosidad más que sumar a la lista de singularidades madrileñas.

En algún momento del invierno de 1561, cuando la Corte se encontraba en Toledo, decidió el rey mudarse a Madrid. Ordenó que algunos Consejos preparasen el traslado, pero lo hizo de un modo extremadamente discreto, sin pronunciamientos públicos y sin siquiera comunicárselo a las autoridades municipales de Madrid. Éstas se enteraron de los planes del rey porque, de la noche a la mañana, empezaron a merodear por la Villa aposentadores reales que buscaban alojamiento para la marabunta de tesoreros, secretarios, covachuelistas y otras gentes de mal vivir que dependían de lo que hoy, con exceso de buena fe, llamamos "Administración del Estado".

El rey esperó hasta la primavera para hacer la mudanza. A mediados de mayo abandonó Toledo y puso rumbo a su nuevo hogar, que estaba poco más de 70 kilómetros al norte, es decir, a un día de camino. Paró en Aranjuez a reponer fuerzas y a tomar un refrigerio y al anochecer entró, sin hacer demasiado ruido, en el palacete medieval que se levantaba en el mismo lugar donde hoy lo hace el de Oriente. Desde ese día, 19 de mayo de 1561, Madrid es la capital de España. Efectivamente, ha llovido mucho desde entonces.

En lo que los monarcas adecentaban el alcázar madrileño, los Consejos se fueron trasladando a Madrid con sus mulas, sus funcionarios de impecable traje negro y sus toneladas de papel. El alcázar, hasta entonces, había hecho las veces de pabellón de caza de los reyes de Castilla, y de última morada terrenal para Enrique IV, el hermano de Isabel la Católica. Murió, naturalmente, después de una agotadora jornada cinegética por el siempre próvido y agradecido monte de El Pardo. Sorprende que, tras tantos siglos de caza intensiva, por donde el encinar clarea se siga viendo una nutrida población de gamos, corzos, jabalíes y otras piezas codiciadas por cazadores de todos los tiempos, incluido el nuestro.

A principios de junio la mudanza de todo el aparato estatal estaba prácticamente completada, a falta de la Contaduría Mayor de Hacienda, que se demoró más de lo debido. Quizá porque dinero y prisas son malos compañeros, o quizá porque al Contador Mayor se le ponía cuesta arriba eso de dejarlo todo en Toledo y empezar de cero en un villorrio donde no se le había perdido nada. Vaya usted a saber.

La ciudad, o Villa, a la que aquel anónimo contador se veía obligado a mudarse no era grande ni pequeña, bonita ni fea, importante ni intrascendente. Era una ciudad castellana de la época. Tenía unos 15.000 vecinos, que se resguardaban del frío invierno y de los rigores del verano en unas 2.500 casas, casonas, fondas y posadas. Tenía también un convento de monjas dominicas, un monasterio de franciscanos y una magnífica capilla gótica que aún sigue en pie.

Por lo demás, no era el poblachón manchego del que hablan los que mal la quieren. No era manchego porque, aunque cerca, Madrid no está en La Mancha. Y no era poblachón porque los poblachones no tenían fuero propio, ni corregidor, ni palacetes de fuste, ni hospital

del Buen Suceso. Los poblachones, por no tener, no tenían ni dónde albergar a un rey extranjero derrotado en la guerra, y fue en Madrid donde se recluyó a Francisco I de Francia tras llevarse lo suyo en la batalla de Pavía. En los poblachones, por último, no se celebraban Cortes del Reino. Madrid las reunió en ocho ocasiones entre 1309 y 1528, y dentro de sus muros las dos Juanas, la Loca y la Beltraneja, juraron como reina y princesa de Castilla, respectivamente.

Tal vez fuese un poblachón, pero un poblachón privilegiado, rodeado, por añadidura, de una naturaleza poco cicatera con las cosas buenas. Al otro lado de sus murallas se abría un fabuloso bosque de encinas trufado de pinos piñoneros, jaras y chopos alineados en las riberas de los arroyos. Al norte se levantaban las estribaciones de la sierra, del Guadarrama, que surtía de carne la despensa y de nieve la canícula veraniega. Al sur, en el camino de La Mancha, trigales hasta donde se perdía la vista, algún castillo y caminos en todas las direcciones.

Lo que no tenía Madrid, y sigue sin tener, es un río digno de tal nombre. El Manzanares, "arroyo sin brío de falsa plata, andrajo de agua, aprendiz de río, charco ambulante, duque de los arroyos, vizconde de los ríos, marqués de poza que apenas necesita medio puente", era lo que es hoy, un exangüe hilillo de agua que, como antaño, "se ríe de los que van a bañarse".

Tampoco tenía catedral, ni universidad, ni tribunal de la Inquisición. No había clases altas, ni aristócratas de nombradía, ni incordiosos abades, ni obispos metomentodo. Para un rey obsesivo y mandón, como era el caso de Felipe II, era lo más parecido al nirvana. Es posible que por esto se decidiera por Madrid.

En Castilla, ciudades como Valladolid o Segovia eran fuertes, albergaban a poderosas familias, estaban muy pobladas y no mucho tiempo atrás se la habían armado a su padre con lo de las Comunidades. Esto es, un dolor de cabeza casi garantizado. En el sur del reino despuntaba Sevilla, próspero puerto de Indias por donde corría la plata y en el que se hacían grandes negocios. Pero, junto a esa golosina, en Andalucía abundaban los nobles, acaso los más insolentes y acaudalados de la Corona; casas como la de Alba o la de Medina-Sidonia, cuyas riquezas eran, por lo general, superiores a las del mismo rey. Aragón no era solución: el modo de entender la monarquía que tenían valencianos, aragoneses y catalanes no encajaba bien con el humor de un monarca habituado

a tenerlo todo bajo control y a hacer de su capa un sayo.

Quedaba Toledo, la antigua capital de los godos, en el centro mismo de la península, a orillas del Tajo y dotada de todo lo que una Corte necesitaba tener. De todo menos del Arzobispo, primado de España y dueño de tal cantidad de tierras y haciendas que el rey no hubiera podido reunir ni viviendo tres vidas. Dos gallos no caben en el mismo corral, de modo que Toledo fue descartada.

Debieron de pesar también las consideraciones geográficas. Los reinos hispanos que Felipe II heredó de su padre iban de los peñascos del Pirineo al peñón de Gibraltar y de las rías gallegas a las calas menorquinas. Años después les añadiría todo el reino de Portugal. Puestos a fijar la Corte en algún lado, éste habría de estar lo más equidistante posible de todos sus dominios.

Y más habida cuenta de la endemoniada orografía que llevamos padeciendo treinta siglos y del hecho que, en España, no hay ni ríos navegables ni caminos fáciles. Dicen que el paisaje hace el carácter, tal vez por eso tengamos los españoles la cabeza tan dura y la innata afición de reñir entre nosotros.

El emporio andaluz quedaba muy lejos de la meseta, especialmente de la ribera del Duero, que es donde entonces se mandaba y disponía. Para esto Valladolid era casi perfecta, pero estaba muy apartada de Andalucía y Levante. La Corona de Aragón era, además de políticamente incómoda, un reino alejado de los puertos atlánticos, que en aquel tiempo le proporcionaban al rey la vida y el plato de la comida. Lisboa, años después, no hubiese sido mala elección, pero muchas semanas de viaje la separaban de Barcelona, Valencia y la siempre caldeada frontera francesa. De Toledo mejor no hablar, estaba el arzobispo.

El motivo por el que Felipe II se decidió a hacer de Madrid la capital del reino siempre será un misterio sobre el que se podría especular hasta el infinito. Poco antes de trasladarse dio comienzo la construcción de El Escorial, que está a tiro de piedra de Madrid. Hasta es posible que el rey no quisiera fundar una capital, sino instalarse en una ciudad cercana para poder visitar las obras con asiduidad y dar la paliza al arquitecto todos los fines de semana. Este extremo es tan plausible como todas las conjeturas anteriores.

Como el traslado se había efectuado medio en secreto y sin anuncios oficiales, los del ayuntamiento pensaron que lo de

albergar a la Corte iba a ser cosa de una temporada; que más tarde o más temprano la tropa de funcionarios seguiría camino hacia otra ciudad, una de verdad, que al menos tuviese título, catedral y río. De hecho, y cuando el rey llevaba ya un tiempo considerable en Madrid, en los documentos oficiales que firmaba el corregidor se anotaba, con delicada caligrafía: "Mientras la Corte esté en la Villa"; antecedente lejano de una imperecedera tradición madrileña, en virtud de la cual todo lo perpetuo es temporal, y todo lo temporal, perpetuo.

La Corte, por ahora, sigue en la Villa, y los que hacen las leyes han perpetrado una que asegura que Madrid es capital por Ley; por el artículo 33, que dirían los naturales del lugar. Un inaceptable desafío a cuatro siglos y medio de interinidad en los que aquel poblachón que nunca lo fue ha devenido en dique donde rompe todo lo que es, parece o quiere ser español. Madrid es andaluza y asturiana, catalana y extremeña, vascongada, murciana y aragonesa, navarra, gallega y canaria, castellana por duplicado, mallorquina y valenciana. Es de todo y para todos. Es la capital del reino. Que no es poco.

Flandes, la guerra de nunca acabar

La de Flandes fue la empresa exterior más disparatada, irracional y cara de toda nuestra historia, que no es precisamente corta. No se ganó nada y se perdió mucho. Se dilapidaron toneladas de oro, lustroso y virginal, recién sacado de la mina en Perú para, literalmente, quemar pueblos y aldeas en un remoto confín de Europa que a los naturales de la península nunca le había importado lo más mínimo.

Fernando Girón, un veterano de los tercios, clamaba ante el Consejo de Estado sesenta años después de haberse iniciado la revuelta: "La guerra de Flandes ha sido y será la más larga, costosa, sangrienta e inagotable de cuantas ha habido en el mundo".

A pesar de ello, ni todo el oro de América fue suficiente, porque la incipiente y desastrosa Hacienda de los Habsburgo se vio obligada a declarar sucesivas bancarrotas que dejaron al país hecho un cromo y a sus monarcas una cuadrilla de mendigos. Pero no sólo se fue una fortuna en metálico por el desagüe holandés. La aventura salió carísima en términos humanos, culturales, políticos y de prestigio internacional. Los ochenta años de guerra en un rinconcillo del continente detrajeron cuantiosos recursos que bien podrían haberse empleado en otros asuntos más convenientes. Si alguna vez existió eso que llaman la decadencia española, ésta empezó por Flandes.

El destino de los Países Bajos y el de España quedó fatal y fortuitamente unido a la muerte de Fernando el Católico en 1516. El rey, que estiró la pata en Madrigalejo, un pueblillo de Extremadura del que nadie se acuerda, dejó por escrito que el heredero universal de todos sus reinos sería un nieto quinceañero que había venido al mundo en Gante, un boyante mercado flamenco a miles de kilómetros de allí. El niño, que se llamaba Carlos e iba cargado de herencia, se trasladó a España y después de cuarenta años de zascandileo murió aquí, en Yuste, no muy lejos de donde el abuelo había pasado a mejor vida.

Con Carlos I las provincias flamencas no dieron demasiados problemas, quizá porque, a fin de cuentas, el rey era paisano. No

sucedió así con Felipe II, su heredero, nacido en Valladolid, español por decisión y católico por convicción. En 1566 los holandeses, que eran los flamencos del norte – los del sur eran belgas pero aún no lo sabían–, se declararon en rebeldía. Renegaban del soberano y, lo que es peor, renegaban de la fe católica... y hasta ahí podía llegar la paciencia de Felipe II. Vamos, que se pusieron a quemar imágenes por las iglesias de Amberes. No es necesario decir mucho más. La gobernadora y hermana del rey, Margarita de Parma, hizo lo imposible para arreglarlo, pero ya era tarde. Un año después llegó a Bruselas Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, con un ejército bien entrenado, mal pagado y hambriento de botín.

El de Alba quiso dar un castigo ejemplar a los revoltosos instituyendo el tristemente famoso Tribunal de los Tumultos, que fue tan severo en sus penas que los holandeses no tardaron en rebautizarlo como Bloedraad o Tribunal de la sangre. Como suele suceder en estos casos, fue peor el remedio que la enfermedad. Y no por la cantidad de ejecutados, que fueron poco más de mil, sino por la calidad de los mismos. Las cabezas de los dos aristócratas más influyentes de los Países Bajos, los condes de Egmont y Horn, rodaron por la Grand Place de Bruselas y fueron expuestas durante horas para edificación de la plebe allí congregada.

El duque, con intención de finiquitar con presteza la faena, envió sin más demora a sus tercios contra los rebeldes que capitaneaban Luis de Nassau y Guillermo de Orange. En Jemmingen y Jodoigne la resistencia holandesa cayó frente a las armas del que entonces era el ejército más poderoso del mundo. Había llegado el momento de que el rey, recluido en Madrid, buscase la reconciliación final. Pero Felipe no quiso hacerlo y los rebeldes, ocultos en Alemania, se rearmaron. Los tercios, además, salían por un pico y la corona no estaba dispuesta a mantenerlos, por lo que Alba decidió crear un diezmo destinado a evitar que la soldadesca reclamase su salario por otras vías menos pacíficas.

El diezmo reavivó la revuelta que se encontraba en horas bajas. El duque de Alba reinició la campaña arrasando Malinas, Mons, Zutphen y Naarden sin escatimar saqueos y asesinatos. La receta de palos del español era padecida por los rebeldes y bien conocida en Madrid donde intuían que tanta dureza no tardaría en pasar factura. De ahí que en 1573 el rey destituyó al duque y en su lugar nombró a Luis de Requesens, un catalán adornado de "prudencia, buen juicio y virtudes diplomáticas" que había participado en Lepanto y

venía de gobernar el Milanesado.

Lo que Requesens se encontró en Flandes fue un vivero de odio y de querellas mutuas. Los holandeses aborrecían de los españoles por invasores y por católicos; los españoles, por su parte, hacían lo propio de los holandeses por razones inversas: por rebeldes y por protestantes. Requesens traía órdenes de llegar a un acuerdo que devolviese las provincias al estado de 1566. El español ofrecía cerrar el Tribunal de los Tumultos y retirar el diezmo a cambio de que se reconociese la soberanía del rey de España y, sobre todo, que los holandeses abjurasen de su protestantismo. El truco, evidentemente, no coló y se reanudó la guerra.

Requesens, incapaz de hacerse cargo de la situación, murió piamente en Bruselas siete meses después de que la Corona se declarase en suspensión de pagos y nueve antes de que se desatase en Amberes la llamada Furia Española. Durante tres interminables días varias unidades de los tercios que llevaban un año sin cobrar se sublevaron metiendo fuego a la ciudad y llenando sus calles y plazas de cadáveres. Al sustituto de Requesens, Juan de Austria, sólo le quedó callar y firmar la pacificación de Gante, por la que los tercios españoles abandonaron Flandes.

Por poco tiempo, eso sí. Dos años después la situación se había complicado de nuevo y Juan de Austria llamó a los tercios que se habían retirado a Italia. El gobernador, sobrepasado por los acontecimientos, se refugió en Namur y allí murió de tifus en 1578. Alejandro Farnesio al mando de un impresionante tercio dejó Italia y se internó en el Camino Español para auxiliar a lo que quedaba del maltrecho tercio de Flandes. Al llegar lo vio claro. El norte, es decir, Holanda, Zelanda, Groninga y demás barrizales situados bajo el nivel del mar estaban total y absolutamente perdidos. El sur no tanto, por lo que había que llegar a acuerdos con los flamencos que seguían siendo católicos, atrincherarse allí y seguir puliéndose las remesas de oro que llegaban a Sevilla.

El plan salió a pedir de boca y los Países Bajos siguieron siendo bajos pero nunca más volvieron a estar unidos. Se crearon dos alianzas, la de Arras, favorable al rey de España, y la de Utrecht, integrada por las provincias rebeldes. En 1581 Guillermo de Orange fue puesto fuera de la ley y se convirtió en el líder indiscutible de la rebelión. Felipe II ofreció a quien las quisiese 25.000 coronas de recompensa por su cabeza. Un tal Baltasar Gerard, un francés algo

alocado que planificó el magnicidio con detenimiento, consiguió acercarse a Orange en su casa de Delft y le cosió a tiros con un trabuco. [OBJ]

La mala suerte quiso que los guardias le atrapasen cuando intentaba abandonar la ciudad. Fue, por descontado, condenado a muerte. A una muerte horrible. Por decisión judicial, el infeliz fue, en este orden, torturado con hierros ardientes, destripado y descuartizado mientras se encontraba con vida. Para que luego digan los holandeses que somos nosotros los bárbaros.

En 1585 Farnesio consiguió lo que parecía imposible: reconquistar Amberes. A partir de ahí el general pudo completar un auténtico paseo militar que le llevaría hasta Nimega, en plena provincia de Güeldres, una de las cabezas de la rebelión. El frente se estancó durante años debido al poderío creciente del rey de España, que acaba de incorporar Portugal a sus dominios, y al relativo aislamiento de los rebeldes flamencos que, a pesar del abierto apoyo de la Inglaterra isabelina, no conseguían bajar de la línea de Breda. Lo que había visionado Farnesio en un arranque de optimismo era ya una realidad.

La frontera entre el norte y el sur de Flandes era esponjosa pero más o menos estable. Durante años la guerra se aletargó en una riña interminable de desgaste en la que, más que librarse batallas se libraron exasperantes asedios que, una de dos, o mataban de tifus o de aburrimiento a los tercios. La canción era siempre la misma. Españoles u holandeses ponían el cerco a una plaza hasta que ésta se rendía o hasta que recibía auxilio exterior y se levantaba el sitio. Los actores fueron cambiando. Muertos Orange y los primeros gobernadores españoles, Mauricio de Nassau e Isabel Clara Eugenia les tomaron el relevo a finales de siglo, casi al mismo tiempo en que Felipe II declaraba por tercera vez quiebra de la Corona y daba su último suspiro en su cenobio de El Escorial.

El siglo XVII comenzó con la llamada Pax Hispanica, un brevísimo periodo en el que los monarcas hispanos no estuvieron en guerra con nadie, a excepción de su batalla privada contra los herejes que, cada vez en menor número, iba pasando la Inquisición al brazo secular para que les diese matarile en público. Flandes no fue menos. Los Nassau y los Habsburgo se dieron un respiro durante doce años. Los Países Bajos eran ya un país independiente de facto, una república de nuevo cuño nacida de los escombros de una

revuelta que se había extendido durante medio siglo.

En 1621, no obstante, se reanudó la pelea, y lo hizo porque la tregua había expirado y porque el nuevo valido del rey, el Conde-Duque de Olivares, era extremadamente ambicioso en materia exterior. El vencedor de Breda, el invicto Ambrosio de Spínola que había derrotado a los holandeses durante 20 años, se lo recordaba al Consejo de Estado: "La experiencia de sesenta años de guerra con Holanda ha mostrado la imposibilidad de conquistar por la fuerza aquellas provincias". Tras un tira y afloja de dos décadas en las que la guerra de Flandes se confundió con la de los treinta años que se libraba en Alemania –otro de los lugares donde ni España ni los españoles debieron nunca estar–, ambos bandos se reconocieron mutuamente en la ciudad alemana de Münster en 1648.

Habían pasado 82 años desde el estallido de la rebelión y ya no quedaba nadie vivo de los que la habían comenzado. España se comprometió a respetar la independencia de las Provincias Unidas y éstas a no incordiar el comercio con América, especialmente a no apresar la flota de Indias que el holandés Piet Hein había desgraciado en mala hora. El Flandes meridional seguiría dependiendo de la corona española otro medio siglo, hasta la Paz de Utrecht, que lo puso en manos de los austriacos. Para entonces la casa de Habsburgo ya había desaparecido del trono español, y con ella OBJ sus ansias de grandeza, sus fantasiosos planes europeos mantenidos a costa del oro de América y del sufrido soldado castellano y su concienzudo empeño en arruinar nuestro país.

En apenas unos años las Provincias Unidas –que en español es lo mismo que decir Holanda– se convirtieron en una superpotencia que fundaba colonias, circunnavegaba el globo y plantaba cara a los monarcas más poderosos del orbe. "¡Voto a Dios! Creo que el demonio caga holandeses", llego a decir en 1667 el político Samuel Pepys tras observar como los marinos de la república incendiaban la flota británica fondeada en Chatham y salían a todo trapo de allí. En España, el nombre de Flandes pasó a ser sinónimo de derrota y frustración, de ruina caracolera y pérdida de tiempo. Nada se nos perdió allí, nada se sacó en claro y nuestro legado más perdurable en aquellas tierras ha sido el de la antipatía y el desdén. Y es que la lección de Flandes es la más palmaria demostración de que lo que mal empieza mal acaba.

1640, el año de la discordia

A finales del verano de 1640, el Conde Duque de Olivares se recluyó en su estudio para redactar un largo memorial con el que dar cuentas al monarca de la cadena de desastres que habían puesto la Corona española al borde del precipicio. "Este año se puede contar sin duda por el más infeliz que esta Monarquía ha alcanzado". No exageraba, y en el momento de escribirlo aún le quedaba por vivir la debacle de los tercios de Flandes y la independencia de Portugal.

Tras un largo y zarandeado reinado, Felipe II dejó el trono al único hijo que le quedaba después de cuatro matrimonios. Mucha confianza en él no tenía. Se lamentaba amargamente: "Dios, que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de regirlos", o confesaba resignado a los más cercanos que se temía que a su hijo Felipe se lo iban a gobernar. Así fue. Abúlico, débil de carácter y medio lerdo, entregó el gobierno a los privados mientras él, en su simpleza, se entregaba a los bailongos de la Corte y a ponerse las botas en los banquetes.

Su favorito fue el Duque de Lerma, un ambicioso cortesano cuya inmoralidad era sólo superada por su incapacidad para gobernar. Despilfarró a placer y, para seguir haciéndolo, evitó meterse en guerras que tenía perdidas de antemano. Por lo demás, no dio una a derechas y dejó la economía castellana, ya tocada por los derroches de Felipe II, en los mismísimos huesos. Por suerte, tanto el rey como el valido duraron poco. A los 20 años la Corona pasó al siguiente Felipe, el cuarto de nuestra historia.

Si el padre había sido bobo, el hijo no le iba a la zaga. A éste, en lugar de darle por comer, le dio por andar de cama en cama, con especial predilección por las actrices y cómicas, vieja tradición de nuestros reyes que no ha decaído. Unos cincuenta hijos engendró entre bastardos y legítimos. Ya se sabe que a los tontos, o les da por el sexo o por pasarse el día metidos en la despensa. De viejo se arrepintió de los excesos y se transformó en un beato maniático que, viendo de cerca la muerte, pidió que acostasen junto a él la momia de San Isidro. Y así se despidió de este ingrato mundo que tantos sinsabores le había acarreado. OBJ

El rey, que no estaba por la labor de reinar, dejó el gobierno en manos de Gaspar de Guzmán y Pimentel, Conde Duque de Olivares, un aristócrata de rancio abolengo que le acompañaba desde la infancia. Olivares, muy a diferencia de Lerma, tenía intención de gobernar, amaba el mando y el poder por encima de cualquier otra cosa. Creía que la Providencia le había elegido como herramienta para que la Monarquía Hispánica reafirmase su hegemonía en todo el orbe. El problema es que los cuantiosos gastos de esa monarquía, a pesar de sus incontables dominios en los que no se ponía el sol, corrían a cuenta de uno solo: el reino de Castilla.

Los tercios de Flandes y de Italia, las guerras con Francia e Inglaterra, las flotas de Indias, los galeones que atravesaban el océano cargados de oro y todo el boato que rodeaba a la Corte recaía sobre los hombros de los castellanos; y no de todos: sólo de los que trabajaban, que, debido a todo lo anterior, eran cada vez menos. Olivares anhelaba un imperio aún más universal, más incontestable, pero Castilla no daba más de sí, estaba literalmente agotada. Ingenió entonces un plan de reformas que consistía, básicamente, en promover el buen gobierno económico y castellanizar todos los reinos de la Corona; vamos, tratar de que todos arrimasen el hombro. No logró ninguna de las dos cosas.

En 1624 le presentó a Felipe IV un memorial secreto que llamó "Unión de Armas". La idea era que cada una de las posesiones del rey contribuyesen con dinero y hombres a la magna empresa que había trazado en sus cavilaciones solitarias, paseando por el Alcázar de Madrid. Lo de los hombres ya se vería, lo principal era el dinero. Convenció al rey para que se desplazase a Aragón y expusiese su voluntad a las Cortes. Valencia y Aragón aceptaron a regañadientes un servicio extraordinario, pero nada de aportar soldados a los ejércitos del rey para que fuesen a morir a Holanda, a Francia, a Italia o a Alemania, que eran los cementerios habituales del maltratado soldado español de la época.

En Cataluña la cosa fue mucho más complicada. Correosos como de costumbre, los diputados se negaron en redondo a soltar un solo ducado y el rey regresó a Madrid con lo puesto. Olivares, sin embargo, consideró que la gira había sido un éxito y se dispuso a armarla en Europa. Declaró la guerra a los franceses por un asunto menor en Italia y se comprometió a ayudar al primo del rey, el emperador de Alemania, metido de lleno en la Guerra de los Treinta Años.

La decisión del valido no pudo ser más errónea. Al poco quedó claro que España no podía batirse en tantos frentes. Los holandeses no daban tregua, ni en tierra ni en el mar; los franceses menos aún, y en Alemania los tercios hubieron de pelear con un enemigo tan insólito como lejano: los suecos. Ésta fue la primera y última guerra entre España y Suecia: un despropósito más que añadir en la desafortunada política europea de los Austrias.

Todo salía mal: la antaño inexpugnable fortaleza española se vino abajo como un castillo de naipes en sólo unos años. Un corsario apresó la flota que traía el tesoro de Nueva España junto a las costas de Cuba. Los franceses sitiaron Fuenterrabía y atacaron Bélgica. Bernhard von Weimar tomó Breisach, en Alsacia, y cortó de cuajo el Camino Español, un corredor por el que los generales de la Corona movían tropas de Italia a Flandes. Esto obligó a llevar a los soldados por el mar, en la flota del almirante Oquendo, que fue aniquilada por los holandeses en el Canal de la Mancha. Una letanía de desastres que parecía no tener fin. OBJ

La guerra salía por un pico, y a los soldados había que pagarlos puntualmente si se quería evitar males mayores, como, por ejemplo, que se pasasen al enemigo. Olivares, falto de otros ingresos, apretó las tuercas a Castilla hasta obtener el último real de las exhaustas ubres de la ya esquelética vaca castellana. Creó impuestos nuevos, subió los existentes, devaluó la moneda y hasta incautó la plata que venía de América, y se apropió de las rentas del Arzobispado de Toledo. Con todo, no fue suficiente: sólo sirvió para debilitar aún más la ya exangüe economía de Castilla. No había vuelta de hoja: Aragón y Portugal tenían que contribuir al esfuerzo, por las buenas o por las malas.

Con la excusa de que los franceses habían tomado el castillo de Salses, en el Rosellón, desplazó un ejército hasta Cataluña. Recuperada la plaza, Olivares creyó contar con el arma disuasoria adecuada para que los diputados de la Generalidad, esta vez sí, aflojaran la bolsa y reclutasen hombres para defender Milán.

Sucedió exactamente lo contrario. Los tercios acantonados en Cataluña empezaron a causar problemas en los pueblos y aldeas. El conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña, se mostró incapaz de frenar los desmanes de los soldados, y una ola de descontento popular, debidamente azuzada por la Iglesia, recorrió el Principado.

Un oficial del rey fue quemado vivo en Santa Coloma de Farners, ofensa que los tercios vengaron metiendo fuego a todo el pueblo. El drama estaba servido. Los campesinos de las comarcas del norte se levantaron contra el rey enfrentándose a las dispersas compañías del ejército. Un grupo de segadores, de los que bajaban hasta Barcelona en verano para emplearse en la cosecha, entró en la Ciudad Condal el 7 de junio de 1640, fiesta del Corpus.

La anarquía se adueñó de Barcelona. Los segadores, con su hoz en la mano, la emprendieron contra los funcionarios reales y no se detuvieron hasta dar muerte al virrey, a quien degollaron en la playa. Fue el llamado Corpus de Sangre.

Pau Claris, un clérigo que se había significado en la resistencia contra el ejército real, se hizo cargo de la situación y proclamó una curiosa República catalana bajo la protección del rey de Francia. Eso de la república independiente no le hizo mucha gracia al cardenal Richelieu, por lo que Claris hubo de desdecirse y reconocer a Luis XIII como soberano de Cataluña. La independencia había durado, exactamente, una semana.

La noticia cayó en Madrid como un jarro de agua fría y puso al favorito en una situación insostenible. En una carta al Cardenal-Infante le confiesa, apesadumbrado: "De todos nuestros trabajos, el de Cataluña es el mayor que jamás hemos tenido, y mi corazón no admite consuelo de que vamos a una acción en la cual, si mata nuestro ejército, mata a un vasallo de Su Majestad".

Olivares, terco como un mulo pero hombre resuelto, reunió un nuevo ejército y lo mandó a Cataluña, no ya para sofocar la revuelta sino para recuperarla. Las tropas del rey se dieron de bruces contra el ejército francés, que había acudido a defender su reciente "conquista". El valido cayó en desgracia y su sucesor, Luis de Haro, heredó tal cúmulo de problemas que tuvo que olvidarse de lo de Cataluña, al menos temporalmente. OBJ

A Cataluña le siguió Portugal. Pero allí no había un solo soldado español a quien degollar, por lo que la operación fue incruenta y expeditiva. Los portugueses hasta tuvieron la deferencia de escoltar a la gobernadora, Margarita de Austria, a la frontera para que no cayese en manos de unos desaprensivos. Habían pasado 60 años desde que Felipe II uniese las dos coronas, la de España y la de Portugal. El matrimonio ibérico quedó disuelto definitivamente;

aunque, eso sí, a Portugal le seguimos llamando "el país hermano", porque lo es.

En Aragón, incluso en Andalucía, se produjeron revueltas similares a la catalana, aunque, por fortuna, la cosa no fue a mayores. En Andalucía el duque de Medina-Sidonia soñó con crear un reino andaluz independiente a imagen y semejanza del portugués, pero no obtuvo demasiada respuesta por parte de sus potenciales súbditos.

Felipe IV, contemplando la que había liado su inseparable privado y amigo, desterró al Conde Duque a Toro, donde murió años después loco de atar, sin asimilar el fracaso de su política dentro y fuera de España. En el destierro encargó un libro para reivindicar su privanza titulado Nicandro. La osadía le costó una denuncia ante el Santo Oficio, que, no lo olvidemos, tenía entre sus cometidos, aparte de quemar herejes, hacer limpieza entre clérigos y aristócratas incómodos.

El recién nombrado valido buscó desesperadamente la paz. En Westfalia se reconoció, después de casi cien años de guerra, la independencia de Holanda, la peor y más ruinosa empresa exterior de nuestra historia. La paz con Francia tardó en llegar unos años más, y, para lo mal que se habían puesto las cosas, no fue del todo desventajosa. Se fijaron los lindes pirenaicos tal cual están hoy, con todas las peculiaridades y rarezas que hacen de esta frontera una de las más antiguas de Europa, si no la más.

Portugal no volvió al redil. Después de intentarlo durante años, Felipe IV se dio por vencido y firmó la paz, para que, como buenos hermanos, cada uno siguiese por su camino. En Cataluña, la dominación francesa se les terminó por indigestar. Habían salido de la sartén para caer en el fuego. Los funcionarios franceses eran bastante peores que los castellanos, por lo que las disensiones internas no tardaron en aflorar. Españoles a fin de cuentas, los miembros de la Generalidad se enzarzaron unos contra otros, haciendo de Cataluña el rincón más ingobernable y olvidado del reino de Francia, que los ignoraba por completo.

Luis de Haro, que no le quitaba ojo a Cataluña, aprovechó el barullo catalán y condujo dos ejércitos, uno desde Lérida y otro desde Tarragona, para poner sitio a la capital. Se entregó en octubre de 1652, sin mucha resistencia. Felipe IV concedió una amnistía, juró

respetar los fueros, pelillos a la mar y aquí no ha pasado nada. Un final muy español, la eterna dualidad de Quijote y Sancho que marca nuestro carácter. La historia de España tiene estos vuelcos, a veces inexplicables, en los que se salva la ropa de puro milagro. La idea imperial estaba, eso sí, herida de muerte.

El siglo fue consumiéndose a la vez que la dinastía. Mientras en la Corte pintaban Zurbarán y Velázquez, y por las callejas de Madrid malvivían Quevedo, Calderón de la Barca y Tirso de Molina, en los dominios del rey de España el sol se ponía lentamente. OBJ

“Miré los muros de la patria mía, / si un tiempo fuertes ya desmoronados / de la carrera de la edad cansados / por quien caduca ya su valentía”.

La peste que borró a Sevilla del mapa

Durante siglo y medio, entre el descubrimiento de América y la crisis terminal del Imperio de los Habsburgo, Sevilla fue lo más parecido al ombligo del mundo. Dispuesta estratégicamente en el tramo navegable del Guadalquivir, lo suficientemente alejada de la costa como para librarse de bombardeos o inoportunos desembarcos enemigos, la ciudad del Betis se convirtió en el primer mercado de unos reinos, los de España, donde no se ponía el sol.

A Sevilla, y sólo a Sevilla, llegaban las flotas de Indias rebosantes de oro, plata, piedras preciosas y ultramarinos de todas las variedades imaginables. Y desde allí partían de vuelta esos mismos barcos cargados de moneda, paños, vino y otros productos por los que los españoles de ultramar pagaban cantidades mareantes en los remotos puertos americanos. La suerte de la ciudad era la del comercio atlántico, siempre creciente y con altos márgenes de beneficio para los mercaderes que se apuntaban a la carrera de Indias.

Para la Corona, a quien Sevilla le debía el privilegio de ser el único puerto del mundo que podía comerciar con América, la ciudad era una especie de caja registradora. Era el lugar donde más impuestos se cobraban, -y en moneda buena, inmaculada, recién traída del Perú-, y donde mejor se financiaba el Rey a costa de los comerciantes que, de grado o por la fuerza, prestaban al monarca lo que éste pedía. A mediados del siglo XVII, coincidiendo con los gastos extraordinarios que se derivaron de la Guerra de los 30 años y las insurrecciones portuguesa y catalana, el Conde-Duque de Olivares apretó tanto el dogal que los propios sevillanos, más realistas que el propio Rey, se quejaron. En una memorial de agravios, el procurador Juan Ramírez informaba a Palacio de lo desangelada que andaba Sevilla a causa de los impuestos, ya que habían dejado la ciudad “muy menoscabada y atenuada en los tratos y comercio, y muchas casa cerradas y sin vecindad, y otras caídas, sus lugares de la misma forma, con algunos del todo asolados”.

Y, efectivamente, así era. Hacia 1640 la edad de oro de Sevilla ya había pasado. Pero aún seguía siendo una de las plazas comerciales

más activas del mundo y, después de Nápoles, la segunda ciudad más poblada de la Corona española con unos 150.000 habitantes. Lo que nadie, ni el Conde-Duque, ni el Rey Católico, ni el procurador Ramírez imaginaban en aquellos días es que la "Muy Noble, Muy Leal e Invicta" ciudad estaba a punto de desaparecer del mapa por culpa de una maligna peste que acababa de colarse en la península desde algún puerto africano.

En 1647 un brote de peste se declaró en Valencia. El bacilo de Yersin hizo de las suyas durante el verano y luego aparentemente desapareció. Pero no, al año siguiente, en cuanto volvió el calor siguieron dándose casos, pero ya en toda la costa mediterránea desde Barcelona hasta Cádiz. Todos sabían que la peste estaba ahí y que volvería a hacer acto de presencia con la primavera, que ese año de 1649 vino acompañada de copiosas lluvias e inundaciones que afectaron a todo el valle del Guadalquivir y a la propia Sevilla donde, según cuentan, los barcos entraban navegando hasta la misma Alameda de Hércules. OBJ

La inundación de las fértiles vegas del Betis pavimentó el camino de la tragedia. Con parte de la cosecha y el ganado echados a perder, ese año todo se puso por las nubes en los mercados ocasionando que la enfermedad se cebase a placer entre los malnutridos sevillanos. A principios de abril la peste se declaró formalmente. Las autoridades ordenaron cerrar la ciudad a cal y canto, pero ya era tarde así que, expuestos a lo inevitable, le rogaron al Señor que fuese clemente con ellos mediante "extraordinarias letanías y procesiones por las calles con penitencias públicas". La multitudinaria apelación a la Providencia sirvió exactamente para lo contrario. El índice de contagio aumentó por el hacinamiento y el trajín callejero. Para mediados de mayo Sevilla era ya un lugar maldito de cuya desgracia se hacían lenguas en todo el reino.

El día 21 de ese mes se prohibió la entrada en Madrid de sevillanos y de mercaderías procedentes de Sevilla. Bastante tenía el Rey con perder su mercado como para que la pestilencia le aviase también el palacio. Para el Corpus el obispo hispalense echó toda la carne en el asador. Si el Altísimo no ayudaba a su hija predilecta en tan señalado día significaba que al puerto de Indias le había llegado la hora de pagar su pecado de soberbia. La procesión del Corpus hubo de hacerse en la plaza de San Francisco y no en la del Salvador porque estaba llena de cadáveres. El paso era pequeño por falta de costaleros, unos 160 habían muerto en el transcurso de los días

anteriores. Un auténtico drama, presagio de lo peor.

Se formó un consejo plenipotenciario formado por los prohombres de la ciudad, es decir: el presidente del Santo Oficio, el de la Casa de Contratación, un miembro del Consejo de Castilla y un representante de la nobleza. Acordaron habilitar un hospital de emergencia, que se dio en llamar el de la Sangre, para aislar a los enfermos. Pronto se llenó hasta los topes, y no ya de enfermos, sino de muertos que nadie quería sacar de allí. Para ese menester se presentaron en la ciudad enterradores de alquiler, "gente perdularia que había venido a la golosina del aprovechamiento" que, por tan arriesgado oficio, se llevaron "muchos ducados".

El consejo prohibió enterrar en las iglesias para sacar de la ciudad las pilas de cadáveres que "inficionaban el ayre" y ordenó que se excavasen fosas comunes o carneros en todo el perímetro urbano. El panorama era desolador, propio del infierno de Dante. A las puertas se abrían inmensas fosas, "en San Sebastián treinta y dos, en San Laureano, tres, en los Agustinos Descalzos dos, Puerta de Osario cuatro, Macarena cinco, Triana y otras partes muchos". A mediados de junio Sevilla era un inmenso matadero del que salían carretones llenos de cadáveres desde el alba hasta el ocaso camino de las fosas, cubiertas profusamente con cal para evitar nuevos contagios. El resto "toda ella era hospital", una doliente parihuela en la que "al mes y medio de achaque habían muerto dentro de sus muros más de 80.000 personas", uno de los cuales era el maestro escultor, cumbre del barroco, Juan Martínez Montañés, que pasó a mejor vida el 18 de junio víctima de la peste.

La estadística se ajustaba bastante a la realidad. En poco más de tres meses la otrora risueña Sevilla había perdido la mitad de su población, lo que arroja la lúgubre cifra de unos 800 muertos al día. Con la llegada del otoño "todo era espanto, un asombro, un suspirar de continuo, sin danzas, sin cofradías, sin religiones, sin clero ni reliquias, con la poca música que había quedado, sin seises...". No había en la ciudad una sola familia que no tuviese un difunto al que llorar, porque la peste, metáfora de la misma muerte, igualó a todos sin distinción de riquezas, estamento, sexo o edad.

La catástrofe tardó décadas en ser olvidada, si es que ha sido alguna vez olvidada de todo. No es casualidad que un sevillano, Juan Valdés Leal, fuese el autor de la obra más tenebrosa de la pintura universal: "In ictu oculi" (en un abrir y cerrar de ojos),

sobrecogedor óleo realizado para el Hospital de la Santa Caridad en el que la muerte se yergue triunfante ataúd bajo el brazo, guadaña en mano, mirándonos a los ojos, recordándonos que la vida es la frágil llama de una vela que se apaga en una décima de segundo, en un abrir y cerrar de ojos. La extraordinaria Sevilla imperial, "asombro del orbe", nunca volvió a ser la misma. La ciudad se replegó malherida, perdió su monopolio de Indias, sus flotas remontando el río, sus escuelas artísticas, sus acaudalados mercaderes y hasta sus pícaros. Tardó dos siglos y medio en recuperar la población perdida. Hasta el año 1900 no volvió a contar con 150.000 almas, pero para entonces ya no era centro del mundo, sino "un huerto claro donde madura el limonero", una plácida capital de provincias de esas que tuvieron mucho y retuvieron más porque, con o sin peste, Sevilla, retrato del paraíso, sólo puede haber una.

Carlos II, el ocaso de una dinastía enferma

Una calurosa tarde de julio de 1698 Juan Tomás Rocaberti y Froilán Díaz, inquisidor general y confesor real respectivamente, preocupados por la salud espiritual del monarca, se sentaron a dictar una solicitud urgente; de ella, según pensaban, dependía el futuro del reino.

Su destinatario era un fraile dominico, vicario del convento de la Encarnación de Cangas de Tineo, en Asturias, y, según parece, con línea directa con el Demonio. Los apurados clérigos deseaban que el fraile hablase inmediatamente con el Maligno y le preguntase en qué consistía el hechizo que afligía al atormentado rey Carlos.

No se demoró el religioso asturiano en satisfacer la demanda que tan insignes miembros de la Corte le habían hecho llegar desde Madrid. Entró en trance, parlamentó con Lucifer y, obtenida la respuesta, corrió por los pasillos del convento para devolver a toda prisa la carta con el enigma desvelado: "Me dijo el demonio anoche que el Rey se halla hechizado maléficamente para gobernar y para engendrar. Se le hechizó cuando tenía 14 años, con un chocolate en el que se disolvieron los sesos de un hombre muerto para quitarle la salud y los riñones, para corromperle el semen e impedirle la generación".

Sí, esta era la España de hace tres siglos en todo su esplendor místico.

Después de 44 años de reinado, 42 de amoríos y revolcones, unos 50 hijos y centenares de amantes (no faltaron duquesas, marquesas, cómicas, damas de honor, prostitutas y decenas de sirvientas), Felipe IV abandonó este mundo la última semana del verano de 1665. Tanta rijosidad y tanta actividad venérea sólo le habían procurado un heredero, que, para más inri, tenía sólo cuatro años y era una criatura raquítica y repelente que acababa de echar los dientes y aún no se había destetado.

Para evitar la mala imagen de coronar como rey de España a un mamoncete de cuatro años los médicos decidieron suspender la

lactancia, que llevaban a cabo catorce sufridas nodrizas. Le prescribieron papillas y, como no se podía mantener en pie, encargaron al sastre unos gruesos cordones parar sostenerle mientras recibía a los embajadores extranjeros. Aquel día, el de su presentación en público como titular de la monarquía más poderosa del planeta, marcaría el principio de un larguísimo calvario que duraría 35 años.

Se ha dicho mil veces que Carlos II fue el monstruoso producto final de la consaguinidad de los Austrias, que se pasaron dos siglos casándose entre ellos y trayendo al mundo una progenie de príncipes cada vez más deficientes, cada vez más tarados. Nada más cierto. Su madre era la sobrina carnal de su padre y, escalando en el árbol genealógico, encontramos que tenía doce veces el apellido Habsburgo. Un ejemplar genéticamente puro y totalmente idiota.

Aprendió a andar a los seis años, a hablar a los diez, hasta los doce no supo leer y no se vio capaz de escribir –aunque fuese solo su firma: "Yo, el Rey"– hasta los quince años. Físicamente echaba para atrás. "Asusta de feo", apuntó un embajador en una carta a su soberano. Enclenque y encanijado, de piel macilenta, ojos huidizos y nariz ganchuda que casi tocaba el labio. Heredó el prognatismo y el belfo caído de la familia. Ambos los multiplicó por dos. Nunca pudo masticar en condiciones, lo que, unido a sus delicadas digestiones, le condenaron a padecer vómitos continuos y una diarrea crónica.

Su drama personal fue, además, parejo al de la corona que le había caído en suerte. La recibió de capa caída, y a su muerte se desencadenó una larga guerra de sucesión que liquidaría por siempre las posesiones de la familia en Europa.

Cuando fue proclamado mayor de edad, el país estaba sumido en el desgobierno más absoluto. Oficialmente reinaba su madre, Mariana de Habsburgo, pero en la práctica lo hacía un valido, Fernando de Valenzuela, el Duende de Palacio, de quien el pueblo sospechaba que se entendía con la reina viuda. Curioso recelo, porque la reina era una beata a quien tenía sorbido el seso su confesor, un jesuita alemán muy liante llamado Nithard. Frente a ellos, Juan José de Austria, un hijo bastardo de Felipe IV –bastante canalla, por cierto–, trataba de hacerse con el poder mediante la fuerza de las armas.

Este Juan José de Austria, años antes, con intención de heredar,

había tenido la feliz ocurrencia de pedirle a su padre la mano de su hermana, la princesa Margarita. Lo hizo mostrándole un cuadrito en el que Saturno contemplaba risueño los amores entre Júpiter y Juno. La felonía repugnó tanto a Felipe IV que ordenó que Juan José no volviese a poner sus pies en Madrid.

En plena guerra con Francia, que había saltado sobre Cataluña como un ave de rapiña, distrajo tropas y las trasladó a Madrid. La guerra se perdió, y con ella la esperanza de recuperar el Rosellón, pero Juan José consiguió la privanza. Desterró a la reina madre y al padre Nithard, de quien se decía que se había hecho muy rico en sus intrigas palaciegas. Habladurías. Cuando registraron sus OBJ aposentos del Alcázar para dar con las pruebas del delito todo lo que encontraron fue un misal, unas disciplinas de púas de hierro y un cilicio con restos de sangre. Todo un santo varón. Valenzuela, que sí que había reunido un generoso patrimonio al calorcito del poder, fue deportado a Filipinas con una mano delante y otra detrás.

Al bastardo le duró poco la gloria: tras firmar la paz de Nimega con Luis XIV, una rápida enfermedad se lo llevó al otro barrio.

El rey, que era, aparte de enfermizo, completamente analfabeto, dejó a su madre hacer. El nuevo valido, un duque incompetente que, a juicio del embajador francés, había pasado toda su vida en Madrid "en el ocio más completo, dedicado casi exclusivamente a comer y dormir", no pudo más que contemplar impávido cómo el reino colapsaba.

La inflación se disparó y las menguadas flotas de Indias no daban ya ni para atender los gastos ordinarios de la Corte. En Palacio había noches que en la despensa sólo quedaban huevos para cenar, y en 1680 los reyes no lograron reunir dinero suficiente para desplazar la Corte a Aranjuez a pasar la primavera. Lo nunca visto.

Habida cuenta de la estupidez de un monarca completamente incapaz de gobernar, la única salida que sus consejeros veían a tan embarazosa situación era encontrar una consorte que le diese descendencia. Para suavizar las relaciones con Luis XIV, le trajeron una princesa joven y atractiva, Maria Luisa de Orleáns, sobrina del Rey Sol. Pero no había manera: la reina no conseguía quedarse en cinta. Por Madrid circulaba una tonadilla popular que decía: “A pesar de ser extraña sabed, bella flor de lis: si parís, parís a España.

Si no paris, a Paris".

Y no parió. No hubo, a pesar de todo, que enviarla de vuelta a Paris, porque una apendicitis se la llevó a la tumba cuando sólo tenia 27 años. Los galenos abrieron el cadáver para ver si el útero estaba en condiciones. Lo estaba. Iba a ser problema del rey eso de no tener hijos. Deberian haberlo sospechado sólo con mirarle a la cara.

Inasequibles al desaliento, los miembros del Consejo de Estado se aplicaron en buscar una sustituta. Poco importaba ya la edad, el aspecto o el carácter de la candidata, ni siquiera era relevante que la familia reinase o no. Lo único que interesaba en Madrid es que la futura reina fuese de familia fecunda. Tras las habituales pesquisas dieron con Mariana de Neoburgo, hija de los electores de Sajonia, unos pelagatos que, sin embargo, habian tenido 24 hijos. Toda una garantia de fertilidad, exactamente lo que andaban buscando.

A diferencia de Maria Luisa, una francesa de buen fondo que pasó sus dias en un sin vivir, sometida a las más peregrinas y extravagantes dietas para provocar un embarazo que nunca llegaba, la Neoburgo era una alemana de mucho carácter. Según llegó a España y vio de cerca al apático imbécil con el que le habian casado, le cogió gustillo al poder. No era tonta: sabia que su misión era OBJ traer un heredero, y como no lo lograba se dedicó a inventarse falsas preñeces que terminaban, invariablemente, en falsos abortos.

Las ganas de mandar la enfrentaron con la reina madre en un sinnúmero de disputas, a grito limpio y en alemán. La anciana viuda de Felipe IV ya poco podia hacer. Su hijo no tenia solución y el pais iba de mal en peor. La Hacienda estaba arruinada y los franceses no dejaban de hostigar las fronteras de lo que quedaba del imperio, astillando el otrora robusto árbol español en humillantes derrotas.

En 1691, con la caida en desgracia del enésimo valido, el Conde de Oropesa, la situación era tan desesperante que el rey no encontró entre la nobleza un solo candidato para sustituirle. Ya nadie deseaba gobernar una nave que se iba a pique. Un caso insólito pero perfectamente explicable: en España ya no quedaba dinero ni para robar.

Y la reina, entretanto, abortaba mucho pero no paria; y para colmo era antipática, mandona y pelirroja, defecto este último muy

sentido por el pueblo llano, que estaba convencido de que Judas, el traidor, tuvo el pelo tan rojo como el mobiliario del infierno. El siempre maledicente mentidero de la Corte inventó una afortunada copla que se hizo muy célebre: “Tres vírgenes hay en Madrid: la Almudena, la de Atocha, y la Reina Nuestra Señora”.

En Viena, Londres y, naturalmente, París, advertidos de la imposibilidad de que Mariana alumbrase un heredero, empezaron a frotarse las manos para repartirse los restos del naufragio. Los Habsburgo austriacos querían que la Corona española permaneciese en la familia. Los Borbones, por su parte, ansiaban sucederlos. Tenían, además, una razón de peso: Luis XIV se había casado con una infanta española, la hermana de Carlos II, luego algo les tocaría en el reparto. A los ingleses, mucho más sensatos, lo que les preocupaba era que España y su inmenso imperio ultramarino, que abarcaba medio mundo, cayese en manos de los anteriores.

Mientras unos hacían cálculos para apoderarse del futuro, el dormitorio de la reina volvía a la Edad Media. Meses después de que el exorcista dominico que dejamos arriba correteando por un convento asturiano departiese con el Diablo, un fraile jerónimo se encerraba con Mariana para practicar el exorcismo definitivo. La cosa salió rana: el monje entró en éxtasis, puso los ojos en blanco y empezó a jurar en arameo mientras brincaba por la estancia; la reina, con los pelos como escarpias, saltó de la cama y echó a correr por el Palacio. El escándalo fue sonado, pero aquello era ya una casa de locos.

La reina, sin ir más lejos, no se separaba de un saquito que llevaba colgado al cuello. Contenía cáscaras de huevo, uñas de los pies, cabellos y demás amuletos para conjurar la maldición. El rey, por su parte, era sometido a todo tipo de ceremonias chamánicas, en las que el infeliz era obligado a comer carne de víbora mientras le sacudían con agua bendita y un coro de monjes rezaba incesantemente. Tanto Te Deum, tanta misa solemne y tanto sahumerio dedicado a la real persona hicieron que el pueblo le bautizase como el Hechizado. OBJ

España estaba en ruinas, especialmente Castilla, que había pagado con creces la factura de la fantasía imperial de los Habsburgo. El país se había desangrado al ritmo de las inacabables guerras, las epidemias y la obsesión nacional por vivir del cuento. Todo salió carísimo. En dos siglos España había acumulado un retraso que,

todavía hoy, estamos amortizando.

En un tiempo en que Newton formulaba su teoría de la gravedad, Leibniz inventaba el cálculo integral o Huygens escudriñaba el firmamento con su telescopio buscando las lunas de Saturno, España se replegó sobre sí misma, recreándose en su ignorancia, presa de supercherías religiosas y de la aberración de los estatutos de pureza de sangre, una tara que consumió preciosos recursos y costó un siglo arrancar de la conciencia del pueblo.

El Día de Difuntos de 1700, a las tres de la tarde, el último Austria pasó a mejor vida, y con él la dinastía. Habían pasado 200 años, ocho meses y nueve días desde que Carlos I, el primer Habsburgo español, naciese en la lejana Gante e inaugurase una de las etapas más controvertidas de nuestra historia. Por simple curiosidad, el médico real practicó una necropsia al difunto monarca para ver por dentro lo que ya intuía desde fuera. En su informe anotó, con deslenguada pluma barroca: "El corazón del tamaño de un grano de pimienta, los pulmones corroídos, los intestinos putrefactos y gangrenosos, en el riñón tres grandes cálculos, un solo testículo, negro como el carbón, y la cabeza llena de agua".

A tal rey, tal reino.

"Per la patria y per la llibertat de tota Espanya"

El 22 de agosto de 1705 una formidable flota compuesta por 160 barcos y 20.000 hombres echó el ancla frente a Barcelona. Aturdidas, las autoridades del lugar ordenaron cerrar las puertas a cal y canto. Barcelona, de primeras, no se rendía, y así se lo hicieron saber a los invasores, una heterogénea mezcla de británicos, holandeses y austriacos. Éstos, por su parte, acamparon en la playa y, unos días después, se lanzaron contra el castillo de Montjuic, que tomaron al asalto. Desde allí bombardearon la ciudad durante un mes, hasta que el 9 de octubre se entregó.

Al poco, uno que quería ser rey de España, un austriaco que no sabía castellano ni, naturalmente, catalán, entró en la ciudad y se hizo nombrar Carlos III de España, de las Indias y de todas las golosinas que en aquellos tiempos llevaba aparejadas nuestra Corona. Este Carlos era un Habsburgo de la rama austriaca que había tenido la mala pata de nacer segundón, por lo que, cuando estalló la Guerra de Sucesión, fue como si le hubiese venido Dios a ver. Sabiendo que media Europa le apoyaba, reclamó la herencia del idiota de su primo, Carlos II de España, muerto en 1700 después de 40 años de mal gobierno y estupidez congénita.

El otro primo de Carlos, un francés llamado Felipe, otro segundón que paseaba su galanura y su ocio por los corredores de Versalles, se había hecho con la herencia cinco años antes. Entre Carlos y Felipe, Felipe y Carlos, España se desangró en una guerra larga y tonta que dejó el país hecho unos zorros y liquidó las posesiones de la Corona en Europa, esa fuente de dolores de cabeza que había dejado exhaustos a los reinos de España durante dos interminables siglos. Y es que hasta los peores disgustos tienen su parte buena. A Felipe de Borbón la aventura se la financiaba su abuelo, Luis XIV, el Rey Sol, el monarca más poderoso –y más aborrecido– de Europa. A Carlos de Austria le apoyaba moralmente su familia vienesa, y le pagaban las facturas los ingleses y los holandeses, enemigos declarados e incondicionales de Francia. España se partió en dos; o, como cantaban por las calles de Valencia en aquellos años: "Entre Felipe el Quinto y Carlos el Tercero nos quedamos desnudos y sin dinero". Unos se decantaron por el francés, otros por el austriaco, y

la mayoría hizo lo que pudo, sorteando el hambre y apoyando de mejor o peor gana al que le tocaba, como en todas las guerras.

Pero volvamos a ese momento mágico en el que España, a falta de otros entretenimientos, tuvo dos reyes. Carlos de Austria se afincó en Barcelona prometiendo el oro, el moro, los fueros, las costumbres del país y lo que hiciese falta; es decir, lo mismo que había hecho Felipe cuatro años antes en Lérida, según entraba en el Principado para ser reconocido como rey de todos los catalanes, especialmente de los que mandaban. Pero las tornas habían cambiado y el empuje de los aliados invitaba a pasarse al otro bando. Así sucedió en Cataluña, pero no sólo allí. Otras ciudades de la Corona, como Zaragoza, Salamanca, Milán, Bruselas y hasta la propia Madrid, sucumbieron ante los ejércitos que defendían la causa de los Habsburgo.

A principios de 1707 las cosas pintaban tan mal para el Borbón que Luis XIV sugirió a su nieto que se retirase, que lo de España estaba irremediablemente perdido, que en Versalles nunca le faltaría una cama y una sopa caliente. Pero en los planes de Felipe no entraba volver a París para vivir como un perdedor, jugando a los naipes el resto de sus días, y emprendió el contraataque. Se encontraba sitiado, Portugal se había unido al bando austracista y Carlos, satisfecho de su fácil victoria, miraba los toros desde la cómoda barrera de Barcelona. Sólo tenía una escapatoria: tomar Valencia y, desde allí, ir reconquistando poco a poco el reino que le habían birlado en un descuido.

En abril de 1707 el duque de Berwick, un aristócrata inglés reciclado en general francés, presentó batalla a los aliados en un prado manchego cerca de Almansa. La victoria borbónica fue sonada y abrió las puertas del reino de Valencia al ejército de Felipe, que se apresuró a capturar tantas plazas como le fue posible. Carlos de Austria no se daba por vencido y reinició la ofensiva en Castilla, con éxito desigual. Recuperó Zaragoza y llegó a tomar Madrid de nuevo, que lo recibió con una frialdad absoluta.

En 1710 la guerra estaba estancada tanto en la Península como en Europa. Para desatascarla, dos ejércitos aliados fueron enviados a Castilla, y allí, en los campos de la Alcarria, se resolvió el conflicto. Al inglés James Stanhope lo molieron a palos en Brihuega, y el austriaco Guido von Starhemberg tuvo que salir a uña de caballo de Villaviciosa de Tajuña, con sólo 60 de los 14.000 hombres con que

había llegado. La determinación de Felipe de Borbón era más fuerte que nunca: "Ya que Dios ciñó mis sienes con la Corona de España, la conservaré y la defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre". Evidentemente, no hizo falta llegar a tanto. Un año después José I, emperador de Alemania, murió sin descendencia, dejando como heredero único a OBJ su hermano Carlos, el segundón que, de la noche a la mañana, había dejado de serlo. OBJ

Como por arte de birlibirloque, Carlos de Austria se olvidó de España, devolvió la corona, las buenas intenciones y hasta el ordinal. Desde entonces pasó a ser Carlos IV de Alemania, dejando lo de Tercero para un niño que nacería cinco años después en el Alcázar de Madrid y que, andando el tiempo, llegaría a ser el Carlos III que todos conocemos, el narizotas.

Para las cancillerías europeas el desenlace era perfecto... siempre y cuando Felipe rehuyese la tentación de unir las coronas de España y Francia, motivo que había hecho estallar la guerra. La otra opción, una reedición de los Habsburgo de Madrid y Viena puesta al día, no era del agrado de ingleses y holandeses, que, con razón, se temían lo peor. Carlos de desentendió de España y Felipe de Francia. Lo urgente era repartirse lo que quedaba de imperio español en Europa, y todos tan amigos. Estos detalles se discutieron entre 1713 y 1714 en la ciudad holandesa de Utrecht y en un pueblo alemán llamado Rastatt.

En la primavera de 1714 toda Europa se refocilaba de nuevo en las bendiciones de una paz que, cómo no, iba a ser perpetua. Bueno, toda exactamente... no. En Barcelona y alrededores no se habían enterado de que la guerra era cosa del pasado y de que su flamante soberano había dejado de serlo por voluntad propia. Felipe de Borbón, que ya era en toda regla Felipe V, solicitó por las buenas que se lo replanteasen en la Ciudad Condal, a lo que las Cortes respondieron que nones, que el rey era Carlos, que resistirían lo que fuese menester y que de la Rambla les iban a sacar con los pies por delante; es decir, que salieron con una españolada antológica, digna de los celtíberos de Numancia.

El rey, molesto por tanta cabezonería, envió en el verano de 1713 un ejército al mando de duque de Pópoli para intimidar. Pero los pertinaces barceloneses echaron el cierre a la ciudad por segunda vez. La táctica de Pópoli era la habitual en esos casos: bloqueo y algún cañonazo de vez en cuando para ablandar la moral de los

sitiados. Pópoli, sin embargo, no cayó en que Barcelona goza de una extraordinaria franja costera, por la que entraba tanta comida como pólvora, lo que, unido a las estrecheces de los sitiadores y al traicionero invierno catalán, provocó que el asedio se prolongase durante meses.

Como los progresos eran nulos, en julio del año siguiente Felipe V mandó a Berwick a Barcelona para que finiquitase el expediente con el arrojo que le había hecho célebre. El duque se presentó ante las puertas de Barcelona el 25 de julio con 20.000 hombres y 87 cañones, que se unieron a los 15.000 efectivos que sitiaban la plaza desde el año anterior. Al otro lado de la muralla su defensor, Antonio de Villarroel, vio que esta vez iba en serio y organizó la defensa de la ciudad, una defensa a muerte porque de ésa era imposible salir bien librado. Y probablemente Villarroel lo sabía.

Durante el mes de agosto Berwick se empleó a fondo en arruinar a bombazos los baluartes de Portal Nou y Santa Clara. El día 30 las brechas eran de tal calibre que se habían transformado en boquetes indefendibles. Pero las fisuras en la muralla no eran nada en comparación con las que se habían abierto entre los resistentes: Villarroel dimitió antes de enfrentar lo inevitable, sugiriendo de paso al Consejo que la hora de capitular había llegado.

El *conseller en cap*, Rafael Casanova, se presentó a la desesperada en el campamento de Berwick, pero para entonces Casanova tenía ya poco que ofrecer, apenas la rendición y poco más para salvar el pellejo. Como buen español, no ofreció ni eso. Se dio la vuelta, tomando a Berwick por un terco fanfarrón, y retomó las armas. Esta vez, bajo el patrocinio de la Virgen de la Merced, que había sido nombrada capitana de la ciudad tras la renuncia de Villaroel. Otra españolada.

Sin nada más que negociar, el general borbónico fijó el asalto final para la madrugada del 11 de septiembre. En plena noche, los soldados del rey se internaron en Barcelona tras disparar 10 cañonazos. Los sitiadores debieron de suponer que semejante carga haría rendirse de inmediato a los barceloneses, de puro miedo, pero no fue así. Durante toda la mañana los hombres de Berwick avanzaron pesadamente por las callejuelas, entre cascotes y cadáveres. En cada plaza un retén les estaba esperando a cara de perro, como si les fuese la vida en ello; bueno, es que les iba la vida en ello.

A las tres de la tarde el Consejo de Ciento volvió a reunirse, pero no para claudicar ante el invasor, sino para invitar a los resistentes a "derramar gloriosament sa sanch y vida per son rey, per son honor, per la patria y per la llibertat de tota Espanya". Demasiado tarde: ni la apelación postrera a las libertades que "tot lo Principat y tota Espanya" iban a perder cambiaría la suerte de la batalla. A última hora de la tarde Barcelona se rindió, agotada de tanto y tan inútil esfuerzo.

Villarroel fue hecho preso y enviado cargado de cadenas al castillo de Santa Bárbara, en Alicante. Casanova sufrió una suerte bien distinta. Antes del momento crucial recibió una pequeña herida y tramó una fuga más propia de Houdini que del héroe nacional que, dos siglos más tarde, unos ignorantes hicieron de él. Con la ayuda de un médico, falsificó un certificado de defunción, hizo desaparecer de los archivos los papeles que le involucraban, delegó en otro consejero la capitulación y salió pitando de Barcelona disfrazado de fraile. Una vez a salvo se instaló en San Baudilio de Llobregat, desde donde solicitó –y obtuvo– el perdón real. Reconciliado con el Borbón, vivió la mar de bien ejerciendo de abogado hasta los 83 años, lo que debió de convertirle en uno de los europeos más longevos del siglo XVIII.

Barcelona y el resto de España se fueron recuperando del susto a lo largo del reinado de Felipe V. Las heridas cicatrizaron, y un siglo después, cuando la gabachada de Napoleón entró en España a sangre y fuego para quedarse, ya nadie se acordaba del lance, y la dinastía era querida hasta el punto de que a Fernando VII, el más impresentable de sus vástagos, el pueblo le bautizó como El Deseado. Habría que esperar doscientos años para que la Guerra de Sucesión y el sitio de Barcelona volviesen a ser obsesivamente recordados, y hasta celebrados. Pero ésa es otra historia.

La fugaz vida y reinado de Luis el Breve

El de Luis I de Borbón fue uno de los reinados más breves de nuestra historia. El infortunado príncipe, primogénito de Felipe V, vivió sólo 17 años y reinó siete míseros meses, en los que apenas le dio tiempo de hacer nada relevante. Llamado a protagonizar una larga y fructífera porción del siglo XVIII, el de las Luces, la mala suerte y una inoportuna viruela le condenaron a representar un triste papel secundario en el fastuoso escenario de la Corte del primer Borbón.

En el probablemente caluroso verano –en Madrid todos lo son– de 1707 España se encontraba en mitad de una guerra, la de sucesión. El conflicto había comenzado como una simple disputa dinástica entre habsburgos austriacos y borbones franceses. Pero se complicó y, al poco, todas las potencias europeas se vieron involucradas en la riña, transformándola en una guerra europea en la que intervinieron británicos y portugueses, italianos y holandeses. Tanto trajín de ejércitos y gloriosos episodios de armas devino en una guerra civil que, como siempre, se alargó más de lo debido y dejó heridas que aún perduran, aunque sólo sea porque a algunos les conviene que así sea.

En el lance nos hicieron el siete de Gibraltar y se esfumaron las adoradas posesiones europeas de los Austrias, fuente interminable de fastidios y ruina nacional por excelencia que en mala hora llegaron dos siglos antes, y de rebote, a las manos de los reyes de España.

A la reina Maria Luisa Gabriela, que tres nombres gastaba la condenada, todo ese desorden le cogió a punto de dar a luz un niño, que ya es mala pata parir en Madrid en pleno agosto y con el país en pie de guerra. Era el primer príncipe heredero que nacía en España desde que, casi medio siglo antes, llegase al mundo Carlos II, en toda su deformidad y decadencia. El parto salió bien: madre e hijo sobrevivieron, y el pueblo de Madrid, que siempre ha sido muy amigo de inventarse canciones, dedicó una sentida estrofilla al natalicio: “Cuarenta y seis años son, Con éste que va corriendo, Que España un príncipe pide Al Señor de la tierra y el cielo”.

El niño, además de nacer sano y completito, era bien parecido, rubicundo, de cara redonda como un tambor y tan español como los miles de curiosos que se agolparon a la puerta del santuario de la Virgen de Atocha el día de su bautizo. La reina y regente –su marido se encontraba de campaña– salió al encuentro de la entregada plebe y alzó al crío en brazos exclamando, satisfecha: "¡Este es Luisillo, vuestro paisano!".

El pueblo prorrumpió en vivas a la reina, al rey Felipe y a Luisillo, porque con Luisillo se quedó. Alguno hasta incluso lloraría, que los madrileños siempre han sido muy sentimentales con estas cosas.

Años después la guerra terminó, se firmaron los preceptivos tratados en Utrecht, que todavía traen cola, y el país retornó a la calma. Entonces la reina murió de tuberculosis, dejando tres hijos –uno de ellos, el futuro Fernando VI, con sólo 4 meses– y un esposo sumido en la más absoluta desesperación.

Felipe V fue muy dependiente de las dos mujeres con las que se casó. Más que gobernar, le gobernaron. La llave estaba en el desmedido apetito sexual del monarca. Felipe V de Borbón fue tan adicto al sexo como su antecesor Felipe IV de Habsburgo, con la diferencia de que el primero despachaba las urgencias en casa. Eso que se ahorró en disgustos.

Con Maria Luisa Gabriela de Saboya se fue una de las mejores consortes que ha tenido la Monarquía. Buena regente y mejor esposa, condujo los destinos del reino a dúo con su camarera mayor, una fascinante mujer que fue la que más mandó en España durante los tres primeros lustros del siglo XVIII: Marie Anne de la Trémoille, princesa de los Ursinos.

La de los Ursinos, que de princesa no tenía más que haberse quedado viuda de un anónimo príncipe italiano, era, en cambio, todo un talento de la gobernación y tremendamente hábil para moverse a sus anchas por las intrigas y manejos de un Palacio infestado de espías franceses, ministros incompetentes y embajadores cotillas que lo anotaban todo en la libreta para soplárselo a su soberano en la siguiente valija.

Lo que le sobró para regir con acierto la pesada nave del Estado le faltó para recomendar una nueva esposa al abatido monarca. Gracias a sus numerosos contactos en Italia, dio, o creyó dar, con la candidata perfecta para poder seguir mangoneando en los asuntos

de gobierno. Fue el cardenal Alberoni quien se la metió doblada. Le dijo que en Parma había "una buena muchacha de veintidós años, feúcha, insignificante, que se atiborrra de mantequilla y de queso parmesano, educada en lo más intrincado de su país, donde jamás ha oído hablar de nada que no sea coser y bordar".

Se llamaba Isabel de Farnesio, y sí, era feota, picada de viruela y una devoradora impenitente de mantequilla; el resto era pura fabulación del abate, tan enredador como la Ursinos, o más. La llegada de la Farnesio a España puso punto y final a los dorados días de la princesa de los Ursinos en la Corte. La reina, aparte de hacer gala de un apetito insaciable –tanto en la mesa como en el lecho–, albergaba la ambición secreta de colocar a sus futuros hijos al frente de la Corona, pero lo tenía muy difícil porque Felipe iba sobrado de herederos: tres hijos y los tres varones.

El mayor de ellos, Luisillo, a quien dejamos contemplando desde las alturas a la embriagada muchedumbre en Atocha una fría mañana de otoño, era, además, querido por el pueblo. Había echado con los años una gallarda planta principesca: alto, delgado, de finas facciones y pelo rubio. Sólo la nariz, desmesuradamente borbónica, afeaba el cuadro, pero no mucho.

El porte iba parejo con el carácter. A los quince años se había convertido en un cazador de primera, en un galán de segunda y en un juerguista de categoría. Cualidades éstas que, como es bien sabido, siempre han sido muy apreciadas en España. No es extraño que, tanto ayer como hoy, el pueblo valore más en un gobernante la campechanía que la prudencia, o, lo que es lo mismo, prefiera el buen rollito al buen tino. Somos así, qué le vamos a hacer.

Le buscaron una esposa en el mercado de princesas europeas. El tráfico de sangre real nunca estuvo tan boyante como en aquellos tiempos que precedieron a la Revolución Francesa, que por algo estalló. La Farnesio arregló un matrimonio a tres bandas con el Duque de Orleans, que por entonces era el regente de Francia. La hija de la reina se casaría con el delfín Luis, el futuro y licencioso Luis XV; su hijo, el infante don Carlos, con Mademoiselle de Beaujolais, y, por último, el Príncipe de Asturias con el descarte, otra mademoiselle, esta vez la de Montpensier, de nombre Luisa Isabel. OBI

La niña tenía sólo doce años, pero era, con diferencia, la princesa

peor educada de Europa. Sus padres no le habían prestado demasiada atención, dejándola en manos de sus hermanas mayores, que la instruyeron en todo lo que una reina no debía saber. La engolfada Corte parisina era muy distinta a la madrileña, donde al menos se guardaban las formas, los confesores de alcoba eran omnipresentes y la larga mirada del inquisidor general llegaba hasta el último rincón. Casaron a los príncipes precipitadamente en Lerma, pero les prohibieron mantener relaciones, que aún eran muy jóvenes y a Luisa Isabel no le había venido ni la primera regla. Al año siguiente se lo permitieron, y, a decir del espía francés de turno, la cosa funcionó a las mil maravillas: "El Príncipe parecía satisfecho; la Princesa, acalorada; ambos, muy alegres". Cómo no lo iban a estar: él tenía 16 años, ella 14.

Unos meses después del feliz encuentro carnal el rey se recluyó definitivamente en el palacio de La Granja y abdicó. Se encontraba hundido, preso de la tristeza, y llevaba un año sin cambiarse de ropa. Los médicos fueron contundentes: el monarca padecía "frenesí, melancolía, morbo, manía y melancolía hipocondríaca". Es decir, tenía una depresión como un piano. Hoy lo hubiesen arreglado con prozac y autoayuda, pero entonces, en una época en que la palabra "psiquiatría" ni se había inventado, lo solucionaron prescribiendo paseos por los jardines de La Granja e interminables audiciones musicales, en las que los tenores castrados hacían su agosto.

De este modo, la Corona de España recayó en un príncipe imberbe de 16 años, completamente inexperto y casado con una niñata en plena edad del pavo. La realidad era que el inconsolable Felipe no reinaba en el momento de su abdicación: lo hacía su mujer, que no estaba deprimida y mantenía intacto su espíritu de mando. Se formaron dos cortes: una en La Granja, a cargo de la Farnesio, y otra en Madrid, a cargo de la camarilla que rodeaba al joven soberano.

La sangre, por fortuna, no llegó al río. La muerte del rey impidió que así fuese. Quién sabe si, con el tiempo, hubiese derivado en otra guerra civil, que en eso somos peritos. Durante los siete meses de aquel efímero reinado no pasó nada importante. La descocada Luisa Isabel dio algún disgusto al monarca, y poco más. La reina se dedicaba a tontear con todos en Palacio, a corretear por los pasillos en camisón y a pasarse de tanto en tanto con la bebida. La edad y el no tener que trabajar acarrea estas consecuencias.

El rey, por su parte, inauguró dos inmarchitables tradiciones borbónicas: la de echar el día con el mosquetón al hombro despoblando de ciervos el monte del Pardo y la de desfogarse en los prostíbulos de la Villa y Corte. Para ello se vestía como los chuletas madrileños de entonces y, acompañado de algún noble libertino, daba rienda suelta a la llaneza que le había hecho célebre. A mediados de agosto de 1724 el rey cayó enfermo de viruela. El último día de ese mes murió, acompañado sólo por la reina. Acababa de cumplir 17 años. Fue breve en todo. Había reinado 6 meses y 23 días, y la fatal enfermedad se lo llevó a la tumba en menos de dos semanas. Ni su padre ni su madrastra quisieron acercarse a verle por miedo al contagio. A Luisa Isabel la despacharon de vuelta a Francia y allí murió, olvidada, de hidropesía, quince años más tarde. OBJ

Felipe V tuvo de volver a ceñirse la corona, y la Farnesio miró el futuro con optimismo renovado. Un obstáculo menos en la carrera de sus hijos al trono. Hasta hubo quien le acusó de haber envenenado al joven y querido rey Luis. El pueblo, afligido por la pérdida, le bautizó como el Bienamado. Quizá porque no tuvieron tiempo de conocerle, o quizá por preludiar aquello del vive rápido y muere joven.

Lo que sí dejó Luis I fue, con sus 17 primaveras y su larga melena dorada, un hermoso cadáver.

Fernando VI, el príncipe tranquilo

A los reyes longevos y de mucho carácter les suelen suceder hijos, y a veces nietos, que pasan a la historia sin pena ni gloria y a los que apenas les da tiempo de empaquetar la herencia recibida para entregársela intacta a sus sucesores, que suelen ser de nuevo longevos y herederos del carácter de sus abuelos. Los historiadores llaman a estos periodos en los que no pasa nada "reinados de transición", y aletean por encima de ellos con un desdeñoso sigilo.

Al personaje que nos ocupa le tocó ser uno de esos reyes transitorios cuyo legado ha sido eclipsado por dos gigantes, el que le precedió y el que le sucedió. Y es que si reinar entre Felipe V, primer Borbón y uno de los monarcas de más larga vida de cuantos hemos tenido, y Carlos III, tan célebre que su nombre es sinónimo de rey, no es tarea fácil, perdurar en la memoria es misión imposible.

El infante Fernando, segundogénito de Felipe V y María Luisa de Saboya, no había nacido para rey. Tal honor le correspondía a su hermano Luis, Príncipe de Asturias algo golferas al que sólo le dio tiempo de reinar ocho meses antes de que la viruela se lo llevase por delante. Como Fernando era aún muy joven, su padre, que se había retirado al palacio de La Granja, hubo de retomar, muy a su pesar, las tareas de gobierno y nombrarle heredero. A Fernando, sin embargo, lo de reinar no le iba demasiado. Era de carácter tristón, aficionado a la música, a las artes y a la vida contemplativa. Loables pasatiempos, sin duda, pero muy lejos de lo que se esperaba de todo un rey de España. Al cabo de unos años su padre murió, y no le quedó más remedio que encarar del mejor humor posible su ineludible destino.

Fue coronado en 1746, a la venerable edad de 34 años. Su preparación, sin embargo, dejaba mucho que desear. No era de natural proclive a las desagradables tareas de la gobernación, y su madrastra, Isabel de Farnesio, la maniobrera segunda esposa de Felipe V, había hecho lo imposible por mantenerle alejado de los consejos, las cédulas y los influyentes ministros de la Corte. Fernando no lo había echado en falta. En los años que mediaron entre la muerte de su hermano y su ascenso al trono se había

dedicado, junto a su esposa, a vivir sin más preocupaciones que las de disfrutar de las generosas rentas que le procuraba el principado. El rey Felipe, por su parte, celoso por garantizar la herencia, se había encargado de buscarle una princesa bien situada. El premio cayó en Bárbara de Braganza, hija de Juan de Portugal y de la archiduquesa Mariana de Austria.

Bárbara era posiblemente la princesa más fea de Europa; de hecho, cuando se estaba negociando el matrimonio los portugueses tardaron meses en enviar un retrato a la Corte de Madrid, por miedo a que el príncipe se echase para atrás. A cambio, era un dechado de virtudes. Melómana, sensible, culta, muy piadosa y, sobre todo, afectada por el incurable virus de la melancolía. Un verdadero alma gemela del heredero español. Fernando, que de primeras desconfió, pronto supo ver en su ya esposa una compañera perfecta y afín a su modo de entender la vida. El príncipe nunca había conocido a su madre, por lo que siempre arrastró una falta crónica de afecto, hueco que Bárbara supo rellenar con creces. Durante años fueron los príncipes más dichosos de Europa. De palacio en palacio, entregados a la música, al teatro y al cultivo de la su acendrada fe. Un modelo casi perfecto de la vida muelle a la que se dedicaba la aristocracia europea del siglo XVIII.

Convertidos ya en soberanos de España, la pareja de tortolitos –se pasaban las horas embobados escuchando al castrado Farinelli mientras la princesa acompañaba al clavecín– hubo de adecuarse a las nuevas circunstancias. Como el rey no sabía gobernar, ni falta que le había hecho hasta ese momento, mantuvo a los consejeros de su padre, convencido de que ese gesto le valdría su lealtad. Y así fue. Los ministros de Felipe V se convirtieron en su más firme apoyo. Porque si bien el rey había dejado este mundo, Isabel, la reina viuda, seguía en él, y con sus ambiciones intactas. Fernando trató en vano de hacerla comprender que sus días de gloria se habían acabado, pero fue tarea inútil. La Farnesio siguió enredando todo lo que pudo, hasta que el bondadoso monarca la expulsó de la Corte. Con muy buenas maneras, eso sí.

Libre de las intrigas de su madrastra y aprovechando que se acababa de firmar en Alemania la Paz de Aquisgrán, que ponía fin a varios años de guerra entre las potencias europeas, Fernando se vio libre para moldear el Gobierno del reino a su imagen y semejanza. Dio orden a sus ministros de evitar las alianzas internacionales comprometedoras, a la vez que les invitó a proponerle el programa

de reformas del que el país estaba tan necesitado.

Lo de la neutralidad fue relativamente sencillo. Puso a su lado, en pie de igualdad, a dos ministros, el Marqués de la Ensenada y José Carvajal, que de otra manera se hubiesen llevado a matar, ya que el primero era francófilo y el segundo anglófilo. Lo de siempre. Ambos, sin embargo, eran convencidos patriotas y muy respetuosos con los deseos reales. Reorganizaron la Hacienda e impulsaron la economía a través de la construcción de infraestructuras, de la promoción de sociedades de amigos del país y, especialmente, a través de la paz, que siempre ha obrado prodigios en materia económica. La política de neutralidad a ultranza de Fernando nacía no sólo de un carácter poco dado a guerrear, sino del convencimiento pleno de que el medio siglo de campañas europeas de Felipe V no había reportado beneficio alguno y sí cuantiosos gastos, que habían dejado exhaustas las arcas de Hacienda.

Que Fernando VI fuese un rey pacífico no significa que fuese pacifista; eso por entonces no existía. En los tranquilos años de su reinado se invirtieron ingentes sumas en renovar la maltrecha flota de guerra, y no se escatimaron inversiones para defender los lindes de sus reinos, lindes que por aquel entonces se extendían por cuatro continentes.

Desentendido de los asuntos de Europa, que, a decir verdad, ni le iban ni le venían, fijó su atención en resolver de una vez el litigio fronterizo con los portugueses en el Río de la Plata. Les entregó parte de Paraguay a cambio de la Colonia de Sacramento. Este tratado, que supuso el fin de muchas misiones jesuíticas, sirvió de inspiración hace unos años al director Roland Joffé para La Misión, una excelente película, de las pocas ambientadas en la América colonial. La moderación y el buen tino ahorraron a España la entrada en el nuevo conflicto que se estaba cociendo entre OBJ Inglaterra y Francia, permitiendo al Rey destinar esos fondos a otros capítulos de gasto más acordes con sus gustos.

Con el patio tranquilo en el exterior, se concentró en promocionar las artes, las ciencias, las obras públicas y, como no podía ser de otro modo, la religión. No en vano, uno de los más bellos monasterios de Madrid, el de las Salesas Reales, fue empeño personal de la reina Bárbara. Aún hoy se conserva la iglesia donde ambos monarcas reposan, junto al altar, mientras que las dependencias destinadas a los monjes son el majestuoso edificio del

Tribunal Supremo. El pueblo madrileño, siempre ingenioso y faltón, fue muy crítico con la faraónica obra regia. Se hizo popular una coplilla que decía: "Bárbaro edificio, bárbara renta, bárbaro gasto, Bárbara reina".

Los madrileños ignoraban la que en breve se les iba a venir encima, con Carlos III y su costosísimo programa de obras. No ha cambiado mucho la cosa desde entonces. Los habitantes de la Villa y Corte siguen quejándose de lo mismo tres siglos después, y por las mismas razones.

Y es que el pueblo llano no perdonaba a la reina su infertilidad. Injusto dicterio, porque el incapaz de engendrar descendencia era el rey. Fernando VI padecía una afección genital que le impedía eyacular y, por lo tanto, dejar encinta a su esposa. Gracias a la abultada prole que trajo al mundo Felipe V en sus dos matrimonios esto no suponía un grave problema de Estado. Si no había hijos heredarían los hermanos, y asunto resuelto. En Nápoles esperaba paciente el rey Carlos a que le llegase la hora de hacerse con las riendas del más codiciado reino de la familia. En La Granja esperaba, algo menos pacientemente, la Farnesio exiliada, rumiando la venganza contra Bárbara para devolverle con intereses la afrenta de haberla enviado al quinto infierno.

No tuvo oportunidad. En la primavera de 1758, mientras los reyes se encontraban en Aranjuez regalándose largos paseos por el río a bordo de las suntuosas barcazas que componían la curiosa flota del Tajo, la reina enfermó gravemente, y a los pocos meses entregó su alma al Altísimo. Fernando no lo pudo soportar y, tras el funeral, se recluyó en el castillo de Villaviciosa de Odón, lugar donde pasó el último año de su vida, preso de la melancolía primero y de la locura después. No era el primero. Su padre estaba loco de atar, y gobernó de esta guisa durante más de la mitad de su reinado. Lo de Fernando, sin embargo, iba por otros derroteros. Privado de su querida Bárbara, báculo que le había ayudado a llevar las pesadas tareas de gobierno y primordial sustento emocional de su débil y enfermizo carácter, vio que la vida ya no tenía sentido. Vagó por el castillo durante meses, negándose a comer, durmiendo en un humilde jergón y atormentando a la servidumbre con alaridos de madrugada. Su destino estaba sellado, y casi un año después de la muerte de su esposa se decidió a acompañarla. Le faltaban dos meses para su 46 cumpleaños, y había regido los destinos de uno de los reinos más poderosos de la Tierra durante trece fructíferos y

pacíficos años. No se volvería a ver nada igual en siglos. OBJ

Todos sus sucesores se metieron, en mayor o menor medida, donde nadie les había llamado, y todos dejaron el tesoro real a la cuarta pregunta. Cuando su hermanastro Carlos llegó de Nápoles para ceñirse la corona de España se encontró con algo insólito para aquella época –y para ésta–: la Hacienda tenía superávit, nada menos que 300 millones de reales. Un detalle que Carlos supo agradecer encargando la construcción de un bonito sepulcro, en el que hizo tallar el siguiente epitafio: "Yace aquí el rey de las Españas, Fernando VI, optimo príncipe, que murió sin hijos, con una numerosa prole de virtudes". Lástima que no sirviese de ejemplo para los que vinieron después.

Todos contra Esquilache

Cuando Carlos III vino de Nápoles a hacerse cargo de la corona que le había dejado su desdichado hermanastro, se trajo consigo una generosa tropa de ministros y mucha experiencia en las labores de gobierno. El reino que había conseguido gracias a las intrigas de su madre no era gran cosa, pero le sirvió para foguearse y, sobre todo, para que, al llegar a España, tuviese bien claro qué iba a hacer con el reino más extenso –que no más poderoso– de la gran familia borbónica.

Carlos estaba persuadido de que España estaba, ya a mediados del siglo XVIII, muy atrasada con respecto a otros países de Europa que conocía de primera mano. La aventura imperial de los siglos precedentes había salido por un ojo de la cara. El reino, especialmente Castilla, estaba despoblado, el comercio era una ruina y la sociedad arrastraba todas las taras de los aciagos días de los Austrias. Mientras Europa amanecía a la revolución científica e industrial, nuestros antepasados dormían una goyesca y verbenera siesta de la que tardarían en despertar.

El rey, aunque había nacido y se había criado en España, era, en cierto modo, un extranjero en su propia tierra. Aficionado a la caza como pocos monarcas lo han sido, delegó buena parte de las tareas de gobierno a sus ministros italianos. Entre ellos, su preferido era Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, un siciliano ambicioso muy dado a resolver los problemas de un modo tajante. Al llegar a Madrid, Esquilache se escandalizó del lamentable estado de la Villa. La ciudad era sucia, maloliente e indigna de albergar la Corte. Y no andaba errado en la apreciación.

Madrid, que apenas contaba dos siglos de capitalidad, había crecido desmesuradamente y de un modo desordenado. Las calles eran todas estrechas y oscuras por las que no corría ni el aire. La falta de pavimentación hacía que la ciudad se pasase el verano envuelta en una nube de polvo, y que, con las primeras lluvias, los charcos y lodazales complicasen el paso de las carretas.

Por no tener, cuando Carlos III llegó, no tenía ni palacio real. El antiguo alcázar se había incendiado y el actual se encontraba en obras. No había catedral, pero sí un sinnúmero de iglesias,

conventos, capillas, ermitas y oratorios, rivalizando en esto con la misma Roma. Tal abundancia de religiosos pululaba por las calles y plazuelas que la Villa y Corte se había ganado el sobrenombre de "capital de la Gloria". De aquel Madrid frailuno y conventual aún queda mucho en pie aunque, claro, lo difícil, hoy, es cruzarse con un cura por la calle; un cura nacido en España, quiero decir.

Los planes de Esquilache eran tan ambiciosos como él. Ordenó que se instalasen farolas, ajardinó algunos paseos y empezó a adoquinar las arterias principales. Sería el principio de la gran reforma urbanística de Carlos III, que legó a la ciudad sus dos fuentes más inmortales: la de Neptuno y la Cibeles, y la puerta más célebre de cuantas franqueaban el paso a la villa, la de Alcalá. Estos dos últimos elementos habrían de convertirse en santo y seña de la capital y orgullo de sus habitantes.

Una vez adecentadas las calles, Esquilache vio llegado el momento de modelar a su gusto la vestimenta de los madrileños. Los majos de entonces iban ataviados con grandes capas, con las que se cubrían la cara, y tocados con grandes sombreros de ala ancha, llamados "chambergos". Las capas cumplían su función protegiendo de los fríos invernales y evitando que la persistente polvareda veraniega inundase los pulmones de los transeúntes. Lo del chambergo era una moda, importada, naturalmente, como casi todo en Madrid. Habían llegado de la mano de la guardia flamenca de la reina Mariana de Habsburgo un siglo antes; su nombre, de hecho, derivaba del apellido del mariscal Schömberg, gran aficionado a este tipo de sombreros.

Al principio Esquilache se contentó con prohibir el uso del chambergo y la capa a los funcionarios reales, so pena de ser arrestados y perder el empleo. Como no era cosa de dejar escapar una bicoca así por la capa y el dichoso sombrerito, los funcionarios tragaron y se hicieron confeccionar preciosos trajes a la francesa, con su capita corta y su modernísimo sombrero de tres picos, es decir, el tricornio, que ya es mala sombra que en nuestros días sea símbolo de todo lo contrario. Crecido por el éxito, en marzo de 1766 mandó redactar un bando para que todo Madrid cambiase el vestido.

La excusa oficial era mejorar el orden público, pues tras los embozos solían ocultarse espadas, dagas y todo tipo de armas con las que los ladrones asaltaban a los paseantes. Los bandos, colgados

en las esquinas, levantaron los ánimos del pueblo. Muchos fueron arrancados según los fijaban los alguaciles del ministro; otros se quedaron ahí, pero nadie, o casi, cumplió el precepto. Las multas eran severas: si se incumplía, seis ducados o doce días de cárcel. Para los reincidentes, justo el doble: 12 ducados o 24 días de cárcel. Como para pensárselo.

Visto que por la buenas no había manera, el siciliano procedió a aplicar la ordenanza por las malas. Movilizó a los soldados, que, junto con un sastre, se apostaban en las plazas para dar el alto a los infractores, multarles y rehacerles la indumentaria en el acto: tres tijeretazos en el sombrero, uno en la capa... y circulando, que es gerundio.

La medida colmó el vaso de la paciencia de los madrileños. El Domingo de Ramos, cuando la ciudad se preparaba para la Semana Santa, dos chuletas se dejaron caer por la plaza de Antón Martín pavoneándose delante de los alguaciles con sus chambergos, y embozados en una espléndida e ilegal capa. Los soldados acudieron a su encuentro y les preguntaron por qué iban vestidos de ese modo, a lo que los majos contestaron con un casticismo redondo: "Porque nos da la real gana".

No hizo falta mucho más. Los soldados hicieron ademán de detenerles, pero uno de ellos silbó y una cuadrilla de embozados salió de las calles aledañas en su auxilio. Los guardias pusieron pies en polvorosa. Tanto mejor, según estaban los ánimos: de Antón Martín hubieran salido con los pies por delante. OBJ

La revuelta se extendió por toda la ciudad. Tomaron al asalto el cuartel de los Inválidos y, ya pertrechados de mosquetes y espadas, se dirigieron a la casa de Esquilache. La turbamulta se cebó. Acuchillaron a uno de los criados y lo dejaron todo patas arriba, especialmente la despensa del ministro, donde no quedó ni un mal trozo de tocino que echar a la olla. Saqueada la mansión, los revoltosos arramblaron con las farolas que poco antes el ministro había instalado para iluminar las noches madrileñas. Desde el motín de Esquilache hasta el Cojo Manteca, esto de destrozar el mobiliario urbano es, entre nosotros, una tradición inmortal.

En Palacio, el rey fue informado de los disturbios pero no les concedió demasiada importancia. El precio del pan estaba por las nubes, y era relativamente normal que el sufrido populacho diera

rienda suelta a su descontento con el que, además de ministro de Gracia y Justicia, era secretario de Hacienda.

El lunes, los amotinados, que ya se contaban por miles, acudieron en masa al Palacio Real a presentar sus demandas al rey Carlos. Pero éste, en lugar de salir al balcón para templar gaitas, puso a proteger el edificio a la temida y odiada guardia valona, cuyos integrantes venían de Bélgica. Los valones, que ni hablaban español ni tenían intención de aprenderlo, abrieron fuego contra la multitud y mataron a una pobre mujer, quizá modistilla, que se encontraba en primera fila.

La muchedumbre se enardeció de tal manera que el rey accedió a entrevistarse con un representante suyo, un fraile a quien se permitió la entrada en palacio. Se trataba del Padre Yecla, conocido como Fray Gilito, un extravagante franciscano que predicaba por las plazas con una soga al cuello y una corona de espinas y que no olvidaba, cada mañana, ponerse ceniza sobre la calva, para dar testimonio de lo efímero de la carne. Ya tiene bemoles que a un asceta le pusiesen tal mote, pero, claro, aún no había nacido Walt Disney y lo de Gilito no tenía más connotaciones que las propiamente frailunas.

Estos iluminados eran muy habituales en las ciudades europeas de entonces. Ponían a las beatas los ojos en blanco y terminaban muriendo, pobres como las ratas, en olor de santidad, o, en el peor de los casos, se las veían con el Santo Oficio, poco amigo de este tipo de expansiones místicas.

Pero lo que Fray Gilito llevaba a las manos del rey no era ya una solicitud sino un ultimátum: o accedía a las exigencias del pueblo o las turbas descontroladas metían fuego al nuevo y flamante palacio, el más bello de Europa, tal vez del mundo. Las exigencias se reducían, básicamente, a tres: que bajase el precio del pan, que Esquilache fuese expulsado de España y que los guardias valones volviesen a su Bélgica natal. El rey, haciendo gala de la sensatez y el buen juicio que, por desgracia, no legaría a sus sucesores, salió al balcón, calmó a la multitud y aceptó las condiciones.

Aunque había conseguido serenar los arrestos de sus súbditos, Carlos III no las tenía todas consigo, de manera que empaquetó a la familia y, por la noche y en secreto, se largó a Aranjuez. Al trascender la noticia, Madrid volvió a levantarse en armas. Los

cabecillas de la revuelta pensaban que, en realidad, el rey había aceptado de boquilla el pliego de exigencias y estaba reuniendo un ejército en la ribera del Tajo, para sofocar la asonada por las malas. El gentío, de nuevo congregado para protestar, se concentró frente a la casa de Diego de Rojas, presidente del Consejo de Castilla, para que éste enviase a Su Majestad un memorial de agravios. OBJ

Hecho esto, los amotinados se entregaron al saqueo y pillaje de toda la ciudad. No quedó a salvo un solo almacén de abastos, y hasta la cárcel fue asaltada, para liberar a los presos. Esto provocó que la villa se llenase de delincuentes que querían aprovechar hasta el último minuto de libertad antes de volver a la celda, cuando las cosas se tranquilizasen.

El rey, informado de la gravedad de los acontecimientos, aceptó sin rechistar el memorial de Rojas. Esquilache fue enviado fuera del reino, como embajador en Venecia, donde moriría 20 años después. Sin embargo, don Carlos se resistió en principio a regresar a la capital. Temía que se reavivase la revuelta y que, esta vez, no saliese vivo del brete. Mandó llamar al Conde de Aranda, un perspicaz aragonés que era capitán general de Valencia, con todas sus tropas, por si acaso. Aranda, una de las mentes más brillantes que dio el siglo XVIIII español, se quedó en la Corte; fue el sucesor natural de Esquilache.

Con Aranda al frente, la capa corta y el sombrero de tres picos terminó imponiéndose. El aragonés, mucho más listo que Esquilache, hizo uso de lo que le faltó al siciliano: mano izquierda. Sabía que ese tipo de reformas no se pueden imponer desde arriba. Para conseguir su objetivo de cambiar el atuendo de nuestros abuelos dio un pequeño pero efectivo rodeo: persuadió a su clientela natural, la nobleza, de que lo fino y elegante era vestir a la francesa. La clase media y los comerciantes no tardaron en imitar a la idolatrada aristocracia, y de ahí saltó al pueblo llano, siempre deseoso de aparentar, y más en una ciudad como Madrid, que siempre ha padecido una superpoblación de sablistas, rufianes y gentes de toda condición que viven del cuento.

Para apuntalar la mala imagen del chambergo y la capa larga, Aranda ordenó que todos los verdugos del reino vistiesen a la española. Ni que decir tiene que sólo eso bastó para que muchos le metiesen tijera al vestuario de inmediato. El verdugo era tan vilipendiado socialmente que los pobres hacían malabarismos para

diferenciarse de ellos. Por decirlo brevemente: Aranda se dio cuenta de que la moda es mucho más poderosa que un batallón de la guardia valona, entonces y ahora.

A la muerte de Carlos III, acaecida en 1788, todos sus súbditos, a excepción de los verdugos, vestían de corto y saludaban galantemente con su tricornio. En cuanto al pan, terminó bajando de precio, gracias a, entre otras razones, la liberalización del mercado del grano que había dictado el mismo Esquilache.

Sirva esto de pequeño homenaje a un denigrado y malquerido ministro que sólo cometió un error: creerse un ingeniero social que podía labrar los hábitos y costumbres de la gente a su antojo. Muchos, hoy día, deberían aprender de este ejemplo.

Malaspina, de oficio descubridor

A mediados de diciembre de 1788, a la venerable edad de 72 años, murió el rey Carlos, tercero por partida doble: por su ordinal en la historia de los reyes de España y en la dinastía borbónica. Su reinado había sido aproximadamente tranquilo y, sino el mejor, si el más feliz y prolongado de la España moderna.

Tres meses antes de su muerte sin saber, naturalmente, que ésta se encontraba tan cerca, aprobó el último de los grandes viajes de exploración. La misión correría a cargo de dos marinos de gran renombre: Alejandro Malaspina, nacido en Italia pero naturalizado español, y el montañés José de Bustamante. No iban a conquistar nada, sino a darse un paseo por los vastos dominios del rey de España al tiempo que cartografiaban costas lejanas y hacían experimentos científicos.

La idea era que los dos capitanes, a quienes se les había proporcionado sendas corbetas –la Descubierta y la Atrevida– diesen la vuelta al mundo recalando en ensenadas perdidas de la mano de Dios para investigar. Sus hallazgos darían lustre y prestigio a la labor ilustrada que el monarca patrocinaba con entusiasmo dentro de las fronteras de su menguado pero aún poderoso imperio.

El rey murió inesperadamente; la misión, sin embargo, aprobada y financiada, continuó su curso. Por si cambiaban las tornas Malaspina y Bustamante se afanaron en reclutar la marinería y llenar los dos navíos de naturalistas. A finales de julio de 1789 partieron de Cádiz con rumbo a Sudamérica. Por una extraña conjunción astral España estaba en aquel momento en paz con todas las naciones del mundo, incluida Inglaterra. Eso garantizaba la tranquilidad. Las corbetas no serían importunadas por ninguna flota extranjera ni tendrían que refugiarse en una rada durante meses para evitar ser capturadas por el enemigo.

La Descubierta y la Atrevida tardaron mes y medio en cruzar el Atlántico. A finales de septiembre llegaron a Montevideo, puerto principal del Virreinato del Río de la Plata. Desde ahí habrían de partir poco después para reconocer la Patagonia y las Malvinas, aún

inexploradas. La flotilla dobló el cabo de Hornos y se dirigió a los remotos puertos de la Capitanía General del Chile, la colonia más austral y apartada del imperio. Atracaron en Valparaíso, en Concepción, en Coquimbo y en Arica para largar velas luego hacia la costa del boyante Virreinato del Perú, joya de la Corona en el continente sudamericano.

En el concurrido puerto de El Callao, Malaspina dio descanso a las tripulaciones. Los científicos, entretanto, se internaron en la colonia para realizar sus experimentos. Había pasado un año desde su partida y el mundo, aunque aún continuaba en paz, no tardaría mucho en volverse loco por culpa de una revolución que había puesto Francia patas arriba. En septiembre la pequeña armada científica partió hacia Nueva España, centro neurálgico de los dominios reales en América. De camino se detuvieron en Guayaquil, en Panamá y en Nicaragua. Las paradas fueron breves porque en Acapulco esperaba un correo urgente del rey llegado directamente desde Madrid.

Al arribar al puerto mexicano Malaspina abrió las órdenes reales. Debían dirigirse sin demora hacia el polo norte y encontrar el paso entre América y Asia –el llamado paso del noroeste– que andaban todos buscando. No era la única orden. El virrey de Nueva España sabía que los rusos y los ingleses andaban trasteando por el Pacífico norte, de manera que entregó dos goletas a los expedicionarios para que explorasen las costas de lo que hoy es Canadá y diesen cumplida cartografía de ellas. Por falta de hombres no podían conquistarlas ni asentarse en ellas, pero, si se terminaba produciendo un reparto, España reclamaría haber llegado primero.

Uno de los barcos fue encomendado a Dionisio Alcalá Galiano, el otro a Cayetano Valdés. Entre ambos exploraron toda la costa desde Oregón hasta Alaska cala a cala y playa a playa detallando distancias y rutas de navegación. Sin pretenderlo coincidieron con un inglés, George Vancouver, que andaba en lo mismo y con el que terminaron haciendo amistad y compartiendo los descubrimientos. Los frutos de la paz son dulces, los de la guerra amargos. Alcalá Galiano y Valdés tuvieron ocasión de comprobarlo personalmente cuando, pocos años después, se vieron combatiendo contra los ingleses frente al cabo Trafalgar.

Mientras sus oficiales exploraban Canadá Malaspina se dirigió a Alaska. Recorrió sus costas registrando los accidentes naturales

hasta el fiordo del príncipe Guillermo, lugar donde se persuadió de que el paso del noroeste no existía. Además, se acercaba el otoño de 1791 y quedarse en una latitud tan alta equivalía a un largo y doloroso suicidio. El paso de hecho, estaba ahí, estrecho de Bering se llama hoy, pero está tan al norte que es infranqueable por culpa de los hielos del Ártico. Con las noticias regresó a Acapulco para retomar el plan inicial de completar una circunnavegación del globo. Cruzó el Pacífico por la ruta del Galeón de Manila parando en el archipiélago de las Marianas, entonces y hasta 1899 de soberanía española.

En marzo de 1792 llegó a Filipinas. Llevaba casi tres años atracando en puertos españoles repartidos por todo el mundo. En Europa las cosas habían cambiado radicalmente. Los monarcas absolutos del viejo continente habían declarado la guerra a la Francia revolucionaria. Navegar con fines científicos, es decir, sin escolta armada, había dejado de ser seguro. Descartada la idea de volver cruzando el Índico donde podría encontrarse con una flota francesa puso sus ojos en Australia y Nueva Zelanda, última frontera de los exploradores europeos.

Visitó Sydney y las costas vírgenes de Nueva Zelanda. Llegado a ese punto dio la orden de regresar a España, donde las cosas se habían puesto realmente complicadas. El 21 de septiembre de 1794, cuatro años y dos meses después de su partida, la Descubierta y la Atrevida entraron en el puerto de Cádiz. El país estaba en pie de guerra. El panorama era desolador. Muerto el rey Carlos, su heredero había caído en manos del amante de la reina, Manuel Godoy, un palafrenero extremeño tan ambicioso como incapaz.

Malaspina se recluyó en su estudio para elaborar un informe sobre el viaje. El documento que entregó al rey era eminentemente científico, aunque incluía un anejo confidencial en el que el marino hacía una serie de recomendaciones políticas para mejorar la administración de las colonias. Su planteamiento para un nuevo y próspero imperio español que se mantuviese en el tiempo era muy parecido a lo que más tarde haría Inglaterra con la Commonwealth.

Malaspina creía que, aparte de la Corona, lo que debía unir a los españoles de ambos hemisferios era el comercio libre entre las colonias. Gran aficionado a la economía, había ido durante el viaje recopilando estadísticas comerciales y de producción hasta concluir que unos sólidos pilares económicos asegurarían la pervivencia del

sorprendentemente grande y cohesionado imperio español. Si se quería evitar la experiencia de las colonias británicas en Norteamérica, el mundo hispano no podía cometer los mismos errores. Buenos Aires, Cádiz, Veracruz, Manila, Valparaíso, La Habana o Puerto Rico seguirían manteniéndose leales al rey de España si podían comerciar entre ellas y enriquecerse. De lo contrario las querellas entre unas y otras no tardarían en aflorar. El tiempo –no mucho, la verdad– terminaría dándole la razón. OBJ

El rey, que era semianalfabeto y no pensaba más que en su colección de relojes, probablemente no lo leyó nunca. El que sí lo hizo fue Godoy, que montó en cólera y acusó a Malaspina de conspirador. Fue encerrado en el castillo de San Antón de La Coruña. Años después, y por petición expresa de Napoleón, fue liberado con la condición de que volviese a su Italia natal. Allí moriría en 1809 mientras el fastuoso imperio ultramarino que él había retratado en su esplendor se venía abajo. En España, sin embargo, nadie se acordaba de él ni de su fabuloso periplo oceánico, el último de los grandes viajes de exploración.

Godoy, el rufián coronado

A la muerte de Carlos III el fecundo tronco borbónico se secó sin remedio. Su hijo y sucesor no heredó ninguna de sus virtudes, y sí, en cambio, alguno de sus peores defectos. Caprichos de la genética. Era grandullón, alelado y sosainas. No hay más que mirarle fijamente a la cara en cualquiera de los muchos retratos que Goya le dedicó para percatarse de que Carlos el Cuarto era tonto de capirote.

Cabecita de ajo, mirada bovina, panza agradecida y boca minúscula. Carecía de la formación más elemental para hacerse cargo de la Corona. A cambio, era un excelente carpintero, un obsesivo coleccionista de relojes y un mediocre violinista que atormentaba a sus sirvientes desafinando a placer. Cualidades encomiables pero poco útiles para regir los destinos de la que aún era una de las monarquías más poderosas de la Tierra.

Cuando le llegó el momento de elegir esposa le mostraron, tal y como se llevaba entonces, varios retratos de otras tantas princesas casaderas. Como no se podía decidir lo delegó en su padre, a quien la cosa ni le iba ni le venía. Al final fue su abuela, Isabel de Farnesio, quien designó a la siguiente reina de España. La elegida era una parmesana vivaracha, altiva, mandona y fea. Todo, menos lo primero, se agravaría con la edad. Al llegar a España se acomodó todo lo bien que pudo a su condición de princesa de Asturias, y esperó pacientemente, durante veinte largos años, el momento de ascender al trono.

En diciembre de 1788 murió Carlos III. Tres meses antes había ocurrido algo inesperado. Los príncipes de Asturias, ya metidos en años y dedicados a la holganza, viajaban de Segovia a La Granja. En el camino, a uno de sus guardias el caballo le hizo una cabriola y dio con sus huesos en el suelo. La princesa Maria Luisa, que lo había visto desde la ventanilla de su carroza, descendió alarmada para interesarse por la salud del jinete. Le vio entonces levantarse intacto, con una amplia sonrisa y radiando galantería. El accidentado se llamaba Manuel Godoy, un hidalgo extremeño de unos veinte años que servía en la Guardia de Corps.

La afición de la reina por los guardias jóvenes y apuestos era la

comidilla de la Corte. De hecho, se decía que alguno había pasado ya por su lecho mientras el rey se encontraba de cacería, afición que practicaba a diario (entre él y su padre esquilmaron de caza mayor los montes cercanos a Madrid). El flechazo con Godoy fue inmediato. Al poco fue promovido dentro de la Guardia, y en apenas un año ya era caballero de la Orden de Santiago y titular de una encomienda que le reportaba jugosas rentas.

Tenía 23 años, y era sólo el principio. A los 24 fue nombrado mariscal de campo, gentilhombre de cámara y teniente general. A los 25 le llegó el ducado de Alcudia, la grandeza de España y el Toisón de Oro. A los 26, la capitanía general de los Ejércitos, otro ducado, un marquesado y un señorío.

A los honores le siguieron enormes riquezas. De ganar 210 reales mensuales como guardia en 1788 pasó, cinco años después, a percibir 803.000 reales y a tener un patrimonio difícil de cuantificar: palacios, fincas y obras de arte que le fueron incautadas, cuando su estrella se apagó, en 1808. El pueblo aprendió a odiarle a conciencia. Aquí, la envidia es el deporte nacional, y no es cosa de ahora.

En la Corte de Madrid, entretanto, cundía el desasosiego. El rey no resolvía y la reina, verdadera dueña de la Corona, no sabía que hacer. En Francia había estallado la revolución. Los reyes, asustadizos e incapaces, dejaron de confiar en los ministros que les había legado Carlos III. Floridablanca y el conde de Aranda cayeron en desgracia. Su hueco vendría a ocuparlo el joven y afortunado guardia. Los monarcas europeos sellaron una alianza para frenar a los revoltosos franceses. Godoy, ya convertido en valido omnipotente, creyó llegado el momento de regalar a la reina, su amante y protectora, una gesta militar que justificase los favores recibidos.

Concentró tropas en Cataluña, para que penetrasen en el Rosellón y diesen su merecido a los jacobinos, que acababan de cortar el gaznate al primo del rey. De ahí no pasaron. El general Ricardos murió en Perpiñán, mientras el ejército de la Convención invadía Guipúzcoa, Álava y La Rioja. Como no era cosa de dejar que los franceses avanzasen más y se hiciesen con Madrid rematando el ridículo, Godoy pidió la paz, traicionando a sus aliados.

El apaño se celebró en Basilea. Los franceses se mantendrían al otro

lado del Bidasoa, pero a cambio de tal merced el rey Carlos les compensaba con la mitad de La Española, actual Santo Domingo, razón por la cual hoy en Haití se habla algo parecido al francés. El cambalache sirvió como excusa para conceder a Godoy el estrafalario título de Príncipe de la Paz. Algo inaudito, porque en España, desde la Edad Media, la condición principesca sólo la ostentaba el hijo del rey.

La rendición de Basilea y su posterior epílogo, el tratado de San Ildefonso, serían letales para España; de ellos se derivarían muchos de los males que la afligieron en los años siguientes. Desde ese momento Godoy se dedicó en exclusiva a atender sus ambiciones personales, la cama de la reina y los deseos de los franceses. En ese orden.

La relación adúltera entre Maria Luisa de Parma y el advenedizo era ya tan escandalosa que el pueblo, ingenioso como de costumbre, inventaba coplas que se cantaban por ventas y tabernas. Muchas eran producto de la fértil imaginación de la buena gente del común; otras, sin embargo, nacían en el Palacio Real, en los aposentos del otro príncipe, el de Asturias. Fernando, que a pesar de su juventud era un dechado de rencor y maledicencia, odiaba a muerte al amante de su madre. Espoleado por su preceptor Juan de Escoiquiz, montó un gabinete de propaganda contra el válido y sus padres que dio perlas como esta: "Una vieja insolente le elevó desde el cieno [obj]/ burlándose del bueno del esposo, / que es harto complaciente"

A Godoy, que se había soñado protagonista de cantares de gesta, las tonadillas populares le sentaban a cuerno quemado. Para acallar los chismorreos, y a pesar de que el valido mantenía a otra amante fija, Pepita Tudó, Maria Luisa le buscó una esposa de alcurnia, alguien que le abriese las puertas de la aristocracia, renuente a aceptar en sus filas a un vulgar palafrenero. Maria Teresa de Borbón, prima hermana del rey, que iba para monja, fue obligada a casarse con el Príncipe de la Paz. Pepita Tudó recibió un condado como premio de consolación y siguió donde estaba, dándole hijos bastardos, que acompañarían a los legítimos de la Borbón y al que le hizo a la reina. Porque Francisco de Paula, el benjamín de la Familia Real, era clavado a Godoy. Y si no, mire, mire el cuadro de Goya.

La alianza con Francia nos llevó al desastre naval del cabo de San Vicente y a los asedios de Cádiz, Puerto Rico y Tenerife, donde Nelson perdió el brazo pero no la bravura, ya que se tomó cumplida

venganza ocho años después en Trafalgar, la derrota más tonta de nuestra historia.

En el interior el desgobierno no era menor. Alejandro Malaspina, un marino a la altura de James Cook pero al que tocó vivir en el país equivocado, lo veía muy negro en un informe que remitió al rey: "El erario arruinado, la Nación empobrecida y sin moral alguna, el comercio estancado, los Ejércitos y la Marina formados por gentes violentas e incapaces de obrar con autoridad". Pero el rey no reinaba, de manera que Malaspina fue detenido, acusado de conspiración y encerrado de por vida en el castillo coruñés de San Antón.

El desbarajuste le terminó costando el puesto, pero no por mucho tiempo. En Francia daba comienzo la era de Napoleón, un joven general de la edad de Godoy cuya ambición se lo comía vivo. Los planes de Napoleón eran, sin más preámbulos, conquistar Europa y poner el continente a las órdenes de París. En esto España jugaba un pequeño pero decisivo papel.

Godoy era el hombre perfecto. Napoleón no le tenía en la más mínima estima, pero el extremeño, tan sobrado de ganas como falto de talento, podía ponerle en bandeja lo que deseaba. Obligó a los reyes a avenirse a un nuevo acuerdo con Francia en San Ildefonso, por el cual España regalaba la Luisiana a Napoleón y se comprometía a declarar la guerra a Inglaterra y a Portugal. A cambio, nada. Lo de Inglaterra se despachó de muy mala manera frente a las costas de Cádiz; lo de Portugal, en una batallita a la medida de su general: un desfile militar desde Badajoz hasta la vecina Olivenza. Se la llamó la Guerra de las Naranjas porque, para anunciar la victoria, el galán envió a Madrid un ramo de naranjo dirigido a la reina.

Los portugueses pidieron la paz, que no tardó en llegar. Napoleón la necesitaba para reorganizarse y para proclamarse emperador. Hecho esto, emprendió de nuevo la guerra, su guerra. En España, Godoy se veía asediado por el pueblo, por la nobleza y por el príncipe Fernando, que conspiraba contra su padre. Una merienda de negros que terminó como terminó.

El balance de su privanza no podía ser más negativo, pero aún le restaba dar el do de pecho. En el Tratado de Fontainebleau, Portugal quedaba partido en tres: una parte para los reyes de

España, [OBJ] otra para Napoleón y la tercera para Godoy, convertido en el Príncipe de los Algarves. Para llevarlo a cabo era preciso que tropas francesas cruzasen el país. Godoy contempló complacido cómo los soldados franceses se dirigían a conquistar su pequeño principado.

Los acontecimientos se aceleraron. En marzo de 1808 el pueblo de Aranjuez asaltó el palacete del ministro. Se lo encontraron escondido en un desván, detrás de una alfombra. Le obligaron a renunciar a sus cargos. El príncipe Fernando, aprovechando el ambiente revuelto, forzó al rey a abdicar en él, cosa que el timorato monarca hizo de mil amores.

Godoy fue conducido a Villaviciosa de Odón, y de ahí a Bayona, donde se escribiría uno de los episodios más abyectos y miserables que ha perpetrado la monarquía española. Al amparo del emperador, se reunieron el padre, la madre, el hijo y el amante. Carlos IV declaró nula su abdicación de Aranjuez y reclamó la devolución de sus derechos. Se los cedió entonces a Napoleón Bonaparte, que los traspasó a su hermano José. Todo, por sendas pensiones y un castillo. Godoy, que no estaba por molestar, no dijo esta boca es mía.

Acababan de vender el reino, el envase; pero España, el contenido, no quería ser vendida. Coincidiendo con la comedia de Bayona, los madrileños se levantaron en armas contra los invasores franceses. La mecha no tardó en prender. Aunque sus monarcas hubiesen firmado el certificado de defunción, la Nación no estaba muerta. Daba comienzo la Guerra de la Independencia y España amanecía al mundo contemporáneo; a golpes, como siempre hemos hecho aquí las cosas.

Los traidores se refugiaron en Francia, mientras pudieron, bajo la protección de Napoleón. La caída del corso restituyó a Fernando la Corona como Fernando VII, el peor y más mezquino de los muchos reyes que han pasado por esta tierra. Carlos y María Luisa se exiliaron en Roma, junto a Godoy buscando el amparo del Papa. Allí morirían en enero de 1819, con doce días de diferencia. Ella antes que él. Hasta en eso fue obediente el simple de Carlos IV.

El que fuera Príncipe de la Paz, vilipendiado y objeto de las peores burlas, emigró a París, donde vivió trampeando hasta su muerte, en 1851. Su figura estaba ya tan olvidada que nadie se interesó por él,

ni su esposa ni su amante, que le habían abandonado. De sus tiempos de gloria pocos se acordaban, y los que lo hacían era para mal. Más de siglo y medio después, ahí sigue, en una desmemoriada tumba del cementerio de Père Lachaise. Nadie ha reclamado sus restos.

Olivenza, hija de España y nieta de Portugal OBJ

El noveno de los Alfonsos fue mal padre y peor marido, amigo de pendencias y constante en sus odios, que fueron muchos a lo largo de sus casi 60 años de vida. A modo de reparación hizo dos regalos a España. El primero la fundación del Estudio General de Salamanca, que devendría universidad –y de las buenas– años después. El segundo la reconquista de Extremadura, consumada con éxito poco antes de su muerte tras innumerables campañas contra los invasores almohades, los mismos que sus vecinos habían derrotado en las Navas de Tolosa, una batalla a la que Alfonso IX, muy en su línea, se negó a acudir porque ni castellanos, ni aragoneses, ni portugueses, ni navarros le dejaban ser el jefe.

La reconquista de Extremadura terminó en abril de 1230 con la toma de Badajoz. La morisma local salió en estampida hacia el sur abandonando pueblos, acequias y heredades. El yermo resultante tenía por tanto que ser repoblado por cristianos, tarea no precisamente sencilla dada la debilidad demográfica del reino leonés. Uno de esos lugares que habían quedado vacíos era la vega del Guadiana al sur de la capital. Alfonso entregó la comarca a la Orden del Temple para que la custodiase y, en la medida de lo posible, la repoblase con cristianos traídos del norte.

Así nació Olivenza como una pequeña encomienda situada a en la margen izquierda del río. La derecha pertenecía a Sancho II de Portugal, conquistador del Alentejo. Los templarios fundaron una minúscula aldea de frontera que pasó sin pena ni gloria hasta que 70 años más tarde, en 1297, María de Molina, reina regente de Castilla (y León), se la cedió al rey portugués para que dejase de enredar en los asuntos de Castilla. Olivenza conservó el nombre, los habitantes y fue fortificada por sus nuevos dueños.

Se convirtió en la plaza más oriental del reino luso y en una de las joyas de la corona. Tenía nueve baluartes, uno más que la propia Badajoz, y, junto a la fortaleza de Elvas, formaba una inexpugnable muralla defensiva en el camino de Lisboa. Los sucesivos monarcas portugueses la cortejaron con atenciones, privilegios y nuevas defensas. Levantaron en ella un imponente castillo con la mayor

torre del homenaje del reino y construyeron un larguísimo puente fortificado sobre el Guadiana para acudir en su auxilio al que llamaron *Ponte da Ajuda*.

Durante la guerra que siguió a la sublevación portuguesa de 1640 Olivenza cayó ante las tropas de Felipe IV, pero unos años más tarde fue devuelta en aras de la buena vecindad. Este fugaz episodio bélico reveló que la plaza ya no era invulnerable. Concebida para la guerra medieval, los largos asedios y las cargas de infantería sobre la muralla, sus baluartes poca resistencia podían ofrecer a la artillería y a la movilidad de los ejércitos modernos. Privada de su conexión con Elvas tras la voladura del Puente de Ayuda, nadie daba un céntimo por ella.

El coste en hombres y pertrechos era inmenso, mucho más de lo que la plaza valía. Se encontraba a tiro de piedra de Badajoz y totalmente rodeada por un enemigo que, para el siglo XVIII, era ya infinitamente superior en el campo militar. Si un ejército portugués conseguía llegar hasta ella para romper un hipotético sitio tendría la retaguardia cortada por el río, exponiéndose a una carnicería segura y a perder la ciudad. Los generales portugueses lo sabían, como sabían que su suerte estaría echada si España decidía invadir Portugal, un país volcado en el mar, en franca decadencia, sometido a los ingleses y mal defendido con un ejército valiente pero pequeño e inexperto.

La temida ocasión llegó en la primavera de 1801. Manuel Godoy, valido del rey y amante de la reina, pidió a Portugal que cerrase sus puertos a los navíos ingleses. Ante la negativa portuguesa Godoy, que era natural de Badajoz, se dirigió con un ejército a la frontera. Ocupó varias plazas, entre ellas Olivenza, y obligó al regente Juan a firmar un humillante tratado de paz en el que consumaba la cesión de Olivenza a España por los siglos de los siglos. Entre medias, mientras sitiaba Elvas, en un arranque de romanticismo, envió un ramo de naranjo a la reina por lo que esta, la última guerra entre España y Portugal, ha pasado a conocerse como Guerra de las Naranjas.

Terminadas las guerras napoleónicas el monarca portugués se agarró a la napoleonidad implícita de la conquista de Olivenza para recuperarla. Sin ningún éxito. El Congreso de Viena, en un alambicado lenguaje diplomático, recomendó a españoles y portugueses que dirimiesen sus diferencias fronterizas cuando y

como creyesen oportuno. Y hasta ahí llegó la reclamación legal. España miró hacia otro lado… y Portugal, a su manera, también.

Olivenza pasó de ser alentejana a ser extremeña, algo que, en rigor y conociendo la zona, es casi lo mismo. El Alentejo y Extremadura son dos regiones muy bonitas, de mucho aprovechamiento para casi cualquier cosa y con un paisaje y un paisanaje tan parecido que asusta. Durante algo más de dos siglos se ha seguido hablando un dialecto del portugués, el oliventino, que está a punto de desaparecer por falta de hablantes. La arquitectura permanece. El castillo sigue ahí como orgulloso testigo abaluartado de otros tiempos. Las iglesias y el ayuntamiento, manuelino en su fachada y del PSOE en su interior, dan fe de la centenaria presencia portuguesa.

Por lo demás hoy Olivenza es una ciudad española porque sus habitantes quieren ser eso mismo. Tanto y de tal manera que el presidente de la Junta de Extremadura, Guillermo Fernández Vara, es oliventino. Nadie en Olivenza se averguënza de su pasado portugués, más bien todo lo contrario. El cancionero popular no falla y dictamina en una conocida tonadilla que “las muchachas de la Olivenza no son como las demás, porque son hijas de España y nietas de Portugal”.

Eso en lo que toca a este lado, en el país vecino una minoría irredentista ligeramente enloquecida mantiene encendida la llama de la reclamación pasándose por el arco del triunfo 200 años de historia, la voluntad de los oliventinos y hasta el sentido común. Comparan el caso de Gibraltar con el de Olivenza sin percatarse de que el primero fue ocupado y el segundo cedido y, sobre todo de que, en esencia, españoles y portugueses somos la misma cosa con nombres distintos.

¡Liberales, a Cádiz! ¡Viva la Pepa!

Con las primeras luces del 2 de mayo de 1808, un grupo de madrileños tempraneros revoloteaba intranquilo en torno a las puertas del Palacio Real. Estaban allí porque se rumoreaba que el infante Francisco de Paula y su hermana, la reina de Etruria, iban a ser trasladados a Francia contra su voluntad. Dos delatoras carrozas apostadas en la Puerta del Príncipe hacían presagiar lo peor. Al poco, unos soldados franceses franquearon el portón palaciego acompañando a la infanta. Subió cabizbaja y, al relinche de los caballos, el coche salió en estampida por la calle Bailén, aumentando la algarabía en la plaza.

Minutos después, otro grupo de palafreneros bajó con cierto sigilo al infante, que, de camino, se asomó al balcón. La Plaza de Oriente aulló al unísono: "¡Que nos lo llevan! ¡Muerte a los franceses!". La muchedumbre se precipitó sobre los guardias, inaugurando la jornada más heroica de Madrid, la que, después de dos siglos y medio de padecer la Corte, le hizo merecedora del título de capital de España. Comenzaba la Guerra de la Independencia.

Las noticias de la asonada madrileña corrieron por todo el país como la pólvora encendiendo la mecha de la insurrección. Como el poder central había desaparecido, en pocas semanas se constituyeron juntas provinciales para organizar la resistencia. Aunque parezca mentira, en aquella ocasión todos los españoles se pusieron de acuerdo. No hubo villa, pueblo o aldea que se mostrara impasible. En todas las ciudades se hicieron patrióticas y ardientes proclamas para hacer frente a los invasores. Tras tantos años de concesiones y cobardía, había que poner al pueblo en armas.

En Murcia, por ejemplo, tan crecidos estaban que ampliaron su alcance, haciendo al planeta entero partícipe de sus intenciones: "Sepa el mundo que los murcianos conocen sus deberes y obran según ellos hasta derramar su sangre, por la Religión, por su Soberano y la de sus amados hermanos, todos los españoles".

Los junteros valencianos no fueron menos arrojados: "Cualquiera que sea nuestra suerte, no podrá dejar de admirar la Europa el

carácter de una Nación tan leal en el abatimiento que ha soportado por tanto tiempo".

Los franceses no se esperaban una reacción semejante. Napoleón había errado al pensar que los españoles eran tan ineptos y faltos de carácter como sus monarcas. La batalla de Bailén, en la que el ejército napoleónico de Dupont mordió el polvo, le persuadió de que España no era Prusia, ni Austria, ni Italia, ni ninguno de los muchos reinos sobre los que sus generales habían cabalgado triunfalmente. Esto era otra cosa. Pronto se daría cuenta.

Combatir al francés en suelo propio, con los reyes secuestrados en Francia y con el ejército regular hecho trizas, llevó a los junteros provinciales a pensar en la unificación. A finales de septiembre se creó la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, con sede en Aranjuez. La defensa era casi la única orden del día. Lo que quedaba del ejército se dividió en cuatro cuerpos, el de Vascongadas, el de Cataluña, el de Castilla y el de Aragón. Los franceses, sin embargo, no estaban dispuestos a perder España, moribundo paisillo para el que Napoleón tenía otros planes. Para empezar, sofocar la rebelión y, mientras conseguía esto, entregar la corona a su hermano José.

Hace un par de siglos la Corona de España no era ninguna broma. A pesar de que el reinado de Carlos IV había dejado la Hacienda y la Marina hechas unos zorros, la monarquía española seguía tutelando un imperio ultramarino que quitaba el hipo: el mayor de su época, repartido por los cinco continentes. Casi toda América, desde Oregón hasta la Tierra de Fuego, las Filipinas en Asia, OBJ prácticamente todas las islas, islotes, atolones y arrecifes del océano Pacífico y un pellizco de África, con Guinea a su cabeza. Un siglo después, Inglaterra igualaría a duras penas tal extensión territorial, aunque, eso sí, con ferrocarriles, barcos de vapor y el doctor Livingstone.

Napoleón sabía lo que se jugaba. Austria y Prusia le habían dado el dominio de Europa; España y Rusia le darían el del mundo. Inglaterra no resistiría por mucho tiempo. Se tragó lo que había dicho años antes, que para conquistar España no le harían falta "más allá de 12.000 soldados", y puso toda la carne en el asador. Se trasladó en persona a dirigir las operaciones, sin olvidar traer consigo 300.000 efectivos y la plana mayor del Imperio: Soult, Victor, Ney y Lefèbvre, mariscales laureados en Austerlitz o en Jena

que aprendieron aquí un nuevo e inquietante vocablo: guerrilla.

Los refuerzos llegados de Francia se derramaron violentamente por todo el país, devastando todo lo que encontraban a su paso. Una a una fueron cayendo las ciudades que, semanas antes, se habían declarado en rebeldía. Algunas resistieron heroicamente. En Gerona, Álvarez de Castro, encomendado a Sant Narcís, aguantó durante meses, hasta el último hombre. Por lo que hace a Zaragoza, sufrió dos sitios. En el primero, una mujer, una catalana de Reus que se llamaba Agustina, saltó sobre los cadáveres que se apilaban junto a una brecha de la muralla y disparó un certero cañonazo sobre los franceses que corrían al asalto. No dejó ni uno vivo. La hazaña pasaría a la historia, y su protagonista sería conocida como Agustina de Aragón. Los zaragozanos lo recordarían con una jota: "La Virgen del Pilar dice que no quiere ser francesa que quiere ser capitana de la tropa aragonesa".

El avance francés obligó a la Junta Central a trasladarse a Toledo, y de ahí a Talavera, a Badajoz y, finalmente, a Sevilla. Los reveses militares eran continuos, y el golfo de Napoleón, que deseaba dejar su sello personal en la memoria de los españoles, no ahorraba tropelías y matanzas.

Los franceses se ensañaron con nuestro país. Con la complicidad de sus generales, saqueaban iglesias y palacios, profanaban tumbas, asesinaban a placer, incendiaban aldeas después de haber pasado a cuchillo a sus habitantes. Un muestrario de atrocidades que Goya retrató con magistral desgarro en su serie de grabados Los desastres de la guerra. Con razón les llamamos "gabachos"; se lo ganaron a pulso.

La Junta había perdido ya toda su utilidad, pues quedaba poco por defender, apenas Andalucía y parte de Levante, que se batía con bravura pero sin esperanzas frente a un enemigo implacable. España había sido vencida, o casi. Gaspar Melchor de Jovellanos, uno de los españoles más inteligentes y honestos de todos los tiempos, propuso a la Junta que convocase Cortes. Había que empezar de cero, inventarse de nuevo España, pero hacerlo sobre una nueva base: la Nación, es decir, los españoles, sus legítimos propietarios.

La cosa, sin embargo, no era tan fácil como parece. La España de 1810 era un reino absoluto, pasado ligeramente por el tamiz de la

Ilustración, cuya soberanía, de origen divino, recaía sobre la figura del monarca, a quien no se podía ni toser. De ahí había que pasar a una monarquía [OBJ] parlamentaria, con elecciones, reconocimiento de derechos, libertades civiles y demás golosinas que hoy en día se nos antojan la mar de naturales. La Junta no podía convocar Cortes porque no era la institución indicada para ello. Las leyes viejas decían que las Cortes las convocaba el rey o, en su defecto, el regente. Había, pues, que nombrar una regencia que cumplimentase el trámite.

Así se hizo. Huyendo, una vez más, de las tropas francesas que habían ocupado Sevilla, la Junta se trasladó a la Isla de León, que es como se conocía entonces San Fernando. A resguardo de los cañones franceses, la Junta se disolvió tras nombrar una regencia compuesta por cinco miembros, cuatro peninsulares y uno americano.

Las Cortes se convocaron formalmente el 18 de junio de 1810. Se enviaron emisarios a toda España y a las colonias para que avisaran a los que, tras una acalorada discusión, se había elegido como representantes. Eran 300 los diputados y debían trasladarse de inmediato a Cádiz.

El 24 de septiembre se constituyeron las Cortes Generales. Habían conseguido llegar hasta la Isla de León 296 españoles de los dos hemisferios. Había 90 eclesiásticos, 56 juristas, 30 militares, 14 aristócratas, 15 catedráticos, 49 funcionarios, 8 comerciantes y 20 que no consignaron profesión alguna, quizá porque no la tenían o quizá porque no les vino en gana confesarla.

A las nueve y media caminaron todos hasta el ayuntamiento, oyeron misa y juraron todo lo que el ministro de Gracia y Justicia les puso delante. Acto seguido se leyó el primer decreto de las Cortes: "Los diputados que componen este Congreso, y que representan a la Nación española, se declaran legítimamente constituidos en Cortes generales y extraordinarias, y que reside en ellas la Soberanía Nacional".

La Nación española, tal y como hoy la conocemos, acababa de nacer.

Tanto en la Junta como en el Consejo de Regencia las sensibilidades políticas eran muchas. Los había absolutistas a machamartillo, reformistas ilustrados, liberales suaves y radicales, revolucionarios a

la francesa y algún que otro exaltado. Las improvisaciones y las prisas, que son congénitas en el alma española, habían facilitado a los liberales el trabajo. A pesar de todo, las Cortes no fueron revolucionarias. Se respetó la legalidad en todo momento. Fue, como en la Transición de siglo y pico después, un arreglo entre los que estaban en el machito y los que querían subirse a él. Como los segundos lo tenían bastante más claro, se salieron con la suya.

Para las sesiones ordinarias el ayuntamiento de la Isla quedaba algo pequeño, por lo que se habilitó un teatro de comedias. Allí comenzaría a gestarse la Constitución, porque para entonces ya estaba claro para casi todos que eso no tenía vuelta atrás. Una nueva etapa de la historia daba comienzo. Unos pocos privilegiados, Jovellanos, Saavedra, Calvo Rozas, Quintana, Argüelles, Ranz Romanillos... fueron los encargados de escribir sus primeras líneas.

En febrero de 1811 las sesiones se trasladaron a Cádiz, al Oratorio de San Felipe Neri, un sitio perfecto para reunirse: ovalado y sin columnas; así podían todos verse las caras. La Tacita era la OBJ única ciudad libre de toda España. El mariscal Víctor la sitió, sin éxito, durante dos años. Ni por las buenas ni por las malas. Cádiz no se rindió. Para defenderla se formó un batallón de voluntarios que, a punta de bayoneta, no dio cuartel a los franceses.

Entretanto, en la ciudad se seguía legislando. Se decretó la libertad de imprenta, se suspendió la concesión de prebendas eclesiásticas, se abolió la Inquisición. Definitivamente, España estaba dejando de parecerse a España. Se hablaba, por primera vez, de libertad e igualdad, aunque ésta "no consiste en que todos tengamos iguales goces y distinciones, sino en que todos podamos aspirar a ellos". Efectivamente, eran liberales.

Todo el país se encontraba en guerra, los ingleses de Wellington habían irrumpido en la contienda desde Portugal y la victoria, aunque lejana, era posible. Los excesos de la tropa gabacha, vengativa y malencarada, seguían desgarrando nuestra Piel de Toro. En marzo de 1811 Manresa fue salvajemente quemada con sus habitantes dentro; no se salvaron ni los niños. Valencia, Sagunto y Tortosa cayeron tras varios meses de cerco y toneladas de bombas. Montellano, un pueblito no muy lejos de Sevilla, fue completamente arrasado a cañonazos. Sólo quedó en pie el campanario de la iglesia, donde se refugió el alcalde y los pocos hombres que quedaban con vida para resistir hasta el final.

Los diputados de Cádiz estaban al corriente de los avances de la guerra, unas veces por los periódicos y otras por los ciegos que recitaban en romance las victorias de españoles y británicos. Se cuenta que Nicasio Gallego, poeta y diputado por Zamora, preguntó a uno de estos ciegos si los franceses nunca ganaban. El ciego, sosteniéndose sobre la garrota, le espetó: "Sí señor, pero esas noticias las dan los ciegos de Francia".

Lo cierto es que, para 1812, los ciegos de Francia ya anunciaban pocas victorias. La *Grande Armée*, enviada a someter Rusia, sucumbió ante el General Invierno, y los prusianos de Federico Guillermo III le dieron el remate. Napoleón ya no levantaría cabeza. En octubre de 1813, una gran coalición formada por Inglaterra, Prusia, España, Austria, Portugal, Rusia, Suecia y algunos principados alemanes machacó al ejército francés en Leipzig, en la célebre "batalla de las naciones".

Entretanto, en Cádiz los diputados daban los últimos retoques a la Constitución. Fue aprobada por votación el 11 de marzo y firmada el 18; y se anunció su promulgación para el día siguiente, que amaneció nublado y con amenaza de temporal, que terminaría por abatirse sobre la Tacita a media mañana, justo cuando las Cortes y el Consejo de Regencia escuchaban misa. En otros tiempos no muy lejanos eso hubiera sido considerado indicio de mal agüero, pero no en la España liberal, que ese mismo día veía la luz. A las cuatro de la tarde se promulgó la Constitución.

Artículo I. La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios.

Artículo II. La Nación española es libre e independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona.

Artículo III. La Soberanía reside esencialmente en la Nación, y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales. OBJ

Artículo IV. La Nación está obligada a conservar y proteger por leyes sabias y justas la libertad civil, la propiedad y los demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen.

Como se promulgó el día de San José, fue motejada inmediatamente como la Pepa. El grito de "¡Viva la Pepa!" pronto se hizo sentir por las callejas de Cádiz, ante la sorpresa y el desconcierto de los

embajadores extranjeros, que no alcanzaban a comprender cómo el revoltoso populacho gaditano había puesto a la Constitución un nombre de tonadillera. Somos así, qué le vamos a hacer.

Con la Constitución nació otro de los grandes vicios patrios, la Lotería Nacional, que celebró su primer sorteo el 4 de marzo. El primer "gordo" de la historia se lo llevó un tal Bernardo Nueve-Iglesias: 8.000 pesos fuertes, un piquito que le vino de perlas en aquellos días de mudanza.

Cinco meses más tarde se recuperó Madrid. Juan Martín el Empecinado, un guerrillero de trabuco y pobladas patillas, desfiló hasta la Plaza Mayor, donde se juró solemnemente la Pepa. A la guerra le quedaba un año y pico, hasta que, en la batalla de San Marcial, junto a Irún, el mariscal Soult se llevó el último y definitivo palo.

Los gabachos cruzaron el Bidasoa como alma que lleva el diablo. España les había salido carísima. Toda Europa se hizo eco de la epopeya española. La Constitución de Cádiz ganó celebridad y fue traducida a varios idiomas.

No serviría de mucho. En mayo de 1814 Fernando VII, un vividor sinvergüenza que había pasado la guerra jugando al billar en Francia bajo la protección de Napoleón, desembarcó en Valencia y declaró nula la Constitución. Su entrada en Madrid fue triunfal. Un grupo de mujeres desenganchó los caballos de la carroza real para conducir ellas mismas al Deseado hasta el Palacio de Oriente. "¡Vivan las caenas!", gritaba enfervorecido el pueblo. No tenemos arreglo.

¡Vivan las caenas!

Aunque aquí se acuñase el término, ser liberal en España siempre ha sido un dramón y una fuente inagotable de frustraciones. Cuando nuestros antepasados de hace doscientos años proclamaron la Constitución de Cádiz, la castiza y venerada Pepa, se las vieron muy felices pensando que todo iba a ser así de fácil y que la maltratada patria de sus desvelos iluminaría al mundo. Se equivocaban, naturalmente.

Durante cerca de veinte años, España se iluminó, sí, pero por los chispazos que saltaban de los pronunciamientos militares, las traiciones, los perjurios, las guerras en ultramar y los fusilamientos sumarios al amanecer. Fueron los años de Fernando VII, el más canalla, bellaco, ruin y miserable de todos los monarcas que en España han sido. (Y en el tintero me dejo lo de felón por no repetir lo que está en mente de todo el mundo).

Al finalizar la guerra contra Napoleón, los españoles estrenaban algo más que una bien merecida independencia. Estrenaban Nación, régimen, optimismo, Constitución y planes de futuro. Por una vez, aunque sólo fuese por una, España sería quien inspirase al resto de Europa el amor por la libertad y el valor del patriotismo. Así fue hasta, más o menos, el momento en que el rey legítimo, un caradura abotargado que se había pasado la guerra en Francia dándose la vida padre a costa del invasor, desembarcó en Valencia. El 4 de mayo de 1814 puso el pie en el muelle... y derogó todo lo que habían dictado los que hasta ese momento se denominaban a sí mismos Padres de la Patria.

De un plumazo, la Pepa pasó a ser material de contrabando, y los que la defendían tuvieron que escoger entre pedir perdón por las travesuras pasadas o ingresar de buena gana en una celda para evitar la horca. Y todo con el concurso entusiasta del pueblo llano, que gritaba alborozado por calles y plazuelas: "¡Vivan las caenas!".

El Rey, que se sabía deseado por el pueblo, había tomado tal decisión tras revisar con regocijo un documento redactado por 69 diputados. Se trataba del Manifiesto de los Persas, llamado así no porque a los abajofirmantes les hubiese dado un arrebato oriental, sino porque, según decían, entre los antiguos persas existía la

costumbre de tolerar cierta anarquía durante los cinco días inmediatamente posteriores a la muerte del soberano. Esos años de desmadre liberal y constitucionalismo fueron nuestra anarquía persa. Había llegado, pues, el momento de poner coto a tanto desbarajuste y devolver las cosas a su orden natural, que no era otro que el plácido e inmutable mundo del antiguo régimen.

Pero que el Rey quisiese meter a España en la máquina del tiempo no significaba que todo el mundo estuviese dispuesto a embarcarse en semejante viaje. No habían pasado ni seis meses de la llegada de Fernando a Valencia cuando Francisco Espoz y Mina, un patriota navarro que se había jugado el pellejo contra los franceses, se levantó en Pamplona. Con muy poco éxito: los rebeldes fueron desarmados y su cabecilla hubo de emigrar a Francia, donde se hizo masón, para rumiar nuevas conspiraciones. Que las habría.

Un año después, otro general, Juan Díaz Porlier, que era de los que habían preferido la cárcel antes que disculparse, enseñó los dientes en Galicia. Organizó un cuerpo armado en La Coruña y con él se dirigió a Santiago de Compostela con intención de tomarla al asalto. No llegó ni a la mitad del camino: mientras descansaba la tropa en un pueblillo a la ribera del Tambre, un sargento de marina le traicionó y se lo llevó preso a la Real Audiencia de La Coruña. Allí fue juzgado y ahorcado en una semana. Ni a presentar recurso le dio tiempo.

Al año siguiente casi se arma en Madrid. Sólo una delación evitó un cuartelazo en la guarida del ogro. El general Vicente Richart, artífice de una alambicada organización secreta llamada El Triángulo, fue detenido y ahorcado tras descubrirse su plan de secuestrar al Rey. Ésta de El Triángulo era una curiosa sociedad de conspiradores al estilo masónico: cada uno de los iniciados en la trama sólo podía conocer y confiar sus secretos a otros dos, para evitar que la red fuese desmantelada. El problema es que aquí no estábamos para sofisticaciones masónicas y, claro, uno se fue de la boca.

En 1817 el general Luis Lacy se pronunció en Barcelona, con tan poca fortuna como sus predecesores. Fue apresado, juzgado y fusilado en el castillo mallorquín de Bellver. Ese mismo año, claro. Parecida suerte corrió Juan Van Halen en Murcia, aunque, viéndolas venir, supo poner tierra de por medio, tanta como le fue posible: llegó hasta Rusia, y allí se alistó en el ejército de zar. En

1819 el coronel Joaquín Vidal se conchabó con catorce oficiales para hacerse con el control de [OBJ] Valencia, pero fracasó... y pagó por ello; con la vida, evidentemente. [OBJ]

Pasó entonces lo que tenía que pasar, que tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe. La sedición en España era un juego de niños en comparación con la de las colonias americanas. Un virreinato tras otro había ido proclamando la independencia, ante la pasividad primero y la impotencia después de la Corona. Para salvar la poca ropa que iba quedando al otro lado del Charco, se concentró un gran ejército en Andalucía. El objetivo era embarcarlo cuanto antes, pero sus generales no tenían la menor intención de sofocar una revuelta en aquellas lejanas tierras, que a esas alturas ni les iban ni les venían. Lo que querían era que el Rey aceptase la Constitución, nada más. Cabezones que somos.

Del todo lógico que el golpe de gracia se lo diesen al Rey en un pueblo de Sevilla llamado Cabezas de San Juan. Rafael de Riego, un veterano que había hecho la Guerra de la Independencia de cárcel en cárcel y simpatizaba con la causa liberal, se sublevó ante sus hombres del batallón asturiano apelando a la salvación de España, pues era preciso que "el rey Nuestro Señor jure la Ley Constitucional de 1812".

El pronunciamiento fue un fracaso... relativo. Ante la indiferencia popular, el batallón de Riego se echó al monte, y cuando estaba a punto de disolverse, otro pronunciamiento, esta vez en Galicia, reavivó la hoguera de la insurrección.

En marzo las llamas alcanzaban el Palacio Real. En su interior el rey, que ante todo y sobre todo era un cobarde, se avino a razones y entonó con el mayor de los cinismos el célebre "marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional". Mentía, claro que mentía, pero dejó hacer a los liberales porque apreciaba más el poder que el gaznate de su camarilla de rufianes, los Escoiquiz, Calomarde y compañía que malbarataban el país desde la vuelta del monarca. Fernando VII traicionó todo y a todos, menos a sí mismo, pues nació y murió hecho un completo sinvergüenza.

Aquella primavera adelantada de 1820 dio comienzo el Trienio Liberal. Trienio, porque duró tres años, y liberal porque, al menos de espíritu, fue, aproximadamente, eso mismo. Riego se convirtió en una figura de leyenda merecedora hasta de su propio himno, una

tonadilla ligeramente empalagosa que, en multitud de versiones, traería cola durante años. Pero, fiel a su tradición de hacer a los hombres y gastarlos, España pronto se olvidó de él, y fue degradado y perseguido.

Despojado de la pompa y los honores de los primeros días, Riego resistió hasta que, acorralado en un cortijo de Jaén, cayó en poder de los realistas. Meses después fue ejecutado en la plaza de la Cebada de Madrid, para solaz del mismo público que, tres años antes, se había echado al pie de su caballo para besarle la mano.

El Trienio fue tan convulso que los diputados liberales sólo tuvieron tiempo (y ganas) de escindirse en dos corrientes: la moderada y la exaltada. Los unos se conformaban con lo que había, confiando en que, con el tiempo, las ideas liberales echasen raíces en un país que era totalmente refractario a ellas. Los otros querían ir más rápido, acometer poderosas reformas que pintaban muy bien sobre el papel y que hacían las delicias de los revoltosos de café, miembros todos de las sociedades patrióticas que proliferaron por las tabernas madrileñas.

Ante semejante panorama, Fernando VII, que era torpón de naturaleza pero astuto y enredador, fue pensando en el recambio. Ni olvidaba ni perdonaba la traición de los que le habían obligado a firmar la Constitución al son del Trágala, una coplilla gaditana muy pegadiza que decía: “Trágala, trágala Vil servilón / Trágala, traga / La Constitución”

El principal escollo que Fernando tenía que sortear era el ejército, nutrido de furibundos liberales que no iban a cambiar de ideas por las buenas. Si no hablaban las armas, la Constitución duraría para rato, de modo que el Rey reclamó la ayuda de las potencias vencedoras de Napoleón. Los monarcas de Prusia, Austria y Rusia, empeñados en revivir una Europa que había dejado de existir, constituyeron una alianza, bautizada como Santa, para combatir aquellos desórdenes liberales que amenazasen la paz continental. Esos eran los hombres de Fernando VII. Trabó en secreto contacto con ellos, y en el Congreso de Verona se decidió enviar a España un ejército que "liberase" al rey de España del yugo liberal.

En abril de 1823, con las Cortes paralizadas y el país dedicándose a lo suyo, un ejército que se había puesto de nombre Los Cien Mil hijos de San Luis, quizá para ocultar que sus soldados eran tan

franceses como los de Murat, cruzó el Bidasoa apurando el paso, para llegar a Madrid lo antes posible. El Gobierno, que se había dedicado a los juegos florales y a discutir en el Parlamento, no supo planear la defensa y, con el Rey como rehén, se trasladó a Sevilla, y de ahí a Cádiz.

Otra vez la misma historia, pero con diferentes actores. El general de la tropa expedicionaria, Luis de Borbón, duque de Angulema, un noble que años después llegaría a ser rey de Francia durante una semana, llegó sin problemas hasta Cádiz y se lió a bombazos, que ya hay que ser desaprensivo e insensible para hacer algo así con la Tacita de Plata. En el interior de la ciudad-isla, los miembros del Gobierno no tenían demasiado donde elegir: o se rendían y entregaban al rey, o entregaban al rey y se rendían. Podían cambiar el orden de los factores, pero no el producto final.

Para no quedar mal, que las apariencias en España han sido siempre asunto muy serio, llegaron a un acuerdo con el de Angulema: soltarían al rey a cambio de que éste mantuviese el orden constitucional. Ni que decir tiene que, según franqueó la puerta de la ciudad, Fernando VII se unió a los invasores y mandó que prosiguiese el bombardeo. Las tornas cambiaron y el régimen volvió por donde solía, con el Rey restituido en el trono como monarca absoluto. Pero esta vez lleno de rencor y supurando bilis por todos sus poros. Diez años le quedaban de reinado, una década que, no por casualidad, se conoce como Ominosa. Años oscuros, de represión, cierre de periódicos y repliegue de la nación sobre sí misma, como si los tiempos no fueran con ella.

A la muerte de Fernando VII, acaecida en 1833, España estaba dividida en dos facciones irreconciliables, listas para echarse la mano al cuello tan pronto como se sellase la tumba del Rey en el panteón de El Escorial. Y así fue: durante buena parte del siglo, unos y otros se dieron de lo suyo en las guerras carlistas, una especie de guerra civil por entregas que consumió preciosas energías y condenó el país a la inestabilidad perpetua. Ahora bien, no todo fue tan malo: a tan infausto reinado debemos, al menos, dos refranes que han pasado a la historia y aún utilizamos con frecuencia. De la afición a las partidas amañadas de billar que tenía el Rey nació el "Así se las ponían a Fernando VII". Por las bolas, claro. Lo cobardón y aprensivo que era dio origen al famoso "Vísteme despacio que tengo prisa", pronunciado, según cuentan, por el propio monarca cuando los ministros requirieron su presencia

tras enterarse de que Napoleón se había escapado de la isla de Elba.

Todo lo demás fue un desastre. Por desgracia, una vez más, cabe decir aquello de: "A tal rey, tal reino".

Espartero, el liberalismo malogrado

Si hay un personaje que encarne nuestro siglo XIX, con todos sus vaivenes y extravagancias, enredos y bullangas, ese es Baldomero Espartero. Lo fue todo y al final se quedó en nada. Conde de Luchana, duque de la Victoria y Príncipe de Vergara. Mariscal de campo, regente y presidente del Gobierno. Llegaron incluso a ofrecerle la corona de España. Se creyó un elegido, alguien a medio camino entre Napoleón y Federico el Grande en lo militar y una reedición manchega de Metternich en lo político.

Como tantos hombres que han pintado mucho en la historia, Espartero vino al mundo en el lugar más insospechado pero en el momento justo. Nació en 1793, en Granátula, un pueblecito del campo de Calatrava, en lo que hoy es la provincia de Ciudad Real. Su padre era un simple carretero, esto es, uno que se dedicaba a reparar las traqueteantes carretas de entonces. Este modesto oficio nunca le hizo rico, pero, como era ahorrador y ordenado, le dio para que el último de sus nueve hijos, Joaquín Baldomero, pudiese estudiar en Almagro.

Cuando apenas llevaba tres años en la universidad, los franceses invadieron España. Baldomero tenía sólo 16 años, y muchas ganas de dejarse la piel en el campo de batalla. Su primer episodio de armas, la batalla de Ocaña, fue un sonoro desastre, pero al menos salió con vida del brete. Viajó con los restos del maltrecho ejército español hasta Cádiz, la única ciudad que había quedado libre del dominio francés, y allí se inscribió en la academia de oficiales. Tan pronto como pudo se incorporó a la guerra, pero ésta acabó antes de que el joven pudiese hacer méritos suficientes y tuvo que conformarse con perseguir a lo que quedaba del ejército napoleónico, ya en una desesperada huida de vuelta a Francia.

No tardaría en presentarse una nueva oportunidad para satisfacer su desmedida ambición. La América española, aprovechando el revoltijo causado por la contienda peninsular, se había declarado en rebeldía. Con objeto de devolver las ovejas al redil, el rey envió un ejército expedicionario compuesto por veteranos de la Guerra de la Independencia. Espartero, con sólo 22 años y el despacho de

teniente aún caliente en la cartera, se alistó entusiasmado. OBJ

Llegó a América en 1815. Pasaría allí diez años. Muy al contrario de lo que se cree, la independencia de las colonias americanas no se ventiló en cuatro batallas y un desfile. Llevó una década larga de ofensivas, contraofensivas, asedios y mil escaramuzas. No faltaron, como en toda refriega en la que anden involucrados españoles, traiciones, cambios de bando y hasta de gobierno. Parece mentira que se pudiese sostener el esfuerzo militar en América con la que estaba cayendo en España.

A Espartero, sin embargo, una guerra tan prolongada le vino de perlas. Escaló por la jerarquía militar hasta llegar a brigadier de infantería. En 1824 el virrey La Serna le envió de vuelta a España para que informase a Fernando VII del estado de la campaña americana. Hecho esto, tomó el barco de vuelta, con tan mala suerte que, mientras navegaba hacia Perú, las armas españolas sucumbieron en Ayacucho y la guerra tocó a su fin. Espartero, ajeno a la derrota, fue apresado nada más poner el pie en el puerto peruano de Quilca, y casi termina en el paredón.

Liberado por Bolívar, regresó a España y fue destinado a Pamplona, se casó con una rica heredera de Logroño y, hasta la muerte de Fernando VII, pasó varios años de aquí para allá, de Barcelona a Palma de Mallorca, sumido en el aburrimiento más absoluto. Aprovechó el ínterin para hacerse un cierto nombre entre sus compañeros de armas, procurando, eso sí, que sus convicciones liberales pasasen lo más inadvertidas que fuera posible. Que el horno, en aquella última y ominosa década del reinado del Rey Bribón, no estaba para bollos.

La regencia de Maria Cristina de Borbón empezó con muy mal pie. No llevaba ni una semana el cadáver de Fernando VII descansando en El Escorial cuando el general Ladrón de Cegama salió a escondidas de su destino en Valladolid y proclamó rey, desde el pequeño pueblo riojano de Tricios, al hermano reaccionario del difunto, el infante Carlos María Isidro. El nuevo monarca lo sería por la gracia de Dios y de la derogada Ley Sálica, que impedía el acceso de las mujeres al trono.

Espartero, siempre atento al sonido de los cañones, pidió de inmediato el traslado al frente. El Gobierno accedió a su deseo poniéndole a las órdenes del general Fernández de Córdova. La

guerra carlista, la primera –luego vendrían otras dos–, comenzaba de un modo un tanto desconcertante. Los rebeldes, acaudillados por Tomás de Zumalacárregui, un militar que se había significado en la Guerra de la Independencia y célebre por su denodado apoyo a la causa absolutista durante el reinado de Fernando VII, se hicieron fuertes en Navarra y las Vascongadas.

Poca resistencia podía ofrecer el ejército regular a la estrategia desplegada por Zumalacárregui, que, no tan casualmente, se parecía mucho a la que los guerrilleros españoles habían ofrecido a Napoleón. Conocedor del terreno abrupto y escarpado del País Vasco, se encaramó a las sierras vizcaínas y se granjeó fama de guerrero invencible. No lo era, claro. Según bajó a las tierras bajas para tomar Bilbao, una bala perdida se lo llevó por delante, de la manera más tonta posible, mientras se encontraba en un tejado estudiando a ojo la manera de entrar en la ciudad.

La muerte de Zumalacárregui, las continuas divisiones y las cuchilladas y banderías internas condenaron a los carlistas a mantenerse a la defensiva. En esto de andar a la gresca, el Gobierno legítimo no les iba a la zaga. En 1836 medio país se sublevó contra el Ejecutivo conservador de Istúriz. Los sargentos, sí, los sargentos de la Guardia Real dieron un golpe de estado en La Granja. Querían que la regente se dejase de devaneos con el sector moderado del liberalismo y aceptase la Constitución de 1812. A María Cristina, que a esas alturas lo único que le interesaba era vivir a fondo el amorío que mantenía con uno de sus escoltas, no le quedó mucha elección y aceptó.

Como consecuencia, el ejército del norte o cristino –tal como se llamaba entonces– fue encomendado a Espartero. El manchego, ágil en verlas venir, vislumbró en este cambio de tercio su gran oportunidad. No la desaprovechó. Reorganizó el ejército liberal y trató de inculcar en su tropa algo de disciplina. Los carlistas, entretanto, habían sitiado Bilbao de nuevo. Espartero no lo dudó un momento, sabía que ahí se lo jugaba todo. Se dirigió al norte con 14 batallones. En lugar de llegar a la ciudad desde Vitoria, como era de suponer, dio un rodeo y embarcó sus tropas en Castro Urdiales para llegar a Bilbao por la ría.

El estado de los soldados cristinos era lamentable. Privados de sostén popular en los caseríos y sin cobrar la paga porque en Madrid se había acabado el dinero, Espartero pagó a la tropa de su

bolsillo y consiguió que los ingleses suministrasen calzado a sus soldados. Avanzó por ambas riberas, apoyado desde la ría por cañoneros de la Armada. En el puente de Luchana los carlistas frenaron la ofensiva y tuvo lugar la batalla más célebre de las tres carlistadas.

Metido en la tienda aquejado de una inoportuna cistitis, Espartero hubo de guardar cama durante los prolegómenos. Pero él, que había llegado hasta allí superando todas las dificultades, no se podía perder aquello. Conocedor de la importancia de aquel puente para romper el sitio, saltó de la cama y al frente de un batallón, espada en mano, se lanzó a su conquista. Los carlistas salieron en estampida y el ejército cristino, crecido por el arrojo de su general, tomó el puente en la Nochebuena de 1836. Al día siguiente los bilbaínos le recibieron entre aclamaciones. Se había convertido en el general más importante de España y, lo que a él realmente le interesaba, en el más influyente.

La guerra siguió su curso durante tres años más. Después de Luchana, los carlistas podían prolongar el conflicto pero no ganarlo. Al año siguiente, el pretendiente Don Carlos armó en Estella un ejército y se dirigió al asalto de Madrid. Logró llegar hasta Vicálvaro, pero ahí se quedó la cosa. El ejército de Espartero, a quien había llamado la regente presa de la desesperación, acudió con presteza. En cuanto los carlistas supieron que el vencedor de Luchana iba a por ellos se replegaron, dejando a su jefe, Carlos María Isidro, sumido en la más completa impotencia.

El bando carlista estaba desmoralizado y sus generales peleados. A mediados de verano de 1839 Rafael Maroto, el mejor general con que contaron los carlistas tras Zumalacárregui, se avino a negociar con el Gobierno, es decir, con Espartero, que a esas alturas era casi lo mismo. Llegaron a un acuerdo en Oñate por el cual se respetaba la vida y rango de los carlistas que depusiesen las armas, y unos días después ambos generales se fundieron en el abrazo más famoso de la historia de España, el de Vergara.

Rendido el ejército carlista del norte, sólo quedaba meter en vereda al de Levante, acaudillado por un catalán con muy mala leche: Ramón Cabrera y Griñó, conocido como el Tigre del OBJ Maestrazgo, encastillado en la ciudad medieval de Morella. Espartero se dirigió a su encuentro y le hizo huir hacia Francia, donde cayó preso. Cabrera lo intentaría de nuevo años después, levantando un ejército

rebelde en Cataluña. Al final de su vida desistió de su empeño, reconoció a Alfonso XII como rey y murió en Inglaterra, donde llegó a hacerse muy rico.

Tras siete años de sangrienta guerra civil, España volvía a estar en paz. Los frutos de la misma fueron recogidos por el héroe a quien el pueblo atribuía la victoria. La regencia de María Cristina había sido un completo desastre. El país se encontraba devastado y en bancarrota, pero la reina era aún una niña de diez años incapaz de hacerse con la corona. María Cristina no quería seguir al frente de un Gobierno que aborrecía. Los españoles, además, no le tenían especial aprecio.

Poco después de la muerte de su embrutecido marido se había enamorado de un capitán de la escolta regia, un tal Fernando Muñoz, con el que se casó en secreto. La reina, que tantos dolores de cabeza había dado por no traer un heredero, dio ocho hijos a su apuesto capitán. A pesar de que los sastres de Palacio procuraban que los embarazos pasasen inadvertidos, el pueblo, siempre con el ojo puesto en lo que hacen los gobernantes –especialmente en la alcoba–, inventó coplillas como ésta: "Lloraban los liberales que la reina no paría y ha parido más Muñoces que liberales había".

Espartero se postuló como el recambio perfecto para concluir la regencia hasta que la reina Isabel llegase a la mayoría de edad. Algunos miembros de la facción progresista del partido liberal eran partidarios de que la regencia cayese en manos de un triunvirato, al estilo de la antigua Roma. Espartero no lo creía así, estaba persuadido íntimamente de que la Historia le había confiado un trascendente papel. O le daban todo el poder o nada. El respetado general doceañista había salido contestatario y mandón. La reina cedió, firmó el traspaso y en 1840 se largó al exilio con su Muñoz y su cortejo de niños.

Ya en el poder, convirtió su regencia de tres años en una dictadura de facto. Gobernó de espaldas a las Cortes, rodeado por una intrigante y corrupta camarilla que se repartía enchufes y sinecuras. Su estilo de gobierno autoritario le ganó la enemistad del resto de la clase política. Al año siguiente O'Donnell se levantó en Pamplona y Diego de León intentó asaltar el Palacio Real. O'Donnell pudo huir; a Diego de León, el antiguo conmilitón de Espartero conocido como la Primera Lanza del Reino, le aguardó un pelotón de fusilamiento en la Puerta de Toledo.

En 1842 se sublevó Barcelona. Espartero, desplazado en persona hasta la Ciudad Condal, situó baterías en Montjuich y bombardeó sin piedad a la población civil. La innecesaria salvajada de Barcelona le terminaría costando el puesto. El general Narváez aunó voluntades entre los descontentos y se pronunció contra el Gobierno de Espartero, a quien ya no le quedaba ningún aliado. Huyó a Cádiz y, desde allí, embarcó para Inglaterra. La reina, una niña de 13 años, mientras todo esto sucedía, juraba la Constitución de un reino que se disputaban a cañonazos dos espadones. El liberalismo en España no terminaba de cuajar. Difícilmente podía hacerlo en un país descapitalizado, con los peores políticos de Europa, sin apenas empresarios y en el que 7 de cada 10 personas eran analfabetas.

Narváez dio orden de vigilar a Espartero en el exilio y de que, si se le ocurría regresar a España, fuese fusilado "sin mediar más tiempo que el necesario para identificarlo". Como la política es antojadiza y oscilante como un péndulo, a los pocos años fue rehabilitado por el mismo Narváez y pudo volver. Con motivo de la asonada de 1854, la reina le llamó para que se hiciese cargo del Gobierno, junto a O'Donnell.

El binomio no funcionó: O'Donnell desplazó a Espartero y éste, que no podía ver a quien, años antes, le había dado un golpe de estado, renunció al cargo y se retiró a su casa de Logroño. Antes de dejar Madrid visitó a la reina, y le dijo con vehemencia: "Cuando la revolución vuelva a llamar a las puertas de este Palacio, no vuelva Vuestra Majestad a acordarse de mi persona".

La revolución, la definitiva, llegó doce años después, y arrastró a la propia reina. Espartero, ya anciano, contempló descorazonado el triste final de una dinastía a la que había dedicado sus mejores años. El general Prim, que se hallaba buscando un nuevo monarca que sustituyese para siempre a los denostados Borbones, ofreció la Corona de España al general manchego, que la rechazó arguyendo motivos de edad. Amadeo de Saboya, el flamante príncipe italiano que había encontrado Prim para suceder a Isabel II, se acercó hasta Logroño para homenajear al retirado caudillo hispano. Le concedió el título de Príncipe de Vergara, un honor digno de reyes y que en el pasado sólo lo había disfrutado Manuel Godoy, pero por otros motivos.

Al efímero reinado de Amadeo le sucedió la aún más efímera

Primera República, cuyo primer presidente, Estanislao Figueras, lejos de ignorar a Espartero, le comunicó personalmente la llegada del nuevo régimen. El octogenario militar respondió solemne: "Cúmplase la voluntad popular". Pero la siempre tornadiza voluntad a la que Espartero hacía referencia hizo que, un año después, volvieran los Borbones, en la persona de Alfonso XII, hijo de Isabel II. El rey peregrinó hasta Logroño para rendir visita y obtener la bendición del que para entonces ya era un monumento nacional.

Tres años más tarde, semanas antes de cumplir los 87, Baldomero Espartero, el hijo de un humilde carretero que había llegado a príncipe, moría en Logroño admirado y respetado por todos. Fieles a la tradición nacional de deshacerse en desaforados elogios con los muertos, en Madrid le dedicaron una gran estatua ecuestre alineada con la Puerta de Alcalá y la Cibeles; en el pedestal hicieron grabar una encomiástica leyenda: "A Espartero, el Pacificador. La Nación, agradecida".

No era para tanto. La nación, más que agradecida, lo que estaba era baldada tras el largo y doloroso parto que le había traído a la modernidad. Espartero había asistido en lugar privilegiado al alumbramiento. Tuvo, eso sí, la suerte de poder contarlo.

La república relámpago

Pocos regímenes políticos han sido tan fugaces, insólitos y desmadrados como el de la Primera República española. Se proclamó un 11 de febrero y, tras poco más de diez meses, el 3 de enero del año siguiente, el general Pavía se presentó en el Congreso de los Diputados y puso la guinda de fin de fiesta.

En ese periodo cupo de todo menos la normalidad. Cuatro presidentes, incontables sublevaciones, huelgas obreras, una guerra carlista, otra en Cuba, el cantón de Cartagena y, como guinda final, una Constitución Federal que nunca vio la luz. Pocas veces España vivió tan rápido y dilapidó tantas energías como en aquellos frenéticos meses de 1873.

Tenemos en este país nuestro cogido el gusto a revolverlo todo sin saber muy bien qué es lo que vamos a poner después. Eso es lo que pasó cuando, en 1868, una conspiración largó del trono a Isabel II. La reina, que estaba en San Sebastián de veraneo, no hizo mucho por conservar la corona. En Madrid la reclamaba el Gobierno para ponerse al frente de las tropas leales, pero, para evitar habladurías, le pidió que viajase sin su querido, Carlos Marfori. Eso sí que no, se dijo a sí misma: la vida no tenía sentido sin ese granuja aventurero a quien había hecho ministro, de manera que pidió que la condujesen al exilio. Con Marfori, claro.

Cuentan que, cuando abandonaba San Sebastián, una multitud se agolpó al paso de la carroza real guardando un silencio sepulcral. La reina chata, que sentía auténtica debilidad por el pueblo llano, miró compungida por la ventanilla y exclamó: "Siempre creí tener más raíces en España". Raíces no había echado, pero entre unas cosas y otras había reinado 25 años. Un cuarto de siglo en que se dieron cita cuarenta gobiernos diferentes, tres espadones, varios cuartelazos, una infinidad de amantes y otra, algo menor, de partos. Tenía sólo 38 años, y los ojos azules más bonitos de todas las reinas de España: claros como el cristal, casi translúcidos.

El problema que tenían los que se habían cargado a Isabel era que carecían de repuesto, y, lógicamente, con buena voluntad y mucha ilusión no se gobierna un país. La Revolución Gloriosa la habían organizado un grupo de militares y políticos que difícilmente

alcanzaban a entenderse entre ellos. Al final, entre soflamas patrióticas, constituyeron un directorio cuya presidencia recayó en Francisco Serrano. Con tratamiento de alteza, eso sí. Los miembros del Gobierno provisional, para no caer en errores pasados, decidieron hacer primero la Ley y luego buscarse un soberano que la jurase y respetase.

No fue tarea fácil. Juan Prim, que era el presidente del Gobierno, desesperado por no dar con un príncipe europeo que aceptase la corona española conforme a los términos en que se ofrecían, llegó a decir: "¡Encontrar un rey democrático en Europa es tan difícil como encontrar un ateo en el cielo!".

Algo de razón no le faltaba. Uno de los candidatos era Alfonso de Borbón, el hijo de la reina, pero fue desechado rápidamente por eso mismo, por ser un borbón. Se habían tomado en serio lo de no tropezar dos veces con la misma piedra.

Las pesquisas del Gobierno no dejaban indiferente al pueblo. A uno de los candidatos, Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, los madrileños, a quienes siempre se les ha dado fatal hablar alemán, le rebautizaron como Leopoldo Olé-Olé si me eligen. Y no le eligieron. OBJ

El directorio se decantó por un príncipe italiano, Amadeo de Saboya, que era incoloro, inodoro e insípido. Llegó apadrinado por Prim, pero, días antes de poner el pie en la Corte, a Prim le cosieron a tiros en la calle del Turco.

Un gafe, vamos. El reinado de Amadeo duró lo que duran las cosas que se hacen sin demasiado convencimiento. El turinés venía con buenas intenciones, pero entre que no sabía gobernar y que no le dejaron, terminó hartándose y de un calentón dimitió a los dos años y pico. Amadeo era de carácter afable y muy bien dispuesto, pero un país como éste le venía grande. Tuvo que aprender español apresuradamente, y su cultura no era muy amplia, especialmente en lo que tocaba a España. Tras jurar en el Congreso, alguien –probablemente un ministro pelota– le indicó que la casa de Cervantes estaba muy cerca. Amadeo fingió sorpresa y respondió: "Aunque no haya venido, iré pronto a saludarle". Alguien tan ingenuo no podría jamás prosperar en España.

La abdicación del rey se produjo el 11 de febrero de 1873 por la mañana. Esa misma tarde, el Parlamento era un hervidero de

intrigas. Los republicanos, que se habían mojado en lo de 1868, veían que una oportunidad como ésta no se les iba a volver a presentar. Emilio Castelar, uno de ellos, subió al estrado y enhebró un discurso magistral: "Señores, con Fernando VII murió la monarquía tradicional; con la fuga de Isabel II, la monarquía parlamentaria; con la renuncia de don Amadeo de Saboya, la monarquía democrática; nadie ha acabado con ella, ha muerto por sí misma; nadie trae la República, la traen todas las circunstancias, la trae una conjuración de la sociedad, de la naturaleza y de la Historia. Señores, saludémosla como el sol que se levanta por su propia fuerza en el cielo de nuestra patria".

Encendidos aplausos, algún "bravo" y se procedió a votar el primer Gobierno del nuevo régimen. De este modo tan prosaico llegó la Primera República. En el siglo XIX las cosas se hacían de otra manera.

El elegido como primer presidente fue Estanislao Figueras, un político barcelonés metido en años que no había dado pie con bola en la época de Isabel II. Al día siguiente de su nombramiento comenzó el incendio. En Montilla, un pueblo de Córdoba, los campesinos, creyéndose que todo el monte era orégano, se levantaron contra el cacique local, el alcalde, y lo que entonces se conocía como fuerzas vivas: a todas les dieron una buena ración de palos, cuando no directamente matarile.

En el otro extremo, en Barcelona, estalló un motín mucho más grave. Los llamados republicanos federales –muy numerosos en la Ciudad Condal– trataron de proclamar un Estado catalán que después, y si les venía bien, se federaría con la República. Tan feo se puso aquello que Figueras tuvo que trasladarse personalmente a Barcelona y reprimir la asonada por la fuerza.

El país se estaba transformando en un frenopático donde cada uno hacía lo que le venía en gana, por lo que se disolvieron las Cortes, para que el llamado a las urnas tranquilizase el ambiente y remitiese la incertidumbre. Pero, lejos de remitir, al mes siguiente, en abril, unos cuantos militares, acaudillados por el almirante Topete, uno de los héroes de la Gloriosa, trataron sin éxito de hacerse con el Gobierno por las malas. OBJ

Aquello ya no había quien lo aguantase, y el 13 de mayo, sin apenas campaña electoral, se celebraron las elecciones. Fueron

posiblemente los comicios con la participación más baja de nuestra historia. En Cataluña sólo votó el 25% del electorado; en Madrid no mucho más: un mísero 28%. Pasado el trámite electoral, las nuevas Cortes volvieron a reunirse, con la peculiaridad de que eran un tanto anómalas: sólo representaban al republicanismo federal, cuyos candidatos habían sido casi los únicos que consintieron presentarse.

Figueras, que había aguantado el tipo durante cuatro meses, sospechó que, con esos mimbres, lo peor estaba por llegar. Dimitió con mucho disimulo, tomó un tren a escondidas y se fue a Francia, pero por el paso de Canfranc, para que nadie le siguiese. Su diagnóstico no podía ser más certero: se iba de un país donde estaban "los ánimos agitados, las pasiones exaltadas, los partidos disueltos, la Administración desordenada, el Ejército perturbado, la guerra civil en gran pujanza y el crédito en gran mengua". No es necesario añadirle nada, porque esa era, tal cual, la situación en el mes de junio.

El sucesor de Figueras fue otro catalán, Francisco Pi y Margall, un republicano pertinaz e incansable, discípulo de Proudhon y muy inclinado a las elucubraciones teóricas. Había concebido un nuevo modelo federal para partir de cero inspirándose en un pacto sinalagmático (sic) entre los diversos territorios del Estado. Como quería ver sus ideas llevadas a la práctica lo antes posible, se entregó con deleite al debate parlamentario sobre la nueva Constitución republicana.

El debate fue muy provechoso. Los legisladores elaboraron un soberbio proyecto que nunca llegaría a ser aprobado. Los españoles, por lo demás, iban a lo suyo, ajenos a las proudhonianas disquisiciones en las que parecía tan interesado el presidente.

Con los calores del mes de julio el país enloqueció por completo. Los acontecimientos se precipitaron con una celeridad asombrosa. El 30 de junio el ayuntamiento de Sevilla acordó transformarse en República Social. Una semana más tarde, en Alcoy se desató una ola de asesinatos y ajustes de cuentas al calor de una huelga revolucionaria. Era sólo el aperitivo.

El 12 de julio se produjo la sublevación de la base naval de Cartagena, instalándose en Murcia una Junta Revolucionaria presidida por un tal Antonio Gálvez, conocido como el Antonete. La

chispa no tardaría en prender por toda la Piel de Toro. El 13 la insurrección alcanzó Valencia, el 19 Almansa y Cádiz; a finales de mes, lugares tan distantes entre sí como Granada, Salamanca, Córdoba o Castellón se proclamaron cantones independientes. Pi y Margall, superado por la realidad, dimitió, sin entender muy bien qué es lo que pasaba.

Su sucesor sería Nicolás Salmerón, un krausista almeriense y catedrático de Metafísica. Como a esas alturas el horno ya no estaba para bollos, recurrió de inmediato al Ejército pidiendo a los generales disciplina y resolución. El cúmulo de problemas era tal que sólo enumerarlos daba dolor de cabeza. Más de la mitad del país estaba fuera del control del Gobierno, y de la otra mitad no se podía estar muy seguro. Era imperativo sofocar los levantamientos cantonales de Levante, sin olvidar el rebrote carlista en las Vascongadas y Cataluña. OBJ

El pretendiente, Carlos VII, había regresado a España con el advenimiento de la República. El País Vasco y Navarra se sumaron entusiastas a la carlistada (la tercera en medio siglo) y le proveyeron de 25.000 soldados. Para ampliar su base, Carlos juró los fueros catalanes, y las áreas rurales del norte del Principado se subieron al carro.

Los intentos del Ejército por aplacar la sedición fueron estériles. Aprovechando la confusión y el desánimo de las tropas leales, los carlistas cosecharon grandes victorias, como la de Montejurra, la de Abárzuza o el cerco de Bilbao. En esto de tomar Bilbao los carlistas eran de ideas fijas. Nunca lo consiguieron.

Los cantones de Levante fueron rindiéndose a lo largo del verano, a excepción del de Cartagena, que se había hecho muy poderoso al adueñarse de la Armada. Con los buques de guerra, los acantonados emprendieron expediciones piratas contra los puertos vecinos. La aduana de Torrevieja fue saqueada. Dos fragatas, la Almansa y la Victoria, bombardearon Almería, y cuando se dirigían a hacer lo propio con Málaga un combinado de buques alemanes, franceses y británicos las apresaron, llevándolas hasta Gibraltar para que el Gobierno de la República se hiciese cargo de ellas. Pero los revoltosos tenían más barcos, que emplearon a fondo en bombardear Alicante y en entrar a saco en Valencia. El desmadre nacional.

Salmerón se fijó como empeño primordial Cartagena, convertida en un peligroso y caótico nido de piratas. No llegaría a ver el final. A primeros de septiembre dimitió porque no quería mancharse las manos firmando penas de muerte para dar ejemplo entre los insurrectos cartageneros. Le sucedió Emilio Castelar, el último cartucho de una república herida de muerte.

El brillante parlamentario gaditano pidió al Congreso plenos poderes. Suprimió algunas garantías constitucionales y se concentró en acabar con el desorden. Necesitaba soldados y dinero para atender los tres frentes –el norte, Levante y Cuba–, pero tan negro pintaba todo que nadie concedió créditos al Gobierno. Se vio entonces obligado a imponer empréstitos forzosos a banqueros y empresarios.

En tres meses se enderezó el asunto de Cartagena, y las Cortes volvieron a reunirse. Castelar solicitó de ellas que aprobasen su gestión. No lo hicieron. El presidente pronunció un florido discurso y, al día siguiente, Manuel Campos y Pavía, capitán general de Madrid, dio un golpe de Estado en el mismo Congreso de los diputados. Años después, no se sabe bien a cuento de qué, nació una leyenda tan absurda como falsa, la de caballo de Pavía, que se ha perpetuado hasta nuestros días. Según cuentan, el general irrumpió en el hemiciclo a caballo acompañado de la Guardia Civil poniendo de este modo punto y final a la república.

No sucedió nada de eso, ni lo del caballo ni la república terminó en ese momento. El golpe se produjo a las siete y media de la mañana, que ya es madrugar. Algunos diputados salieron en estampida del hemiciclo y se descolgaron por las ventanas. Pavía, sorprendido, preguntó: "Pero señores, ¿por qué saltar por las ventanas cuando pueden salir por la puerta?".

Pavía entregó el poder a Francisco Serrano, el mismo que se había hecho cargo de la regencia tras el destronamiento de Isabel II. Un año más tarde, Martínez Campos se pronunció en Sagunto anunciando el regreso de los Borbones en la persona de Alfonso, hijo de la reina. Hasta ahí había OBI llegado la República.

Seis años después de la Gloriosa se volvía al punto de partida. Con el nuevo monarca las aguas volvieron a su cauce y los ánimos se serenaron; tanto que recibió el sobrenombre del El Pacificador. Entre los escombros humeantes de Cartagena, que se entregó el 11

de enero, nacía la Restauración, un periodo de nuestra historia tan reciente que casi podemos tocarlo con la mano. La República había durado sólo unos meses, y dejó un recuerdo más agrio que dulce. Para habernos matado.

Eloy Gonzalo, el héroe que no murió en Cascorro

A primera hora de la noche del 1 de diciembre de 1868 las monjitas de la inclusa de Madrid recogieron a un bebé que alguien había abandonado en la puerta. El recién nacido, acurrucado dentro del canastillo, llevaba una nota que decía: “Este niño nació a las seis de la mañana. Está sin bautizar y rogamos que le ponga por nombre Eloy Gonzalo García, hijo legítimo de Luisa García, soltera, natural de Peñafiel”.

La inclusa servía para eso, de modo que nadie se escandalizó ni la truculenta historia salió en los avisos del día para chisme de mentideros y cafés. Las monjas se encargaron de bautizar al pequeño con el nombre y los apellidos consignados en la nota, y le buscaron una madre de alquiler a la que la inclusa pagaría mensualmente por hacerse cargo del crío. La encontraron a los diez días en la mujer de un Guardia Civil que acababa de perder un hijo y se encontraba “en actitud de lactar”. Braulia Miguel se llamaba la buena mujer y fue lo único parecido a una madre que tuvo el desdichado Eloy, expósito y obligado a vivir en una casa cuartel comiendo poco y obedeciendo mucho.

A los doce o trece años la inclusa dejaba de pagar los gastos del chiquillo y Braulia tuvo que pedirle que se independizase. Y así lo hizo, como tantos jovenzuelos de la época se metió a aprendiz de albañil, de barbero y hasta de carpintero, pero ningún oficio le terminaba de convencer. Al final, en 1889, se alistó como quinto en el Regimiento de Dragones de Lusitania donde, sacrificado como era, llegó a cabo en sólo dos años. De ahí pasó al Instituto de Carabineros del Reino, un cuerpo muy prestigioso que dependía del ministro de Hacienda.

Por aquel entonces el joven Eloy tenía “el pelo, castaño; los ojos, azules; la nariz, regular; la barba, poca”, un cadete bien plantado que medía “1 metro con 705 centímetros “ y gozaba “de color sano”. La vida le sonreía, pero quiso la mala suerte entrometerse de nuevo en su vida y cometió un error. Cuando una noche de 1895 se dirigía a encontrarse con su prometida, la pilló en flagrante infidelidad con un superior, un teniente al que amenazó con su

arma reglamentaria. La falta le costó la expulsión del cuerpo y una larga condena en la cárcel militar de Valladolid.

Ese verano, sin embargo, algo que estaba sucediendo a miles de kilómetros de allí cambió su suerte para siempre. El estallido de la guerra en Cuba con el Grito de Baire obligó al Gobierno a efectuar una recluta extraordinaria a la que podían concurrir los militares convictos por faltas leves. Eloy Gonzalo se apresuró a comprar el billete a la libertad alistándose en el primer reemplazo bajo el juramento de verter "su sangre por la nación en los campos de la isla de Cuba". [OBJ]

En noviembre partió de La Coruña a bordo del vapor León XIII. Cumplió los 27 años en el mar y llegó a La Habana el 9 de diciembre. Nada más poner pie en la isla le enviaron al interior, a Camagüey, con el Regimiento de Infantería María Cristina no 63. El tipo de guerra que los españoles se encontraron en Cuba era desconcertante para el soldado de a pie. No existían los frentes y el enemigo aparecía y desaparecía con celeridad después de dar certeros golpes al ejército regular. La estrategia del general Weyler consistía, a grandes rasgos, en partir la isla en varios sectores aislados entre sí que se controlaban mediante fortificaciones o blocaos dotados de artillería y guarniciones de infantería.

Cascorro era uno de esos blocaos, uno de los pequeños y más insignificantes. El pueblo, rodeado por plantaciones de azúcar, carecía de valor estratégico y era sumamente difícil de mantener. El cuartel más cercano estaba en Camagüey, a más de 60 kilómetros de distancia, y, por su ubicación, era presa fácil de las partidas de mambises, que se movían a su antojo por la sabana asaltando las posiciones españolas mal defendidas en ataques en los que, por lo general, no se hacían prisioneros.

El blocao de Cascorro tenía tres fuertes: el principal, el de la iglesia y el gracia, unidos por una línea de trincheras que se embarraba hasta hacerse intransitable en cuanto se ponía a llover, meteoro muy frecuente en Cuba en la época en que los "palos de agua" son continuos. El 22 de septiembre de 1896, de madrugada, un batallón de unos 2.500 guerrilleros rebeldes equipados con dos piezas de artillería atacaron Cascorro conocedores de que la guarnición española era escasa y mal armada. El oficial al mando de la plaza, el capitán Neila, sólo tuvo tiempo de enviar un mensajero a uña de caballo para que pidiese socorro al cuartel general.

A la semana y media de sitio la guarnición española estaba al límite de sus fuerzas. Todos padecían disentería y la ayuda desde Camagüey no llegaba porque los fusileros y las caballería que había enviado el general Jiménez Castellanos estaba atascada en el camino por culpa de las fuertes lluvias. Para colmo, la munición escaseaba, apenas quedaban víveres y algunos soldados estaban cayendo víctimas del tifus y la malaria. Los rebeldes, entre tanto, bombardeaban incansablemente los fuertes.

El guerrillero Máximo Gómez, sabedor de que los soldados del rey estaban en las últimas, envió un mensaje conminando a Neila a rendirse porque, aunque respetaba su "valor y resistencia", no era necesario hacer "mayores sacrificios". Neila respondió de inmediato como lo hubiese hecho un capitán de los Tercios de Flandes: "he admitido al parlamentario que me envía usted porque creí que, habiéndose desvanecido todas vuestras ilusiones de triunfar, y aprovechando la bondad de España, venís a acogeros al indulto. Nosotros no nos rendiremos nunca y no me envíen más recado, o haré fuego sobre el emisario".

El capitán sabía que la infantería española no se rinde jamás y estaba preparado para entregar su vida y la de todos sus hombres con tal de no dar su brazo a torcer. Pero los cubanos, españoles rebeldes, pero españoles al fin y al cabo, eran de idéntico talante, así que lo de Cascorro se prometía tan largo y tan sangriento como siempre que dos de los nuestros se entierran hasta la cintura y se lían a palos. Hacía falta un milagro.

A Neila se le ocurrió que, infiltrar a un hombre dispuesto a morir dentro del cuartel enemigo –a sólo 50 metros de distancia– para incendiarlo, sería el único modo de romper el asedio. El 5 de octubre por la tarde pidió voluntarios entre la tropa. Eloy Gonzalo, aquel inclusero madrileño que había ido a la guerra para librarse de la prisión, dio un paso al frente. Era huérfano, nadie le esperaba en España y, si sobrevivía, podría reiniciar su carrera militar donde en mala hora y por mala mujer la había dejado en el cuerpo de carabineros año y medio antes.

Sólo pidió una cosa, que le atasen con una cuerda para que, si fallaba el plan, sus compañeros pudiesen recuperar y honrar el cadáver. Salió al anochecer pertrechado de un Mauser, una antorcha y una lata de petróleo. La espera, muy tensa, se hacía interminable mientras Gonzalo se deslizaba por la maleza

silenciosamente hasta que, de repente, un fogonazo. La casa Miguel Hernández, cuartel general de los rebeldes, era pasto de las llamas mientras Gonzalo, agazapado, batía uno tras otro con el fusil. Neila envió un pelotón de refuerzo que culminó el trabajo trayendo de vuelta a Eloy Gonzalo, ya convertido en héroe de Cascorro, sano y salvo hasta el fuerte.

Al día siguiente llegaron las tropas de refuerzo enviadas por Jiménez Castellanos. Los mambises se dispersaron desmoralizados. El sitio de Cascorro había sido levantado, y con heroísmo. La noticia viajó rauda en ferrocarril hasta La Habana y de ahí a Madrid. Weyler envió un telegrama a Neila concediéndole la Laureada de San Fernando y el ascenso a comandante. El héroe, Eloy Gonzalo, tuvo que conformarse con la Cruz de Plata al mérito militar.

La machada del joven infante del regimiento María Cristina era el canto del cisne de un ejército condenado a la derrota. Dos años después la muy noble y muy leal isla de Cuba pasaba a los libros de Historia. Nadie se acuerda de los héroes cuando las guerras se pierden. En España a Eloy Gonzalo se le daba por muerto y sus paisanos de Madrid recreaban una y otra vez la heroica historia del desheredado de la fortuna que daba su vida por la patria como nos gusta aquí, a pecho descubierto y con un par.

Pero no, Eloy Gonzalo no murió en Cascorro, sino unos meses después en un hospital de Matanzas de enterocolitis ulcerosa gangrenosa, causada por la mala vida y peor alimentación del ejército español en Cuba. Los héroes no mueren así, de algo tan vulgar como una colitis, por eso nos inventamos una versión alternativa más acorde con la talla del personaje y de la gesta. Años después, cuando las heridas empezaban a cicatrizar, el ayuntamiento de Madrid repatrió el cadáver y le erigió un monumento en una plazuela de El Rastro. Y allí quedó, inmortalizado para la eternidad, corriendo con su lata de petróleo, su fusil al hombro, su bayoneta calada y su determinación suicida. España perdió una guerra pero Madrid ganó un héroe, y qué héroe, el de Cascorro, casi nada.

La semana en que Barcelona perdió la cabeza

Hace cien años Barcelona era la ciudad más grande, más próspera y más poblada de España. Era la fábrica y el cerebro de la nación, su estudio y su taller, su biblioteca y, a ratos, hasta su Corte. Se extendía como un manchurrón de aceite de Las Ramblas a la sierra de la Collserola, del Llobregat al Besós, de los descampados de Pueblo Nuevo a las huertas de Hospitalet. Por el puerto trasegaba buena parte del comercio nacional y la industria, que crecía al ritmo de la ciudad, era el santo y seña de la industria española. En Barcelona, ya entonces, se fabricaba de todo y todo se lo quitaban de las manos a los industriales barceloneses en aquella España alfonsina, rural y somnolienta de la Restauración. Era la ciudad de los milagros, la Rosa de Fuego.

Dicen que eso mismo, su éxito en el mundo moderno, fue el causante del estallido de violencia que asoló la ciudad durante el verano del 1909. Muy pronto lo dieron en llamar la Semana Trágica, por las salvajadas que se cometieron al amparo de una Revolución algo difusa en lo teórico pero muy destructiva en lo práctico. Aquella semana, que devendría primero trágica y luego legendaria, empezó muy lejos de la Ciudad Condal, en una línea férrea que se estaba construyendo en el Protectorado de Marruecos.

España se había quedado sin colonias diez años atrás y trataba de rehacer una modesta fortuna en las cuatro migajas africanas que el canciller Bismarck había tenido a bien dejar a disposición de la antaño todopoderosa corona española. Una de ellas, la marroquí, la más cercana y discutida, salió respondona. El 9 de julio de 1909 unos moros anónimos atacaron las obras de un ferrocarril minero llevándose por delante a seis de sus operarios.

Eso Maura, que era quien mandaba entonces, no lo podía permitir; era una cuestión de prestigio nacional, ya bastante deteriorado tras el indigno papelón en Cuba y Filipinas. Dio orden de movilizar a los reservistas madrileños y barceloneses, los de las quintas de 1903 y 1904, para que acudiesen a reforzar el ejército de África, incapaz por sí sólo de mantener en orden la colonia. Pero no todos se movilizaron, los que podían permitírselo pagaron un canon para

eludir su incorporación a filas. Este privilegio, que ponía de uñas a los movilizados, unido al hecho mismo de ir a la guerra envenenó a las clases populares de Madrid y Barcelona, ya curtidas en sindicalismos y protestas varias.

La chispa prendió en la estación de Atocha y en el puerto de Barcelona. En Madrid algunas madres de los soldados se echaron a la vía para que el tren no pudiese partir, la policía intervino y la cosa no fue a mayores. En Barcelona, que era donde embarcaba el grueso del ejército, se armó la de San Quintín. El 18 de julio, mientras la tropa embarcaba, algunas damas de la burguesía, madres, probablemente, de reservistas que habían satisfecho el canon para no ir a la guerra, se acercaron hasta el muelle para obsequiar a los soldados con escapularios y tabaco. Las buenas señoras no tenían mala intención, pero su inocente gesto vino acompañado de malas noticias que llegaban de África. Como chinches estaban cayendo los españoles en el Barranco del Lobo, muchos de ellos reservistas recién aterrizados en el Protectorado y que, hasta la semana anterior, habían trabajado de jardineros o de limpiabotas en el Parque del Retiro o en la Plaza de Cataluña.

A modo de protesta se convocó una huelga general para el día 2 de agosto, pero en Barcelona, Solidaridad Obrera, una organización muy joven de carácter anarquista, se anticipó y el día 26 de julio, lunes, metió fuego –literalmente– a la capital catalana. La huelga se extendió rápidamente por todo el cinturón industrial y, al menos ese día, no se llegó a las manos. Lo bueno vendría el martes, coincidiendo con las nuevas noticias de África –malas, naturalmente–, que hablaban de miles de víctimas acribilladas a balazos por la morisma. OBJ

Nadie sabe cómo, pero la situación dio un vuelco inesperado, de pronto la masa, azuzada por los líderes de Solidaridad Obrera y por los socialistas, que eran bastante más matacuras que los de ahora, empezó a incendiar iglesias y conventos. Durante la noche del 27 de julio Barcelona ardió por los cuatro costados, tanto y de un modo tan escandaloso que el Gobierno tuvo que declarar el estado de guerra en la ciudad. El día 28 reinó el caos. Apenas había tropas con las que poner orden. Maura había enviado contingentes desde Zaragoza y Valencia pero, como los ferrocarriles eran lentos y el ejército no muy ágil de reflejos, tardaron un día en llegar.

La situación se desmadró. Los huelguistas se propusieron no dejar

una sola iglesia en pie, y casi lo consiguen. Entraban a saco en los conventos y prendían los retablos y los crucifijos en madera policromada mientras, los más necrófilos, sacaban de sus ataúdes los cadáveres de los religiosos y los exponían en la calle para edificación de los viandantes. Levantaron barricadas por las calles céntricas desde las que combatían a unas fuerzas del orden totalmente superadas por los acontecimientos. Estas barricadas fueron muy útiles para lanzar adoquines que previamente habían sido arrancados del pavimento, pero impidieron que los bomberos sofocasen los cada vez más numerosos incendios. De las iglesias las llamas pasaban a otros edificios que ardían como teas hasta que, arruinado el mobiliario, la ropa y las cortinas, agotaban su material combustible. Otros, de entramado de madera, se vinieron abajo con gran estruendo taponando algunas calles.

La mañana del 29 de julio Barcelona presentaba un aspecto fantasmagórico, más propio del frente de Verdún que de un soleado día de agosto en plena Barcelona de la Belle Epoque. Los combates callejeros continuaron aún otros tres días aunque la sublevación fue a menos. El Capitán General de Cataluña publicó un bando advirtiendo a los barceloneses que se abriría fuego contra cualquier grupo interceptado en la vía pública. Los transeúntes que se atrevían a salir a la calle caminaban rápido tapándose la boca con un pañuelo para no inhalar el humo de los incendios. Las tiendas y las fábricas cerraron, el puerto se detuvo y varios batallones de artillería la emprendieron contra los revoltosos. Obuses contra adoquines. Era una cuestión de tiempo que la anticlerical asonada remitiese.

El día 1 de agosto La Vanguardia, que llevaba una semana sin salir, volvió a los quioscos, esa fue la señal de que la sublevación había terminado. Barcelona era la ciutat cremada. La semana de locura se había saldado con más de 100 muertos y unos 60 edificios calcinados. El Gobierno, temeroso de que el levantamiento se extendiese al resto de España, difundió el bulo de que lo de Barcelona era un simple motín independentista. Quizá por eso no pasó nada, o quizá porque en ningún otro sitio de España había tantos anarquistas pirómanos con ganas de marcha.

El crimen ya se había cometido, ahora venía el castigo, que fue ejemplar. Se dictaron 17 penas de muerte aunque luego, en la tradición española de ser duro *ma non tanto*, se quedaron en sólo 5 ejecuciones. El reo más célebre fue Francisco Ferrer Guardia, un

pedagogo anarquista a quien, en palabras de Unamuno, se “fusiló en perfecta justicia” por ser una “mezcla de loco, tonto y criminal cobarde”, un “monomaníaco con delirios de grandeza y erostratismo”. Lo cierto es que no era para tanto. Lo más probable es que Ferrer Guardia pagase en Barcelona lo que hizo en Madrid tres años antes. Uno de sus discípulos, Mateo Morral, lanzó una bomba sobre el cortejo nupcial de Alfonso XIII y, evidentemente, no lo hizo solo. OBJ

Hace un siglo Barcelona perdió la cabeza haciendo bueno aquello de que es una ley de la Historia de España la necesidad de bombardearla cada 50 años. Porque la Rosa de Fuego es tan imprevisible y misteriosa que, cuando no la bombardean desde fuera, se bombardea ella misma desde dentro.

Cómo unas municipales derribaron la monarquía

Las elecciones más decisivas de la Historia de España fueron unas municipales que se celebraron el 12 de abril de 1931. Se convocaron para renovar los concejales de todos los ayuntamientos y terminaron provocando una reacción en cadena que, en sólo dos días, trajo la proclamación de la Segunda República, marcando con ello el fin de la Restauración, el régimen más longevo de la historia contemporánea de España.

El origen de un vuelco tan extraño y repentino hay que buscarlo quince meses antes. En enero de 1930 Primo de Rivera presentó su renuncia al Rey. El dictador consideraba que su etapa al frente del Gobierno tocaba a su fin, que España ya no le necesitaba y que había llegado la hora de volver a la monarquía parlamentaria interrumpida bruscamente en septiembre de 1923. Lo cierto es que Primo estaba hasta la coronilla de tanta intriga y tanta traición, empezando por la del propio monarca, que le había borboneado sin piedad durante años.

Más que dimitir, le dimitieron desde el Palacio Real. El Rey tenía ya a Primo como un lastre que, en su momento, había sido de gran utilidad para acabar con la conflictividad social y poner punto final a la guerra de Marruecos tras el innombrable desastre de Annual. Hecho aquello, a esas alturas lo único que traía el temperamental militar era mala fama a la monarquía y al mismo sistema de turno, que el propio monarca había dinamitado asumiendo el golpe del 23.

El problema es que los años de Primo habían sido el entierro de facto de ese sistema en el que ya casi nadie creía. El Rey encargó gobierno a otro militar, el general Dámaso Berenguer, que tenía tan poca voluntad de poder que los españoles pronto bautizaron su Gobierno como la “dictablanda”. Berenguer no quería problemas y la otrora incontestable dictadura de Primo se transformó en un circo al que le crecían los enanos a toda prisa. En diciembre de ese año se produjeron dos sublevaciones militares de corte republicano: una en el aeródromo madrileño de Cuatro Vientos y otra en el destacamento pirenaico de Jaca.

El Rey aceptó la espantada de Berenguer un año después de su nombramiento y colocó en su lugar al Almirante Juan Bautista Aznar, un marino de 70 años que, a decir de Maura, "procedía geográficamente de Cartagena y políticamente de la luna". Y era en la luna donde demostraba estar el Rey. España seguía siendo monárquica, aunque fuese por pura inercia, pero las ciudades habían dejado de serlo. Los intelectuales, y no sólo los socialistas, apelaban a la República. El moderado Ortega hablaba de destruir la monarquía. Otros, de derechas e izquierdas, pactaban un programa de mínimos para llegar cuanto antes a una República burguesa que regenerase el sistema de la Restauración, al que todos ya daban por periclitado.

En el Gobierno se sabía del malestar generalizado entre los intelectuales y el envalentonamiento de los republicanos. Para neutralizarlo y sortear la crisis de legitimidad de la monarquía, Aznar planteó tres convocatorias electorales que le devolviesen la credibilidad al régimen y sofocasen el brote republicano por la vía de los hechos. La primera, a celebrar el 12 de marzo, cambiaría la cara a los ayuntamientos. La segunda, prevista para el 3 de mayo, renovaría las diputaciones provinciales. Por último, a modo de remate, en junio se celebrarían elecciones a Cortes Constituyentes, encargadas de redactar la nueva Constitución, que habría de sustituir a la de 1876.

Sólo se pudo llegar al primero de los comicios previstos para aquella primavera. Los candidatos monárquicos arrasaron en los pueblos, pero perdieron en las capitales. En algunas ciudades como Madrid y Barcelona salieron elegidos tres o cuatro concejales republicanos por cada monárquico. De las cincuenta capitales de provincia sólo diez quedaron en manos de un alcalde afín a la monarquía. En el resto del país, sin embargo, el panorama era el opuesto. La España rural seguía siendo monárquica hasta el tuétano. Los republicanos se apresuraron a decir que aquellos eran "burgos podridos" repletos de analfabetos donde mandaba el cacique y el cura. Evidentemente un análisis tan simple no era del todo cierto.

A pesar de que las municipales no eran un plebiscito sobre la República y de que el cómputo global favorecía a los monárquicos, las altas esferas del poder se empezaron a inquietar tras conocerse los primeros resultados. Aznar dimitió, la camarilla del Rey se replegó sobre sí misma dando por hecho que las elecciones marcaban indefectiblemente el fin de la monarquía. Nadie quería

asumir el mando. Romanones pensó que lo mejor era tirar la toalla y buscar una salida digna para el monarca antes de que un comité de republicanos viniese a apresarlo a Palacio.

Eran simples ensoñaciones, el Rey no corría ningún peligro y el país estaba tranquilo. Entonces los líderes republicanos, sabedores de la debilidad del Rey, sacaron a la gente a la calle el día 14 por la mañana. El que había transmitido a los republicanos la voluntad de irse que tenía el Rey era el propio Romanones, que horas antes había hablado con Alcalá-Zamora para garantizar la seguridad e integridad de la real persona. Una información que el comité revolucionario supo utilizar a tiempo para cubrir de legitimidad la proclamación de facto de la República.

En algunos lugares como la pequeña ciudad guipuzcoana de Éibar la República ya había sido proclamada horas antes. Alfonso XIII, un hombre de sólo 44 años enjuto y temeroso, envejecido prematuramente por el tabaco e incontables vicios públicos y privados, un hombre que había nacido Rey, que había recibido la Corona de España como un regalo con poco más de 15 años, se acojonó, literalmente, y puso tierra de por medio.

Las elecciones municipales habían sido una simple excusa que había sacado a la luz la cobardía de la camarilla del monarca y la carcoma de un régimen en el que ya no creían ni sus garantes. Luego resultó que la República que tan alegremente se celebraba aquel día por las calles de todas las ciudades españolas era peor que cualquier momento de la difunta monarquía. Peor e infinitamente más inestable. La Restauración, con todas sus pegas –que las tuvo, y muchas–, había durado más de medio siglo. La República sólo conseguiría mantenerse en pie cinco años y desembocaría en una guerra civil.

El problema de los republicanos es que la República les había tocado en una rifa. Además cada uno de ellos quería una República a su medida, sino se rompía la baraja, que es lo que terminó sucediendo. Eso, claro, no se podía ni imaginar aquel 12 de abril, víspera electoral de la proclamación de una República que nunca estuvo en el menú.

La República sin republicanos

Han pasado más de ochenta años desde la proclamación de la Segunda República. Los que nacieron entonces son ya, si es que han sobrevivido hasta el momento presente, venerables ancianos cuyos primeros recuerdos pertenecen más al primer franquismo que al breve paréntesis republicano. Por lo demás, apenas queda memoria viva de aquellos años cruciales que partieron nuestra historia contemporánea en dos.

Ochenta años es mucho tiempo, es, nada menos, la vida de un hombre que ha vivido mucho. En 1931, por ejemplo, se celebró el octogésimo aniversario del ferrocarril de Madrid a Aranjuez, inaugurado en la plenitud del reinado de Isabel II. Para entonces nadie hablaba de ella. "La Chata" pertenecía a una época lejana que nadie recordaba y que en poco o en nada influía sobre el presente.

Y aquí viene lo curioso, ochenta años después de su proclamación la República sigue estando en boca de todos, especialmente de los políticos y la intelectualidad de izquierda, que la reclama como patrimonio propio, un proyecto abortado antes de que pudiese fructificar por culpa de un malvado espadón –Francisco Franco– que cortó de cuajo las esperanzas de la Nación entera.

Así de simple es la versión oficial y la que, dicho sea de paso, se inocula por vía intravenosa a los estudiantes de secundaria desde hace, por lo menos, tres décadas. La realidad, sin embargo, es algo más compleja y no tan heroica para las quejumbrosas huestes de la izquierda eterna. La República fracasó por otras causas bien distintas y Franco, en todo caso, lo único que hizo fue echar la firma sobre el certificado de defunción.

Probablemente lo hizo con genuina convicción y de haber podido hubiera sido él mismo el encargado de rematarla. Pero no, Franco no acabó con la República. Cuando el general apareció en escena el régimen ya estaba muerto. De la República quedaba un cadáver medio descompuesto que la izquierda paseaba ataviado, eso sí, con estola, túnica y gorrito frigio. Es difícil precisar la causa de la muerte, básicamente porque no se debió sólo a una enfermedad sino a muchas que el régimen fue contrayendo desde el mismo momento de su nacimiento.

La misma concepción fue dolorosa. La Segunda República llegó de rebote, más por incomparecencia del contrario que por iniciativa propia. Aquello de que España se acostó monárquica y se levantó republicana no es cierto del todo. El país se acostó de mala gana monárquico y un pequeño grupo de intelectuales del Ateneo lo despertó a gritos republicanos a la mañana siguiente. En las elecciones municipales de abril de 1931 no ganaron los partidos republicanos sino los monárquicos, aunque los primeros lo hicieron en las principales ciudades. El rey se sintió desautorizado por las urnas y se marchó casi por el mismo camino por el que había llegado su padre 57 años antes.

A partir de ahí todo fue una cadena de despropósitos, algunos voluntarios y otros accidentales. Los republicanos creyeron –y así se lo transmitieron a la gente– que con cambiar de forma de Estado bastaba, que eso solucionaría todos los problemas que arrastraba el país. Evidentemente, no fue así. A los Gobiernos de la República les tocó lidiar con una formidable depresión económica de alcance mundial. Las esperanzas que muchos depositaron en la República pronto se vieron defraudadas por la realidad y los innecesarios excesos de la casta gobernante.

Así sucedió, por ejemplo, entre 1931 y 1933. El país fue a menos y el Gobierno, creyendo que mediante la Ley podía arreglarlo todo, declaró la guerra a la Iglesia y a todo el que se opusiese a la República. Lo primero desató una ola de anticlericalismo –tolerado cuando no promovido por el propio Gobierno– que espantó para siempre a media España de la causa republicana. Lo segundo se tradujo en una Constitución revanchista y en una Ley para la Defensa de la República que castigaba severamente a los que osasen disentir con un régimen que presumía de liberal y de liberador.

El resultado fue una radicalización progresiva en ambos extremos del espectro político, aunque con mayor fuerza en la izquierda. A partir de 1933 los socialistas, que debieran haber sido uno de los soportes de la legalidad republicana, apostaron por bolchevizarse y apelar a la revolución en incendiarios mítines, artículos y editoriales de prensa. Al año siguiente el PSOE patrocinó un golpe de Estado contra el Gobierno centro-derechista que fracasó estrepitosamente, pero que se supo utilizar después como arma propagandística.

Las fraudulentas elecciones del 36 dieron la puntilla a todo el

invento. La izquierda, ya completamente echada al monte, se apoderó del Congreso por las bravas e impuso su ley en la calle. No es casual que la mecha que encendió el levantamiento militar fuese el asesinato de José Calvo Sotelo, líder de la derechista Renovación Española, por parte del guardaespaldas de Indalecio Prieto, diputado del PSOE y ex ministro de Obras Públicas. Este episodio, la guinda de una epidemia de pistolerismo político que azotaba las ciudades españolas, supuso el verdadero punto de no retorno.

La derecha, por su parte, se replegó en sí misma y en su seno se empezó a acariciar la idea de un cuartelazo redentor que pusiese orden a imagen y semejanza de los del siglo XIX. El primero, el de Sanjurjo en 32, fue un fiasco; el segundo, el de los generales capitaneados por Mola en el 36, desembocó en una guerra civil en la que no se dirimía ya la cuestión republicana, sino dos visiones contrapuestas del mundo que chocaron violentamente.

Pero, por encima de todo lo anterior, lo que acabó con la Segunda República fue la falta de republicanos. Como en el caso de Weimar, nadie creía en aquel régimen. La derecha porque seguía siendo monárquica y la izquierda porque pronto devino revolucionaria. Ningún sistema político puede funcionar si sus garantes lo consideran ilegítimo. Quizá llegó demasiado pronto, o demasiado tarde, lo que es seguro es que la España de 1931 no deseaba una República como la que se proclamó aquel 14 de abril. Por esa razón fracasó.

La necesaria temporalidad del franquismo

Cuando el primero de abril de 1939 terminó la Guerra Civil pocos imaginaban que lo comenzaba en ese mismo instante era un régimen personalista que iba a durar casi cuarenta años. Mirado ahora, en retrospectiva, se nos antoja que los fundadores del franquismo contaban con una cuidada hoja de ruta desde el primer momento, es decir, que Franco y sus generales tenían clarísimo que iban a hacer con el poder recién conquistado y qué tipo de Estado iban a construir sobre las cenizas de la República y la monarquía alfonsina.

Nada de eso. El franquismo se construyó lenta e improvisadamente, a veces sobre sí mismo después de haber demolido una parte. El régimen, dirigido por una sola persona bastante más astuta que inteligente, dio volantazos, se adaptó a los tiempos, y adquirió mil caras para un número equivalente de consumidores. Así, para la gente de orden, de misa diaria y convicciones conservadoras, se travistió de segundo tiempo de la Restauración con ciertas licencias para entonar con la época. Para los falangistas, de principio de la revolución nacional-sindicalista anunciada por el fundador de Falange y su socio Ledesma Ramos. Para la iglesia, de bendición caída del cielo en forma de país hecho a su medida, con un beato confeso en la cúspide del aparato estatal para el que sus partidarios llegaron a pedir el capelo cardenalicio.

Para Occidente, el franquismo enarbolaba la vitola de la estabilidad, especialmente tras el derrota de Alemania y el comienzo de la Guerra Fría. Un país exótico, aislado y empobrecido, con su tirano banderas al frente de todo el tinglado, del que los cancilleres podían fiarse. Para los que habían padecido la guerra en sus propias carnes y no simpatizaban con los vencedores el franquismo no ofrecía libertad, pero sí tranquilidad y una cartilla de racionamiento. Eso, tal y como estaban las cosas, ya era mucho.

El franquismo lo sobrevivió a todo menos a su propio fundador. Se trataba de un proyecto personal atado a unas circunstancias históricas muy concretas que se dieron en la década de los cuarenta. Con sólo cambiar una fecha o un acontecimiento todo se hubiese

venido abajo. Luego, y esto fue mérito de Franco, vino la consolidación y la institucionalización de un régimen que ni su inspirador tenía demasiado claro que forma final debía adquirir.

Los Principios Fundamentales del Movimiento, por ejemplo, no entraron en vigor hasta 1958, cuando el franquismo había atravesado ya su ecuador. La Ley Orgánica del Estado, que es la que dio forma definitiva al régimen, no fue promulgada hasta 1967, cuando Franco encaraba la recta final de su vida. Esta Ley estaría en vigor sólo diez años y los Principios Fundamentales veinte. Una nadería en comparación con la Constitución de 1876 o la actual, que lleva 34 años tal cual salió de las Cortes y nada indica que vaya a tocarse en el futuro inmediato.

El franquismo fue, por lo tanto, un régimen temporal y en continua transformación. La primera Ley Fundamental, el Fuero del Trabajo, promulgada en 1938, era una copia de la Carta di Lavoro musoliniana. La última, la Ley de Reforma Política, aprobada tras un referéndum en 1976, abría la puerta a una democracia parlamentaria de corte liberal. Curiosamente, una y la otra se hicieron respetando la legalidad de lo que entonces se llamaba el "18 de julio". Pocas dictaduras han sido tan extrañas en lo institucional como la de Franco, quizá por eso pretender homogeneizar el régimen franquista es tan complicado. OBJ

Los que lo vivieron de principio a fin sabían que la España de 1939 poco tenía que ver con la de 1975. Y no ya en renta per cápita, sino en cuestión de libertades. Ese fue el secreto de su éxito y la razón por la que el dictador murió en la cama de un hospital madrileño y no en el exilio o frente a un paredón de fusilamiento. Franco jamás tuvo una ideología política definida. Era un simple provinciano monárquico, católico y de lo que entonces se llamaba "gente de orden", es decir, el arquetipo de conservador canovista. Había aprendido a desconfiar de la democracia representativa tras la experiencia republicana y, sobre todo, le encantaba mandar.

Si hubiese recreado la Restauración devolviéndole el trono a Alfonso XIII –aún con vida en 1939– y reactivado el viejo sistema de turno pacífico de partidos él se hubiera tenido que volver al cuartel. A eso no estaba dispuesto. Durante la guerra, además, unos y otros le habían persuadido de que se trataba de alguien providencial, enviado por el Altísimo para cumplimentar una labor histórica. Se lo creyó todo, pero no sabía muy bien como llevar a

cabo esa misión divina, de ahí que diese tantos bandazos.

Al final, fue tan franquismo la espantosa década de los cuarenta, consagrada al desquite y a los experimentos fascistoides, como la de los 70, en la que España era casi un país occidental como cualquier otro. Por eso la Transición fue tan suave, no se desató un enfrentamientos civil a gran escala como se temía y no hubo que lamentar más muertos que los ocasionados los de los terroristas de ambos lados. Muerto Franco no tenía sentido seguir interpretando una partitura en la que cada nota venía dictada por los caprichos políticos –generalmente cambiantes– del dictador. El franquismo, régimen temporal y excepcional por su momento histórico, duró lo que tenía que durar. Ni un minuto más, ni uno menos.

El día que Franco vio peligrar su trono

En sus casi cuarenta años de magistratura vitalicia Franco sólo temió perder el poder en una ocasión: en la primavera de 1945, cuando sus dos principales aliados, Hitler y Mussolini, se fueron al otro barrio y los vencedores, entre los que se encontraban algunos republicanos españoles, se paseaban orgullosos por Europa limpiándola de simbología fascista y brazos en alto.

Ni antes, con el maquis y el semibloqueo comercial que impuso la flota británica durante la Guerra; ni después con el cierre en banda de las democracias occidentales y el descrédito europeo, Franco vio peligrar seriamente su trono. Las amenazas internas fueron siempre aisladas, de poca envergadura y se castigaron con severidad, en algunos casos desproporcionada. Las externas se manejaron con discreción y, a excepción del caso de la conferencia de Potsdam, no llegaron nunca a constituir nada serio que hiciese temblar los cimientos del régimen.

Franco, que era muy cuco, había visto venir la derrota del Eje desde, por lo menos, el invierno del 43, cuando se rindió el VI Ejército alemán en Stalingrado y los aliados ocupaban a placer el norte de África. Como, a fin de cuentas, era militar y no un fanático ideológico de la Falange, supo ver que todo era cuestión de tiempo. El jaque ruso en las estepas y la incontenible potencia militar norteamericana habían decidido el destino de la contienda. Alemania podría resistir algún tiempo, pero la guerra ya estaba perdida, y con ella Hitler y su nacionalsocialismo.

Y así fue. Desde el desastre de Stalingrado los alemanes se batieron en retirada en todos los frentes. Les quedó cuerda, eso sí, para aguantar dos años y medio más. Franco fue desandando el camino con parsimonia. En octubre repatrió a la División Azul. Al año siguiente restringió las exportaciones de wolframio a Alemania y expulsó a sus espías del protectorado. En 1945 abandonó silenciosamente Tánger tal y como le pedían los aliados, promulgó el Fuero de los Españoles y limpió el consejo de ministros de inoportunos y ya amortizados camisas azules, para sustituirlos por monárquicos y católicos profesionales, que de estos últimos en el

franquismo hubo muchos.

El saludo fascista obligatorio se suprimió en septiembre del 45. Para entonces la guerrera falangista del Generalísimo llevaba tiempo apolillándose en algún armario del Palacio de El Pardo. En sólo tres años había pasado de apoyar sin reservas a las potencias del Eje a tratar de congraciarse con británicos y norteamericanos, a los que estaba dispuesto a perdonarles hasta que se entendiesen con los bolcheviques.

Stalin, por su parte, albergaba cierta esperanza de desquitarse, aunque fuese moralmente, de la derrota del 39. De un modo un tanto curioso. Antes del desembarco de Normandía existió un plan aliado para asaltar desde España la fortaleza nazi en el continente. Stalin se opuso a él porque nuestro país quedaba muy lejos del frente oriental y tardaría mucho en atravesarse. El georgiano sabía por experiencia propia que España era un hueso duro de roer: extensa, montañosa y habitada por indómitos requetés de boina y crucifijo, Santiago y cierra España, que, después de comulgar, se echaban al monte como fieras poseídas por el espíritu de San Ignacio de Loyola. Los romanos, los moros y Napoleón ya habían probado la amarga medicina hispana y no era plan que el frente occidental se atascase en alguna serranía ibérica.

Luego, en Potsdam, Stalin se replanteó el asunto y propuso invadir España con las tropas aliadas estacionadas en Francia reforzadas por exiliados republicanos. Churchill se opuso. Por las mismas razones militares que Stalin un año antes, y porque lo que la URSS perseguía era colocar un peón en el extremo sudoeste de Europa. Si Moscú se hacía con la España de Franco –y después de ella con el Portugal de Salazar–, Inglaterra, Francia e Italia quedarían, literalmente, emparedadas por el recrecido imperio soviético. Además, en la práctica no había un recambio para Franco. En el extranjero convivían, como mínimo, cuatro Españas: la del Gobierno republicano en el exilio, radicado en México; la de los combatientes republicanos en la Guerra Mundial, afincados en París; la de los republicanos comunistas, acogidos a sagrado en Moscú; y la corte de Juan de Borbón, que por entonces paraba en Lausana junto a la reina Victoria Eugenia.

Estas cuatro Españas sólo se representaban a sí mismas, y Churchill lo sabía. Los americanos se fiaban de él. Roosevelt acababa de morir, su sucesor, Harry Truman, masón del medio-oeste y antiguo

dueño de una mercería, poco sabía de Europa pero intuía que la malencarada y violenta marea roja que se enseñoreaba al este del Elba no auguraba nada bueno. Ese cálculo tan elemental fue lo que libró a Franco de una derrota segura y a España de una devastadora segunda edición de la Guerra Civil, esta vez con portaviones, bombarderos B-29, tanques Sherman y bombas nucleares. En El Pardo descontaban la intervención y se dispusieron a resistir. Para el desfile de la victoria Franco abandonó la tribuna y participó personalmente a lomos de su caballo, desde el que saludaba al respetable y a las cámaras congregadas en el paseo de la Castellana, muchas de ellas de corresponsales extranjeros que harían llegar con celeridad la película OBF a sus países de origen. Si hay que morir, habrá que hacerlo a pecho descubierto, como los Tercios de Flandes, debía pensar el general, al menos de cara a la galería.

Luego, en la intimidad del despacho, poco frecuentado ya por los Serrano Suñer y otros proalemanes de tiempos pasados, mano izquierda y buenas formas con el embajador de Estados Unidos. Si el régimen tenía que reinventarse se haría. Al fin y al cabo a él eso del nazismo eso siempre le había parecido algo propio de paganos nórdicos, gente sin civilizar. No se le podía acusar de haber entrado en la guerra o de haber promulgado leyes antisemitas como hizo el memo de Mussolini. Podía presumir, en cambio, de pedigrí anticomunista, un valioso capital en los tiempos que se avecinaban.

Pero el canje, permanencia en el cargo a cambio de lealtad contra el comunismo, no estaba muy seguro de que fuese a realizarse. Y así estuvo durante varios años. Las fronteras se cerraron, Madrid se quedó sin embajadores y el régimen, aislado, hubo de subsistir con lo puesto. Luego pasó lo que tenía que pasar. En marzo del 46, con los cabecillas nazis aún sentados en el banquillo de Nuremberg, Churhill anunció que se había corrido un telón de acero entre Trieste y Stettin. Dos años después los soviéticos bloquearon Berlín, meses más tarde Mao se apoderó de China, en junio de 1950 estalló la Guerra de Corea.

Franco, que se había portado bien durante aquel lustro, recuperó el crédito. Su beligerancia era nula. En España no se hacían desfiles con antorchas, sino procesiones del Corpus y cruces de mayo. Aquello de “por el imperio hacia Dios” se trocó por lo de la “reserva espiritual de occidente”. Los españoles no estaban por la revolución nacional-sindicalista, sino por agenciarse algo de jamón de contrabando y fumarse una faria en los toros jaleando a Manolete.

España era otra cosa, por eso Franco salvó la camisa garantizando la pervivencia de su régimen hasta su propia muerte.

Quiénes y por qué mataron a Carrero

A las 9 horas 28 minutos de la mañana del 20 de diciembre de 1973, en la céntrica calle Claudio Coello de Madrid, el coche oficial de Luis Carrero Blanco, Almirante de la Armada y presidente del Gobierno, un Dodge Dart 3700 GT negro, voló 35 metros en vertical desde el pavimento de la calle hasta la terraza del tercer piso de la iglesia de San Francisco de Borja. Manuel Solís, un padre jesuita que estaba desayunando un café con leche en el comedor, oyó un ruido sordo y repentino al que le siguió el silencio. Casi en el mismo momento, otro religioso, el padre Jiménez Berzal, salió a la terraza, observó el amasijo de hierros en el que se había transformado el Dodge y administró la extremaunción a sus ocupantes.

Poco después una unidad de bomberos subió hasta la terraza y rescató los cuerpos sin vida del presidente Carrero y de su escolta, el policía Juan Antonio Bueno. El chófer, José Luis Pérez Morena, aún agonizaba. Moriría a las pocas horas en la Ciudad Sanitaria Francisco Franco, hoy Hospital Gregorio Marañón. Dos semanas después se dictó acto de procesamiento contra Pedro Ignacio Pérez Beótegui, alias Wilson; José Ignacio Abaitúa Gomeza, alias Markin; José Miguel Beñarán Ordeñana, alias Argala; José María Larreátegui Cuadra, alias Atxulo;, Juan bautista Izaguirre, alias Zigor; José Antonio Urruticoechea Bengochea, alias Josu Ternera y José Félix Azurmendi Badiola, sin alias conocido. Componían el llamado Comado Txiquia de la banda terrorista ETA.

Pronto se conoció hasta el detalle más insignificante del atentado que había puesto, por primera vez en 34 años, al franquismo en jaque. Sólo unos meses después del atentado, un activista de la banda, Julen Aguirre, lo contaba todo en un libro publicado en París: “Operación Ogro. Cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco”. El de Carrero Blanco es el magnicidio del que más sabemos. La hora exacta, el lugar, el motivo de la muerte, las identidades de los asesinos... por saber hasta sabemos todos los porqués de los asesinos. Los etarras querían mostrar su poderío a un Régimen decadente eliminando a uno de sus símbolos. Sin Carrero el dictador se veía privado de su predilecto, de su sucesor, del hombre que perpetuaría el sistema nacido el 18 de julio de 1936.

Creemos saberlo todo, pero, lo cierto, es que de la muerte de Carrero podríamos no saber nada o, simplemente, conocer al milímetro la parte forense del crimen, la que los etarras tuvieron a bien contarnos, y desconocer por completo el resto. Parece obvio que fueron los matarifes de la ETA los responsables de la logística, los que excavaron la galería bajo la calle Claudio Coello y los que apretaron el botón. Ahora bien, sobre una versión oficial de los hechos impecable desde el punto de vista formal, se amontonan las preguntas: ¿quién estaba detrás de la muerte del Almirante? Y, sobre todo, ¿cómo pudo un comando etarra preparar un atentado durante más de año y medio en el mismo centro de Madrid, a una manzana de la casa de Carrero y a dos de la embajada de Estados Unidos?

Se sabe que, ya en 1972, las autoridades esperaban un golpe de la ETA en Madrid. La Guardia Civil hasta había elaborado un informe con nombres y datos de la campaña en ciernes. El propio Carrero tuvo acceso a ese informe de la Benemérita que le había enviado personalmente su director general, Carlos Iniesta Cano, pero lo archivó sin darle mayor importancia. Lógico, en 1972 la ETA era aún una banda semidesconocida con apenas cuatro víctimas mortales en su haber y ningún gran atentado. En principio, la ETA no constituía un enemigo temible y, mucho menos, una organización capaz de sembrar el terror en la capital.

La ETA, sin embargo, desplazó a Madrid hasta 20 activistas que colaboraron en el atentado. Alquilaron un piso franco y compraron el semisótano de la calle Claudio Coello desde el que excavaron el túnel artesanal donde colocaron los explosivos. Y no sólo eso, adquirieron en la misma capital un coche, un Austin 1300, con un DNI falso para transportar materiales por la ciudad y con el que los miembros del comando se desplazaban a la sierra a hacer prácticas de tiro. Trabajaron durante meses a un metro del suelo en una finca donde el portero era, además, policía. Pero nadie notó nada a pesar de que ese barrio era, y sigue siendo, una zona residencial donde los vecinos se conocen y chismorrean sobre las novedades y, especialmente, sobre los malos olores como los que salían de la improvisada galería excavada bajo el asfalto.

Poco antes del atentado, el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, había estado en Madrid. Mantuvo una reunión con Carrero y visitó la embajada de su país en el número 75 de la calle Serrano, a apenas 10 minutos andando del semisótano donde el

comando Txiquia ultimaba los preparativos para liquidar al presidente. Es de suponer que los servicios de seguridad de Kissinger hicieron un barrido de la zona para evitar posibles atentados, y más en una época –la guerra de Vietnam acababa de terminar– en la que Kissinger no era bien recibido en casi ningún sitio.

Ni el portero, ni los americanos, ni el ministro del Interior, que por entonces era Carlos Arias Navarro, llamado después de la muerte de Carrero a ocupar su cargo, se enteraron de nada. Da que pensar. Después del atentado, el escritor José Luis de Vilallonga se puso a investigar para escribir un libro sobre los enigmas no resueltos de la Operación Ogro. Enterado su editor del proyecto recibió una llamada del ministerio de Interior francés en su domicilio parisino rogándole que lo abandonase. Otros lo intentaron pero acabaron dejándolo por imposible. El entonces fiscal del Supremo, Fernando Herrero Tejedor, abrió una investigación, poco después Arias le nombró ministro y, a los tres meses falleció en un accidente de tráfico. De las pesquisas del fiscal, si es que las hubo, nunca más se supo. La muerte de Herrero puso el punto final al asunto, sobre el que corrió una espesa nube de humo que sigue sin dejar ver nada.

Aparentemente Carrero no tenía enemigos encarnizados dentro del Régimen, era un hombre del Caudillo, su heredero, alejado de las disputas palaciegas. Su perfil, sin embargo, no se ajustaba a ninguno de los posibles escenarios de futuro que ya se dibujaban en 1973 con un Franco octogenario y debilitado. No era amigo a los falangistas, ni de los suaves ni de los del búnker, pero tampoco tenía afinidad alguna con los aperturistas ni con la mayor parte de monárquicos. Era, en suma, un personaje incómodo metido en años, leal a su causa e incorruptible. Quizá por eso le quitaron de en medio.

Dicen que alguien, no se sabe quién, ni cómo, ni donde, pagó a la ETA 50 millones de pesetas por la impecable ejecución del atentado. Un misterio más a añadir a los muchos que rodean un asesinato que cambió el rumbo de la Historia de España pero del que ya, a estas alturas, nunca lo sabremos todo.

Érase una vez el Sáhara... español

No existe en todo el norte de África ninguna región con más vínculos políticos y sentimentales con España que el Sáhara Occidental, un pedazo de desierto del tamaño de Nueva Zelanda encajonado entre Marruecos y Mauritania. Aunque no siempre fue así. A pesar de que nuestros marinos llevaban varios siglos recalando en las costas saharauis por su cercanía a las Islas Canarias, la presencia española es muy reciente.

Data de finales del siglo XIX, de 1884 exactamente. En aquel año Francia, Inglaterra y Alemania se pusieron de acuerdo para convocar una conferencia internacional en Berlín en la que las potencias europeas de la época –y España, aunque venida a menos, todavía lo era– se repartiesen el continente africano pacíficamente. Cada país llegó con sus reclamaciones y los hechos objetivos que las respaldaban. La España de la época, baldada después de un siglo de guerras civiles y en ultramar, golpes de estado y tantas constituciones como gobernantes hubo, a poco podía aspirar, y de lo poco generalmente lo peor.

Aparte de su centenaria presencia en el Rif y de alguna que otra campaña librada en Marruecos durante el reinado de Isabel II, los españoles, a diferencia de nuestros vecinos portugueses y franceses, no podíamos presumir de africanismo. Como todas la fuerzas de la nación se habían volcado durante cuatro siglos en la empresa americana, apenas había quedado tiempo y dinero para emprender la colonización de África. El magro patrimonio español se reducía entonces a los derechos históricos sobre unos islotes del golfo de Guinea –que apenas se habían hecho efectivos pocos años antes– y a las recientes conquistas en el Rif y en la costa del Sáhara.

Para reclamar esta última los enviados españoles arguyeron que ya se habían establecido factorías costeras y que estaban ultimando los preparativos para la fundación de una ciudad, Villa Cisneros, en la península de Río de Oro. Alemanes, franceses y británicos, poco o nada interesados en ese despoblado rincón del desierto, accedieron a las reivindicaciones españolas dando origen a dos colonias: la de Río de Oro en el sur y la de Saguia el Hamra en el norte.

La exploración del recién adquirido imperio sahariano fue lenta. Los habitantes eran pocos, no había ciudades y la única riqueza conocida, la pesca, ya se explotaba desde siempre. Además, España poseía un pequeño pero coqueto imperio compuesto por tres joyas tropicales –Cuba, Filipinas y Puerto Rico– con el que podía presumir de gran potencia. Pero las joyas se perdieron todas de golpe y al Gobierno no le quedó otra que mirar hacia las migajas obtenidas en la conferencia de Berlín. La fronteras definitivas del dominio no se trazaron hasta 1920, la capital, El Aaiún, no se fundó hasta 1940 y hasta bien entrada la década de los 50 no se empezaron a explotar los recursos naturales que, al menos en parte, costearan los cuantiosos gastos que ocasionaba la remota e improductiva colonia. Para entonces el Sáhara se había convertido ya en el África Occidental Española, pomposa denominación que trataba de imitar por el nombre al inmenso conglomerado colonial francés en la zona. En 1958, coincidiendo con la independencia de Marruecos y la entrega a Rabat de la colonia de Cabo Juby, las posesiones saharianas pasaron a ser una provincia casi como cualquier otra. Enviaba procuradores a Cortes, tenía código propio de matrícula (SH) y un gobernador general que cubría los capítulos civiles y militares.

Los lugareños, conocidos como saharauis, eran prácticamente españoles. Podían viajar a la metrópoli y establecerse en ella si así lo deseaban, libraban sus deudas en pesetas y se les expedía un DNI parecido al nuestro pero con un distintivo rojo que indicaba la procedencia de su portador. Durante 18 años, los que duró jurídicamente el llamado Sáhara Español, la nueva provincia registró un importante crecimiento económico y demográfico. Las minas de fosfatos, descubiertas a finales de los años 40, y la exuberante pesquería costera unido a un flujo ininterrumpido de capital desde la península pusieron al Sáhara Occidental en el mapa por primera vez en su historia.

Pronto, en sólo una generación, la situación dio un giro muy brusco. Por un lado Hassan II, rey de Marruecos desde 1961, se tomó como algo personal la anexión del Sáhara, al que consideraba como parte irrenunciable del país. Después de caldear el ambiente durante varios años, en octubre de 1975 organizó una expedición popular, a la que denominó Marcha Verde, formada por 300.000 civiles desarmados. Su misión sería cruzar la frontera y plantarse delante de las tropas españolas que tendrían entonces que elegir entre disparar al invasor y perpetrar una masacre contra civiles o retirarse

con el rabo entre las piernas. [OBJ]

Por otro, el estruendo revolucionario de las guerras de independencia africanas había llegado hasta el apartado y pacífico Sáhara Español. En 1973 unos jóvenes universitarios capitaneados por El Uali Mustafa Sayed, fundaron el Frente Polisario a imagen y semejanza de los movimientos de liberación nacional que proliferaban por el tercer mundo.

El Polisario, cuyas siglas responden al castellanísimo "Frente POpular de LIberación de SAguia el Hamra y RIo de Oro", no tardó en empezar a atentar contra los destacamentos españoles y las instalaciones mineras. En Madrid, para colmo, Franco se estaba muriendo y se abría una nueva etapa política llena de incógnitas. Todos, empezando por el Rey, sabían que había que salir del Sáhara. La cuestión era cuándo y cómo. La respuesta se dio seis días antes de morir el dictador. España, Marruecos y Mauritania firmaron en Madrid un protocolo por el cuál la primera cedía sin contrapartidas la provincia completa a las otras dos y se comprometía a abandonar la provincia antes del 28 de febrero de 1976.

La evacuación fue rapidísima. Se puso en marcha la Operación Golondrina, por la cual todos los españoles tendrían que abandonar la provincia de inmediato. El Estado se encargó del transporte de personas y bienes hasta las Canarias, donde se reasentó la mayor parte de la colonia de españoles en el Sáhara. Se cerraron comercios, se vaciaron casas e iglesias, hasta se sacó a los muertos de sus tumbas. Todo lo que se podía mover terminó repatriado en Gran Canaria o Fuerteventura. La operación aeronaval fue de tal envergadura que, durante los meses de noviembre y diciembre, la Armada despachó para las costas del Sáhara, aparte de los transportes, dos fragatas, dos destructores, una corbeta y un dique de desembarco, el Galicia, que había servido en la Guerra Mundial durante la invasión de Okinawa. Desde la guerra de Cuba la Armada española no había ordenado una maniobra naval semejante.

A mediados de enero apenas quedaban unos pocos españoles en el Sáhara. Habían pasado 92 años desde que sus bisabuelos atracasen en aquella costa buscando engrandecer un imperio en horas bajas. Los saharauis quedaron a merced de marroquíes y mauritanos. Los segundos se retiraron pronto, cuando comprobaron que conquistar

el Sáhara pedía mucho a cambio de casi nada. Los primeros siguen allí sin que España, que, hasta que se dirima a quién pertenece el territorio sigue siendo potencia administradora, diga absolutamente nada.

De todas las colonias españolas, y han sido muchas en más de 500 años, la sahariana ha sido la que peor y más cobardemente hemos tratado. El Sáhara todavía español sigue siendo una asignatura pendiente de un tiempo y un país del que nadie se acuerda.

Apuntes en torno a Suárez

Me recriminan por correo electrónico haber osado criticar a Adolfo Suárez, que, por lo que se ve, además de duque, es ya beato y en breve santo de la iglesia transicionita, que si no existe todavía pronto la fundarán. No, no lo hago por epatar ni porque en mis mocedades tempranas – tempranísimas para el caso– ya le hubiese tachado de perjuro o de camisa azul blanqueada por la Ley de Reforma Política. Lo hago porque, nos guste o no, Adolfo Suárez es ya historia de España y, como tal, su figura debe ser estudiada y criticada sin apasionamientos.

Mi crítica es estrictamente política. En lo demás creo que Adolfo Suárez fue un marido excelente, un padre ejemplar y un gran amigo de sus amigos. Pero eso, claro, no viene al caso. En su etapa de Gobierno Suárez fue un pésimo presidente y como líder del CDS un mejorable candidato de un partidillo personalista que se mantuvo en la arena política mientras le duraron las pilas al jefe.

Sin entrar a valorar su triste década en la oposición (1981-1991) al frente del CDS, sus años de Gobierno no fueron tan buenos como nos quieren vender ahora que el sistema que él contribuyó a montar hace aguas por todas partes. Nos dicen, por ejemplo, que Suárez fue el responsable y el motor de la Transición a la democracia. No es cierto. El que diseñó y ejecutó la Transición fue Torcuato Fernández Miranda, preceptor del Rey y antiguo ministro de Franco. Él y no Suárez hizo posible que se pasase de la Ley a la Ley de un modo suave, tan suave que el país ni se enteró.

Suárez entró en juego cuando, ya puesta en marcha la máquina en el verano del 76, el Rey, aconsejado por Fernández Miranda, buscó un hombre sin demasiados principios, que viniese del Régimen para no levantar susceptibilidades y lo suficientemente influenciable para que fuese por donde tenía que ir. Debía ser, además, ambicioso en grado extremo y estar dispuesto a dejarse la piel y algo más en el envite. Ni Fraga, ni Areilza ni ninguno de los presidenciables se ajustaban al perfil. Ya por viejos, ya porque tenían clientelas propias, ya porque disponían de su propio plan para alcanzar la soñada meta de convertir el franquismo en una democracia parlamentaria.

En Suárez se daban todos esos requisitos, luego él se encargó de adornarlos con grandes dotes de seducción personal y una capacidad para el trapicheo político que nadie ha conseguido igualar desde entonces. El Rey y su camarilla, que fueron quienes le pusieron ahí, pudieron comprobar que su elección había sido la acertada cuando el proceso ser aceleró de un modo sorprendente. De su nombramiento a la legalización del Partido Comunista pasaron sólo nueve meses, y once hasta la celebración de las primeras elecciones.

El franquismo, por lo tanto, cuya conformación político-jurídica llevó varios años, se desmontó completamente en sólo unos meses. Así de fiero era el tigre para que ahora nos coloquen el cuento de que estábamos al borde de una Guerra Civil, o que hacía falta mucha mano izquierda para no molestar al búnker o provocar una huelga general revolucionaria entre las huestes carrillistas.

A partir de ahí Suárez se creyó que el papel le correspondía de por vida. Creó de la nada un partido político a partir de los penenes de su Gobierno. Como la izquierda y la derecha ya estaban ocupadas definió lo suyo como el centro. Así nació la UCD, como el proyecto personal de un presidente y unos ministros que aspiraban a seguir mandando. ¿Ideas? Para qué necesitaban ideas si ya tenían el poder y pretendían mantenerlo durante largo tiempo.

Suárez y todos los que le acompañaban en el viaje procedían del régimen, así que, llamándose de centro, ocuparon el lugar de la derecha marginando a ésta por franquista al tiempo que concedían un plus de legitimidad a la izquierda, especialmente a la socialista, verdadera niña mimada de la Transición. Él, travestido de Adenauer, consideró oportuno tener a su SPD esperando gobernar algún día. Con la diferencia de que Adenauer nunca pintó nada en la NSDAP mientras que Suárez había sido secretario del Movimiento, gobernador civil y hasta director general de TVE en vida de Franco.

Adenauer, además, conocía la historia de Alemania, a los propios alemanes y tenía muy claro cómo debía ser el nuevo Estado. Suárez renegó de lo único que tenía en la cabeza y se dedicó a vivir en la inopia hasta que le pasaron por encima después de una intensa campaña de desprestigio que le dejó para el arrastre.

La crisis económica que castigó España durante sus años de

Gobierno fue parcheada con medidas socialdemócratas que hicieron las delicias de sus adversarios. Con razón se avinieron a firmar los pactos de la Moncloa y todo lo que les pusiesen por delante. Así, se encontró el país sin un mal desempleado y muchos pluriempleados y lo dejó con dos millones de parados. Fue incapaz de contener la inflación y de detener la pérdida de valor de la peseta, convertida a principios de los ochenta en un auténtico andrajo fiduciario.

A diferencia de los países de la Europa del este, que partiendo de una situación infinitamente peor pronto se pusieron a crecer como locos, a nosotros la Transición nos salió carísima. Los sucesivos Gobiernos de Suárez endurecieron la fiscalidad hasta límites no conocidos antes en España. El IRPF, sin ir más lejos, que era un inoperante invento del tardofranquismo, se convirtió entonces en la pesadilla anual de todos los cabeza de familia para alborozo de asesores fiscales y, especialmente, de políticos.

Porque el sistema creado a instancias de Suárez necesitaba –y sigue necesitando– cuantiosos fondos para funcionar. La casta política heredada del franquismo se multiplicó primero por dos y luego por 17 cuando nacieron los entes autonómicos. De todos los errores que cometió Suárez el peor fue el del café para todos, es decir, la descentralización administrativa mediante un modelo paritario pero económicamente insostenible y, para colmo, sin más justificación histórica que un par de estatutos de autonomía que se habían aprobado en la Segunda República.

Su debilidad frente al nacionalismo periférico, al que colmó de honores y parabienes simplemente porque se declaraba antifranquista, se tradujo en el lustro más negro del terrorismo etarra. La banda pasó de asesinar 17 personas en 1975 a 93 cinco años más tarde. Y esto últ imo es un dato, no una opinión.

Sobre el autor

Fernando Díaz Villanueva es periodista e historiador. Ha trabajado como redactor en AtlasTelecinco, como jefe de opinión en Libertad Digital y subdirector de Contenidos en LDTV. Actualmente es director de Negocios.com. Es socio fundador del Instituto Juan de Mariana y miembro del Consejo de Redacción de La Ilustración Liberal.

Es colaborador regular del diario La Gaceta, del semanario Alba, de la revista Xtra, del suplemento cultural DOCS, de la revista de Historia de LD, de los programas 'Dando Caña' de Intereconomía TV y 'Business Connection' de Business TV, así como de los programas radiofónicos 'Es la noche de César' y 'Sin Complejos' de esRadio, 'Los últimos de Filipinas' de Radio Intereconomía y "A fondo" de Radio Inter.

Es autor de dos biografías sobre los Reyes Católicos, de una biografía sobre el Che Guevara y de los libros de Historia: "Nosotros los españoles", "Historias con vida propia" y "Para habernos matado, grandes batallas de la Historia de España".

Información de Copyright

Treinta siglos no es nada, de Argantonio a Adolfo Suárez | Copyright © Fernando Díaz Villanueva, 2012 Todos los derechos reservados | All rights reserved

Foto de portada: Defensa del puerto de La Habana en 1762 | Rafael Monleón (1847-1900)

Segunda edición: diciembre de 2012